

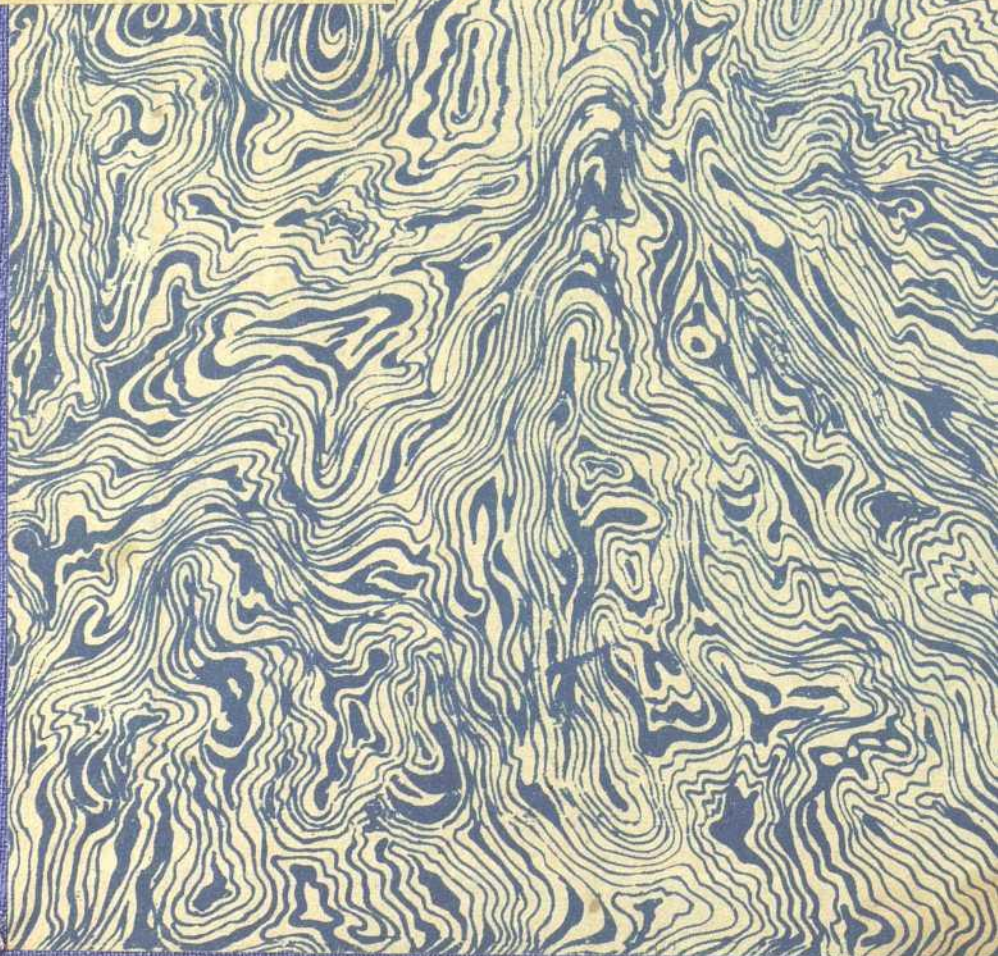


CENTRO NACIONAL DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS

Sala 1

Estante C-2

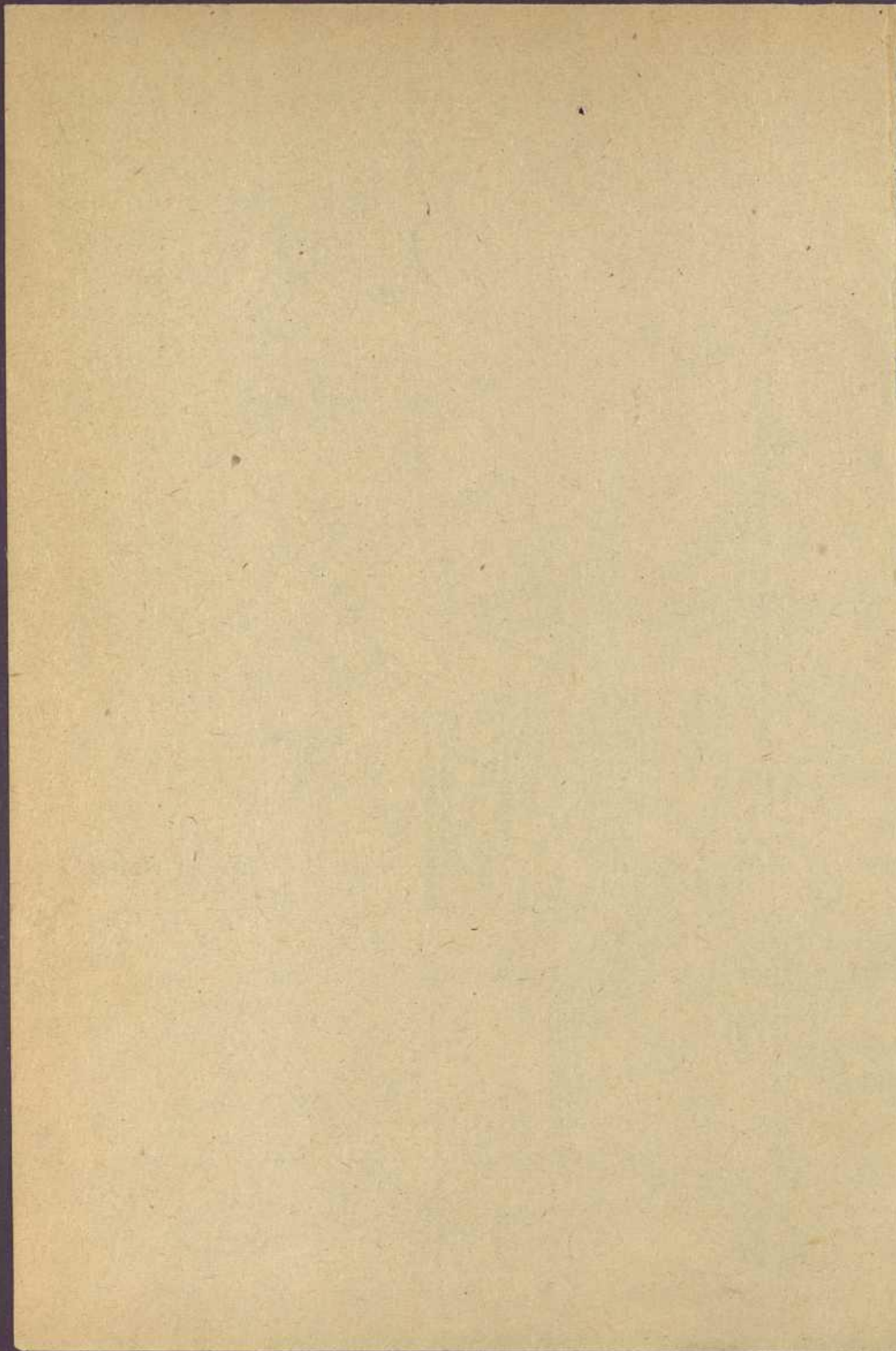
Signatura 40







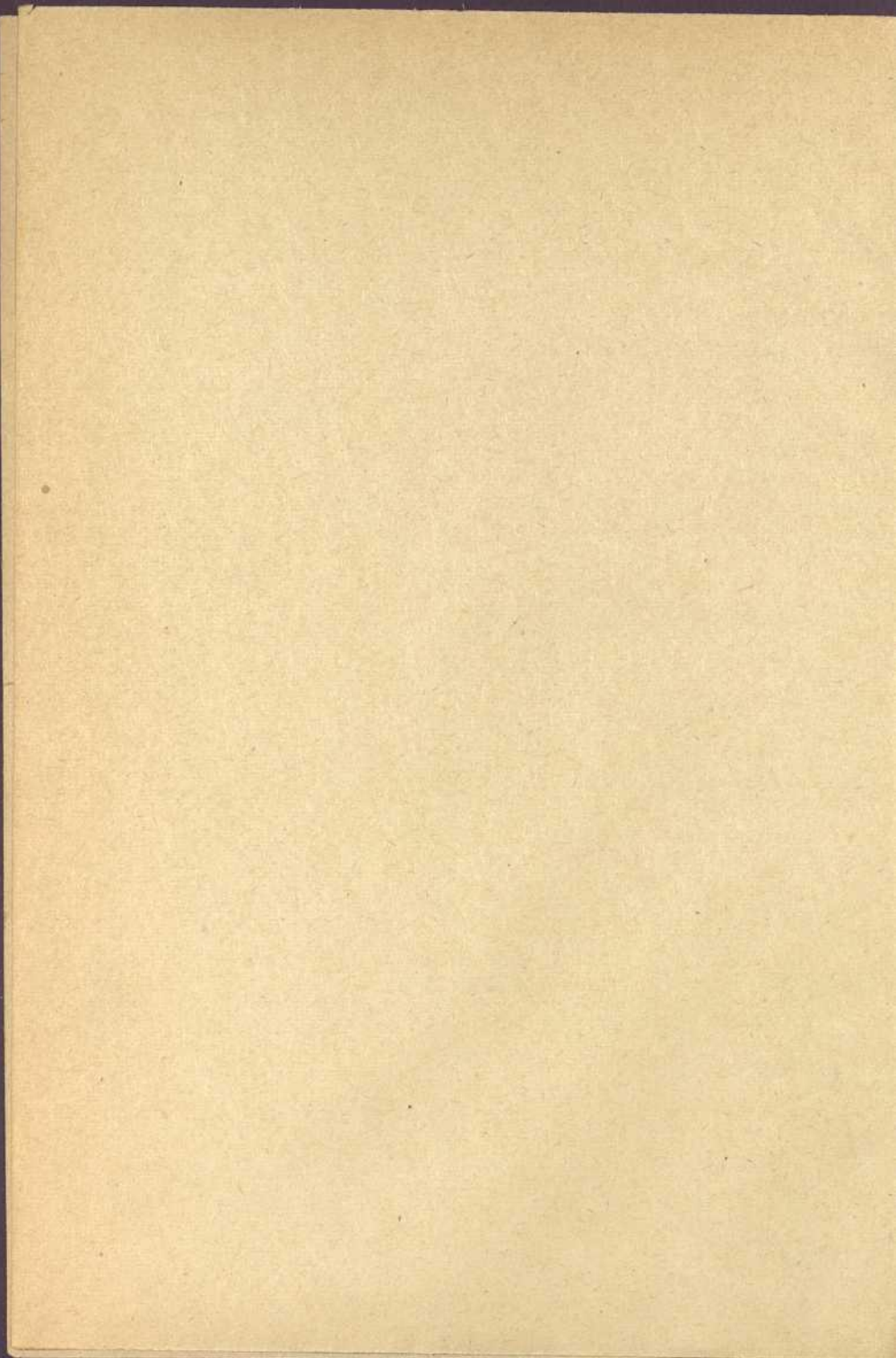




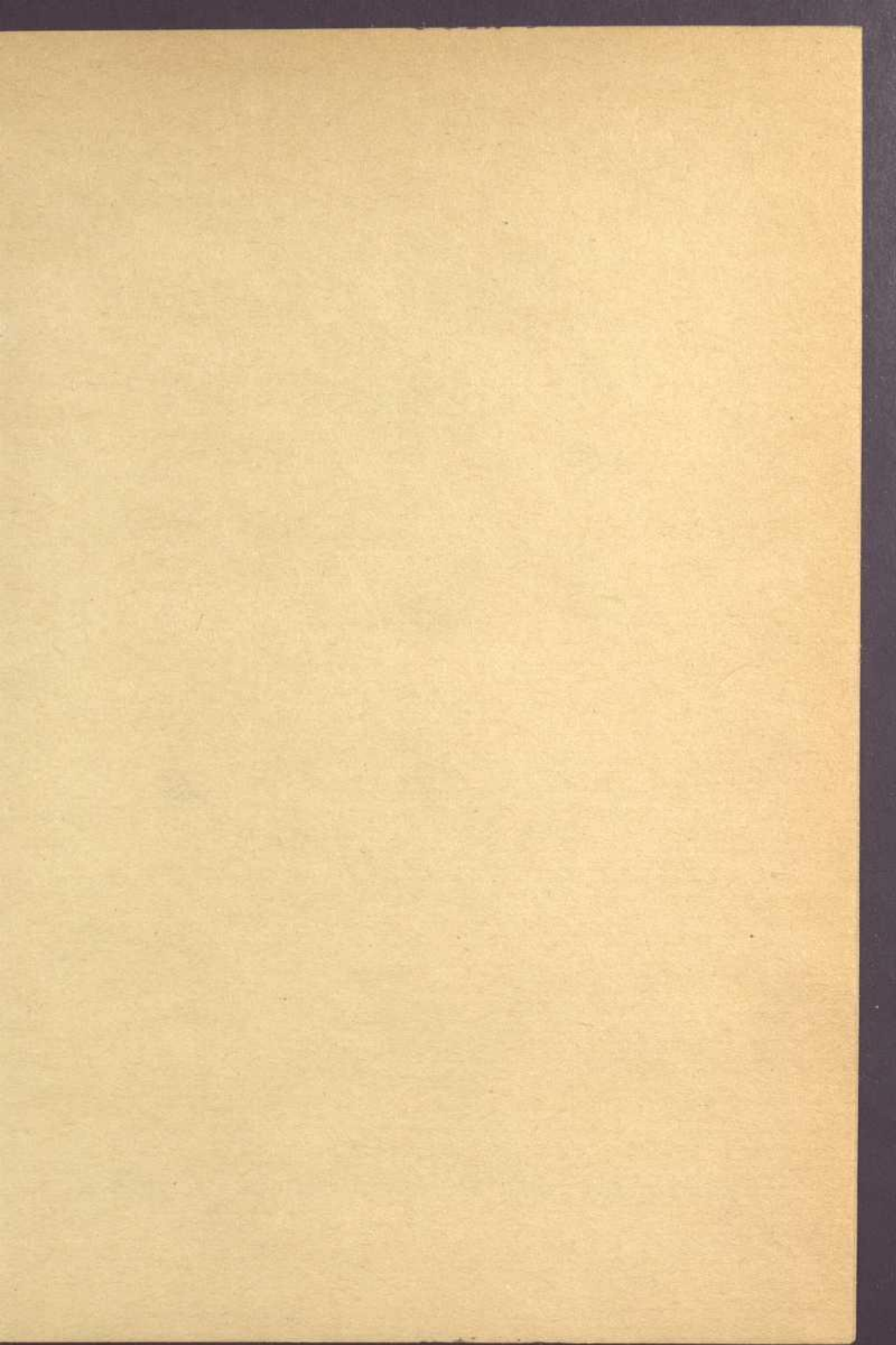


#A-5246

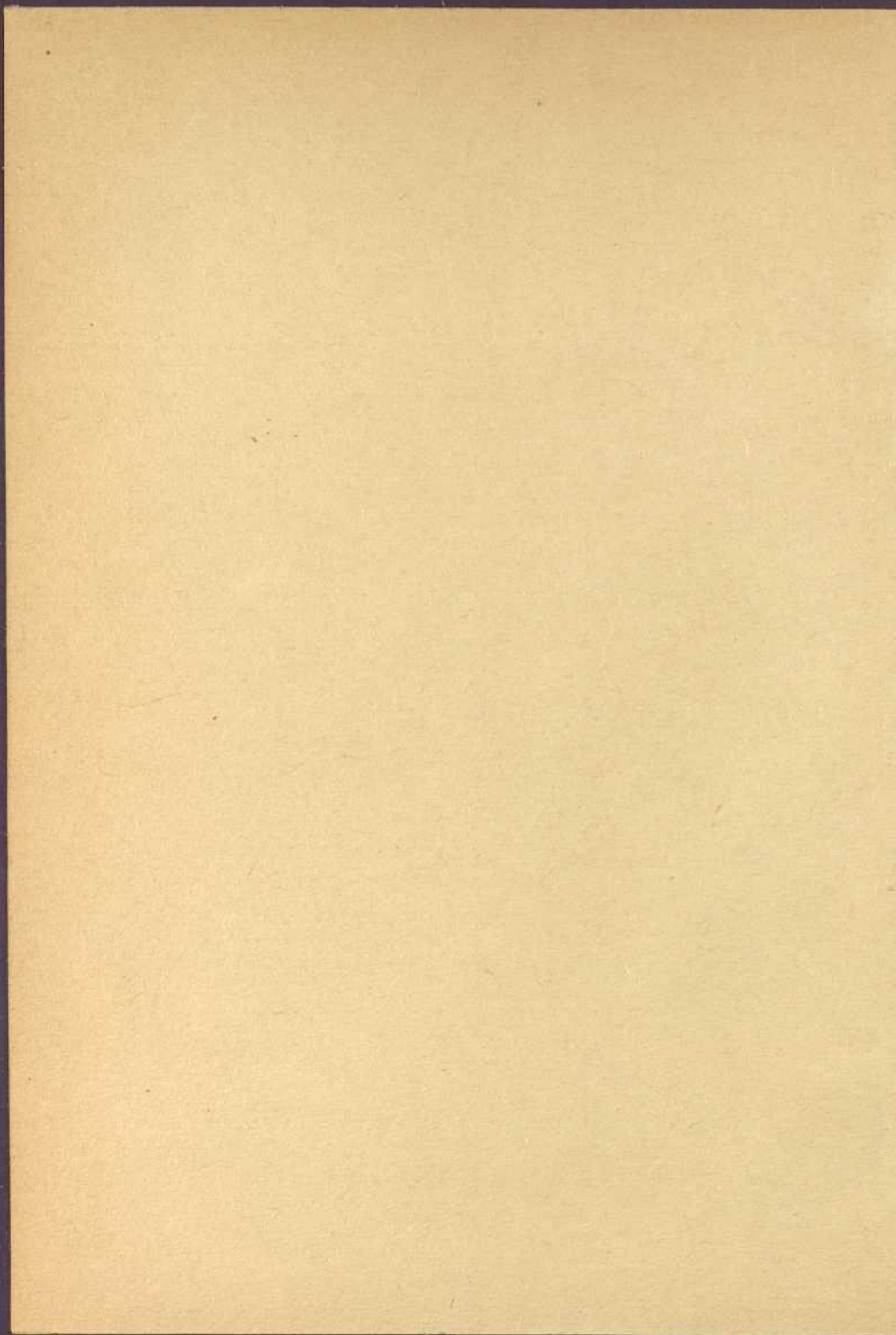














LOS  
RACIMOS  
DE  
CORINTO

1



CUENTOS Y ESTAMPAS DE NAVIDAD



LOS  
RACIMOS  
DE  
CORINTO.

I

CUENTOS Y ESTAMPAS DE NAVIDAD

FA-5246

# LOS RACIMOS DE CORINTO

Copyright of EDITORIAL CORINTO

CORRIENTES 330  
BUENOS AIRES

## CUENTOS Y ESTAMPAS DE NAVIDAD

POR

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN  
 HANS CHRISTIAN ANDERSEN  
 GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER  
 FRANÇOIS COPPÉE  
 ALPHONSE DAUDET  
 CHARLES DICKENS  
 FEDOR DOSTOIEVSKY  
 MARIANO JOSÉ DE LARRA  
 GUY DE MAUPASSANT  
 THOMAS NELSON PAGE  
 JOSÉ MARÍA DE PEREDA  
 MATILDE SERA O  
 HERMANN SUDERMANN

SELECCION DE  
PEDRO ORTIZ BARILI



~~A 8158~~  
UR-12531

**EDITORIAL CORINTO**

MEMBRO EN ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA



Queda hecho el depósito  
que previene la ley 11.723

Copyright by EDITORIAL CORINTO

CORRIENTES 330  
BUENOS AIRES

IMPRESO EN ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINE

## NUESTRA NUEVA COLECCION

*Siempre es aventurado en el campo editorial, sobre todo cuando se sale a él con el espíritu abierto a cualquier sugestión consciente, hablar de lo que se va a hacer. Pero toda colección debe llevar impresa en el primer volumen su guión de propósitos.*

*Serán "Los Racimos de Corinto", como su nombre lo indica y el primero de ellos lo proclama, conjuntos de pequeños sustanciosos frutos literarios, en cada uno de los cuales llegará al público la esencia del genio de su autor. Las diversas piezas que los constituyan pertenecerán a distintos escritores, pero, como los auténticos racimos que cuelgan en las vides el milagro de la multiplicación del sol, tendrán un eje común que les dará unidad y engarce: el tema y la jerarquía.*

*Los más bellos cuentos, estampas y ensayos que se hayan publicado en todos los tiempos, las narraciones más sugestivas sobre fechas, lugares, sucesos y temas de resonancia universal y eterna, irán formando, seleccionados con criterio literario y sentido ecléctico, "Los Racimos de Corinto".*

*A punto queda para la vendimia, con el presente volumen, el primero de ellos. Ojalá el lector experimente, al gustarlo con la fruición con que se gusta un buen mosto, lo que nosotros aspiramos a proporcionarle: la sana alegría del vendimiador.*

LOS EDITORES



## NUESTRA NUEVA COLECCION

Siempre es oportuno en el campo editorial, sobre todo cuando se trata de un espíritu abierto a cualquier sugerencia, hablar de lo que se va a hacer. Pero toda colección debe llevar impresa en el primer volumen su guía de propósitos. Serán "Los Racinos de Corinto", como se conoce la edición y el primero de ellos lo proclama, constantes de pequeños y sencillos textos literarios, en cada uno de los cuales habrá al público la esencia del genio de su autor. Los autores puros que los constituyen pertenecerán a distintos sectores, pero como los auténticos valores que campear en las riberas del río de la multiplicación del sol, tendrán un eje común que los dará unidad y enlace: el tema y la técnica.

Los más bellos cuentos, ensayos y ensayos que se hayan publicado en todos los tiempos, las narraciones más sugestivas sobre fechas, lugares, sucesos y temas de resonancia universal y eterno, van formando, seleccionados con criterio literario y sentido estético, "Los Racinos de Corinto".

A punto queda para la vindicta con el presente volumen el primero de ellos. Ojalá el lector experimente el gusto con la fricción con que se quita un buen mosto, lo que nosotros aspiramos a proporcionar: la sana alegría del vendimador.

Los Editores

LA  
NOCHE BUENA  
DEL POETA

POR

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

I

**H**ACE muchos años (¡como que yo tenía siete!) que, al obscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Avemarías al toque de oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro: esta noche no te acostarás a la misma hora que las gallinas: ya eres grande, y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores. Esta noche es *Nochebuena*.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché tales palabras. ¡Yo me acostaría tarde!

Dirigí una mirada de desprecio a aquellos de mis hermanos que eran más pequeños que yo, y me puse a discurrir el modo de contar en la escuela, después del día de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera calaverada, aquella primera disipación de mi vida.

II

Eran ya las *Animas*, como se dice en mi pueblo.

¡En mi pueblo: a noventa leguas de Madrid; a mil leguas del mundo, en un repliegue de Sierra Nevada!

¡Aun me parece veros, padres y hermanos!

Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba;





en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en nuestra casa a presidir la ceremonia de familia; en seguida se hallaban mis padres; luego, nosotros, y entre nosotros, los criados...

Porque en aquella fiesta todos representábamos la *Casa*, y a todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban de pie y las criadas acurrucadas o de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta a la lumbre.

Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea, ¡por aquel camino de los duendes!

¡Y el viento silbaba a lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa, y yo los acompañaba, a pesar suyo, con una gran zambomba, que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto.

¿Conocéis la canción de los *Aguinaldos*, la que se canta en los pueblos que caen al Oriente del *Mulhacem*?

Pues a esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal, y cantaron coplas como la siguiente:

*Esta noche es Nochebuena  
Y mañana, Navidad;  
Saca la bota, María,  
Que me voy a emborrachar.*

Y todo era bullicio, todo contento. Los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas, el rosolí, el aguardiente de giundas, circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir a la *Misa del Gallo* a las doce de la noche, y a los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos puesto los muchachos en la torre...

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó a mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

*La Nochebuena se viene,  
La Nochebuena se va,  
Y nosotros nos iremos  
Y no volveremos más.*

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón. Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquél un raptó de intuición impropia de mi edad; fué milagroso presentimiento; fué un anuncio de los inefables tedios de la poesía; fué mi primera inspiración... Ello es que vi con una lucidez maravillosa el fatal destino de las tres generaciones allí juntas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entraba ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna. ¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo! ¡Y todos los siglos habrían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después!...

*La Nochebuena se viene,  
La Nochebuena se va...*

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos, contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

*¡Y nosotros nos iremos  
Y no volveremos más!*

¡Concepto horrible, sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que me daba la muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Nochebuenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos



perdidos para siempre; los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento; la infancia de mis padres, la primera *Nochebuena* de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa anteriores a mis siete años... Y luego adiviné, y desfilaron también ante mis ojos, mil *Nochebuenas* más, que vendrían periódicamente, robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes — mis hermanos, que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que naturalmente morirían antes que nosotros; *nosotros* solos en la vida; el siglo xix substituído por el siglo xx; aquellas brasas hechas ceniza; mi juventud evaporada, mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitud con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían, cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba, y, como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño y se me mandó acostar...

Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corrieron juntas, por consiguiente, mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una escena a que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), o por ser ya demasiado hombre (según deduzco yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida.

Debí, al cabo, de dormirme, pues no recuerdo si quedaron o no en conversación la *Misa del Gallo*, la de los *Pastores* y el sorbete proyectado.

### III

¿Dónde está mi niñez?  
Paréceme que acabo de contar un sueño.

¡Qué diablo! ¡Ancha es Castilla!  
Mi abuela paterna, la que cantó la copla, murió hace ya mucho tiempo.

En cambio, mis hermanos se casan y tienen hijos,  
El arpa de mi padre rueda entre los muebles viejos, rota  
y descordada.

Yo no ceno en mi casa hace algunas *Nochebuenas*.

Mi pueblo ha desaparecido en el océano de mi vida, como  
isloote que se deja atrás el navegante.

Yo no soy ya aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de igno-  
rancia, de curiosidad y de angustia que penetraba temblando  
en la existencia.

Yo soy ya . . . nada menos que un hombre, un habitante  
de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida y se engríe  
de su amplia independencia, como soltero, como novelista, como  
voluntario de la orfandad que soy, con patillas, amores y trata-  
miento de *usted*.

¡Oh!: cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir,  
el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia,  
mi alma descubierta y templada como un piano en noche de  
concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes,  
con aquel rapazuelo que tocaba la zambomba hace quince años  
en un rincón de Andalucía, sonrío me por fuera, y hasta lanzo  
una carcajada, que considero de buen tono, mientras que mi  
solitario corazón destila en su lóbrega caverna, procurando que  
no la vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía . . .

¡Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar  
tranquilo donde envejecen mis padres!

#### V IV

Conque, vamos al negocio; pues, como dicen los muchachos  
por esas calles de Dios:

*Esta noche es Nochebuena,*

*Y no es noche de dormir;*

*Que está la Virgen de parto,*

*Y a las doce ha de parir.*

¿Dónde pasaré la noche? —  
Afortunadamente, puedo escoger.



Y si no, veamos.

Estamos a 24 de diciembre de 1855, en Madrid.

Conocemos por su nombre a los mozos de los cafés.

Tratamos tú por tú a los poetas aplaudidos, semidioses, por más señas, para los aficionados de lugar.

Visitamos los teatros por dentro, y los actores y los cantantes nos estrechan las manos entre bastidores.

Penetramos en la redacción de los periódicos, y estamos iniciados en la alquimia que los produce. Hemos visto los dedos de los cajistas tiznados con el plomo de la palabra, y los dedos de los escritores tiznados con la tinta de la idea.

Tenemos entrada en una tribuna del Congreso, crédito en las fondas, tertulias que nos aprecian, sastré que nos soporta . . .

¡Somos felices! Nuestra ambición de adolescentes está colmada. Podemos divertirnos mucho esta noche. Hemos tomado la tierra. Madrid es país conquistado. ¡Madrid es nuestra patria! ¡Viva Madrid!

Y vosotros, jóvenes provincianos, que, a la caída de la tarde, en el otoño, solitarios y tristes, sacáis a pasear por el campo vuestros impotentes deseos de venir a la corte; vosotros, que os sentís poetas, músicos, pintores, oradores, y aborrecéis vuestro pueblo, y no habláis con vuestros padres, y lloráis de ambición, y pensáis en suicidaros . . . ; vosotros . . . ¡reventad de envidia, como yo reviento de placer!

## V

Han pasado dos horas.

Son las nueve de la noche.

Tengo dinero.

¿Dónde cenaré?

Mis amigos, más felices que yo, olvidarán su soledad en el estruendo de una orgía.

—¡La noche es de vino! — exclamaban hace poco rato.

Yo no he querido ser de la partida. Yo he atravesado ya, sin ahogarme, ese mar rojo de la juventud.

—La noche es de lágrimas — les he contestado.

Mis tertulias están en los teatros. ¡Los madrileños celebran

la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo oyendo disparatar a los comediantes!

Algunas familias, en las que soy extranjero, me han querido dar la limosna de su calor doméstico, convidándome a comer — ¡porque ya no cenamos!... — Pero yo no he ido; yo no quiero eso; yo busco mi cena pascual, la colación de *Nochebuena*, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma... ¡La religión que me enseñaron cuando niño!

## VI

¡Ah! Madrid es una posada.

En noches como ésta se conoce lo que es Madrid.

Hay en la corte una población flotante, heterogénea, exótica, que pudiera compararse a la de los puertos francos, a la de los presidios, a la de las casas de locos.

Aquí hacen alto todos los viajeros que van de paso al porvenir, al reino fantástico de la ambición, o los que vuelven de la miseria y del crimen...

La mujer hermosa viene aquí a casarse o a pervertirse.

La pasiega deshonorada, a criar.

El mayorazgo, a arruinarse.

El literato, por gloria.

El diputado, a ser ministro.

El hombre inútil, por un empleo.

Y el sabio, el inventor, el cómico, el gigante, el enano; así el que tiene una rareza en el alma, como el que la tiene en el cuerpo; lo mismo el monstruo de siete brazos o de tres narices, que el filósofo de doble vista; el charlatán y el reformador; el que escribe melodías y el que hace billetes falsos, todos vienen a vivir algún tiempo a esta inmensa casa de huéspedes.

Los que logran hacerse notar, los que encuentran quien los compre, los que se enriquecen a costa de sí mismo, se tornan en posaderos, en caseros, en dueños de Madrid, olvidándose del suelo en que nacieran...

Pero nosotros, los caminantes, los inquilinos, los forasteros, nos damos cuenta esta noche de que Madrid es un vivac, un destierro, una prisión, un purgatorio...



Y por la primera vez en todo el año conocemos que ni el café, ni el teatro, ni el casino, ni la fonda, ni la tertulia son nuestra casa...

Es más; ¡conocemos que nuestra casa no es nuestra casa!

## VII

La *Casa*, aquella mansión tan sagrada para el patriarca antiguo, para el ciudadano romano, para el señor feudal, para el árabe; la *Casa*, arca santa de los penates, templo de la hospitalidad, tronco de la raza, altar de la familia, ha desaparecido completamente en las capitales modernas.

La *Casa* existe todavía en los pueblos de provincia.

En ellos, nuestra casa es casi siempre nuestra...

En Madrid, casi siempre es del casero.

En provincias, cuando menos, la casa nos alberga veinte, treinta, cuarenta años seguidos...

En Madrid, se muda de casa todos los meses, o, a más tardar, todos los años.

En provincias, la fisonomía de la casa siempre es igual, simpática, cariñosa: envejece con nosotros; nos recuerda nuestra vida; conserva nuestras huellas...

En Madrid, se revoca la fachada todos los años bisiestos, se visten las habitantes con ropa limpia, se venden los muebles que consagró nuestro contacto.

Allí, nos pertenece todo el edificio: el yerbooso patio, el corral lleno de gallinas, la alegre azotea, el profundo pozo, terror de los niños, la torre monumental, los anchos y frescos cenadores...

Aquí, habitamos medio piso, forrado de papel, partido en tugurios, sin vistas al cielo, pobre de aire, pobre de luz.

Allí, existe el afecto de la vecindad, término medio entre la amistad y el parentesco, que enlaza a todas las familias en una misma calle...

¡Aquí, no conocemos al que hace ruido sobre nuestro techo ni al que se muere detrás del tabique de nuestra alcoba, y cuyo estertor nos quita el sueño!

En provincias, todo es recuerdos, todo amor local: en un lado, la habitación donde nacimos; en otro, la en que murió

nuestro hermano; por una parte, la pieza sin muebles en que jugábamos cuando niños; por otra, el gabinete en que hicimos los primeros versos . . . , y, en un sitio dado, en la cornisa de una columna, en un artesonado antiguo, el nido de golondrinas, al cual vienen todos los años dos fieles esposos, dos pájaros de África, a criar una nueva prole . . .

En Madrid se desconoce todo esto.

¿Y la chimenea? ¿Y el hogar? ¿Y aquella piedra sacrosanta, fría en el verano y durante las ausencias, caliente y acariciadora en el invierno; aquellas noches felices que ven la reunión de todos los hijos en torno de sus padres, pues hay vacaciones en el colegio, y los casados han acudido con sus pequeñuelos, y los ausentes, los hijos pródigos, han vuelto al seno de su familia? ¿Y ese hogar? . . . , decidme . . . , ¿dónde está ese hogar en las casas de la corte?

¿Será un hogar acaso la chimenea francesa, fábrica de bronce, mármol o hierro, que se vende en las tiendas al por mayor y al por menor, y hasta se alquila en caso necesario?

¡La chimenea francesa! ¡He aquí el símbolo de una familia cortesana! ¡He aquí vuestro hogar, madrileños! ¡Hogar sujeto a la moda; que se vende cuando está antiguo; que muda de habitación, de calle y de patria: hogar, en fin (y esto lo dice todo), que se empeña en un día de apuro!

## VIII

He pasado por una calle y he oído cantar sobre mi cabeza, entre el ruido de copas y platos y las risas de alegres muchachas, la copla fatídica de mi abuela:

*La Nochebuena se viene,  
La Nochebuena se va,  
Y nosotros nos iremos  
Y no volveremos más.*

—He ahí — me he dicho — una casa, un hogar, una alegría, una sopa de almendra y un besugo, que pudiera comprar por tres o cuatro napoleones.



En esto, me ha pedido limosna una madre que llevaba dos niños: uno en brazos, envuelto en su deshilachado mantón, y otro más grande, cogido de la mano. ¡Ambos lloraban, y la madre también!

## IX

No sé cómo he venido a parar a este café, donde oigo sonar las doce de la noche, la hora del Nacimiento.

Aquí, solo, aunque bulle a mi alrededor mucha gente, he dado en analizar la vida que llevo desde que abandoné mi casa paterna, y me ha horrorizado por primera vez esta penosa lucha del poeta en Madrid; lucha en que sacrifica a una vana ambición tanta paz, tantos afectos.

Y he visto a los vates del siglo XIX convertidos en gaceti-lleros; a la Musa con las tijeras en la mano despedazando *suelos*; a los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la patria, zurcir hoy *artículos de fondo* para rehabilitar un *partido* y ganar cincuenta duros mensuales.

¡Pobres hijos de Dios! ¡Pobres poetas!

Dice Antonio de Trueba (a quien dedico este artículo):

*Hallo tantas espinas  
En mi jornada,  
Que el corazón me duele,  
Me duele el alma...*

¡He aquí mi *Nochebuena* del presente, mi *Nochebuena* de hoy!

Luego he tornado otra vez la vista a las *Nochebuenas* de mi pasado, y, atravesando la distancia con el pensamiento, he visto a mi familia, que en esta hora patética me echará de menos; a mi madre, estremeciéndose cada vez que gime el viento en el cañón de la chimenea, como si aquel gemido pudiese ser el último de mi vida; a unos diciendo: "¡Tal año estaba aquí!"; a otros: "¿Dónde estará ahora?..."

¡Ay!, ¡no puedo más! ¡Yo os saludo a todos con el alma, queridos míos! Sí: yo soy un ingrato, un ambicioso, un mal

hermano, un mal hijo... Pero ¡ay otra vez, y ay cien mil veces!; yo siento en mí una fuerza sobrenatural que me lleva hacia adelante y que me dice: "¡Tú serás!" ¡Voz de maldición que estoy oyendo desde que yacía en la cuna!

¿Y qué he de ser yo, desdichado? ¿Qué he de ser?

*Y nosotros nos iremos,  
Y no volveremos más.*

¡Ah!: yo no quiero irme: yo quiero volver: inmolado demasiado en la contienda para no salir victorioso: triunfaré en la vida y triunfaré de la muerte... ¿No ha de tener recompensa esta infinita angustia de mi alma?

.....

Es muy tarde.

La copla de la difunta sigue revoloteando sobre mi cabeza.

*La Nochebuena se viene...*

¡Ah! ¡sí! ¡Vendrán otras *Nochebuenas!* — me he dicho, reparando en mis pocos años.

Y he pensado en las *Nochebuenas* de mi porvenir.

Y he empezado a formar castillos en el aire.

Y me he visto en el seno de una familia venidera, en el segundo crepúsculo de la vida, cuando ya son frutos las flores del amor.

Ya se había calmado esta tempestad de amor y lágrimas en que zozobro, y mi cabeza reposaba tranquila en el regazo de la paciencia, ceñida con las flores melancólicas de los últimos y verdaderos amores.

¡Yo era ya un esposo, un padre, el jefe de una casa, de una familia!

El fuego de un hogar desconocido ha brillado a lo lejos, y a su vacilante luz he visto a unos seres extraños que me han hecho palpar de orgullo.

¡Eran mis hijos!...

Entonces he llorado...

Y he cerrado los ojos para seguir viendo aquella claridad



rojiza, aquella profética aparición, aquellos seres que no han nacido...

La tumba estaba ya muy próxima... Mis cabellos blanqueaban...

Pero, ¿qué importaba ya? ¿No dejaba la mitad de mi alma en la madre de mis hijos? ¿No dejaba la mitad de mi vida en aquellos hijos de mi amor?

¡Ay! En vano quise reconocer a la esposa que compartía allí conmigo el anochecer de la existencia...

La futura compañera que Dios me tenga destinada, esa desconocida de mi porvenir, me volvía la espalda en aquel momento...

¡No: no la veía!... Quise buscar un reflejo de sus facciones en el rostro de nuestros hijos, y el hogar empezó a apagarse.

Y cuando se apagó completamente, yo seguía viéndolo...

¡Era que sentía su calor dentro de mi alma!

Entonces murmuré por última vez:

*La Nochebuena se va...*

Y me quedé dormido..., quizá muerto.

Cuando desperté, se había ido ya la *Nochebuena*.

Era el primer día de Pascua.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

EL  
A B E T O

POR

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

**E**L abeto nació en el límite del bosque. Había echado raíces en un sitio ideal, pues recibía los rayos del sol, estaba bien aireado y no lo ahogaban los grandes pinos, sus hermanos, que crecían en torno. Mas el arbolito era incapaz de apreciar esas ventajas. No tenía más que una idea, no alentaba más que un deseo: crecer cuanto antes. El buen calor del sol, el viento que le refrescaba y le traía la lluvia cuando era necesario, todo aquello le era indiferente. Con frecuencia, los chicos de la aldea cercana iban al bosque, a buscar fresas en verano y moras en otoño. Cuando habían llenado sus canastos se sentaban junto al abeto.

—¡Qué árbol más lindo! — decían al verlo —. ¡Es encantador!

Pero al árbol lo ofendían tales elogios.

Ese año creció una pulgada, y otra más al año siguiente. Tenía ya varios de esos pisos de ramas que denotan la edad de los abetos.

—¡Qué lentamente me desarrollo! — lamentábase —. ¿Cuándo podré, como mis mayores, ostentar una magnífica copa de follaje? Los pájaros vendrían a mí para hacer sus nidos, y cuando soplase el viento devolvería majestuosamente a mis hermanos las reverencias que me hacen.

Apesadumbrado por aquel vano deseo, no sabía regocijarse con la luz del sol, el canto de los pájaros y la fragancia de las noches. El invierno tendió en torno del abeto una capa de nieve. Una liebre pasó corriendo y saltó el árbol de un brinco, lo que le humilló bastante. Tres años después, la liebre quiso saltar



de nuevo, pero tomó poco impulso y rodó por tierra, con gran placer del arbolillo.

—¡Qué dicha, crecer al fin! — pensó éste —. ¡Entrar en años, ser respetable! ¿No es eso, acaso, lo mejor que puede anhelarse?

Los leñadores talaban en otoño los árboles más grandes. El abeto, que empezaba a tomar cuerpo, meditó y se estremeció. ¿Seguiría él la misma suerte cuando tuviese la estatura necesaria? Porque no sólo talaban los magníficos árboles, sino que, cuando los abatían, les arrancaban las ramas y la corteza, y los dejaban yacer por tierra desnudos, despojados, ignorados. Luego eran cargados en carros y llevados de allí.

¿A dónde los transportaban? ¿Qué era de ellos? En la primavera, cuando regresaron las golondrinas y las cigüeñas, el abeto las interrogó:

—Vosotras que viajáis tanto, ¿sabéis qué ha sido de los grandes árboles que han cortado?

Las golondrinas no habían visto nada, pero una cigüeña levantó la cabeza y dijo, después de reflexionar un rato:

—El otro día encontré en el mar, a algunas millas de las costas de Egipto, varios barcos recientemente construidos. Estaba cansada y me posé un instante en el palo mayor de uno de ellos. Tenía un inconfundible olor a abeto. Era, sin duda, uno de esos árboles. Por cierto que ofrecen un arrogante aspecto entre las velas y las jarcias y las banderas.

—¿Por qué no seré grande yo? — dolióse el abeto, cuya vanidad se vió inmediatamente excitada —. ¿Por qué no seré alto para que me lleven y me adornen como a ellos? Pero, dime, cigüeña, ¿qué es el mar? ¿A qué se asemeja?

—Sería tarea larga explicártelo — contestó la cigüeña —. Y es la hora de la siesta. Buenas tardes, abeto.

—¡Alégrate de tu lozana juventud! — decía el rayo de sol —; ¡alégrate de la savia fresca y vigorosa que corre por tus ramas, en vez de aspirar a estar donde no estás!

La brisa jugueteaba entre las ramas flexibles del arbolillo; el rocío lo cubría de gotas como perlas. Pero el abeto sólo ansiaba crecer y viajar.

Cuando la Navidad se acercaba, los leñadores llegaban al bosque a cortar arbolitos que no eran siquiera tan altos como

el vanidoso abeto. Se llevaban los más hermosos, dejándoles las ramas y colocándolos en carretas.

—¿A dónde los llevan? —preguntábase con envidia el abeto—. No son mayores que yo, y hasta hay algunos más pequeños. ¿Cuál será su suerte?

—¡Nosotros lo sabemos muy bien! —aseguraron los gorriones—. Allá abajo, en la ciudad, hemos mirado por los balcones y las ventanas, y hemos visto esos afortunados abetos. ¡Qué esplendor el suyo! ¡De qué cosas más lindas los rodean! Los plantan en un salón bien templado, en una gran caja, y los adornan con naranjas, finos transparentes, muñecas, iluminándolos con centenares de bujías de colores colocadas entre sus ramas. ¡Ah, qué felices deben ser!

—¿Y luego? —interrogó, trémulo de emoción, el abeto—. ¿Qué hacen luego con ellos?

—No sabemos —respondieron los gorriones—. Pero el espectáculo es maravilloso.

—¿Es ése, entonces, el brillante destino que me espera? —murmuró el abeto, agitado—. ¿Y por qué no? —agregó irguiéndose con orgullo—. Es tan lindo como cruzar el mar. ¡Qué dicha va a ser la mía! ¿Por qué no llegará pronto Navidad? Ya estoy tan alto y frondoso como los que se llevaron hace algunos meses. Ansío verme en la habitación templada, entre otras cosas tan bonitas. Pero tengo que esperar. ¡Y cuánto desespera esperar!

—¡Alégrate de tu lozana juventud y de tu vida al aire libre! —decía el rayo de sol.

Pero el abeto seguía pensativo y sombrío. No obstante, claro está, crecía visiblemente. Al acercarse Navidad, los leñadores lo vieron y lo cortaron. El hacha le hizo saltar la savia y caer al suelo con un gemido. Debería haberse alegrado, pero, por lo visto, hasta los abetos son inconsecuentes e ignoran lo que quieren. Aquél empezó a sentir pena al abandonar el sitio de su nacimiento, donde había crecido y prosperado. Dió en lamentarse de verse separado de sus compañeros los arbustos y de sus amigas las florecillas. Acaso —pensaba— no las volvería a ver, como tampoco a los pajarillos. La partida fué muy triste.

No se repuso del todo hasta que, llegado a un patio grande,



lo sacaron de la carreta junto con los demás abetos. Un caballero dijo señalándolo:

—Éste es bueno; me quedo con él.

Dos sirvientes galoneados lo tomaron y lo llevaron a un magnífico salón. Había cuadros en las paredes. Sobre la estufa de porcelana, dos jarrones soberbios. Los muebles todos eran muy lujosos. Doscientos pesos de juguetes aguardaban allí al árbol de Navidad.

Fué colocado en un gran barril lleno de arena y recubierto exteriormente de telas verdes. El abeto hallábase emocionado, como un artista en la noche de su presentación. ¿Qué sucedería? ¿Qué papel iba a representar? Todo el mundo se aproximó interesado, y algunas señoritas empezaron a adornarlo. Colgaron de sus ramas bolsitas de caramelos. Ataron manzanas y nueces con tal arte, que se habría dicho eran sus frutos naturales. Cientos de bujías azules, encarnadas y blancas, distribuyéronse en su copa. Colocáronle también muñecas que parecían criaturas de verdad, y en lo más alto le pusieron una corona de oropel. ¡Cómo brillaba, Dios mío!

—¿Qué sucederá esta noche? —se interrogaban las señoritas, admiradas de su obra.

—¡Cómo ansío que llegue la noche! —suspiraba a su vez el abeto—. ¡Cómo va a lucir mi obscuro follaje a la luz de tanta bujía! Si mis hermanos del bosque me vieran, se morirían de envidia. ¿Y los gorriones? ¿Vendrán a mirar por la ventana? Luego echaré raíces aquí y permaneceré adornado durante todo el año...

De tanto pensar en ello sintió dolor de púas, lo que en los abetos equivale a nuestro dolor de cabeza.

Y la deseada noche llegó al fin. Se encendieron las bujías. ¡Qué resplandor! Un estremecimiento de orgullo invadió al arbolillo e hizo que una de sus ramas tocara una bujía. Hubo olor a quemado, pero las señoritas acudieron y remediaron el mal.

El abeto, asustado, no se atrevió ya a moverse, por miedo a que se incendiasen sus adornos. Permanecía rígido, con las hermosas cosas que sostenía.

Abrióse de par en par la puerta y un grupo de muchachos se precipitó hacia el árbol como un ciclón. Al verlo, se detu-

vieron maravillados. Pero un momento después se pusieron a cantar y a bailar en torno de él, y a una señal convenida comenzaron a despojarlo de caramelos, muñecas, frutas y juguetes.

—¿Qué significa esto? — pensó el árbol, desagradablemente sorprendido.

Las bujías ardían hasta el fin, pero como podían quemar las ramas, las iban apagando. Una vez apagadas todas, los niños fueron autorizados a saquear el árbol de Navidad.

¡Con qué saña se lanzaron sobre el pobre arbolillo, tirando y arrancando las ramas! Si no hubiera estado bien plantado en el tonel, lo habrían derribado.

Los chicos se dispersaron luego por grupos, mostrándose sus presas. Nadie se ocupaba ya del árbol, excepto la niñera, que se aproximó, examinó las ramas, y tomó dos o tres dulces y una manzana que habían dejado olvidados.

—¡Un cuento! ¡Cuéntanos un cuento! — pidieron los niños llevando junto al árbol a un obeso anciano que acababa de entrar.

—Bueno, pero uno solo, ¿eh? — respondió el caballero sentándose —. ¿Queréis el de Yvede-Avede o el de Klumpé-Dumpé, que cayó por las escaleras y se casó, a pesar de todo, con la princesa?

—¡El de Yvede-Avede! — gritaron unos.

—¡El de Klumpé-Dumpé! — sostuvieron otros.

Durante varios minutos, un ruido infernal atronó la sala. Todos hablaban a la vez. El abeto se decía con amargura:

—¿No formo ya parte de la sociedad para que así me abandonen?

Por fin, el anciano decidió contar la historia de Klumpé-Dumpé, que rodó por las escaleras, lo cual no le impidió, sin embargo, casarse con la princesa. Los chicos aplaudieron y gritaron:

—¡Otro cuento; cuéntanos otro cuento!

Pero el anciano no quiso complacerlos.

El árbol había escuchado con asombro. Los pájaros del bosque no le hablaron nunca de aquellas cosas.

—¡Cómo es el mundo! — se dijo —. Klumpé-Dumpé era ridículo cuando rodó por las escaleras, pero ello no le impidió ser luego yerno del rey. ¿Por qué, pues, he de quejarme si ahora me desprecian? Pronto lograré honores.



Con tan grave seriedad había hablado el viejo caballero, precisando los menores detalles, que el árbol creyó cierta la historia de Klumpé-Dumpé. Combatió su melancolía pensando que al día siguiente volverían a ponerle sus adornos de dulces y bujías de colores.

Al otro día entraron sirvientes y criadas.

—Bueno —murmuró para sí el abeto—; vienen a adornarme otra vez.

Pero, lejos de eso, los criados tomaron el barril, lo subieron al granero, lo dejaron en un oscuro rincón y se fueron.

—¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué nuevas vicisitudes voy a pasar? ¿Ahora que empezaba a tomarle el gusto a los cuentos, me van a condenar a este silencio, a esta soledad?

Así se lamentaba el abeto, evocando las alternativas de su pasajera gloria. Pasaron días y noches sin cambios en su situación. Al fin se abrió la puerta: era una sirvienta que colocó junto al árbol una gran caja vieja, de manera que éste quedó más oculto y olvidado que antes.

Para consolarse, pensaba:

—Estamos en invierno; la tierra hállase cubierta de nieve y no es posible que vuelvan a plantarme en el límite del bosque. Me han puesto bajo techo hasta que llegue la primavera, lo cual no deja de ser una prueba de solicitud. ¡Si esto no estuviese tan oscuro! ¡Si hubiese alguna sociedad, se podría, al menos, esperar mejor! Allí, aun cuando el bosque estaba cubierto por la nieve, había distracciones. Las liebres pasaban saltando. Hasta por encima de mí cruzaba alguna. Me agradaría hoy. Tendría, por lo menos, compañía, pues esta soledad aburre a cualquiera.

—¡Pif, pif! —silbó una ratita que avanzaba a saltitos, seguida por una hermana. Olieron el abeto y empezaron a trepar por sus ramas.

—¡Qué frío! —exclamaron—. A no ser por él, se estaría bien aquí, ¿verdad, viejo abeto?

—¡Viejo! —respondió éste—. Hay otros que tienen muchos más años que yo y no son todavía lo que se llama viejos.

—Discúlpanos —dijeron a un tiempo las dos ratitas—; no hay aquí luz suficiente, ni para nosotras, que vemos en la obscuridad, y te hemos tomado por un abeto que desde hace dos

años veíamos en este lugar. ¡Dos años! ¡Mucho tiempo para nosotras! Pero ¿de dónde vienes tú? Habla. ¿Conoces los mejores lugares de la casa; por ejemplo, la famosa despensa, siempre abierta, donde no hay gatos ni ratoneras; donde descansan cien enormes quesos; donde los salchichones son tan largos que cuelgan del techo hasta el suelo? El piso de esa despensa está cubierto de lonjas de tocino confundidas con velas del mejor sebo. ¿Conoces ese paraíso donde hasta la más flaca engorda a los ocho días? Si lo sabes, explícanos en seguida por dónde se puede llegar allí.

—Nunca estuve en ese lugar, pero conozco muy bien el bosque, donde brilla el sol y cantan los pajarillos —replicó el abeto.

Y narró la historia de sus primeros años. Era una novedad para las ratitas, que le escuchaban sin perder palabra, y le interrumpían frecuentemente para decir:

—¡Cuántas cosas has visto! ¡Qué dichoso debías ser! El alimento llegaba solo a tus raíces, mientras que nosotras arros-tramos mil peligros para buscarnos el sustento. Además, tenías el cielo puro, el aire libre, el canto de los pájaros. ¡Qué feliz debías ser!

—¡Dichoso! —repitió el abeto recordando su pasado—. Sí, sin duda alguna, aunque acaso no sabía apreciarlo. Evidentemente, era aquél el buen tiempo. Pero tuve un instante aun más feliz.

Les describió detalladamente la noche de Navidad, en la que tan suntuosamente lo adornaron, iluminándolo con centenares de bujías.

—¿Bujías? —exclamaron las ratitas—. Son mejores las velas. Pero reconocemos que naciste bajo un astro propicio, viejo abeto.

—Os repito que no soy viejo. Me arrancaron del bosque este invierno. Aquí, fuera de la tierra, posiblemente me he secado un poco, lo que me da, sin duda, aspecto de viejo.

—¡Oh, cómo hablas! —comentaron las ratitas para desvanecer su mal humor.

A la otra noche regresaron acompañadas de cuatro ratitas más, deseosas de oír la relación del abeto. Éste, luego de haber narrado su vida por segunda vez, murmuró:



—Ciertamente, era muy dichoso. Pero la felicidad puede volver. También Klumpé-Dumpé se encontraba maltrecho cuando rodó por las escaleras y, no obstante, acabó por casarse con la princesa.

Como las ratitas inquiriesen noticias acerca de Klumpé-Dumpé, el abeto les contó la historia en la misma forma en que la había narrado el anciano. Las ratitas la encontraron muy divertida y saltaron de alegría. A la otra noche volvieron en mayor número, y el domingo lo hicieron con ratas ya mayores. Pero éstas demostraron poco interés por el cuento de Klumpé-Dumpé, y las jóvenes se avergonzaron de haber escuchado la relación del abeto con tanto entusiasmo, pues apreciaban en mucho el juicio de las viejas.

—¿No sabes ningún otro cuento? —interrogaron al árbol.

—No —respondió éste—. No he aprendido otro. Lo oí la noche más feliz de mi existencia, pero ignoraba entonces dónde radicaba mi felicidad.

—Es una historia de viejas. ¿Así que no sabes ninguna en la que haya de por medio una gran cantidad de queso que el héroe pueda comerse a su antojo?

—No.

—Entonces nos vamos —dijeron las ratas.

Y se fueron.

Al día siguiente volvieron las más pequeñas, pero en mucho menor número; no encontraban ya mucha gracia a las narraciones del abeto, desde que las ratas mayores exteriorizaran su desdén. Y acabaron por no aparecer más por el granero.

—¡Me hacían tan grata compañía! —murmuró el pobre árbol abandonado—. Corrían en torno mío y escuchaban mis cuentos. Todo acabó ahora. Pero, paciencia; debe de estar próximo el momento en que cambie de suerte.

Y así fué, efectivamente. Los criados arreglaron el granero. Uno sacó el abeto del barril y lo llevó al patio.

—¡Por fin —exclamó el árbol— empieza otra fase de mi existencia!

Era la primavera y el sol lucía magnífico. Sorprendido, el abeto miraba a todas partes, menos a sí mismo. Cerca del patio había un jardín, y las rosas embalsamaban el aire. Las golondrinas revoloteaban por las proximidades. Pero, ¡ay!, de pronto

notó que sus ramas estaban secas y amarillentas. En un extremo tenía todavía en la última rama la estrella de oropel de la noche de Navidad. Algunos de los chicos que aquella noche habían elogiado tanto al árbol, jugaban por allí. El más pequeño acudió corriendo y tomó la estrella.

—¡Mira qué feo está el árbol de Navidad! — gritó a los otros.

Y se sentó encima de él, rompiéndole las ramas.

El infeliz abeto miraba las frescas flores, contemplábase luego, y habría deseado no salir nunca del oscuro rincón del granero. Evocaba su juventud, en el bosque.

—¡Todo terminó! — murmuraba —. ¿Por qué no habré disfrutado de la felicidad mientras la tenía?

Un peón de cocina empezó a cortarlo en pedacitos. Hizo un haz. Lo echaron al fuego, debajo del gran puchero. A medida que las llamas lo envolvían, lanzaba un sonido quejumbroso, como una leve detonación.

Los chicos abandonaron sus juegos y fueron a escuchar las detonaciones del árbol de Navidad, lo que les divirtió mucho. El abeto evocó su pasado; los meses de verano y los de invierno en el límite del bosque; la noche de Navidad; Klumpé-Dumpé, el único cuento que había oído en su vida y que, a causa de ello, tal vez le había parecido tan hermoso. Después, un último "pif-paf", y el arbolillo quedó reducido a cenizas. Los niños habían vuelto al jardín. El más chico llevaba colgada de un ojal la estrella que había adornado una noche la copa del infeliz abeto.

La vida de éste había terminado, y también ha terminado nuestro cuento, como todo, en este mundo, llega a terminar.

HANS CHRISTIAN ANDERSEN





MAESE PEREZ  
EL  
ORGANISTA

POR

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

**E**N Sevilla, en el mismo atrio de Santa Inés, y mientras esperaba que comenzase la Misa del Gallo, oí esta tradición a una demandadera del convento.

Como era natural, después de oírla aguardé impaciente que comenzara la ceremonia, ansioso de asistir a un prodigio.

Nada menos prodigioso, sin embargo, que el órgano de Santa Inés, ni nada más vulgar que los insulsos motetes que nos regaló su organista aquella noche.

Al salir de la Misa no pude por menos de decirle a la demandadera con aire de burla:

—¿En qué consiste que el órgano de maese Pérez suena ahora tan mal?

—¡Toma — me contestó la vieja —, en que ése no es el suyo!

—¿No es el suyo? ¿Pues qué ha sido de él?

—Se cayó a pedazos, de puro viejo, hace una porción de años.

—¿Y el alma del organista?

—No ha vuelto a parecer desde que colocaron el que ahora le substituye.

Si a alguno de mis lectores se le ocurriese hacerme la misma pregunta después de leer esta historia, ya sabe el porqué no se ha continuado el milagroso portento hasta nuestros días.

I

¿Veis ése de la capa roja y la pluma blanca en el fieltro, que parece que trae sobre su justillo todo el oro de los galeones de

Indias; aquél que baja en este momento de su litera para dar la mano a esa otra señora que, después de dejar la suya, se adelanta hacia aquí, precedida de cuatro pajes con hachas? Pues ése es el marqués de Moscoso, galán de la condesa viuda de Villapineda. Se dice que antes de poner sus ojos sobre esta dama había pedido en matrimonio a la hija de un opulento señor, mas el padre de la doncella, de quien se murmura que es un poco avaro... Pero ¡calle!, en hablando del ruin de Roma, cátales aquí que asoma. ¿Veis aquél que viene por debajo del arco de San Felipe, a pie, embozado en una capa oscura y precedido de un solo criado con una linterna? Ahora llega frente al retablo.

¿Reparasteis, al desembozarse para saludar a la imagen, en la encomienda que brilla en su pecho?

A no ser por ese noble distintivo, cualquiera le creería un lonjista de la calle de Culebras... Pues ése es el padre en cuestión. Mirad cómo la gente del pueblo le abre paso y le saluda.

Toda Sevilla le conoce por su colosal fortuna. Él solo tiene más ducados de oro en sus arcas que soldados mantiene nuestro señor el rey don Felipe, y con sus galeones podría formar una escuadra suficiente a resistir a la del Gran Turco...

Mirad, mirad ese grupo de señores graves: éstos son los caballeros veinticuatro. ¡Hola, hola! También está aquí el flamencote, a quien se dice que no han echado ya el guante los señores de la cruz verde merced a su influjo con los magnates de Madrid... Éste no viene a la iglesia más que a oír música... No, pues si maese Pérez no le arranca con su órgano lágrimas como puños, bien se puede asegurar que no tiene su alma en su almarío, sino friéndose en las calderas de Pedro Botero...

¡Ay, vecina! Malo..., malo... Presumo que vamos a tener jarana. Yo me refugio en la iglesia. Pues, por lo que veo, aquí van a andar más de sobra los cintarazos que los *Paternóster*. Mirad, mirad: las gentes del duque de Alcalá doblan la esquina de la plaza de San Pedro, y por el callejón de las Dueñas se me figura que he columbrado a las del de Medina-sidonia. ¿No os lo dije?

Ya se han visto, ya se detienen unos y otros, sin pasar de sus puestos... Los grupos se disuelven... Los ministriles, a



quienes en estas ocasiones apalean amigos y enemigos, se retiran... Hasta el señor asistente, con su vara y todo, se refugia en el atrio... Y luego dicen que hay justicia. Para los pobres...

Vamos, vamos, ya brillan los broqueles en la obscuridad... ¡Nuestro Señor del Gran Poder nos asista! Ya comienzan los golpes... ¡Vecina, vecina! Aquí..., antes que cierren las puertas. Pero, ¡calle! ¿Qué es eso? Aun no han comenzado cuando lo dejan. ¿Qué resplandor es aquél?... ¡Hachas encendidas! ¡Literas! Es el señor arzobispo.

La Virgen Santísima del Amparo, a quien invocaba ahora mismo con el pensamiento, lo trae en mi ayuda... ¡Ay! ¡Si nadie sabe lo que yo debo a esta Señora!... ¡Con cuánta usura me paga las candelillas que le enciendo los sábados!... Vedlo, qué hermosote está con sus hábitos morados y su birrete rojo... Dios le conserve en su silla tantos siglos como yo deseo de vida para mí. Si no fuera por él, media Sevilla hubiera ya ardido con estas disensiones de los duques. Vedlos, vedlos, los hipócritas, cómo se acercan ambos a la litera del prelado para besarle el anillo... Cómo le siguen y le acompañan, confundiendo con sus familiares. Quién diría que esos dos que parecen tan amigos, si dentro de media hora se encuentran en una calle oscura... Es decir, ¡ellos, ellos!... Líbreme Dios de creerlos cobardes. Buena muestra han dado de sí peleando en algunas ocasiones contra los enemigos de Nuestro Señor... Pero, es la verdad, que si se buscaran... Y si se buscaran con ganas de encontrarse, se encontrarían, poniendo fin de una vez a estas continuas reyertas, en las cuales los que verdaderamente baten el cobre de firme son sus deudos, sus allegados y su servidumbre.

Pero vamos, vecina, vamos a la iglesia, antes que se ponga de bote en bote..., que algunas noches como ésta suele llenarse de modo que no cabe ni un grano de trigo... Buena ganga tienen las monjas con su organista... ¿Cuándo se ha visto el convento tan favorecido como ahora?... De las otras comunidades puedo decir que le han hecho a maese Pérez proposiciones magníficas. Verdad que nada tiene de extraño, pues hasta el señor arzobispo le ha ofrecido montes de oro por llevarle a la catedral... Pero él, nada... Primero dejaría la vida que abandonar su órgano favorito... ¿No conocéis a maese



Pérez? Verdad es que sois nueva en el barrio... Pues es un santo varón; pobre, sí, pero limosnero cual no otro... Sin más parientes que su hija ni más amigos que su órgano, pasa su vida entera en velar por la inocencia de la una y componer los registros del otro... ¡Cuidado que el órgano es viejo!... Pues nada, él se da tal maña en arreglarlo y cuidarlo, que suena que es una maravilla... Como que le conoce de tal modo, que a tientas... Porque no sé si os lo he dicho, pero el pobre señor es ciego de nacimiento... ¡Y con qué paciencia lleva su desgracia!... Cuando le preguntan que cuánto daría por ver, responde: "Mucho, pero no tanto como creéis, porque tengo esperanza". "¿Esperanzas de ver?" "Sí, y muy pronto —añade sonriendo como un ángel—. Ya cuento setenta y seis años. Por muy larga que sea mi vida, pronto veré a Dios..."

¡Pobrecito! Y sí lo verá..., porque es humilde como las piedras de la calle, que se dejan pisar de todo el mundo... Siempre dice que no es más que un pobre organista de convento, y puede dar lecciones de solfa al mismo maestro de capilla de la Primada. Como que echó los dientes en el oficio... Su padre tenía la misma profesión que él. Yo no le conocí, pero mi señora madre, que santa gloria haya, decía que le llevaba siempre al órgano consigo para darles a los fuelles. Luego, el muchacho mostró tales disposiciones, que, como era natural, a la muerte de su padre heredó el cargo... ¡Y qué manos tiene, Dios se las bendiga! Merecía que se las llevaran a la calle de Chicharreros y se las engarzasen en oro... Siempre toca bien, siempre; pero en semejante noche como ésta es un prodigio... Él tiene una gran devoción por esta ceremonia de la Misa del Gallo, y cuando levantan la Sagrada Forma al punto y hora de las doce, que es cuando vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo..., las voces de su órgano son voces de ángeles...

En fin, ¿para qué tengo que ponderarle lo que esta noche oirá? Baste ver cómo todo lo más florido de Sevilla, hasta el mismo señor arzobispo, vienen a un humilde convento para escucharle. Y no se crea que sólo la gente sabida y a la que se le alcanza esto de la solfa conoce su mérito, sino que hasta el populacho. Todas esas bandadas que veis llegar con teas encendidas entonando villancicos con gritos desaforados al compás de los panderos, las sonajas y las zambombas, contra su



costumbre, que es la del alborotar las iglesias, callan como muertos cuando pone maese Pérez las manos en el órgano . . . , y cuando alzan . . . , cuando alzan, no se siente una mosca . . . ; de todos los ojos caen lagrimones tamaños, y al concluir se oye como un suspiro inmenso, que no es otra cosa que la respiración de los circunstantes, contenida mientras dura la música . . . Pero vamos, vamos; ya han dejado de tocar las campanas, y va a comenzar la Misa. Vamos adentro . . .

Para todo el mundo es esta Nochebuena, pero para nadie mejor que para nosotros.

Esto diciendo, la buena mujer que había servido de cicerone a su vecina atravesó el atrio del convento de Santa Inés y, codazo en éste, empujón en aquél, se internó en el templo, perdiéndose entre la muchedumbre que se agolpaba en la puerta.

## II

La iglesia estaba iluminada con una profusión asombrosa. El torrente de luz que se desprendía de los altares para llenar sus ámbitos, chispeaba en los ricos joyeles de las damas, que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo que tendían los pajes y tomando el libro de oraciones de manos de las dueñas, vinieron a formar un brillante círculo alrededor de la verja del presbiterio. Junto a aquella verja, de pie, envueltos en sus capas de color galoneadas de oro, dejando entrever con estudiado descuido las encomiendas rojas y verdes, en la una mano el fieltro, cuyas plumas besaban los tapices; la otra sobre los bruñidos gavilanes del estoque o acariciando el pomo del cincelado puñal, los caballeros veinticuatro, con gran parte de lo mejor de la nobleza sevillana, parecían formar un muro, destinado a defender a sus hijas y a sus esposas del contacto de la plebe. Ésta, que se agitaba en el fondo de las naves, con un rumor parecido al del mar cuando se alborota, prorrumpió en una aclamación de júbilo, acompañada del discordante sonido de las sonajas y los panderos, al mirar aparecer al arzobispo, el cual, después de sentarse junto al altar mayor, bajo un solio de grana que rodearon sus familiares, echó por tres veces la bendición al pueblo.

Era hora de que comenzase la Misa.

Transcurrieron, sin embargo, algunos minutos sin que el celebrante apareciese. La multitud comenzaba a rebullirse, demostrando su impaciencia; los caballeros cambiaban entre sí algunas palabras a media voz y el arzobispo mandó a la sacristía a uno de sus familiares a inquirir el porqué no comenzaba la ceremonia.

—Maese Pérez se ha puesto malo, muy malo, y será imposible que asista esta noche a la Misa de medianoche.

Ésa fué la respuesta del familiar.

La noticia cundió instantáneamente entre la muchedumbre. Pintar el efecto desagradable que causó en todo el mundo sería cosa imposible. Baste decir que comenzó a notarse tal bullicio en el templo, que el asistente se puso de pie y los alguaciles entraron a imponer silencio, confundiéndose entre las apiñadas olas de la multitud.

En aquel momento un hombre mal trazado, seco, huesudo y bisojo por añadidura, se adelantó hasta el sitio que ocupaba el prelado.

—Maese Pérez está enfermo — dijo —. La ceremonia no puede empezar. Si queréis, yo tocaré el órgano en su ausencia, que ni maese Pérez es el primer organista del mundo ni a su muerte dejará de usarse este instrumento por falta de inteligente.

El arzobispo hizo una señal de asentimiento con la cabeza, y ya algunos de los fieles, que conocían a aquel personaje extraño por un organista envidioso, enemigo del de Santa Inés, comenzaban a prorrumpir en exclamaciones de disgusto, cuando de improviso se oyó en el atrio un ruido espantoso.

—¡Maese Pérez está aquí!... ¡Maese Pérez está aquí!...

A estas voces de los que estaban apiñados en la puerta, todo el mundo volvió la cara.

Maese Pérez, pálido y desencajado, entraba, en efecto, en la iglesia, conducido en un sillón, que todos se disputaban el honor de llevar en sus hombros.

Los preceptos de los doctores, las lágrimas de su hija, nada había sido bastante a detenerle en el lecho.

—No — había dicho —. Ésta es la última, lo conozco. Lo conozco y no quiero morir sin visitar mi órgano, y esta noche



sobre todo, la Nochebuena. Vamos, lo quiero, lo mando. Vamos a la iglesia.

Sus deseos se habían cumplido. Los concurrentes le subieron en brazos a la tribuna y comenzó la Misa.

En aquel punto sonaban las doce en el reloj de la catedral.

Pasó el Introito y el Evangelio y el Ofertorio, y llegó el instante solemne en que el sacerdote, después de haberla consagrado, toma con la extremidad de sus dedos la Sagrada Forma y comienza a elevarla.

Una nube de incienso que se desenvolvía en ondas azuladas llenó el ámbito de la iglesia. Las campanillas repicaron con un sonido vibrante, y maese Pérez puso sus crispadas manos sobre las teclas del órgano.

Las cien voces de sus tubos de metal resonaron en un acorde majestuoso y prolongado, que se perdió poco a poco, como si una ráfaga de aire hubiese arrebatado sus últimos ecos.

A este primer acorde, que parecía una voz que se elevaba desde la tierra al cielo, respondió otro lejano y suave, que fué creciendo, creciendo, hasta convertirse en un torrente de atornadora armonía.

Era la voz de los ángeles, que atravesando los espacios, llegaba al mundo.

Después comenzaron a oírse como unos himnos distantes que entonaban las jerarquías de serafines. Mil himnos a la vez, que, al confundirse, formaban uno solo, que, no obstante, era no más el acompañamiento de una extraña melodía, que parecía flotar sobre aquel océano de misteriosos ecos como un jirón de niebla sobre las olas del mar.

Luego fueron perdiéndose unos cantos, después otros. La combinación se simplificaba. Ya no eran más que dos voces, cuyos ecos se confundían entre sí; luego quedó una aislada, sosteniendo una nota brillante como un hilo de luz... El sacerdote inclinó la frente, y por encima de su cabeza cana, y como a través de una gasa azul que fingía el humo del incienso, apareció la Hostia a los ojos de los fieles. En aquel momento la nota que maese Pérez sostenía trinando se abrió, se abrió, y una explosión de armonía gigante estremeció la iglesia, en cuyos ángulos zumbaba el aire comprimido y cuyos vidrios de colores se estremecían en sus angostos ajimeces.

De cada una de las notas que formaban aquel magnífico acorde se desarrolló un tema, y unos cerca, otros lejos, éstos brillantes, aquéllos sordos, diríase que las aguas y los pájaros, las brisas y las frondas, los hombres y los ángeles, la tierra y los cielos, cantaban cada cual en su idioma un himno al nacimiento del Salvador.

La multitud escuchaba atónita y suspendida. En todos los ojos había una lágrima; en todos los espíritus, un profundo recogimiento.

El sacerdote que oficiaba sentía temblar sus manos, porque Aquel que levantaba en ellas, Aquel a quien saludaban los hombres y los arcángeles, era su Dios, era su Dios y le parecía haber visto abrirse los cielos y transfigurarse en Hostia.

El órgano proseguía sonando, pero sus voces se apagaban gradualmente, como una voz que se pierde de eco en eco y se aleja y se debilita al alejarse, cuando de pronto sonó un grito en la tribuna, un grito desgarrador, agudo; un grito de mujer.

El órgano exhaló un sonido discordante y extraño, semejante a un sollozo, y quedó mudo.

La multitud se agolpó a la escalera de la tribuna, hacia la que, arrancados de su éxtasis religioso, volvieron la mirada con ansiedad todos los fieles.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa? — se decían unos a otros, y nadie sabía responder, y todos se empeñaban en adivinarlo, y crecía la confusión, y el alboroto comenzaba a subir de punto, amenazando turbar el orden y el recogimiento propios de la iglesia.

—¿Qué ha sido eso? — preguntaban las damas al asistente, que, precedido de los ministriles, fué uno de los primeros en subir a la tribuna, y que, pálido y con muestras de profundo pesar, se dirigía al puesto en donde le esperaba el arzobispo, ansioso, como todos, por saber la causa de aquel desorden.

—¿Qué hay?

—Que maese Pérez acaba de morir.

En efecto, cuando los primeros fieles, después de atropellarse por la escalera, llegaron a la tribuna, vieron al pobre organista caído de boca sobre las teclas de su viejo instrumento, que aun vibraba sordamente, mientras su hija, arrodillada a sus pies, le llamaba en vano entre suspiros y sollozos.



### III

—Buenas noches, mi señora doña Baltasara. ¿También usarced viene esta noche a la Misa del Gallo? Por mi parte, tenía intención de ir a oír a la parroquia; pero lo que sucede... ¿Dónde va Vicente? Donde va la gente. Y eso que, si he de decir la verdad, desde que murió maese Pérez parece que me echan una losa sobre el corazón cuando entro en Santa Inés... ¡Pobrecillo! ¡Era un santo!... Yo de mí sé decir que conservo un pedazo de su jubón como una reliquia, y lo merece... Pues, en Dios y en mi ánima, que si el señor arzobispo tomara mano en ello, es seguro que nuestros nietos le verían en los altares... Mas ¡cómo ha de ser!... A muertos y a idos, no hay amigos... Ahora lo que priva es la novedad..., ya me entiende usarced. ¡Qué! ¿No sabe usted nada de lo que pasa? Verdad que nosotros nos parecemos en eso: de nuestra casita a la iglesia y de la iglesia a nuestra casita, sin cuidarnos de lo que se dice o déjase de decir... Sólo que yo, así... al vuelo..., una palabra de acá, otra de acullá..., sin ganas de enterarme siquiera, suelo estar al corriente de algunas novedades... Pues, sí, señor. Parece cosa hecha que el organista de San Román, aquel bisojo, que siempre está echando pestes de los otros organistas; perdulariote, que más parece jifero de la puerta de la Carne, que maestro de solfa, va a tocar esta Nochebuena en lugar de maese Pérez. Ya sabrá usarced, porque esto lo ha sabido todo el mundo, y es cosa pública en Sevilla, que nadie quería comprometerse a hacerlo. Ni aun su hija, que es profesora, y después de la muerte de su padre entró en el convento de novicia. Y era natural: acostumbrados a oír aquellas maravillas, cualquiera otra cosa había de parecernos mala, por más que quisieran evitarse las comparaciones. Pues cuando ya la comunidad había decidido que, en honor del difunto y como muestra de respeto a su memoria, permanecería callado el órgano en esta noche, hete aquí que se presenta nuestro hombre diciendo que él se atreve a tocarlo... No hay nada más atrevido que la ignorancia... Cierto que la culpa no es suya, sino de los que le consienten esta profanación... Pero así va el mundo... Y digo... No es cosa la gente que

acude... Cualquiera diría que nada ha cambiado de un año a otro. Los mismos personajes, el mismo lujo, los mismos empujones en la puerta, la misma animación en el atrio, la misma multitud en el templo... ¡Ay, si levantara la cabeza el muerto! Se volvía a morir por no oír su órgano tocado por manos semejantes. Lo que tiene que, si es verdad lo que me han dicho las gentes del barrio, le preparan una buena al intruso. Cuando llegue el momento de poner la mano sobre las teclas va a comenzar una algarabía de sonajas, panderos y zambombas que no hay más que oír... Pero, ¡calle!, ya entra en la iglesia el héroe de la función. ¡Jesús, qué ropilla de colorines, qué gorguera de cañutos, qué aire de personaje! Vamos, vamos, que ya hace rato que llegó el arzobispo y va a comenzar la Misa... Vamos, que me parece que esta noche va a darnos que contar para muchos días.

Esto diciendo, la buena mujer, que ya conocen nuestros lectores por sus ex abruptos de locuacidad, penetró en Santa Inés, abriéndose, según costumbre, un camino entre la multitud a fuerza de empujones y codazos.

Ya se había dado principio a la ceremonia.

El templo estaba tan brillante como el año anterior.

El nuevo organista, después de atravesar por en medio de los fieles que ocupaban las naves para ir a besar el anillo del prelado, había subido a la tribuna, donde tocaba unos tras otros los registros del órgano, con una gravedad tan afectada como ridícula.

Entre la gente menuda que se apiñaba a los pies de la iglesia se oía un rumor sordo y confuso, cierto presagio de que la tempestad comenzaba a fraguarse y no tardaría mucho en dejarse sentir.

—Es un truhán, que por no hacer nada bien ni aun mira a derechas —decían los unos.

—Es un ignorantón, que, después de haber puesto el órgano de su parroquia peor que una carraca, viene a profanar el de maese Pérez —decían los otros.

Y mientras éste se desembarazaba del capote para prepararse a darle de firme a su pandero y aquél apercibía sus sonajas, y todos se disponían a hacer bulla a más y mejor, sólo alguno que otro se aventuraba a defender tibiamente al extraño per-



sonaje, cuyo porte orgulloso y pedantesco hacía tan notable contraposición con la modesta apariencia y la afable bondad del difunto maese Pérez.

Al fin llegó el esperado momento, el momento solemne en que el sacerdote, después de inclinarse y murmurar algunas palabras santas, tomó la Hostia en sus manos... Las campanillas repicaron, semejando su repique una lluvia de notas de cristal. Se elevaron las diáfanas ondas de incienso y sonó el órgano. Una estruendosa algarabía llenó los ámbitos de la iglesia en aquel instante y ahogó su primer acorde.

Zampoñas, gaitas, sonajas, panderos, todos los instrumentos del populacho alzaron sus discordantes voces a la vez; pero la confusión y el estrépito sólo duraron algunos segundos. Todos a la vez, como habían comenzado, enmudecieron de pronto.

El segundo acorde, amplio, valiente, magnífico, se sostenía aún, brotando de los tubos de metal del órgano, como una cascada de armonía inagotable y sonora.

Cantos celestes como los que acarician los oídos en los momentos de éxtasis, cantos que percibe el espíritu y no los puede repetir el labio, notas sueltas de una melodía lejana que suenan a intervalos traídas en las ráfagas del viento, rumor de hojas que se besan en los árboles con un murmullo semejante al de la lluvia, trinos de alondras que se levantan gorjeando entre las flores como una saeta despedida a las nubes, estruendos sin nombre, imponentes como los rugidos de una tempestad; coros de serafines sin ritmo ni cadencia; ignota música del cielo que sólo la imaginación comprende; himnos alados, que parecían remontarse al trono del Señor como una tromba de luz y de sonidos..., todo lo expresaban las cien voces del órgano con más pujanza, con más misteriosa poesía, con más fantástico color que lo habían expresado nunca.

.....

Cuando el organista bajó de la tribuna, la muchedumbre que se agolpó a la escalera fué tanta y tanto su afán por verle y admirarle, que el asistente, temiendo, no sin razón, que le ahogaran entre todos, mandó a algunos de sus ministriles para que, vara en mano, le fueran abriendo camino hasta llegar al altar mayor, donde el prelado le esperaba.



—Ya veis — le dijo este último cuando le trajeron a su presencia —. Vengo desde mi palacio aquí sólo por escucharos. ¿Seréis tan cruel como maese Pérez, que nunca quiso excusarme el viaje tocando la Nochebuena en la Misa de la catedral?

—El año que viene — respondió el organista —, prometo daros gusto, pues por todo el oro de la tierra no volvería a tocar este órgano.

—¿Y por qué? — interrumpió el prelado.

—Porque... — añadió el organista, procurando dominar la emoción que se revelaba en la palidez de su rostro —, porque es viejo y malo, y no puede expresar todo lo que se quiere.

El arzobispo se retiró, seguido de sus familiares. Unas tras otras, las literas de los señores fueron desfilando y perdiéndose en las revueltas de las calles vecinas; los grupos del atrio se disolvieron, dispersándose los fieles en distintas direcciones, y la demandadera se disponía a cerrar las puertas de la entrada del atrio, cuando se divisaban aún dos mujeres que, después de persignarse y murmurar una oración ante el retablo del arco de San Felipe, prosiguieron su camino, internándose en el callejón de las Dueñas.

—¿Qué quiere usarced, mi señora doña Baltasara? — decía la una —. Yo soy de este genio. Cada loco con su tema... Me lo habían de asegurar capuchinos descalzos y no lo creería del todo... Ese hombre no puede haber tocado lo que acabamos de escuchar... Si yo lo he oído mil veces en San Bartolomé, que era su parroquia, y de donde tuvo que echarle el señor cura por malo, y era cosa de taparse los oídos con algodones... Y luego, si no hay más que mirarle el rostro, que, según dicen, es el espejo del alma... Y me acuerdo, pobrecito, como si lo estuviera viendo, me acuerdo de la cara de maese Pérez cuando, en semejante noche como ésta, bajaba de la tribuna, después de haber suspendido al auditorio con sus primores... ¡Qué sonrisa tan bondadosa, que color tan animado!... Era viejo y parecía un ángel... No que éste, que ha bajado las escaleras a trompicones, como si le ladrase un perro en la meseta y con un olor de difunto y unas... Vamos, mi señora doña Baltasara, créame usarced, y créame con todas veras: yo sospecho que aquí hay busilis...



Comentando las últimas palabras, las dos mujeres doblaban la esquina del callejón y desaparecían.

Creemos inútil decir a nuestros lectores quién era una de ellas.

#### IV

Había transcurrido un año más. La abadesa del convento de Santa Inés y la hija de maese Pérez hablaban en voz baja, medio ocultas entre las sombras del coro de la iglesia. El esquilón llamaba a voz herida a los fieles desde la torre, y alguna que otra rara persona atravesaba el atrio, silencioso y desierto esta vez, y después de tomar agua bendita en la puerta, escogía un puesto en un rincón de las naves, donde unos cuantos vecinos del barrio esperaban tranquilamente que comenzara la Misa del Gallo.

—Ya lo veis —decía la superiora—, vuestro temor es sobremanera pueril; nadie hay en el templo; toda Sevilla acude en tropel a la catedral esta noche. Tocad vos el órgano y tocadle sin desconfianza de ninguna clase; estaremos en comunidad... Pero... proseguís callando, sin que cesen vuestros suspiros. ¿Qué os pasa? ¿Qué tenéis?

—Tengo... miedo —exclamó la joven con un acento profundamente conmovido.

—¡Miedo! ¿De qué?

—No sé..., de una cosa sobrenatural... Anoche, mirad, yo os había oído decir que teníais empeño en que tocase el órgano en la Misa, y ufana con esta distinción pensé arreglar sus registros y templarle, a fin de que hoy os sorprendiese... Vine al coro... sola..., abrí la puerta que conduce a la tribuna... En el reloj de la catedral sonaba en aquel momento una hora... no sé cuál... Pero las campanadas eran tristísimas y muchas..., muchas...; estuvieron sonando todo el tiempo que yo permanecí como clavada en el umbral, y aquel tiempo me pareció un siglo.

La iglesia estaba desierta y oscura... Allá lejos, en el fondo, brillaba como una estrella perdida en el cielo de la noche una luz moribunda...: la luz de la lámpara que arde en el

altar mayor... A sus reflejos debilísimos, que sólo contribuían a hacer más visible todo el profundo horror de las sombras, vi..., le vi, madre, no lo dudéis, vi a un hombre que en silencio y vuelto de espaldas hacia el sitio en que yo estaba, recorría con una mano las teclas del órgano, mientras tocaba con la otra sus registros..., y el órgano sonaba, pero sonaba de una manera indescriptible. Cada una de sus notas parecía un sollozo ahogado dentro del tubo de metal, que vibraba con el aire comprimido en su hueco y reproducía el tono sordo, casi imperceptible, pero justo.

Y el reloj de la catedral continuaba dando la hora, y el hombre aquel proseguía recorriendo las teclas. Yo oía hasta su respiración.

El horror había helado la sangre de mis venas; sentía en mi cuerpo como un frío glacial, y en mis sienes fuego... Entonces quise gritar, pero no pude. El hombre aquel había vuelto la cara y me había mirado..., digo mal, no me había mirado, porque era ciego... ¡Era mi padre!

—¡Bah!, hermana, desechad esas fantasías con que el enemigo malo procura turbar las imaginaciones débiles... Rezad un *Paternóster* y un *Avemaría* al arcángel San Miguel, jefe de las milicias celestiales, para que os asista contra los malos espíritus. Llevad al cuello un escapulario tocado en la religia de San Pacomio, abogado contra las tentaciones, y marchad, marchad a ocupar la tribuna del órgano; la Misa va a comenzar, y ya esperan con impaciencia los fieles... Vuestro padre está en el cielo, y desde allí, antes que daros sustos, bajará a inspirar a su hija en esta ceremonia solemne, para el objeto de tan especial devoción.

La priora fué a ocupar su sillón en el coro en medio de la comunidad. La hija de maese Pérez abrió con mano temblorosa la puerta de la tribuna para sentarse en el banquillo del órgano, y comenzó la Misa.

Comenzó la Misa y prosiguió sin que ocurriese nada notable hasta que llegó la consagración. En aquel momento sonó el órgano, y al mismo tiempo que el órgano, un grito de la hija de maese Pérez.

La superiora, las monjas y algunos de los fieles corrieron a la tribuna.



—¡Miradle! ¡Miradle! —decía la joven fijando sus desencajados ojos en el banquillo, de donde se había levantado, asombrada, para agarrarse con sus manos convulsas, al barandal de la tribuna.

Todo el mundo fijó sus miradas en aquel punto. El órgano estaba solo, y, no obstante, el órgano seguía sonando..., sonando como sólo los arcángeles podrían imitarlo en sus raptos de místico alborozo.

.....

—¡No os lo dije yo una y mil veces, mi señora doña Baltasara, no os lo dije yo! ¡Aquí hay busilis! Oídlo, ¡qué!, ¿no estuvisteis anoche en la Misa del Gallo? Pero, en fin, ya sabréis lo que pasó. En toda Sevilla no se habla de otra cosa... El señor arzobispo está hecho, y con razón, una furia... Haber dejado de asistir a Santa Inés; no haber podido presenciar el portento... y ¿para qué?, para oír una cencerrada, porque personas que lo oyeron dicen que lo que hizo el dichoso organista de San Bartolomé en la catedral no fué otra cosa... Si lo decía yo. Eso no puede haberlo tocado el bisojo, mentira...; aquí hay busilis, y el busilis era, en efecto, el alma de maese Pérez.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

# E L L U I S DE ORO

FOR

FRANÇOIS COPPÉE

CUANDO Luciano de Hem vió desaparecer, arrastrado por la raqueta del banquero, su último billete de cien francos y se levantó para alejarse de la mesa de la ruleta donde acababa de perder los restos de su pequeña fortuna, reunidos por él para librar aquella batalla suprema, sintió una especie de vértigo y creyó que iba a dar con el cuerpo en tierra.

Con la cabeza perturbada y las piernas vacilantes, fué a derrumbarse sobre el amplio diván de cuero que circundaba la sala de juego.

Durante varios minutos, contempló con mirada vaga el garito clandestino donde había desperdiciado los años mejores de su juventud; reconoció, al fulgor que sobre ellos proyectaban las tres grandes pantallas de las lámparas, los rostros estragados de los jugadores, y escuchó el leve roce del oro sobre el tapete. Mirando todo aquello, pensó que estaba arruinado, irremediablemente perdido, y recordó que en su casa, en un cajón de la cómoda, conservaba las pistolas de ordenanza que su padre, el general de Hem, usara tan bizarramente en el ataque de Zatcha. Después, rendido por el cansancio, acabó por sumirse en profundísimo sueño.

Cuando despertó, con la boca pàstosa y el espíritu en zozobra, comprobó mediante una rápida mirada al reloj, que había dormido apenas media hora, y experimentó la imperiosa necesidad de salir a respirar el aire puro de la noche. Las agujas señalaban en la esfera las doce menos cuarto.

Mientras se ponía en pie, desperezándose, recordó que era víspera de Navidad, y por una irónica jugarreta de la memoria,



se vió convertido de nuevo en niño, colocando sus zapatos, antes de acostarse, delante de la chimenea.

En aquel instante, el viejo Dronski, el cliente más asiduo del garito, el clásico polaco del raído gabán adornado con alamares y colgantes, acercóse a Luciano y murmuró unas palabras a través de su sucia barba gris:

—Présteme usted cinco francos, señor. Hace dos días que no me muevo de aquí, y en todo ese tiempo no ha salido una sola vez el *diecisiete* . . . Puede usted reírse, si quiere, pero me dejaría cortar la cabeza si dentro de un instante, al sonar las doce, no se da ese número.

Por toda respuesta, Luciano de Hem encogióse de hombros. No tenía en el bolsillo ni siquiera con qué pagar aquel impuesto que los clientes de la casa conocían con la denominación de "los cinco francos del polaco". Dirigióse al vestíbulo, se puso sombrero y gabán y bajó la escalera con la agilidad que da el estado febril.

Desde las cuatro de la tarde, hora a la que llegara al garito, había estado nevando copiosamente, y la calle, una calle céntrica de París, bastante estrecha y formada por edificios altos, aparecía completamente blanca. En el cielo sin nubes, de un azul oscuro, titilaban las frías estrellas.

El jugador arruinado se estremeció bajo las pieles y echó a andar, dando vueltas en la mente a las siniestras ideas que le atormentaban, y pensando más que nunca en el estuche de pistolas que le esperaba en el cajón de la cómoda . . . Pocos pasos había andado, cuando se detuvo de pronto ante un desolador espectáculo.

En un banco de piedra colocado, según se acostumbraba antiguamente, junto a la puerta monumental de una mansión, estaba sentada entre la nieve una niña de seis o siete años, cubierta apenas por un harapiento vestidito negro.

Se había quedado dormida, a pesar del frío glacial, en una aterradora actitud de abatimiento y fatiga. Su desolada cabecita y su hombro delicado apoyábanse, como derrumbados, contra un rincón que formaba el muro, sobre la piedra helada.

En un gesto instintivo, Luciano de Hem se llevó la mano al bolsillo del chaleco, mas la retiró con viveza al recordar que segundos antes no había encontrado siquiera una moneda olvi-

dada, y que ni propina había podido dar al portero del garito.

Impulsado, sin embargo, por un irreprimible movimiento de compasión, acercóse a la niña, y se había resuelto a tomarla en brazos y proporcionarle asilo durante la noche, cuando advirtió que algo brillaba dentro del zapatito de la pequeña, tirado en el suelo ante ella.

Se inclinó, interesado. ¡Era un luis de oro!

Una persona piadosa, un mujer, seguramente, al pasar por allí aquella Nochebuena, había visto el zapatito caído ante la niña dormida, y recordando la conmovedora leyenda dejó en su interior una espléndida limosna para que la criatura desvalida siguiera creyendo en los regalos del Niño Jesús y alentara, en medio de su infortunio, alguna esperanza en la bondad de la Providencia.

¡Un luis! Aquella dádiva representaba para la pequeña mendiga muchos días de tranquilidad y de riqueza, y ya se disponía Luciano a despertarla para decírselo, cuando, como en medio de una alucinación, creyó oír la voz del polaco que con acento meloso murmuraba quedamente estas palabras:

—Hace dos días que no me muevo de aquí, y durante ese tiempo no ha salido una sola vez el *diecisiete*. ¡Me dejaría cortar la cabeza si dentro de un momento, al sonar las doce, no se da ese número!...

Entonces, aquel hombre de veintitrés años, que descendía de una familia honorable, que ostentaba un apellido famoso en los fastos militares, que jamás había concebido ni realizado una acción deshonrosa, sintióse poseído por un deseo loco, histérico, monstruoso.

Miró en torno suyo para cerciorarse de que estaba solo en la silenciosa calle, y, doblando la rodilla y adelantando cautelosamente la diestra temblorosa, *probó el luis de oro del zapatito!*

Luego, corriendo a toda velocidad, regresó a la casa de juego, ascendió la escalera en dos zancadas, abrió de un empujón la puerta almohadillada del infame garito e irrumpió en el preciso instante en que el reloj dejaba oír la primera campanada de las doce.

Colocó la moneda de oro sobre el tapete verde y gritó:

—¡Pleno al *diecisiete!*



El *diecisiete* ganó.

De un manotón, Luciano empujó los treinta y seis luises sobre el rojo.

El rojo ganó.

Dejó los setenta y dos luises sobre el mismo color.

Volvió a ganar el rojo.

Hizo el "párolí" una vez más, dos veces, tres veces, siempre con la misma suerte.

Tenía ya ante sí un montón de oro y de billetes, y se dedicó a sembrar con ellos el tapete. La *docena*, la *columna*, el *número*, todas las combinaciones le resultaban bien. Era la suya una suerte inaudita, sobrenatural.

Hubiérase dicho que la bolita de marfil que saltaba y corría por las casillas de la ruleta, obedecía, magnetizada, las órdenes que el jugador le transmitía con los ojos.

En diez jugadas había recuperado los pocos billetes de mil francos que constituyeran su capital y que perdiera en los comienzos de la jornada. Ahora, apuntando de a doscientos o trescientos luises y asistido por su fantástica suerte, iba a recobrar, y con creces, el patrimonio que derrochara en varios años; a reconstituir su posición.

En la impaciencia de empezar el juego, no se había quitado el gabán de pieles. Tenía los amplios bolsillos abarrotados de billetes y de cartuchos de oro, y no sabiendo ya dónde guardar las ganancias, se dedicaba a atiborrar de monedas y papel los bolsillos interiores y exteriores de la levita, los del chaleco y los del pantalón, la cigarrera, el pañuelo y cuanto podía servir de recipiente.

¡Y seguía jugando! ¡Y seguía ganando! ¡Como un loco, como un borracho! ¡Y arrojaba a boleo sobre el tapete, con gesto de certidumbre y de desdén, puñados de luises!

No obstante, en medio de la embriaguez del triunfo, sentía en el corazón como un hierro candente, y no podía borrar de su memoria la imagen de la pequeña mendiga dormida en la nieve, el recuerdo de la pobre niña a quien había robado.

—¡Continúa en el mismo sitio! ¡Está allí aun! Ahora mismo... en cuanto dé la una... ¡lo juro!, saldré de aquí, iré a buscarla, y dormida y todo, como está, la tomaré en mis brazos, la llevaré a mi casa y la acostaré en mi propio lecho. La educaré,



la dotaré, la amaré como si fuera mi hija. ¡Y velaré por ella siempre, siempre!

Pero en el reloj dieron la una, la una y cuarto, la una y media, las dos menos cuarto . . . , y Luciano de Hem seguía sentado ante la mesa maldita.

Por fin, un minuto antes de las dos, el banquero se incorporó bruscamente y dijo con voz estrangulada:

—¡ Ha saltado la banca, señores! ¡ Se acabó por esta noche!

Levantóse Luciano de un salto. Abriéndose paso rudamente por entre los jugadores que lo miraban con envidiosa admiración, salió de la sala, bajó de tres en tres los escalones y corrió hasta el banco de piedra. Desde lejos, a la luz de un farol, divisó a la niña:

—¡ Loado sea Dios! — exclamó —. ¡ Está todavía!

Se acercó y le tomó la mano.

—¡ Oh, qué frío tiene! ¡ Pobre niña!

La asió por debajo de los brazos y la alzó para llevársela. La cabeza de la pequeña cayó hacia atrás sin que ella despertara.

—¡ Cómo se duerme a esta edad!

Estrechóla contra su pecho para reanimarla, y acometido por una vaga inquietud, trató, para arrancarla de tan pesado sueño, de besarla en los ojos, como su madre hacía con él cuando era niño, a fin de despertarlo.

Pero al posar los labios advirtió con terror que los párpados de la niña estaban entreabiertos y dejaban ver las pupilas vidriosas, apagadas, inmóviles. Sintiendo germinar en su cerebro una horrible sospecha, acercó la boca a la de la niña: de ella no salía el más leve aliento.

¡ Mientras él, con el luis de oro robado a aquella mendiga, ganaba en el juego una fortuna, la infeliz criaturita había muerto! ¡ Muerto de frío!

Luciano de Hem sintió que una angustia tremenda le apretaba la garganta. Quiso lanzar un grito . . . Y en virtud del esfuerzo que hizo para ello despertó de su pesadilla en el diván del garito, donde se había dormido poco antes de las doce y donde el portero, al retirarse a las cinco de la mañana, lo había dejado descansar, compadecido.

Una neblinosa aurora de diciembre hacía palidecer los vidrios.





de las ventanas. Luciano salió a la calle, empeñó su reloj, se dió un baño, desayunó y se fué a la oficina de reclutamiento a inscribirse como voluntario en el primer regimiento de cazadores de África.

Hoy, Luciano de Hem es teniente. No cuenta para vivir con otra cosa que con su sueldo, pero se defiende bastante bien, porque es un hombre muy metódico y jamás se acerca a una mesa de juego.

Más aun; extrema tanto la economía, que hasta consigue ahorrar. Uno de los jefes de su regimiento, que lo seguía a algunos pasos de distancia, cierto día, por una de las tortuosas callejuelas de la Kasba de Argel, le vió dar una limosna a una niña mendiga que dormía en el quicio de una puerta, e, intrigado por el gesto, cometió la indiscreción de averiguar la cuantía del donativo. El curioso impertinente quedó asombrado de la generosidad del modesto tenientillo.

Luciano de Hem había puesto en la mano de la niña un Luis de oro...

FRANÇOIS COPPÉE

L A S  
T R E S M I S A S

P O R

ALPHONSE DAUDET

—¿D os pavos trufados, dijiste, Garrigú?...  
—Dos, mi reverendo, dos magníficos pavos rellenos de trufas; puedo dar fe, porque ayudé en persona a rellenarlos. Tenían el pellejo tan estirado, que parecía iban a reventar al asarse.

—¡Jesús María, y con lo que me gustan a mí las trufas!... Traeme en seguida la sobrepelliz, Garrigú... Y ¿qué más viste en la cocina, aparte de los pavos?

—¡Oh, mi reverendo, una serie de cosas buenas!... Desde mediodía no hemos hecho más que pelar faisanes, abubillas, ortegas, gallos silvestres. Las plumas volaban por todas partes... Luego, del estanque trajeron carpas doradas, truchas, anguilas...

—¿Truchas? ¿Cómo eran de grandes, Garrigú?...

—¡Así, mi reverendo!... ¡Enormes!

—¡Dios mío, me parece estar viéndolas!... ¿Pusiste el vino en las vinajeras?

—Sí, mi reverendo, lo puse. Pero, ¡caramba!, no es ni parecido al que beberá usted después de la misa de medianoche. Si viera cómo resplandecen en el comedor del castillo los botellones llenos de vino de todos los colores... Y la vajilla de plata, y los centros de mesa cincelados, y los candelabros, y las flores... ¡Nunca he visto una cena de Nochebuena como ésta! El señor marqués ha invitado a todos los señores de la vecindad. En la mesa habrá cuarenta personas, además del juez y el escribano... ¡Ah, qué suerte tiene usted, reverendo, siendo de la partida! Sólo con haber olfateado los hermosos pavos, el aroma me sigue a todas partes... ¡Ah!...



—¡Bueno, bueno, hijo mío! Guardémonos del pecado de la gula, sobre todo en la noche de Navidad... Anda a encender los cirios y a dar el primer toque para la misa, que las doce se acercan, y no hay que retrasarse...

Tal diálogo desarrollábase la Nochebuena del año de gracia de mil seiscientos y tantos, entre el reverendo dom Balaguer, ex prior de los Carmelitas, a la sazón capellán a sueldo de los señores de Trinquelague, y su monaguillo Garrigú, o lo que él creía su monaguillo Garrigú, porque habéis de saber que aquella noche el diablo había adoptado la cara redonda y los rasgos indecisos del joven sacristán, para mejor hacer caer en la tentación al virtuoso padre, impulsándolo a cometer un espantoso pecado de gula. Así, pues, en tanto que el pretendido Garrigú — ¡hum, hum! — hacía repicar a todo vuelo las campanas de la capilla del castillo, el reverendo acababa de vestirse la sobrepelliz en la pequeña sacristía, con el espíritu agitado ya por todas aquellas descripciones gastronómicas; y murmuraba para sí:

—¡Pavos trufados!... ¡Carpas doradas!... ¡Truchas así de grandes!...

Afuera, el viento nocturno soplaba difundiendo la música de las campanas, y simultáneamente las luces iban ahuyentando las sombras en las cuestas del monte Ventoux, en cuya cima se alzaban las viejas torres de Trinquelague. Eran las familias de los alrededores, que acudían a oír la Misa del Gallo en el castillo. Trepaban cantando la cuesta en grupos de cinco o seis, el padre delante, linterna en mano, las mujeres envueltas en sus grandes mantones oscuros, a los que se estrechaban para abrigarse sus hijos. Pese a la hora y al frío, todo aquel buen pueblo marchaba jubiloso, animado por la idea de que, al salir de misa, y como todos los años, tendría mesa puesta en las cocinas. De rato en rato, sobre la ruda pendiente, la carroza de algún señor, precedida por criados con antorchas, hacía resplandecer sus cristales a la luz de la luna, o una que otra mula trotaba haciendo sonar cascabeles, y a los destellos de las teas circundadas por la bruma, los campesinos reconocían al juez o a otro personaje y lo saludaban al pasar:

—Buenas noches, maese Arnoton, buenas noches.

—Buenas noches, hijos míos, buenas noches.



En el cielo claro, las estrellas parecían avivadas por el frío; el cierzo picaba, y la escarcha fina, deslizándose sobre los vestidos sin mojarlos, conservaba fielmente la tradición de las Nochebuenas blancas de nieve. El castillo, allá arriba, aparecía como la meta de todos los caminantes, con su enorme masa de muros, techos y coronamientos; la torre de la capilla irguiéndose en el cielo negro, y una multitud de lucecitas parpadeantes que iban, venían, se agitaban en todas las ventanas, y semejaban sobre el fondo oscuro del edificio chispas que corrieran sobre las cenizas de un papel quemado.

Salvados ya el puente levadizo y la poterna, era necesario, para llegar a la capilla, atravesar el primer patio, abarrotado de carrozas, de lacayos, de sillas de mano, e iluminado todo por la luz de las antorchas y las llamaradas de las cocinas. Llegaban el rumor de los asadores, el estrépito de las cacerolas, el choque de los cristales y la vajilla de plata, movidos por los preparativos de la cena, y por encima de todo ello extendíase un vapor cálido que olía bien, a carne asada, a hierbas perfumadas, a salsas, lo que hacía decir a los campesinos, al capellán, al juez, a todo el mundo:

—¡Qué magnífica cena vamos a tener después de la misa!

—¡Tilín!... ¡Tilín!... ¡Tilín!...

La Misa del Gallo da principio. En la capilla del castillo, que es una catedral en miniatura, de entrecruzados arcos y zócalos de roble que cubren las paredes, se han colgado todos los tapices, se han prendido todos los cirios. ¡Y cuánta gente! ¡Y qué trajes! En primer término, sentados en los sillones esculpidos que circundan el coro, están el señor de Trinquelague, vestido de tafetán color salmón, y los nobles señores especialmente invitados. Frente a ellos, en reclinatorios tapizados de terciopelo, se han instalado la anciana marquesa viuda, con su vestido de brocado de color de fuego, y la joven señora de Trinquelague, que tiene la cabeza cubierta por una alta torre de encaje, plegada a la última moda de la corte de Francia. Más abajo aparecen, vestidos de negro, con grandes pelucas puntiagudas y rostros rasurados, el juez Tomás Arnoton y el escribano maese Ambroy, dos notas severas entre las sedas vistosas y los recamados damascos. Vienen luego los gordos



mayordomos, los pajes, los picadores, los intendentes, la dueña Bárbara con sus llaves colgadas de la cintura en un llavero de plata fina. Al fondo, sentados en escaños, están los de menor cuantía, las criadas, los campesinos con sus familias, y más lejos, al lado mismo de la puerta que abren y cierran discretamente, los cocineros, que van, entre dos salsas, a oír un poco de misa y a llevar un poco de olor de cena a la iglesia en fiesta, entibiada por la profusión de cirios.

¿Es la visión de sus gorros blancos lo que en tal forma distrae al oficiante? ¿O será, más bien, la campanilla de Garrigú, esa campanilla endiablada que se agita al pie del altar con infernal rapidez, y que parece estar diciendo a cada rato: "¡Abreviemos, reverendo, abreviemos! Mientras más pronto concluyamos, más pronto nos sentaremos a la mesa"?...

Lo cierto es que cada vez que suena aquella campanilla endiablada, el capellán olvida su misa y no piensa sino en la cena. Imagínase las cocinas rumorosas, los hornillos incandescentes en un fuego de fragua, el inefable vaho que sale de las cacerolas entreabiertas, y, entre aquel vaho, dos magníficos pavos rellenos, reventando, atestados de trufas...

O ve pasar hileras de pajes llevando fuentes envueltas en tentador humillo, y entra con ellos en el gran salón dispuesto ya para el festín. ¡Oh, delicia! Allí están la inmensa mesa, abarrotada y resplandeciente, los pavos adornados con sus plumas, los faisanes abriendo sus alas rojizas, los botellones color rubí, las pirámides de frutas destellando entre las verdes ramas, y los incomparables pescados de que hablaba Garrigú — ¡hum, hum, Garrigú! —, tendidos en un lecho de hinojos, con las escamas nacaradas cual si acabaran de salir del agua, y con un ramilletito de hierbas olorosas en sus bocas de monstruos. Tan real es la visión de aquellas maravillas, que el reverendo cree tener todos aquellos platos estupendos delante de sí, sobre los bordados del mantel del altar, y varias veces, en lugar de decir *Dominus vobiscum*, ha llegado a exclamar *Benedicite*... Aparte de estos pequeños errores, el buen cura despacha el oficio divino concienzudamente, sin saltar una línea, sin omitir una genuflexión, y todo camina perfectamente hasta el fin de la primera misa, pues ya sabéis que el día de Navidad, el mismo oficiante debe celebrar tres misas consecutivas.



—¡Va una! — se dice el capellán, lanzando un suspiro de alivio. En seguida, sin perder un minuto, hace señas a su monaguillo, al que cree su monaguillo, y...

—¡Tilín!... ¡Tilín!... ¡Tilín!...

Empieza la segunda misa, y con ella la perdición del reverendo don Balaguer.

—¡Vaya! ¡Apuremos! — le grita con su vocecita agria la campanilla de Garrigú. Y esa vez, el desgraciado oficiante, entregado por entero al demonio de la gula, se arroja sobre el misal y devora las páginas con la avidez de un espíritu sobreexcitado. Inclínase, se levanta frenético, esboza apenas la señal de la cruz, las genuflexiones, acorta sus ademanes para terminar antes. Apenas si extiende los brazos cuando el Evangelio; apenas si se golpea el pecho en el *Confiteor*. Dijérase que entre él y el monaguillo apostaran a quién balbucearía con más prisa. Los versículos y las respuestas se precipitan, atropéllanse. Las palabras medio pronunciadas sin abrir la boca, lo que haría perder mucho tiempo, acaban en murmullos incomprensibles:

—*Oremus*... *ps*... *ps*... *ps*...

—*Mea culpa*... *pas*... *pas*...

Cual vendimiadores apurados pisando la uva, chapuzan ambos en el latín, desparramando salpicaduras por todos lados.

—*Dom*... *scum!*... — dice el reverendo.

—*Stutuo*... — responde el sacristán.

Y, en tanto, la campanilla continúa repiqueteando a sus oídos, como los cascabeles que se ponen a los caballos de posta para hacerlos avanzar con mayor rapidez. Ya comprenderéis que una misa rezada tiene que terminar muy pronto de ese modo... Aquélla termina.

—¡Van dos! — dícese, jadeante, el capellán.

Luego, sin perder tiempo en respirar, rojo, sudando, baja corriendo las gradas del altar, y...

—¡Tilín!... ¡Tilín!... ¡Tilín!...

Empieza la tercera misa. Ya sólo hay que dar unos pasos para llegar al comedor; pero, ¡ay!, a medida que se acerca la cena, el desdichado don Balaguer se siente acometido por una fiebre de impaciencia y glotonería. Acentúase su visión. Las carpas doradas, los pavos trufados están allí... sobre el altar... Los toca... Los... ¡Dios Santo! Humean las fuen-



tes, los vinos embalsaman... Y sacudiendo su endiablado badajo, la campanilla le grita:

—¡Ligero, ligero, más ligero!... ¡Despachemos de una vez!

Pero ¿cabe mayor rapidez? Sus labios apenas se mueven ya. No pronuncia las palabras... Únicamente trampeando en forma abierta a Dios, escamoteándole la misa... ¡Y eso mismo es lo que hace el desventurado! De tentación en tentación, comienza por saltar un versículo, después dos. En seguida... La Epístola es demasiado extensa, y no la termina... Roza apenas el Evangelio. Cruza ante el credo sin entrar en él. Pasa de largo el padrenuestro. Saluda de lejos al prefacio. Y a saltos y a brincos precipítase en la condenación eterna, siempre seguido de cerca por el infame Garrigú — ¡*Vade retro*, Satanás!—, que, secundándole con maravillosa comprensión, le levanta la casulla, vuelve las hojas de dos en dos, maltrata los atriles, vuelca las vinajeras y agita sin tregua la campanilla, cada vez más fuerte, cada vez más aprisa...

¡Es de ver el gesto asombrado de todos los concurrentes! Obligados a seguir por la mímica del oficiante aquella misa de la que no entienden una palabra, se levantan unos cuando otros se arrodillan, siéntanse éstos cuando los demás se ponen de pie, y todos los períodos del singular oficio se confunden en los escaños en un caos de actitudes diversas. La estrella de Navidad en marcha por los caminos del cielo, hacia el pequeño establo, palidece de espanto ante aquella infernal confusión...

—El reverendo va demasiado ligero... No se le puede seguir — dice la anciana marquesa agitando la cofia con desaliento.

El juez Arnoton, con sus anteojos de acero a horcajadas en las narices, busca en su libro de misa por dónde diablo se va. Mas, íntimamente, aquellos buenos fieles, que piensan también en cenar, no se disgustan ni mucho ni poco porque la misa vaya como por la posta, y tan pronto don Balaguer, con el rostro radiante, se vuelve hacia ellos gritando con todas sus fuerzas el *Ite missa est!*, todos a coro, en la capilla, responden con un *Deo gratias* tan alegre, tan unánime, que parece el primer brindis en la gran mesa del comedor...

Cinco minutos más tarde, la multitud de señores tomaba asiento ante la succulenta cena, con el capellán en medio. El



castillo, iluminado de arriba abajo, se había llenado de cantos, gritos, risas, rumores, y el venerable dom Balaguer clavaba el tenedor en un ala de ave, ahogando el remordimiento de su pecado con los torrentes del excelente vino del Papa y los deliciosos jugos de los manjares. Y tanto comió, y bebió tanto el pobre santo varón, que aquella misma noche murió de una indigestión terrible, sin haber tenido siquiera tiempo de arrepentirse. Después, a la madrugada, llegó al cielo, poblado aún de rumores por las fiestas de la noche, y ya os imaginaréis de qué manera fué recibido:

—¡Apártate de mi vista, mal cristiano! — le dijo el soberano Juez, nuestro amo y señor —. Tu pecado es lo suficientemente grave para borrar una vida entera de virtud... ¡Me has robado una misa de Navidad!... Pues bien: tendrás que pagarme trescientas en lugar de ella, y no entrarás aquí hasta que no hayas celebrado en tu propia capilla esas trescientas misas de Navidad en presencia de todos los que por tu culpa y contigo pecaron...

Ésta es la leyenda de dom Balaguer, tal como se cuenta en el país de los olivos. Actualmente, el castillo de Trinquelague no existe, pero la capilla álzase aún en la cumbre del monte Ventoux, entre un grupo de verdes encinas. El viento hace golpear las puertas desvencijadas; la hierba invade el umbral, y los pájaros hacen sus nidos en los rincones del altar y en el alféizar de las altas ventanas, cuyos vitrales han desaparecido hace ya muchos años. Pero parece que todas las Nochebuenas una luz sobrenatural vaga por aquellas ruinas y, al acudir a las misas y a las cenas, los campesinos ven aquel lugar iluminado con cirios que arden, hasta bajo la nieve y el viento.

Podéis reiros, si os place, pero un vinatero del lugar, llamado Garrigue, sin duda descendiente del Garrigú de marras, me ha asegurado que una noche de Navidad, encontrándose algo achispado, se perdió en la montaña hacia el lado de Trinquelague, y he aquí lo que vió:

Antes de las once de la noche, nada. Todo permanecía silencioso, inanimado, oscuro. De súbito, a eso de la medianoche, sonó en lo alto de la torre una campana, una vieja, viejísima campana que, por su son, se diría hallábase a diez leguas de allí.



Pronto, por los senderos que suben al castillo, Garrigue vió temblar luces, agitarse vacilantes sombras. Bajo el pórtico de la capilla, la gente andaba, cuchicheaba:

—¡ Buenas noches, maese Arnoton, buenas noches!

—¡ Buenas noches, hijos míos, buenas noches!

Cuando todos hubieron entrado, mi buen Garrigue, que era muy decidido, se aproximó despacito, y mirando por la puerta desvencijada asistió a un extraño espectáculo. Todos los que había visto subir estaban colocados alrededor del coro, en la nave arruinada, como si los antiguos escaños existieran aún. Elegantes damas vestidas de brocado, con cofias de encaje; caballeros galoneados de pies a cabeza; campesinos de chaquetas bordadas como las de nuestros abuelos; todos con aire de vejez y de cansancio, empolvados y marchitos. De vez en vez, los pájaros nocturnos, huéspedes habituales de la capilla, despertados por todas aquellas luces, volaban en torno de los cirios, cuyas llamas subían rectas y vagas como si ardieran tras una gasa. Y lo que más regocijaba a Garrigue era cierto personaje de grandes anteojos de acero, que movía a cada instante su alta peluca negra, en la que uno de los pájaros se había enredado y batía obstinadamente las alas...

Un viejecillo de infantil estatura, arrodillado en medio del coro, agitaba desesperadamente desde el fondo una campanilla sin badajo y sin voz, mientras un sacerdote, vestido de oro viejo, pasaba y repasaba ante el altar, recitando oraciones de las que no se entendía una sola palabra...

No podía ser otro que el reverendo dom Balaguer, oficiando su tercera misa rezada.

ALPHONSE DAUDET

# CUENTO DE NAVIDAD

POR

CHARLES DICKENS

## I

**E**MPECEMOS por decir que Marley había muerto y que de ello no había ninguna duda. El cura, el sacristán, el comisario de entierros y el presidente del duelo habían firmado el acta de su sepelio. También Scrooge. Y el nombre de Scrooge gozaba de gran prestigio en la Bolsa, cualquiera fuese el papel en que estampara su firma.

El viejo Marley estaba, pues, muerto. Tan muerto como el clavo de una puerta.<sup>1</sup> Claro está que yo no sé por experiencia propia lo que hay de muerto en el clavo de una puerta, pero convengo en admitir que un clavo de ferretería es una de las piezas más muertas que existen en el comercio. Además, la sabiduría de nuestros antepasados resplandece en las comparaciones y no debemos ponerla en duda si no queremos que desaparezca el país. Repetiré, pues, enfáticamente, que Marley estaba más muerto que el clavo de una puerta.

¿Le constaba a Scrooge que aquél había muerto? Desde luego. No podía ser de otro modo. Scrooge y él habían sido consocios durante no sé cuántos años. Scrooge fué su único albacea, su único administrador, su único cesionario, su único legatario universal, en fin, y la única persona que vistió de luto cuando él murió. Pero Scrooge no estaba afligido hasta el extremo de dejar de ser un perfecto negociante, y solemnizó con un buen negocio el mismo día del entierro.

La mención del sepelio de Marley me impulsa a retroceder al punto de partida. No cabe duda de que Marley había muerto.

1. Símil proverbial en Inglaterra.



Insisto en ello porque nada de extraordinario se veía en la historia que voy a referir si ese detalle no estuviera perfectamente definido. Si no estuviéramos plenamente convencidos de que el padre de Hamlet había muerto antes de empezar la representación teatral, no encontraríamos en su paseo nocturno, en medio de la tempestad, por las murallas de la ciudad, nada de notable más que lo que hallaríamos en ver a otro caballero cualquiera, de mediana edad, temerariamente lanzado después del anochecer en un lugar expuesto al vendaval — el cementerio de San Pablo, por ejemplo —, simplemente para deslumbrar el vacilante espíritu de su hijo.

Scrooge no eliminó de la razón social el nombre de Marley. Durante muchos años permaneció sobre la puerta del almacén esta inscripción: "Scrooge y Marley". Era así cómo se conocía la firma comercial. Los clientes modernos llamaban unas veces a Scrooge y otras a Marley; y él acudía indistintamente.

¡Ah! Pero Scrooge era terriblemente tacaño, cruel, avaro, miserable, desalmado, ambicioso. Era, por lo duro y esquinado, como un pedernal, pero como un pedernal del que ningún eslabón arrancara nunca una chispa generosa. Era, además, reservado, huraño y solitario como una ostra. Su frío interior le helaba las viejas facciones, amoratábale la afilada nariz, le arrugaba las mejillas, le hacía torpe el paso y turbia la mirada, le tornaba azules los finos labios resecos. Su voz era áspera y astuta. Una especie de escarcha cubría la cabeza, y las cejas, y la barba de alambre. Iba siempre a una temperatura de bajo cero. Mantenía helado su despacho en los días caniculares y no lo calentaba ni un grado en Navidad.

Poca influencia ejercían sobre Scrooge, por otra parte, el calor y el frío del exterior. Ni el verano ni el invierno conseguían turbar su clima íntimo. Viento alguno era más áspero que él; ninguna nieve más rigurosa que su alma; ninguna lluvia más impía. El temporal no sabía cómo afectarle. La lluvia más tenaz, la nieve más obstinada, el granizo más violento y el cierzo más glacial sólo podían jactarse de aventajarle en una cosa: en que con frecuencia "bajaban" gallardamente. Scrooge jamás lo hacía.

Nunca lo detuvo nadie en la calle para preguntarle solícito:



—¿Qué tal, querido Scrooge? ¿Cuándo recibiré vuestra visita?

Ningún indigente le pedía limosna; ningún rapaz le preguntaba la hora; ningún transeúnte le interrogaba sobre un lugar o una calle. Hasta los perros de los ciegos parecían conocerle, y cuando lo veían aproximarse, arrastraban a sus amos hacia los portales o las callejuelas y movían la cola como diciendo: "Es preferible ser ciego a tener mal ojo".

Mas, ¿qué le importaba a Scrooge? Era eso mismo lo que quería: transitar los concurridos caminos de la vida ahuyentando, para mantenerse solo, toda humana simpatía.

Un día, uno de los mejores días del año, la víspera de Navidad, el viejo Scrooge se encontraba en su despacho, trabajando. El tiempo era brumoso, triste y glacial, y podía oír el rumor de la gente que pasaba presurosa calle abajo golpeándose el pecho con las manos ateridas y pisando fuerte para entrar en calor. Los relojes acababan de dar las tres, pero la obscuridad era ya casi completa, y las luces brillaban en las ventanas de las casas vecinas como manchas rubias en el aire oscuro de la tarde. La niebla filtrábase por las hendeduras y por los ojos de las cerraduras, y era tan espesa afuera, que, aunque la calle tenía muy poca anchura, los edificios de enfrente veíanse borrosos como fantasmas. Al comprobar cómo la sombría masa descendía envolviéndolo todo, se habría pensado que la Naturaleza moraba cerca y se encontraba efectuando destilaciones en gran escala.

Scrooge mantenía abierta la puerta de su despacho para vigilar así a su dependiente, que en una lóbrega y apartada celda, una verdadera cisterna, copiaba cartas. Poca lumbre tenía el viejo, pero menos aun el dependiente. Era la de éste una sola ascua, mas no podía aumentarla porque la caja del carbón estaba en la habitación de Scrooge y el avaro patrón habría despedido sin duda a su subordinado de haberse atrevido el pobre hombre a solicitar un poco más de combustible. No le quedó, pues, otro recurso que embozarse en su bufanda y tratar de entrar en calor aproximándose a la vela, pero como no poseía mucha imaginación, fracasó en su intento.

—¡Dios os guarde, tío! ¡Felices Pascuas! — exclamó una voz alegre.



Era el sobrino de Scrooge, el cual cayó sobre él con tanta precipitación, que el viejo apenas pudo darse cuenta previa de su presencia.

—¡Bah! — murmuró Scrooge —. ¡Patrañas!

Estaba el muchacho tan sofocado a causa de su carrera a través de la niebla y del viento, que tenía el rostro encendido como una cereza, los ojos chispeantes y la respiración agitada.

—¿Cómo, tío? — replicó —. ¿Navidad una patraña? Sin duda no habéis querido decir eso.

—Eso mismo he dicho — insistió ásperamente Scrooge —. ¿Qué derecho, qué motivo tienes tú para estar alegre? Eres bastante pobre.

—Pues bien — dijo a su vez el sobrino —. ¿Y qué derecho, qué motivo tenéis vos para estar triste? Sois bastante rico.

—¡Bah! ¡Patrañas! — tornó a exclamar el viejo, incapaz de encontrar una respuesta apropiada.

—No os enojéis, tío — habló el muchacho.

—¡Cómo no me voy a enojar — respondió el tío —, si cada vez me doy más perfecta cuenta de la insensatez del mundo en que vivimos! ¡Felices Pascuas! ¡Felices Pascuas!... ¿Qué significan las Pascuas de Navidad sino la época en que hay que saldar cuentas y hacer frente a los compromisos sin tener dinero para ello? ¿Qué es esta fecha sino la que te muestra un año más viejo y ni una hora más rico; el día en que, después de efectuar el balance de los libros, comprueba uno que los artículos detallados en ellos no han dejado, después de doce largos meses, la menor ganancia? Si en mis manos estuviera hacerlo — agregó el viejo, indignado —, cocería en su propia substancia a todos los imbéciles que andan con el "¡Felices Pascuas!" en los labios, y los enterraría con una vara de acebo clavada en el corazón. ¡Eso es!

—¡Pero, tío! — aventuró el sobrino.

—Mira — replicó, siempre ásperamente, el viejo —, celebra la Navidad como te plazca y déjame a mí celebrarla como se me antoje.

—¡Celebrar la Navidad! Pero si vos no lo hacéis, tío — comentó el muchacho.

—¿Y si no lo hago, qué? ¡Mucho beneficio te reporta a ti hacerlo! ¡Mucho beneficio te ha reportado siempre!



—Muchas cosas hay que podían haberme reportado beneficio y que no he aprovechado —replicó el sobrino—; entre ellas, la Navidad. Pero estoy seguro de que siempre, al llegar esta época, he pensado en la Navidad, aparte de la veneración que su nombre sagrado y su origen me inspiran, como en una grata fecha de afecto, de perdón y de caridad; como en el único día del largo transcurso del año en que hombres y mujeres parecen estar de acuerdo en abrir sus corazones y en ver en sus inferiores a verdaderos compañeros de viaje en la marcha hacia la tumba y no a integrantes de otra raza de distinto destino. Por lo tanto, tío, aunque la Navidad no me ha traído nunca una moneda de oro o de plata, creo que me ha reportado beneficio, que me ha hecho y que me hará bien. Por eso digo: ¡Bendita sea!

Instintivamente, el subordinado del señor Scrooge aplaudió desde su mazmorra; mas, dándose cuenta inmediatamente de que había cometido una inconveniencia, se puso a remover el fuego, apagando en su turbación el último residuo.

—¡Permitíos otra manifestación de esa naturaleza y os haré celebrar la Navidad en la calle! —increpó Scrooge. Y, luego, volviéndose hacia su sobrino, agregó: —Realmente eres un hábil orador. Me admira que no estés en el Parlamento.

—¡No os enojéis, tío! Mirad, os invito a cenar con nosotros mañana.

Scrooge contestó que le agradaría mucho verle... Sí, que le agradaría mucho verle... en el infierno.

—Pero, ¿por qué, tío? ¿Por qué? —suplicó el muchacho.

—¿Por qué te casaste?

—¿Por qué me casé? ¡Porque me enamoré, tío!

—Porque te enamoraste... —masculló Scrooge, como si aquello fuera lo único que le pareciera aún más ridículo que la Navidad—. ¡Buenas tardes!

—Veamos, tío. Si antes no fuisteis nunca a verme, ¿por qué hacer de esto una razón para no ir ahora?

—¡Buenas tardes! —replicó Scrooge.

—Nada os pido. Nada vuestro necesito. ¿Por qué, entonces, no podemos ser amigos?

—¡Buenas tardes!

—Deploro, sinceramente, hallaros tan obstinado. Nunca os



he dado motivo de disgusto. Mas he insistido en celebrar la Navidad y llevaré hasta lo último mi buen humor de Navidad. Por lo tanto, tío: ¡Felices Pascuas!

—¡Buenas tardes!

—¡Ah, y feliz Año Nuevo!

—¡Buenas tardes! — volvió a repetir Scrooge.

El sobrino abandonó la habitación sin decir, no obstante, una sola palabra de desagrado. Detúvose en la otra puerta para desear al dependiente felices Pascuas. Y el hombre, aunque estaba aterido, fué más efusivo que su patrón, pues retribuyó cordialmente los votos del muchacho.

—Éste — dijo Scrooge, oyéndolo — es otro loco de atar. Gana quince chelines semanales, tiene mujer e hijos y habla de la alegre Navidad. Debía estar en un manicomio.

Habiendo despedido a su sobrino, el viejo introdujo a dos caballeros que le visitaban. Eran dos hombres corpulentos, de expresión simpática, que permanecieron de pie y descubiertos ante Scrooge. Llevaban unos papeles y unos libros y se inclinaron ante el comerciante.

—¿Scrooge y Marley, supongo? — habló uno de ellos consultando una lista —. ¿Con quién tengo el gusto de hablar? ¿Con el señor Scrooge o con el señor Marley?

—El señor Marley murió hace hoy justamente siete años.

—No dudamos de que su liberalidad habrá sobrevivido en su socio — dijo el caballero presentando sus credenciales.

En realidad, ambos habían sido tal para cual. Al escuchar la palabra "liberalidad", Scrooge frunció el entrecejo y devolvió a su interlocutor sus credenciales moviendo la cabeza.

—En esta grata época del año — prosiguió el caballero tomando una pluma — es más necesario que nunca hacer algo en favor de los pobres y de los desamparados, señor Scrooge. Miles de seres carecen hoy de lo más indispensable, y cientos de miles necesitan ayuda.

—¿Acaso no existen cárceles? — preguntó Scrooge.

—Muchas, caballero — respondió el hombre.

—¿Y las casas de corrección siguen funcionando? — tornó a preguntar Scrooge.

—Funcionan, en efecto, señor — asintió el caballero —. Deploro no poder contestar lo contrario.



—La Ley de Pobreza y el Treadmil<sup>1</sup> se hallan, pues, en vigor, ¿no es así?

—Así es, caballero.

—Bueno... Me temí, oyéndoos hablar, que hubiesen interrumpido sus beneméritos servicios — se tranquilizó Scrooge —. Lo celebro.

—Convencidos de que tales instituciones apenas pueden brindar cristiana alegría a la mente o bienestar material a la multitud — prosiguió el visitante —, algunos de nosotros nos hemos propuesto recabar fondos para proporcionar a los pobres alimentos y calor. Elegimos esta época porque entendemos que es la que pone más de relieve las necesidades y la que hace más regocijada la abundancia. ¿Con cuánto deseáis contribuir?

—¡Con nada! — dijo Scrooge secamente.

—¿Queréis, sin duda, guardar el anónimo?

—Deseo que me dejéis en paz. Ya que me preguntáis lo que deseo, tomad nota de mi respuesta. No celebro la Navidad ni contribuyo a divertir a los holgazanes. Coopero, sí, al mantenimiento de las instituciones de que os he hablado y que bastante cuestan, por cierto. Los que no se hallen a gusto en ellas, que se vayan a otra parte, y asunto concluído.

—Hay muchos que no pueden estar en ellas y otros que preferirían la muerte.

—Pues si prefieren la muerte, lo mejor que pueden hacer es morir. Así disminuirá el exceso de población. Por otra parte, y perdonadme por ello, yo no entiendo de esas cosas.

—Sin embargo, debierais entender — observó el caballero.

—No me incumbe — replicó Scrooge —. Bastantes preocupaciones tengo con mis asuntos para pensar en los demás. ¡Buenas tardes, caballeros!

Persuadidos de la inutilidad de cualquier insistencia, los visitantes se marcharon. Con mayor estimación de sí mismo y con una animación más grande que la habitual, Scrooge reanudó su tarea.

La niebla y la obscuridad hiciéronse tan densas entretanto, que la gente tenía que transitar alumbrándose con antorchas y marchando delante de los caballos para que los coches no

1. Aparato que se usaba como correctivo carcelario.



chocaran. La vieja torre de un templo cuya antigua y estridente campana parecía estar siempre atisbando a Scrooge por una ventana del muro, era ahora invisible y daba las horas a través de la bruma, retumbando con trémulas vibraciones como si aquella elevadísima y fantasmal cabeza le estuvieran castañeteando los dinetes. El frío aumentó. En una esquina de la calle Mayor, algunos obreros, que estaban reparando varios mecheros de gas, habían encendido una gran fogata, en torno a la cual un grupo de chicuelos y mendigos se calentaban las manos haciendo gestos de satisfacción. Como los sumideros se habían taponado, el agua sobrante se congelaba rápidamente, convirtiéndose en hielo. El resplandor de los comercios, donde las ramas de acebo cargadas de frutas destellaban a la luz de las lámparas, ponía caprichosos tonos dorados en los rostros de los peatones. Las tiendas de aves y las de comestibles ofrecían un deslumbrador aspecto, constituían un espectáculo magnífico, ante el cual no se concebía que tuvieran nada que hacer los prosaicos principios del regateo y la venta. En la fortaleza de la Mansion-House, el alcalde de la ciudad impartía instrucciones a sus cincuenta cocineros y reposteros para festejar la Navidad en forma concordante con su alta investidura; y hasta el humilde sastre que el lunes anterior había sido castigado con una multa de cinco chelines por ebriedad y escándalo, preparaba en su tugurio el budín del día siguiente, mientras la flaca cónyuge iba con el chico a comprar la carne indispensable.

La niebla se hacía más densa y el frío más glacial. El cierzo penetraba, mordía. Si el bueno de San Dunstan hubiera rasguñado siquiera la nariz del espíritu maligno con un tiempo como aquél, en vez de emplear sus clásicas armas, el diablo, seguramente, habría rugido de dolor.

El dueño de una juvenil naricilla, mordisqueada y roída por el cruel frío como mordisqueea y roe un perro los huesos que encuentra, detúvose ante la casa de Scrooge para cantarle, por el ojo de la cerradura, una canción de Navidad; mas apenas había empezado a decir:

*Dios os bendiga, alegre caballero;  
que nada pueda jamás disgustaros . . .*



cuando Scrooge esgrimió la regla con tal expresión, que el cantor corrió presa del pánico, dejando el ojo de la cerradura a la niebla y a la helada.

La hora de cerrar el escritorio llegó por fin. El viejo se incorporó de mala gana en su asiento y aprobó tácitamente la actitud del dependiente, que, en su cuchitril, apagó la vela y se puso el sombrero.

—Supongo que necesitaréis todo el día de mañana — dijo Scrooge.

—Si no tenéis nada que objetar, señor...

—Tengo que objetar, sencillamente, que no me parece justo — replicó el viejo —. Pensaríais tal vez que os perjudicaba si os descontara por ese día media corona. No obstante, ¿acaso estoy obligado a pagaros un trabajo que no hacéis?

El dependiente esbozó una sonrisa tímida.

—No pensáis, en cambio — continuó Scrooge —, que me perjudicáis a mí cobrando sueldo un día que no rendís producto.

Débilmente, el subordinado hizo notar que ello sucedía sólo una vez al año.

—Eso — dijo el viejo — es un pobre pretexto para escaldar a uno el bolsillo todos los días 25 de diciembre. En fin, sigo suponiendo que necesitáis todo el día. Tratad de venir pasado mañana todo lo temprano posible.

Así prometió hacerlo el dependiente, y el viejo se marchó rezongando. En un momento fué cerrado el despacho, y el dependiente, con los extremos de su larga bufanda blanca colgándole hasta más abajo de la cintura — pues carecía de sobretodo —, descendió unas cuantas veces por un resbaladero en Cornhill, al fondo de una callejuela llena de chicos, para festejar la Nochebuena, y se fué luego presuroso hacia su casa en Camden-Town, a jugar a la gallinita ciega.

Scrooge cenó melancólicamente en su melancólica taberna habitual, y después de dar lectura a todos los periódicos y de repasar un rato sus libros comerciales, se marchó a la cama. Sus habitaciones eran las que ocupara el difunto Marley, unos cuartos lóbregos en un oscuro edificio situado al final de una callejuela, en el que existía tan escaso movimiento, que no se podía menos de creer que había llegado allí corriendo, cuando era una casa de pocos años, mientras jugaba al escondite con



otras casas, olvidando luego el camino de vuelta. El inmueble era antiguo y lúgubre y sólo habitaba en él Scrooge, pues las demás dependencias estaban alquiladas para oficinas. La callejuela era tan sombría, que el mismo Scrooge, aunque la conocía palmo a palmo, veíase obligado a cruzarla tanteando. La niebla y la nieve aglomerábanse de tal modo ante la negra entrada de la casa, que parecía que el Genio del Invierno se hubiera sentado a meditar en el umbral.

Conviene advertir que el llamador de la puerta no tenía nada de raro, aparte de que era de gran tamaño; conviene hacer notar igualmente, que Scrooge lo había visto de día y de noche durante todo el tiempo de su residencia allí, y que el anciano poseía tan poca cantidad de lo que se llama fantasía como cualquier otro habitante de Londres, incluyendo — y la frase es algo atrevida — las corporaciones, los miembros del Consejo Municipal y los de los Gremios. Debe tenerse también en cuenta que Scrooge no había consagrado un solo pensamiento a Marley hasta que hiciera mención, aquella misma tarde, de los siete años transcurridos desde su fallecimiento. Y ahora, que me explique el que sea capaz de ello, cómo pudo suceder que el viejo, al introducir la llave en la cerradura, viera en el llamador, sin que mediara ninguna mágica influencia, no un llamador, sino la cara de su difunto socio.

La cara de Marley. No una sombra impenetrable como las que parecían los demás objetos de la calle, pues la rodeaba un misterioso fulgor parecido al que presentaría en un oscuro sótano una langosta en mal estado. Aquel rostro no se mostraba iracundo ni feroz; miraba a Scrooge con su expresión habitual, los espectrales anteojos levantados hacia la frente espectral. Los cabellos se le agitaban extrañamente cual si un soplo de ardoroso aire los moviera, y sus ojos, aunque desmesuradamente abiertos, hallábanse por completo inmóviles. Todo ello, y su inquietante palidez, hacían horrible la cara de Marley, pero ese horror parecía ajeno a la cara misma, fuera de su dominio, más que parte integrante de su expresión.

Cuando Scrooge se detuvo a considerar atentamente aquel fenómeno, el llamador era ya de nuevo un llamador.

Mentiríamos si dijéramos que el anciano no se sintió inquieto o que su sangre dejó de experimentar una terrible sensación.



Pero, llevando la mano a la llave que había abandonado, la hizo girar decididamente y encendió una vela.

Antes de cerrar la puerta detúvose indeciso un momento para mirar detrás de ella con desconfianza, esperando aterrizarse ante la vista del cabello de Marley adherido a la parte interior; mas, sobre la puerta, no había otra cosa que las tuercas y tornillos que sujetaban el llamador, por lo cual se limitó a cerrarla de un golpe, en tanto que exclamaba: —¡Bah!

El portazo retumbó como un trueno en el interior del edificio. Todas las habitaciones altas y todas las cubas del vinatero, en el sótano, parecieron poseer capacidad de eco independiente de la puerta de Scrooge, el cual no era hombre a quien los ecos asustasen. Dejó la puerta, cruzó el zaguán y empezó a subir la escalera, despacio, sin embargo, alumbrando a diestro y siniestro mientras ascendía.

Habréis oído hablar de las viejas escaleras de antaño, por las cuales hubiera podido subir fácilmente un coche de seis caballos o el público de una sesión parlamentaria, pero os aseguro que la escalera de Scrooge era aún más amplia. Un coche fúnebre habría podido subir por ellas con entera facilidad.

Poseía para ello la amplitud necesaria, y aun sobraba espacio, y tal fué quizá la razón que llevó a Scrooge a pensar en un cortejo fúnebre discurriendo ante él por la obscuridad. Media docena de mecheros de gas no habrían iluminado suficientemente el vestíbulo. La obscuridad es barata, y por ello agradaba a Scrooge. Mas, antes de cerrar la puerta de su cuarto, inspeccionó bien todas las habitaciones para ver si todo estaba en orden. Y si deseaba comprobar tal cosa, era porque persistía en él el recuerdo de aquella cara en el llamador.

Recorrió la salita, el dormitorio, el cuarto de los baúles. Sin novedad. No había nadie debajo de la mesa, nadie debajo del sofá; un poco de lumbre en el hogar; la jarra y la palangana, listas; la cacerolita con su cocimiento (Scrooge estaba resfriado) cerca del fuego. Nadie debajo de la cama; nadie en el gabinete; nadie dentro de la bata colgada de la pared en actitud sospechosa. La vieja chimenea, los zapatos viejos, dos canastos para pescado, un lavabo de tres patas y un atizador.

Scrooge, tranquilizado, cerró la puerta y le dió dos vueltas a la llave, lo cual no era habitual en él. Asegurado así contra



cualquier contingencia, se quitó la corbata, se puso la bata, las zapatillas, el gorro de dormir, y tomó asiento delante del fuego para ingerir su cocimiento.

El fuego era en realidad insignificante, poco a tono con noche tan rigurosa. Se vió obligado a acercarse a él, mucho, para poder experimentar una leve sensación de calor. El hogar era antiquísimo, construído muchos años atrás por algún comerciante holandés y pavimentado con extraños ladrillos de aquel país, que representaban escenas de las Escrituras. Veíanse Caínes y Abeles, hijas de Faraón, reinas de Saba, heraldos angélicos descendiendo por el aire a través de nubes que parecían de plumón; Abrahames, Baltasares, Apóstoles navegando en mantequeras; en fin, centenares de figuras que llamaban la atención. No obstante, aquel rostro de Marley muerto siete años atrás llegaba como la vara del antiguo Profeta y hacía desaparecer todo ante la vista de Scrooge. Si cada uno de los dibujados ladrillos hubiera estado en blanco y hubiera podido reflejarse en ellos alguna figura sacada de los pensamientos de aquél, sobre todos ellos aparecería la cabeza de Marley.

—¡Bah! — murmuró Scrooge —. ¡Patrañas!

Y se puso a pasear por la estancia.

Tras algunos paseos, sentóse de nuevo. Recostado en la silla, su mirada fué a posarse sobre una campanilla colgada en la habitación, que comunicaba, para algún olvidado servicio, con un cuarto del piso más alto del edificio. Con gran maravilla y extraño e indefinible temor, Scrooge vió que aquella campanilla, fuera de uso desde muchos años atrás, comenzaba a oscilar. Tan suavemente lo hacía al principio, que apenas producía sonido alguno. Mas, de súbito, sonó estrepitosamente, y entonces, como respondiendo a un conjuro, empezaron a sonar también con fuerza todas las campanillas de la casa.

Aquello pudo haber durado medio minuto, un minuto, pero a Scrooge se le antojó una hora. Como habían empezado a sonar, todas a la vez, dejaron de hacerlo. Y a su estrépito sucedió un ruido rechinante que procedía de la parte más profunda del edificio, cual si alguien arrastrase sobre los toneles del vinatero del sótano una pesada y misteriosa cadena. Y Scrooge no pudo menos que recordar que los espectros que se aparecen en las casas llegan siempre arrastrando cadenas.



La puerta del sótano se abrió con estruendo, y el ruido de las cadenas empezó a oírse luego con mayor nitidez en el piso de abajo. En seguida el viejo advirtió que el rumor iba subiendo la escalera, que se dirigía resueltamente hacia la puerta de su cuarto.

—¡Bah! ¡Patrañas! ¡No son más que patrañas! No quiero ni pensar en todo esto.

Palideció, sin embargo, cuando el Espectro, sin detenerse, cruzó la pesada puerta y se apareció ante sus ojos en el cuarto. La moribunda llama del hogar dió entonces un salto, cual si gritara: “¡Es el espectro de Marley! ¡Lo conozco!”, y se apagó del todo.

Y aquélla era la misma cara que Scrooge había visto en el llamador: Marley, con sus cabellos erizados, con su chaleco de costumbre, con sus angostos calzones y su chaqueta de ribetes. La cadena que arrastraba le pendía de la cintura. Larga y pesada, estaba sujeta a él como una cola y se componía — Scrooge lo observó en seguida — de cajas de caudales, llaves, candados, libros comerciales, documentos y recias bolsas de cuero. El cuerpo de Marley era transparente, por lo que Scrooge, mirándolo a través del chaleco, pudo ver los dos botones de la parte posterior de la casaca.

El viejo había oído decir siempre que Marley no tenía entrañas, pero jamás hasta entonces poseyó de ello una prueba tan contundente. Ni aun entonces lo creía del todo. Por más que examinaba al Espectro de parte a parte viéndolo en pie delante de él; por más que sentía la influencia de sus ojos, fríos como la muerte; por más que miraba y remiraba hasta el tejido del pañuelo que le envolvía la cabeza y la barba, y el cual no había notado antes, desconfiaba de su visión, luchaba contra sus sentidos.

—¡Ah! — murmuró con su habitual tono de voz cáustico y frío —. ¿Qué deseáis de mí?

—¡Mucho! — respondió la voz de Marley, pues él era, sin duda, el aparecido.

—¿Quién sois?

—Preguntadme mejor quién *fui*.

—Pues, bien: ¿quién *fuisteis*? — volvió a interrogar Scrooge elevando la voz.



—En vida, vuestro socio Jacob Marley.

—¿Podéis... tomar asiento? —inquirió Scrooge, perplejo.

—Puedo.

—Sentaos, entonces.

Había formulado Scrooge tal interrogación porque ignoraba si un espectro tan transparente hallaríase en condiciones de tomar una silla, y pensó que en caso de que le fuera imposible, se impondría una embarazosa explicación. Mas el Espectro sentóse tranquilamente frente al hogar, como si estuviera acostumbrado a ello.

—¿No creéis en mí? —preguntó a Scrooge.

—No —respondió éste.

—¿Qué evidencia, además de la de vuestros sentidos, deseáis de mi existencia real?

—No sé.

—¿Es que dudáis de vuestros sentidos? ¿Por qué?

—Porque, a veces, lo más insignificante los impresiona. El más leve trastorno del estómago los perturba. Acaso seáis un trozo de carne que no he digerido, una pizca de mostaza, un pedacito de queso, una papa mal cocida. Quien quiera que seáis, hay en vos más de guiso que de tumba.<sup>1</sup>

No acostumbraba Scrooge hacer chistes, y, a juzgar por lo que sentía entonces su corazón, sus bromas tenían que ser groseras. La realidad es que trataba de mostrarse agudo a fin de distraer su propia atención y desvanecer su miedo, pues la voz del Espectro le estremecía hasta la médula.

Continuar sentado en silencio durante unos instantes bajo la mirada de aquellos ojos vidriosos, equivaldría, pensaba Scrooge, a estar con el mismo Demonio. Había algo espantoso, por otra parte, en la atmósfera infernal, propia de él, que rodeaba al Espectro. No pudo Scrooge sentirla por sí mismo, pero no por ello era menos real, pues aunque el aparecido permanecía completamente inmóvil, sus cabellos y los ribetes de su chaqueta agitábanse todavía como impelidos por el ardiente vaho de un horno.

—¿Veis este escarbidentes? —dijo Scrooge volviendo pre-

1. "Hay más de *gravy* (salsa) que de *grave* (tumba)". Juego de palabras intraducible.

suroso a la carga por la razón que expondremos en seguida, y deseando apartar de sí, siquiera durante un segundo, la horrible mirada del fantasma.

—Lo veo —asintió el Espectro.

—¡ Si no lo miráis! — observó inquieto Scrooge.

—Lo veo — insistió el Espectro.

—¡ Bueno! — dijo Scrooge —. Pues no tendría yo más que tragármelo para verme perseguido, durante toda la vida, por una legión de fantasmas creados por mi fantasía. ¡ Patrañas! ¡ No son, repito, más que patrañas!

El Espectro lanzó entonces un espantoso alarido y empezó a sacudir su cadena con tan ensordecedor estruendo, que Scrooge se vió obligado a apoyarse en la silla para no desplomarse desmayado. Pero su horror aumentó de grado cuando el aparecido, despojándose de la venda que le ceñía la frente, como si quisiera combatir el calor que parecía atormentarle, dejó que su mandíbula inferior le golpeará sobre el pecho.

Scrooge, cayendo de rodillas, empezó a suplicar mientras se llevaba las manos a la cara:

—¡ Perdón! ¡ Perdón! ¡ No me atormentéis, espantable Espectro!

—Hombre apegado al mundo, ¿ creéis en mí o no creéis? — inquirió el fantasma con voz de trueno.

—Creo — asintió Scrooge —. No tengo más remedio que creer. Pero decidme, ¿ por qué los Espíritus tornan a la tierra? ¿ Por qué se dirigen a mí precisamente?

—Todos los Espíritus somos obligados — respondió el Espectro — a presentarnos ante nuestros conocidos y ambular de un lado a otro. Si un espíritu no hace tales incursiones durante su vida terrenal, se ve condenado a hacerlas después de la muerte. Su destino — ¡ miserable de mí! — es vagar por el mundo sin poder participar de lo que ve, aunque todos los demás participen en ello, y con ello sean dichosos.

Tras lanzar otro espantoso grito, el fantasma agitó la cadena retorciendo sus manos espectrales.

—Estáis encadenado — observó Scrooge temblando —. ¿ Podéis decirme por qué?

—Arrastro — replicó el Espectro — la cadena que yo mismo forjé en vida. La hice eslabón por eslabón, braza por braza,



y la ciño a mi cuerpo por libre voluntad y por libre voluntad la usaré. ¿Os asombra?

El temblor de Scrooge era cada vez más visible.

—¿O es que queréis conocer —prosiguió el Espectro— la longitud y el peso de la cadena que habréis de arrastrar vos? Hace siete Nochebuenas era tan larga y pesada como la mía, pero de entonces acá la habéis aumentado considerablemente y hoy es ya tremenda.

Scrooge miró al suelo en torno del Espectro temiendo encontrarse con cincuenta o sesenta brazas de hierro, pero no vió nada.

—¡Jacob! —suplicó—. ¡Viejo Jacob Marley! ¡Seguid hablando! ¡Seguid hablando para consolarme!

—Ningún consuelo puedo brindar yo —contestó el Espectro—. Eso llega de otras regiones, y por intermedio de otros embajadores, a hombres de otra clase distinta de la vuestra. No puedo deciros todo lo que desearía. Se me permite apenas un poco más de tiempo. Estoy privado de reposo y de descanso, de permanecer en ninguna parte. Mi espíritu —¡ay de mí!— jamás fué más allá de nuestro despacho. En mi vida terrenal no vagó nunca fuera de los estrechos límites de nuestra ventanilla para el cambio. ¡Qué terribles jornadas me quedan todavía!

Scrooge acostumbraba meterse las manos en los bolsillos del pantalón cuando se ponía pensativo. Ante las palabras del Espectro lo hizo así, pero no levantó la vista ni se alzó del suelo.

—Debéis haber sido muy lento en ese asunto, Jacob —dijo en actitud comercial, aunque humilde y deferentemente.

—¿Muy lento? ¿Por qué? —interrogó el Espectro.

—Hace siete años que fallecisteis. ¿Y desde entonces andáis viajando?

—Desde entonces —asintió el Espectro—. Desde entonces viajo sin paz ni reposo, atormentado incesantemente por el remordimiento.

—¿Viajáis velozmente?

—En alas del pensamiento.

—¡Pues sí que habréis recorrido ya mundo en ese tiempo! —comentó Scrooge.

Al escuchar aquel comentario, el Espectro lanzó otro espan-

table grito, haciendo rechinar la cadena en el impresionante silencio de la noche.

—¡Oh, cautivo, atado y doblemente encadenado! — gritó —. ¡Ignorar que han de pasar a la eternidad siglos de incesante labor realizada por criaturas inmortales en la tierra antes de que el bien de que es susceptible se desarrolle por completo! ¡Ignorar que todo espíritu cristiano que obra honestamente en su reducida esfera, cualquiera que ésta sea, hallará su existencia terrena demasiado corta para compensar las buenas ocasiones desaprovechadas! ¡Ignorar que arrepentimiento alguno puede evitar lo pasado! ¡No obstante, eso hice yo! ¡Sí, eso hice!

—Sin embargo, vos siempre fuisteis un buen hombre de negocios — baluceó Scrooge, que empezaba a deducir consecuencias de las palabras del Espectro.

—¡Negocios! — gritó el Espectro retorciéndose nuevamente las manos —. Mi negocio era el género humano. Mi negocio era el bienestar general, la caridad, la misericordia, la paciencia y la bondad. ¡Mis tratos comerciales eran apenas una gota de agua en el océano de mis negocios!

Sostuvo la cadena pendiente del brazo, cual si fuera la causa de su inútil pesadumbre, y la volvió a arrojar violentamente al suelo.

—En esta época del año — prosiguió — sufro de manera indecible. ¿Por qué crucé a través de tantas muchedumbres con los ojos cerrados, sin levantarlos jamás hasta la estrella bendita que guió a los Reyes Magos hacia la morada del pobre? ¿Es que acaso no había desdichados hacia los cuales me guiara su alta luz?

Scrooge, espantado ante la vehemencia con que hablaba el Espectro, había empezado a temblar con mayor intensidad.

—Escuchadme — gritó su espantable interlocutor —. Escuchadme, porque mi tiempo está a punto de acabarse.

—Os escucho, Jacob; pero no me atormentéis — suplicó Scrooge —. No hagáis floreos, os lo pido.

—Lo que no logro explicarme es cómo he podido aparecer ante vos como una sombra visible, cuando durante tantos días he permanecido a vuestro lado sin que notarais mi presencia.

La revelación no era muy agradable, y Scrooge, estremecido, enjugóse el sudor de la frente.



—No es eso lo que me aflige menos — prosiguió el Espectro —. Esta noche he venido a advertiros que tenéis aún una posibilidad de escapar a mi fatal influencia, una posibilidad que yo mismo os proporcionaré.

—Siempre os tuve por un buen amigo, Jacob. Os lo agradezco.

—Se os aparecerán — continuó el Espectro — tres Espíritus. El rostro de Scrooge se alargó casi tanto como el de su misterioso interlocutor.

—¿Es ésa — interrogó con voz vacilante — la posibilidad que me ofrecéis?

—Ésa misma.

—Yo preferiría . . . — aventuró Scrooge — no verlos . . .

—Sin la visita de ellos — replicó el Espectro — no podríais evitar la senda que hoy sigo yo. Mañana, cuando la campana anuncie la una, llegará el primero. Esperadlo.

—¿Y no podrían llegar los tres a la vez? — insinuó Scrooge —. Así terminaríamos antes.

—A la misma hora de la noche siguiente, llegará el segundo. En cuanto al tercero, se os aparecerá a la otra noche, cuando deje de vibrar la postrera campanada de las doce. Tened en cuenta que no me volveréis a ver, y tratad, por vuestro bien, de recordar perfectamente lo que acaba de pasar entre nosotros.

Después de pronunciar estas palabras, el Espectro tomó de encima de la mesa su pañuelo y se lo volvió a ceñir en torno de la cara; Scrooge se dió cuenta de ello por el estridente ruido que hicieron los maxilares al juntarse nuevamente, encajados por el vendaje. Atrevióse a levantar los ojos, y se encontró frente a frente con su sobrenatural visitante, que lo miraba de hito en hito, la cabeza erguida y la cadena colgándole del brazo.

El Espectro fué alejándose. A cada paso que daba, la ventana se abría un poco, de modo que cuando el fantasma llegó a ella, estaba abierta de par en par. Hizo señas a Scrooge para que se aproximara, y éste obedeció sumisamente. Ya a dos pasos uno de otro, el espíritu de Marley instó a Scrooge a que se detuviera.

Obedeció otra vez el anciano, no tanto por subordinación como por sorpresa y miedo, ya que al levantar el Espectro la

mano, llegaron hasta él ruidos confusos, vagos gemidos de desesperación, lamentos de indecible pesar y gritos de arrepentimiento. Tras escuchar un momento, el extraño visitante de Scrooge uni6se al fúnebre rumor y desapareci6, flotando en la oscura y helada noche.

Impulsado por una incontenible curiosidad, Scrooge fué hacia la ventana y mir6 afuera. El aire estaba poblado de fantasmas, que ambulaban de un lado para otro, en infernal e incesante ronda, y que gemían en diverso tono. Todos llevaban gruesas cadenas, por el estilo de la que arrastraba el espectro de Marley. Algunos — tal vez gobernantes culpables — iban encadenados en grupos, y todos carecían de libertad de movimientos. Scrooge había conocido a muchos de ellos en vida. Había mantenido estrecha amistad con uno de chaleco blanco que tenía una monstruosa caja de hierro sujeta a un tobillo y que se lamentaba a gritos viéndose impotente para auxiliar a una desgraciada mujer con una criaturita en brazos que veía bajo él, en el umbral de una puerta. Por lo visto, el castigo de todos aquellos fantasmas consistía en que no podían aliviar los dolores humanos, cosa que deseaban, no obstante, con irreprimible afán.

Scrooge no podría decir si tales fantasmas se desvanecieron en la niebla, o si la niebla misma les sirvi6 de mortaja. Lo cierto es que ellos y su sobrenatural murmullo se perdieron juntos, y la noche volvi6 a mostrarse solitaria y glacial, como cuando él lleg6 a casa.

Cerr6 la ventana y se puso a examinar la puerta por la que había entrado el Espectro. Estaba cerrada con dos vueltas de llave, y ni cerrojos ni cerraduras presentaban signo alguno de violencia. Iba a decir: ¡Patrañas!, pero se detuvo en la primera sílaba. Y como se hallaba muy cansado, fuera por la emoción que había experimentado, fuese por las fatigas de la jornada, por su contemplación del Mundo Invisible y su abrumadora charla con el Espectro, o por lo avanzado de la hora, tendi6se en la cama sin desnudarse y qued6 prontamente sumido en profundo sueño.



## II

Tan oscuro estaba cuando Scrooge despertó, que desde la cama apenas lograba distinguir la transparente ventana de las paredes opacas de la alcoba. Encontrábase haciendo esfuerzos para horadar las tinieblas con sus ojos de hurón, cuando el reloj de la iglesia vecina dejó oír cuatro campanadas indicadoras de otros tantos cuartos. Prestó atención para saber la hora.

Con gran asombro de su parte, la vieja campana pasó de siete campanadas a ocho, de ocho a nueve y así sucesivamente hasta doce, deteniéndose entonces. ¡Las doce! Eran, cuando él se acostó, más de las dos. ¿Cómo podía, pues?... Aquel reloj andaba mal, sin duda. Tal vez algún fragmento de hielo se había introducido en la máquina. ¡No podían ser las doce!

Presionó el resorte de su reloj de repetición para rectificar aquella hora equivocada, pero la rápida pulsación sonó doce veces y se detuvo.

—¡Pero no es posible — se dijo Scrooge, asombrado — que haya permanecido durmiendo un día entero y parte de una noche! Únicamente que al sol le haya sucedido algo raro y que las doce de la noche sean las doce del día...

Asaltado por aquella alarmante idea, dejó el lecho y corrió a tientas hacia la ventana. Tuvo que frotar el vidrio con la manga de su bata para eliminar la escarcha y conseguir ver algo, muy poco por cierto. Lo único que logró averiguar fué que una espesa niebla lo cubría aún todo, que hacía un frío glacial y que no se percibía ruido de tránsito, cual si la noche, ahuyentando al día naciente, hubiera tomado posesión del mundo. La conclusión lo dejó satisfecho, porque si todo era noche, ¿qué valor podían tener las palabras "A tres días vista pagaréis por esta primera de cambio al señor X... o a su orden, etc."? Si no había días qué contar...

Acostóse nuevamente, y por más que pensó y volvió a pensar detenidamente en ello, no consiguió sacar nada en limpio. Mientras más pensaba, sentíase más perplejo, y mientras más se esforzaba por no pensar, más pensaba.

El espectro de su socio Marley le obsesionaba. Tantas veces

como, después de meditar, intentaba persuadirse de que todo había sido un sueño, tantas su imaginación tornaba a la primera posición, como un resorte que se deja en libertad, y le planteaba el mismo problema. ¿Era sueño? ¿Era realidad?

Entregado a aquellas reflexiones permaneció Scrooge hasta que la campana dió tres cuartos, y recordó entonces, estremecido, la visita que el Espectro le había anunciado para cuando la una sonara. Decidió estar despierto hasta que pasara la hora, y considerando que le era más difícil dormir que alcanzar el cielo, tal vez fuera ésa la determinación más sensata que podía tomar.

Tan largos se le hacían los quince minutos, que pensó más de una vez haberse adormecido y dejado de oír el reloj. Por fin, llegó hasta él:

—¡ Tin tan!...

—Y cuarto — empezó a contar Scrooge.

—¡ Tin tan!...

—Y media — murmuró Scrooge.

—¡ Tin tan!...

—Menos cuarto — prosiguió el anciano.

—¡ Tin tan!...

—¡ La hora fijada, y sin novedad! — exclamó triunfalmente Scrooge.

Había lanzado esta exclamación antes de que sonara la campana de las horas, la cual dejó oír la una con voz profunda y hueca, pesada y melancólica. La luz inundó de súbito la estancia, y las cortinas del lecho se descorrieron bruscamente.

Se descorrieron bruscamente las cortinas del lecho, decía, por una mano invisible y misteriosa. No las cortinas que colgaban a los pies y a la cabecera, sino las que tenía delante de los ojos. Descorriéronse las cortinas, repito, y Scrooge semi-incorporóse sobresaltado para encontrarse frente a la aparición a que ellas daban paso, y la cual se hallaba tan cerca de él como yo de vosotros, y yo, espiritualmente, estoy a vuestro lado.

Era una extraña figura, como de... un niño. Pero más que un niño hubiérase dicho que era un anciano visto a través de un medio sobrenatural que le hacía asumir la apariencia de alguien alejado de la vista y disminuído hasta las proporciones de un niño. El cabello, que le caía alrededor del cuello, era



blanco como el de los ancianos, pero no tenía en el rostro una sola arruga y su piel era delicadísima. Tenía largos y musculosos los brazos y las manos, que daban una impresión de extraordinario vigor. Llevaba desnudos, como los miembros superiores, las piernas y los pies, igualmente perfectos. Una brillante faja de claros fulgores ceñía sobre su cintura la immaculada túnica que vestía. En contraste con las flores estivales que salpicaban alegremente su vestido, empuñaba una verde vara de acebo, emblema del invierno. Pero lo más notable de toda su persona era la aureola de cegadora luz que destellaba en lo alto de su cabeza y gracias a la cual todo se tornaba perfectamente visible. Para los instantes en que no considerase oportuno hacer uso de aquella iluminación, llevaba un gran apagador en forma de gorro que conservaba a la sazón bajo el brazo.

Mas, ni aquello mismo se le antojó a Scrooge la particularidad más extraña del visitante, sino la comprobación que hizo, al mirarle con creciente curiosidad, de que su cinturón destellaba, lanzando fulgores tan pronto de una parte como de otra y convirtiendo en luz lo que segundos antes era sombra, a causa de lo cual la figura misma del Espíritu fluctuaba en su claridad, siendo ora una cosa con un brazo, ora con una pierna, ora con veinte piernas, ora con dos piernas y sin cabeza, ora con cabeza y sin cuerpo, resultando imposible distinguir el perfil de las cosas que se desvanecían en medio de la densa oscuridad que las circundaba. Después de uno de aquellos maravillosos efectos, la figura volvía a mostrarse en toda su integridad a los ojos del perplejo Scrooge.

—¿Sois, caballero, el Espíritu cuya visita me han anunciado?  
—interrogó el anciano.

—En efecto.

La voz del Espíritu era tierna y afable, pero extraordinariamente baja, como si en vez de estar frente a Scrooge estuviese a gran distancia de él.

—¿Quién sois, entonces?

—El Espectro de la pasada Navidad.

—¿Pasada hace mucho? —volvió a preguntar Scrooge observando la pequeña estatura de su visitante.

—La que acabáis de pasar.

Scrooge no podría haber explicado el motivo de ello, pero



lo cierto es que se sintió asaltado de pronto por el deseo de ver al Espíritu cubierto por el gorro y le rogó que se lo pusiera.

—¡Eh! —murmuró el Espectro—. ¿Tan presto deseáis apagar con manos humanas la luz que irradió? ¡No os basta ser uno de los que con sus pasiones hacen este gorro, obligándome durante años y años a llevarlo sin interrupción sobre mi cabeza!

Con voz respetuosa, Scrooge aseguró que no había tenido intención de ofender y añadió que ignoraba haber contribuido deliberadamente a *confeccionar* en ninguna fase de su existencia el gorro del Espíritu. Luego se atrevió a interrogarlo sobre el motivo de su visita.

—Vengo para vuestro bien —respondió el Espectro.

Manifestó Scrooge su agradecimiento, no sin pensar en su fuero íntimo que habría preferido una noche de absoluto reposo. Y el Espíritu debió adivinar su pensamiento, porque dijo en seguida:

—Protestáis. Pues bien: ¡preparaos!

Y extendió su potente brazo, asiéndolo de una mano.

—Abandonad el lecho y acompañadme.

Hubiera sido inútil que Scrooge le hiciera ver lo intempestivo de la hora y lo riguroso del tiempo para pasear a pie; que la cama estaba caliente y el termómetro marcaba afuera muchos grados bajo cero; que andaba muy ligeramente vestido con la bata de dormir, las zapatillas y el gorro, y que le aquejaba un fuerte resfrío. El puño del Espíritu, aunque suave como una mano de niña, era irresistible. Levantóse, pues, pero al advertir que su visitante se encaminaba hacia la ventana, le suplicó asiéndolo de la túnica:

—Señor Espectro, soy mortal y puedo caer...

—Os tocaré aquí con la mano —respondió el Espíritu poniéndosela sobre el corazón— y podréis sosteneros.

Pronunciadas tales palabras, pasaron a través del muro y se encontraron en un ancho sendero con campo a un lado y otro. Habían perdido de vista por completo a la ciudad. La obscuridad y la bruma se habían desvanecido con ella, pues lucía un claro día de invierno y el suelo hallábase cubierto de nieve.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Scrooge mirando en torno—. Aquí me crié yo. En este sitio transcurrió mi infancia.



El Espíritu le dirigió una mirada bondadosa. Su tacto suave, aunque había sido leve y momentáneo, dejábase sentir todavía en la sensibilidad de Scrooge. Notaba éste que mil perfumes flotantes en la atmósfera limpia guardaban relación con otros tantos pensamientos y esperanzas, y alegrías y afanes olvidados por espacio de mucho, de muchísimo tiempo.

—Los labios os tiemblan — observó el Espíritu —. ¿Qué tenéis en la mejilla?

Con voz inusitadamente desfallecida, Scrooge balbuceó que era un grano y dijo al Espectro que podía llevarlo donde quisiese.

—¿Os acordáis del camino?

—¿Que si me acuerdo del camino? — respondió el anciano vehementemente —. ¡Podría recorrerlo con los ojos cerrados!

—Es singular que no lo hayáis olvidado después de tantos años — comentó el Espectro —. Sigamos caminando.

Continuaron sendero adelante. Scrooge reconocía las puertas de las casas, los postes, los árboles, hasta el pueblecito que aparecía a lo lejos con su viejo puente, su iglesia chiquita y su ondulante río. Algunos lustrosos caballitos trotaban llevando a lomos a muchachos que conversaban con otros chicos montados en tálburis y en carretas guiados por campesinos. Todos los chicos aquéllos mostrábanse contentos y se saludaban mutuamente alegrando con su júbilo el aire de la riente atmósfera.

—Son sólo sombras del pasado — explicó el Espectro —. Por eso no se dan cuenta de nuestra presencia.

Aproximábanse los alegres viajeros, y a medida que iban llegando, Scrooge los reconocía a todos y nombraba a cada uno de ellos. ¿Por qué experimentó tal alegría al encontrarlos? ¿Por qué resplandecieron sus fríos ojos de hurón y el corazón empezó a latirle fuerte al verlos pasar? ¿Por qué le embargó tan grande júbilo al oírlos desearse felices Pascuas mientras se separaban en cruces y atajos para dirigirse a sus respectivas viviendas? ¿Acaso la Navidad era algo para Scrooge? ¿Acaso le había hecho algún bien a él la Navidad?

—La escuela — informó el Espectro — no está desierta del todo. En ella queda todavía un niño solitario, a quien todos sus amigos han abandonado.

Scrooge contestó que no lo conocía. Y sollozó.



Abandonaron el camino real para entrar en una conocida callejuela, y poco después llegaron a una casa de toscos ladrillos rojos coronada por una cupulita en cuya punta giraba una veleta y de cuyo tejado colgaba una campana. La casa era amplia, pero casi ruinoso, pues las amplias dependencias usábanse poco, sus paredes estaban húmedas y cubiertas de moho, sus ventanas desvencijadas y sus puertas podridas. En las cuerdas discurrían cloqueando las gallinas, y las cocheras y los cobertizos habían sido invadidos por la hierba. En el interior no había más vestigios de su antiguo estado. Salvado el sombrío zaguán veíanse, a través de las puertas desquiciadas, las frías y desiertas habitaciones casi sin muebles. En el aire flotaba un olor a polvo, una sensación de lamentable desnudez, que hacían pensar que los moradores de aquella casa levantábanse al amanecer y carecían de recursos para subsistir.

Siempre guiado por el Espectro, Scrooge atravesó la sala y ambos se encaminaron a una puerta de la parte posterior del edificio. Estaba abierta y mostraba una habitación larga, desguarnecida y melancólica, a cuya desnudez contribuían varias hileras de bancos y pupitres, en uno de los cuales leía, cerca de un poco de lumbre, un niño solitario. Y Scrooge, viéndose retratado en aquel niño que aparecía olvidado y solo, como él en su infancia, sentóse en un banco y lloró.

Ni un eco rompía el silencio de aquella casa. Ni un chillido o un rumor de lucha de ratones detrás del entrepaño, ni la caída de una gota de agua de la medio congelada cañería, ni un suspiro del viento entre las ramas de un álamo mustio, ni la oscilación de la puerta de un cuarto vacío, ni el chisporrotear de una lumbre que al resonar en el corazón de Scrooge con bienhechora influencia diera libre curso a sus lágrimas.

Tocóle el Espíritu en un brazo, señalándole la imagen infantil entregada a la lectura. De súbito, en la ventana, por la parte exterior, surgió la silueta de un hombre vestido con traje exótico que se distinguía con asombrosa claridad; tiraba del ronzal de un asno y llevaba un hacha en el cinto.

—¡Alí Babá! —gritó extasiado Scrooge—. ¡Es mi buen Alí Babá! ¡Lo conozco! Cierta vez en Navidad, cuando todos habían abandonado al niño solitario, llegó él por primera vez, exactamente del mismo modo en que lo hacía ahora. ¡Pobre



muchacho! Y Valentín — prosiguió Scrooge —, y su hermano Orson, ¡ahí van! ¿Y cómo se llama aquel a quien dejaron dormido, casi desnudo, a la puerta de Damasco? Aquél, ¿no lo veis? Y el paje del Sultán, obligado por el Genio a dar volteretas en el aire. Miradlo ahora, cabeza abajo. ¡Bravo! ¡Dadle lo que merece! ¡Muy bien! ¿Acaso tenía alguna necesidad de casarse con la Princesa?

Sus amigos de la City habrían experimentado bastante sorpresa al oír a Scrooge dedicar toda la vehemencia de su naturaleza a aquellos recuerdos con una voz desconocida, entre carcajadas e interjecciones, mientras se alegraba y resplandecía su inexpresivo rostro.

—¡El Loro! ¡Aquél es el Loro! — exclamó —. El cuerpo verde y la cola amarilla, con algo como una lechuga en la cabeza. “Pobre Robinsón Crusoé — le decía al volver a su casa después de navegar alrededor de la isla —; ¿dónde habéis estado, Robinsón Crusoé?”. Scrooge creía soñar, pero no soñaba. Era el Loro, sabedlo. ¡Allí va Viernes corriendo hacia la ensepada para salvarse! ¡Dale, dale!...

Luego, con una facilidad de transición poco habitual en él, exclamó lleno de piedad ante la imagen de sí mismo:

--¡Pobre chico!

Y volvió a llorar.

Llevóse la mano al bolsillo, miró a su alrededor, dijo enjugándose los ojos con la manga:

—Yo querría... Pero es tarde ya.

—¿Qué decís? — interrogó el Espíritu.

—Nada, nada — eludió Scrooge —. La noche última, un chico estuvo cantando en mi puerta una canción de Navidad. Y... me hubiera gustado darle algo. Nada más.

El Espíritu sonrió pensativo. Después, agitando una mano, dijo:

—Veamos otra Navidad.

La infantil figura de Scrooge creció ante aquellas palabras, y la estancia hízose más lóbrega y más sucia. Los entrepaños se contrajeron, agrietáronse las ventanas, desprendiéronse algunos fragmentos de yeso del techo y aparecieron en él las vigas desnudas. Scrooge no supo nunca cómo sucedió todo aquello. Comprobó únicamente que fué sin violencia, que él



estaba allí, de nuevo solitario, porque todos los demás muchachos se habían ido a sus casas a festejar los alegres días de fiesta.

No leía ahora, sino que paseaba incesantemente, con expresión desesperada. Scrooge miró al Espectro, y tras mover con gesto desolado la cabeza, volvió la vista ansiosamente hacia la puerta.

Abrióse ésta, y una niña pequeña, de menor edad que el muchacho, irrumpió corriendo, le rodeó el cuello con los brazos y besándolo cariñosamente habló con él llamándole "querido hermano".

—Vine para llevarte a casa — díjole sin dejar de besarle —. ¡Para llevarte a casa, a casa!

—¿A casa, chiquilla? — repitió el muchacho.

—¡A casa! — contestó la pequeña rebotando de felicidad —. A casa, para que te quedes siempre con nosotros. Papá está más afectuoso que nunca y nuestra casa se asemeja ahora al cielo. Me habló tan tiernamente una noche, cuando iba a acostarme, que me atreví a pedirle otra vez que te permitiera volver a casa. Dijo que sí y me mandó a buscarte con un coche. Tú — prosiguió la chiquilla con los ojos muy abiertos —, serás un hombre y no volverás nunca aquí. Por lo pronto, vamos a pasar juntos todos los días de Navidad y a disfrutar de las horas más dichosas del mundo.

—Eres ya una mujercita, mi buena Fanny — murmuró el muchacho.

Ella bailoteó y empezó a reír, tratando de acariciarle la cabeza, mas como era muy pequeña y no alcanzaba, rió otra vez y lo abrazó poniéndose en puntillas. Luego se puso a tirar de él nuevamente con infantil obstinación. El joven, complacido, se dejaba arrastrar.

—¡Bajad el baúl de la señorita Scrooge! — gritó en ese momento una voz terrible en el vestíbulo.

Y el maestro de escuela, irrumpiendo en la habitación, dirigió al muchacho una mirada de afectada ferocidad y terminó de desconcertarlo estrechándole fuertemente las manos. Después condujo a ambos a una escalofriante habitación que asemejaba un pozo, donde los mapas colgados en la pared y los globos terráneos colocados en las ventanas parecían cubiertos



de cera a causa del frío. Ya en aquel cuarto, sacó una garrafa de vino que despedía extraños destellos y un trozo de pastel, y se entregó a la tarea de repartir entre los chicos aquellas golosinas al tiempo que enviaba un flaco sirviente a ofrecer "algo" al postillón, el cual mandó decir que, aun agradeciéndolo mucho, no deseaba beber nada que procediera del mismo barril del que se le había enviado antes un vaso.

Colocado ya el baúl de la señorita Scrooge en el coche, los muchachos despidiéronse afectuosamente del maestro y subieron al vehículo. Las ruedas ligeras, atravesando el jardín, despedían la nieve y la escarcha que cubrían las siemprevivas.

—Fué — dijo el Espectro refiriéndose a la chicuela — una criatura siempre delicada, susceptible de marchitarse al menor soplo. Pero poseía un corazón grande y noble.

—Sí, por cierto — corroboró Scrooge —. Tenéis razón, Espíritu, y Dios me libre de negarlo.

—Murió siendo ya mujer — comentó el Espectro —. Creo que tuvo hijos.

—Un chico — informó Scrooge.

—Exacto — dijo el Espectro —. Vuestro sobrino.

Scrooge, al parecer intranquilo, asintió escuetamente:

—Sí.

Aunque en aquel instante acababan de dejar atrás la escuela, encontrábanse ya en las populosas calles de una población donde fantásticos viandantes iban y venían y donde carros fantasmales rodaban sobre la calzada, y en la que se notaba todo el movimiento y todo el tumulto de una verdadera ciudad. Comprendíase perfectamente, por el aspecto de las tiendas, que había vuelto otra vez la época de Navidad; mas era de noche, y las calles estaban iluminadas.

Deteniéndose a la puerta de cierto comercio, el Espíritu preguntó a Scrooge si lo conocía.

—¿Si lo conozco? ¿Cómo no había de conocerlo si aquí fui aprendiz?

Entraron. Viendo a un anciano con una peluca de las que se usan en el país de Gales sentado tras un pupitre tan elevado, que si el hombre hubiera sido un palmo más alto habría tocado con la cabeza en el techo, Scrooge exclamó, presa de extraordinaria excitación:

—¡Oh, es el anciano Fezziwig! ¡Loado sea Dios! ¡Es Fezziwig resucitado!

El nombrado dejó la pluma y miró el reloj, cuyas agujas marcaban las siete. Frotóse las manos, ajustóse el amplio chaleco, echóse a reír con franqueza, y con todo el cuerpo agitado por la risa gritó jovialmente, con voz agradable y alegre:

—¡Scrooge! ¡Dick!

La imagen de Scrooge, convertido ya en un hombre, se hizo presente. Venía acompañado del otro aprendiz y tenía una expresión alegre en el semblante.

—¡Es Dick Wilkins, sin duda! — dijo Scrooge al Espectro —, ¡Es él! ¡Me profesaba verdadero cariño! ¡Pobre muchacho! ¡Y cómo lo quería yo!

—¡Bueno, muchachos — habló Fezziwig —; esta noche no se trabaja más! ¡Estamos en Nochebuena, Dick! ¡Estamos en Nochebuena, Scrooge! Cerremos la tienda.

No es posible imaginar con cuánta rapidez lo hicieron los aprendices. Salieron a la calle con las contrapuertas al hombro, y en seguida — una, dos, tres —, colocáronlas en su sitio — cuatro, cinco, seis —, pusieron las barras y las sujetaron — siete, ocho, nueve —, y tornaron antes de que pudierais contar hasta doce, jadeantes como caballos después de una carrera.

—¡Ahora — exclamó el anciano saltando ágilmente de su pupitre —, a retirar todo, muchachos! ¡Hay que dejar despejada la habitación! ¡Manos a la obra, Dick! ¡Vamos, Scrooge!

¡Retirar todo! Nada había que no quisiesen o no pudiesen retirar bajo la mirada bondadosa del anciano. La operación fué realizada en un minuto. Los muebles desaparecieron, como alejados para siempre de la vida pública. Barrióse y regóse el piso. Encendiéronse las lámparas. Se amontonó el combustible sobre el fuego, y el almacén quedó convertido en una sala de baile cómoda y caliente, seca y brillante, que bien desearíais ver en una noche de invierno.

Llegó un violinista con un cuaderno de música, y encarándose en lo alto del pupitre hizo de él un escenario y comenzó a tocar su instrumento. Llegó la señora Fezziwig, toda sonrisas. Llegaron las tres señoritas Fezziwig, jubilosas y adorables. Llegaron los seis jóvenes cuyos corazones latían por ellas. Llegaron todos los muchachos y muchachas empleados de la tienda. Llegó



la doncella, con su primo el panadero. Llegó el muchacho de al lado, del que se sospechaba no comía lo suficiente en casa de su amo y trataba de ocultarse de las muchachas, menos de una, a quien su ama había tirado ya de las orejas. Llegaron todos, unos tras otros. Atrevidos éstos, tímidos aquéllos; unos, graciosos; otros, incultos; hábiles algunos, torpes otros, entraron todos, y se constituyeron veinte parejas que se tomaron de la mano y formaron un corro.

La mitad se adelanta y retrocede luego. Unos balanceándose graciosamente, mientras otros acompañan el cadencioso movimiento. En seguida, todos empiezan a girar repetidas veces, agrupándose, estrechándose, persiguiéndose. La pareja que forman los esposos Fezziwig no está nunca en su sitio, y las parejas jóvenes le ceden el paso solícitas cuando la encuentran en apuros. Al fin se rompe la cadena y los que danzan encuéntranse sin pareja. Luego de tan grato desenlace, el anciano Fezziwig anuncia que queda suspendido el baile.

—¡Muy bien!

El violinista sumerge su acalorado rostro en un recipiente lleno de cerveza especialmente preparado para ello. Mas, al reaparecer, renunciando al descanso, empieza a tocar de nuevo, aunque no hay aún bailarines, cual si el violinista que era antes hubiera sido llevado exhausto a su casa y el que es ahora se empeñara en superarlo o morir.

Al dar las once, se dió por terminado el baile. El señor y la señora Fezziwig tomaron posiciones colocándose cada uno a un lado de la puerta, y, estrechando la mano de los que iban saliendo, les deseaban felices Pascuas. Cuando todos, a excepción de los dos aprendices, se hubieron retirado, hicieron con éstos otro tanto, y las alegres voces extinguieronse, y los muchachos quedaron en sus camas, que estaban en la trastienda, debajo de un mostrador.

Durante todo aquel tiempo, Scrooge habíase manifestado como un hombre que no está en su sano juicio. Su corazón y su alma hallábanse en la escena, con su otro yo. Reconocía todo, recordaba todo, disfrutaba de todo, y una extraña agitación embargaba su ánimo. Hasta el instante en que los rostros radiantes de los aprendices desaparecieron, olvidó por completo al Espectro y sólo entonces se dió cuenta de que aquél estaba



mirándolo fijamente, mientras la aureola de luz ponía sobre su cabeza una deslumbrante claridad.

—No vale la pena — comentó el Espíritu — de que esta ingenua gente haga tantas demostraciones de gratitud.

—¿Eh? — interrogó Scrooge.

Indicó el Espectro a Scrooge que oyera las frases de alabanza para los esposos Fezziwig en que se extendían los aprendices, y cuando el aludido lo hubo hecho, agregó:

—Sólo han gastado unas pocas libras de vuestra moneda terrestre, tal vez tres o cuatro. ¿Merece acaso ello alabanzas tan desmesuradas?

—No se trata de eso — repuso Scrooge inconscientemente, como su otro yo, y no como quien en realidad era —. No se trata de eso, Espíritu. Está en sus manos hacernos dichosos o infelices, lograr que nuestro trabajo sea leve o rudo, convertirlo en un placer o en un suplicio. Decís que todo consiste en palabras y miradas, en cosas, en fin, tan leves, que es imposible definir las. Pues bien: la dicha que nos proporciona todo eso es tan grande, que representa una fortuna.

Sintió fija en él la mirada del Espectro y guardó silencio.

—¿Qué os sucede? — interrogó aquél.

—Nada, nada — dijo Scrooge.

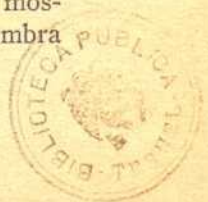
—Sin embargo, creo que os ocurre algo.

—No. Nada. Que me gustaría poder decir ahora, precisamente ahora, algunas palabras a mi dependiente. Sólo eso, os lo aseguro.

Su antigua imagen apagó en aquel momento las lámparas, y Scrooge y el Espectro se encontraron nuevamente al aire libre.

—Dispongo de muy poco tiempo más — advirtió el Espíritu —. Daos prisa.

La advertencia no iba dirigida a Scrooge ni a nadie allí presente, pero produjo un resultado inmediato. Scrooge se contempló de nuevo a sí mismo. Tenía ya más edad; hallábase, en fin, en la primavera de la vida. Su rostro carecía de las ásperas y duras apariencias de los últimos años, pero empezaba a revelar los signos de las preocupaciones y de la ambición. Sus ojos eran ardientemente vivaces, inquietos, con una voracidad que mostraba la pasión que se había apoderado de él y a cuya sombra crecería el árbol que lo representaba.





No se encontraba solo, sino sentado junto a una linda joven vestida de luto, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, de las que arrancaba extraños destellos la luz que irradiaba el Espectro de la Navidad Pasada.

—Para vos —decía dulcemente la mujer— importa poco. Otro ídolo me ha desplazado. Mas si él os alegra y consuela como yo he procurado siempre hacerlo, no me quejo.

—¿Qué ídolo os ha desplazado?

—¡Un ídolo de oro!

—Ésa es la justicia humana — se lamentó Scrooge —. Nada hay en el mundo tan abrumador como la pobreza, y, no obstante, pocas cosas se juzgan en él tan severamente como la persecución de la riqueza.

—Teméis demasiado a la opinión del mundo — respondió ella con igual acento de dulzura —. Todas vuestras ilusiones han naufragado en vuestro afán de ponerlos a cubierto de su sórdido reproche. Yo he visto cómo desechabais todas las más nobles aspiraciones que un día alentasteis para dejaros dominar por una sola: la Ganancia. ¿Es así?

—¿Y qué? — dijo él —. Aceptemos que me hubiera tornado prudente hasta ese punto. ¿Qué? ¿He cambiado acaso para vos? Ella hizo un signo con la cabeza.

—¿He cambiado? — insistió el hombre.

—Nuestro compromiso es antiguo. Lo contrajimos en los tiempos en que éramos pobres y estábamos contentos de serlo mientras conseguíamos aumentar nuestra fortuna terrena por medio de nuestro esforzado trabajo. De entonces aquí habéis cambiado. Cuando nos comprometimos érais otro hombre.

—Era un muchacho — dijo Scrooge, impaciente.

—Vuestra propia conciencia os grita que no sois ya lo que érais antes. Yo, en cambio, sí. Lo que la dicha prometía cuando éramos uno en el corazón, es triste ahora que somos dos. No me detendré a deciros cuántas veces, y cuán febrilmente, he pensado en esto. Basta, sin embargo, que haya pensado y que pueda hoy devolveros la libertad.

—¿Acaso yo he buscado alguna vez la libertad que decís devolverme?

—Con palabras, nunca.

—¿Entonces?

—Con la transformación de vuestra naturaleza; con los cambios de vuestro espíritu; con las diferencias del ambiente en que vivís ahora; con el nacimiento de vuestras ambiciones nuevas. Si, a pesar de todo lo bueno que hizo mi amor a vuestros ojos, no hubiera existido nada entre nosotros — continuó la joven fijando en él una mirada suave pero firme —, decidme: ¿seríais capaz ahora de solicitarme y conquistarme? ¡No!

Involuntariamente, él pareció ceder ante la justicia de aquella argumentación. No obstante, dijo haciendo un esfuerzo:

—No creo que sea ése vuestro pensamiento.

—Júbilo me causaría pensar de otra manera — confesó ella —; pero Dios sabe que soy sincera. Para aceptar una verdad como ésa, yo sé cuán fuerte e irresistible tiene que ser. Mas si hoy, mañana, pasado, fuerais libre, ¿puedo creer que habríais de elegir una muchacha pobre . . . , vos que, en íntima confianza con ella, sólo consideraríais la ganancia? ¿Puedo creer que, de elegirla traicionando vuestros principios, no serían el arrepentimiento y el pesar por vuestra parte la consecuencia de vuestra elección? Sé que estoy en lo cierto, y os devuelvo la libertad. Y lo hago con todo el corazón, pues aunque hoy ese amor haya desaparecido, un día os amé.

Scrooge trató de hablar, mas ella, volviendo el rostro, prosiguió:

—Acaso, y la experiencia de lo pasado me impulsa a suponerlo, esto os aflija. Tardaréis muy poco, muy poco, en desechar alegremente todo recuerdo de mí, como se desecha el recuerdo de un sueño desagradable, del que surge felizmente el júbilo de lo que encontramos al despertar. ¡Ruego a Dios que seáis dichoso en la vida que habéis elegido!

Y se fué.

—¡Espíritu — gimió Scrooge —, dejad de atormentarme con la visión de estas cosas! ¿Por qué os complacéis en mi dolor?

—Una sombra más — dijo el Espectro.

—¡Ni una, os lo suplico! — gritó el anciano —. ¡No me pongáis frente al pasado!

Pero el Espíritu, inexorable, lo sujetó por los brazos obligándole a presenciar lo que al instante había de producirse.

Hallábanse frente a otra escena, en otro lugar, ni muy am-



plio ni muy bello, pero lleno de comodidad. Ante la tradicional lumbre del invierno estaba sentada una hermosa mujer, tan semejante a la de la anterior escena, que Scrooge creyó reconocer en ella a su antigua novia, hasta que vió que era una elegante matrona que descansaba junto a su propia hija. Un gran ruido llenaba la estancia, en la que había tantos muchachos, que el anciano, con la mente agitada, no pudo contarlos. A diferencia del grupo exaltado en el poema, en vez de ser cuarenta niños silenciosos como si sólo hubiera uno, cada uno de ellos alborotaba tanto como cuarenta. Las consecuencias pueden ser fácilmente imaginadas, más nadie preocupábase del ruido, y, por el contrario, madre e hija reían complacidas y se regocijaban con las travesuras de los chicos. Esta última, que se mezcló en los juegos infantiles, fué hecha prisionera por los pequeños bandidos de la manera más despiadada del mundo. ¡Qué no habría dado yo por ser uno de ellos! Por más que yo, desde luego, no habría sido nunca tan grosero. Ni por todos los tesoros del mundo me habría permitido estrujar sus hermosas trenzas, deshaciéndolas, ni hubiera osado quitarle su precioso zapatito. Por lo que se refiere a medirle jugando la cintura, como hacían aquellos audaces pequeñuelos, no me habría decidido jamás a hacerlo, temiendo quedar con el brazo doblado para siempre como castigo, escarmiento, e imposibilidad de reincidir.

Claro que me hubiera gustado sobremanera tocar sus labios, preguntarle algo para obligarla a abrirlos, contemplar las pestañas sobre sus ojos abatidos sin producirle rubor, dejar sueltas las ondas del cabello, cada hebra del cual hubiera sido un recuerdo inapreciable. Me habría agradado, en una palabra, dicho sea con franqueza, haber poseído el ingenuo atrevimiento de un niño y haber sido al mismo tiempo lo bastante hombre para aquilatar el valor de esa condición.

De súbito oyóse llamar a la puerta, y como por arte de magia prodújose en la estancia confusión tal, que la hermosa matrona, con expresión sonriente, encaminóse a abrir a través de un jubiloso y encantador grupo que saludó ruidosamente al padre, el cual llegaba a casa precediendo a un hombre cargado de obsequios de Navidad.

Fueron entonces los vítores y los aplausos, la lucha y el



asalto contra el indefenso y pacífico portador. Sirviéndose de las sillas a modo de escalas, la infantil concurrencia abordó al buen hombre registrándole los bolsillos, despojándolo de los paquetes, agarrándosele a la corbata y colgándosele del cuello, golpeándolo con manos y pies en medio de una general y explorable agitación.

¡Los gritos de alegría y de entusiasmo con que se recibía la aparición del contenido de cada envoltorio! ¡El inquietante anuncio de que el más pequeño de los niños había sido sorprendido en el instante en que se llevaba a la boca una sartén de juguete y parecía probable que se hubiera tragado un pavo de cartón adherido a una peana de madera! ¡El júbilo y el alivio de saber que sólo había sido una falsa alarma! La dicha y el agradecimiento y el entusiasmo eran parejos e inenarrables. Poco a poco, los pequeños fueron saliendo del salón con sus emociones y sus trofeos y, acostados en sus habitaciones, empezó a renacer la calma.

Scrooge concentró entonces su atención en el amo de la casa, quien, tomado cariñosamente del brazo por su hija, sentóse frente al fuego, junto a la esposa. Y pensando que una muchacha como aquélla, tan gentil y graciosa, podía haberle llamado papá y transformado en primavera el invierno desolado de su existencia, le vaciló el corazón y los ojos se le nublaron.

—Querida mía — habló el marido volviéndose sonriente hacia la matrona —; hoy he visto a un viejo conocido tuyo.

—¿A quién?

—Trata de adivinar.

—¿Cómo podría hacerlo? No sé — respondió riendo a su vez la esposa —. Espera. ¿Tal vez el señor Scrooge?

—Adivinaste. Pasé ante la ventana de su despacho, y como estaba abierta todavía e iluminado interiormente, no pude menos que verlo. He oído decir que su socio está a un paso del sepulcro, y él se halla ahora solo. Completamente solo en el mundo.

—¡Espíritu — murmuró con voz sombría Scrooge —; sacadme de aquí!

—Os he dicho ya que éstas son las sombras de las cosas que fueron — contestó el Espectro —. Si ellas son lo que son, nada tenéis que censurarme.



—¡Sacadme de aquí, Espíritu, os lo ruego! — repitió apagadamente Scrooge—. ¡No puedo resistirlo!

Volvióse hacia el Espectro, y comprobando que le contemplaba con una cara en la que se veían por alguna extraña razón fragmentos de todas las caras que acababa de ver, lanzóse sobre él.

En el forcejeo, si tal podía llamarse aquello, ya que el Espectro no se alteró lo más mínimo ante los esfuerzos del anciano, a quien dominó con invisible resistencia, Scrooge se dió cuenta de que la luz destellaba con gran esplendor sobre su cabeza, y relacionando aquello con el influjo que ejercía sobre él, le arrebató el gorro-apagador encasquetándoselo rápidamente.

El Espectro encogióse de tal forma, que el apagador llegó a cubrirle toda la figura, mas, aunque Scrooge lo apretaba hacia tierra fuertemente, no lograba ocultar la luz, que destellaba bajo él, resplandeciendo en el suelo.

Advirtió que las fuerzas se le extinguían y que una irresistible somnolencia se apoderaba de todo su ser. Notó que se encontraba en su alcoba. Realizó un último esfuerzo sobre el apagador, pero sólo consiguió quebrarse una mano. Y no bien alcanzó a tenderse en el lecho, quedóse otra vez profundamente dormido.

### III

Despertóse al dar un escandaloso ronquido, e incorporándose en la cama para coordinar sus ideas, se dió cuenta en seguida de que la campana no tardaría en repetir la una. Vuelto a la realidad, comprendió que se acercaba el momento en que debía recibir la visita del segundo Espíritu que llegaba a él por intervención de Jacob Marley. Pero encontrando agradable el escalofrío que experimentaba al preguntarse cuál de las dos cortinas descorrería para presentarse el sobrenatural visitante, las separó con sus propias manos y, acostándose nuevamente, se constituyó en atento centinela de lo que pudiera suceder en torno del lecho, pues deseaba enfrentar al Espíritu en el instante de su aparición, sin dejarse asaltar por la sorpresa ni dominar por la emoción.



Hallándose, pues, preparado para lo que pudiera ocurrir, no lo estaba de ningún modo para el caso de que no sucediera nada, y por lo tanto, cuando la campana dió la una y no vió Scrooge surgir en su cuarto ninguna sombra, sintióse acometido por un fuerte temblor. Transcurrieron cinco minutos, diez, un cuarto de hora, y nada pasaba.

Sobre la cama se proyectaban durante todo ese tiempo los rayos de una luz rojiza que destelló vivamente cuando el reloj dió la hora. Y siendo aquélla sólo una luz, resultaba más inquietante que una docena de espectros, pues Scrooge se preguntaba cuál era su significado, y momentos hubo en que temió se produjera algún singular caso de combustión espontánea sin que él tuviera el consuelo de saber de qué se trataba. Sin embargo, al fin empezó a pensar, como hubiéramos hecho en su lugar vosotros y yo, que el manantial de la extraña luz sobrenatural podía encontrarse en la habitación inmediata, de donde parecía llegar el resplandor. Tan pronto esta idea cruzó su mente, Scrooge deslizóse suavemente en zapatillas hacia la puerta.

En el preciso instante en que posaba su mano en el pestillo, una extraña voz le llamó por su nombre desde el otro lado, invitándole a entrar. Scrooge obedeció.

Era, no cabía duda, su propia habitación, pero en ella se había operado una transformación notable. El techo y las paredes hallábanse de tal manera cubiertos de hojas y ramas, que asemejaban un pequeño bosque, mostrando por doquiera pequeños frutos resplandecientes. Las rizadas hojas de muérdago, de hiedra y de acebo, reflejaban la luz cual si se hubieran esparcido entre ellas centenares de pequeños espejos. En el hogar se elevaba una fuerte llamarada, alimentada por una cantidad de combustible desconocida en tiempos de Marley y de Scrooge, y desde muchos inviernos atrás. Sobre el suelo, amontonados en forma de trono, veíanse pavos, gansos, piezas de caza, aves caseras, trozos suculentos de carne, lechones, largas salchichas, pasteles de toda clase, barriles de ostras, castañas asadas, sonrosadas manzanas, naranjas jugosas, brillantes peras y tazas llenas de ponche, que llenaban la estancia con su delicioso vaho. Sentado cómodamente sobre aquel trono aparecía un alegre gigante de glorioso aspecto, el cual empuñaba una antorcha de forma parecida al cuerno de la abundan-



cia, con la que alumbró a Scrooge cuando éste llegó atisbando desde la puerta.

—¡Adelante, hombre! ¡Entrad y miradme bien!

Así lo hizo Scrooge tímidamente, inclinando la cabeza ante el Espíritu. No era ya el terco Scrooge que había sido, y por más que los ojos del Espectro eran claros y dulces, no le resultaba grato encontrarse con ellos.

—Soy el Espectro de la Navidad Presente — habló el Espíritu —. ¡Miradme bien!

Respetuosamente, Scrooge lo miró. Vestía una sencilla y larga túnica con tal negligencia, que mostraba el robusto pecho desnudo, como si no se preocupara de ocultarlo con ningún artificio. Sobre la cabeza llevaba una corona de acebo sembrada de trocitos de hielo. Sus grandes rizos, abundantes y sueltos, eran tan agradables como su alegre rostro, su mirada clara, su mano abierta, su voz bien timbrada, su campechana desenvoltura y su simpático aspecto. Llevaba ceñida a su cintura una antigua vaina de espada, pero se hallaba mohosa y en su interior no había arma alguna.

—¿No visteis nunca nada que se me asemeje? — preguntó el Espíritu.

—Jamás — respondió Scrooge.

—¿No paseasteis nunca en unión de los miembros más jóvenes de mi familia, quiero decir — pues yo soy muy joven —, de mis hermanos mayores, nacidos durante estos últimos años? — continuó el Espectro.

—Creo, temo que no — contestó Scrooge —. ¿Tenéis muchos hermanos?

—Más de mil ochocientos — dijo el Espectro.

—Una gran familia que atender — comentó el anciano.

El Espectro de la Navidad Presente levantóse.

—Espíritu — dijo sumisamente Scrooge —: conducidme donde queráis. La noche última hube de salir de casa a la fuerza y aprendí una lección que ahora produce efectos. Si algo habéis de enseñarme esta noche, permitidme que saque provecho de ello.

—¡Tocad mi túnica!

Así lo hizo Scrooge, apretando la mano con firmeza sobre el vestido del Espectro.



Muérdago, hiedra, acebo, rojos frutos, pavos, gansos, aves, lechones, salchichas, ostras, ponche y pasteles, todo desvaneciéndose instantáneamente. Otro tanto sucedió con la habitación, el fuego, el resplandor rojizo, la noche. Halláronse de pronto en la mañana de Navidad y en las calles de la ciudad donde, como el frío era cruel, la gente producía una especie de música, ruda pero agradable, al arrancar la nieve de las aceras y de los tejados de sus casas, lo que suscitaba el júbilo de los chicos, que veían cómo el blanco elemento se amontonaba cayendo sobre el pavimento y se deshacía a veces en el aire improvisando una singular tempestad en miniatura.

Los frentes de las viviendas parecían negros, y más negras aun las ventanas, que contrastaban con la alba sábana de nieve que cubría los techos y con la alfombra también blanca que se extendía por el suelo y que había sido hollada por las pesadas ruedas de los carros, cuyos surcos se cruzaban y volvían a cruzarse cientos de veces en las bifurcaciones de las calles concurridas y formando laberínticos canales difíciles de seguir en el espeso fango amarillo y en el agua congelada.

Mostrábase sombrío el cielo, y las calles hallábanse invadidas por la obscura niebla, medio deshelada, medio glacial, cuyas partículas más espesas caían en una lluvia de átomos fuliginosos, cual si todas las chimeneas de Inglaterra hubiéranse incendiado a la vez y lanzaran sobre los viandantes el contenido de sus hogares. No tenía nada de alegre el clima de la ciudad, y, pese a ello, flotaba en la atmósfera un júbilo que el más límpido aire estival y el más deslumbrador sol de estío habrían intentado en vano difundir.

Los que trabajaban con las palas en lo alto de los edificios, aparecían, efectivamente, animosos y contentos. Llamábanse unos a otros desde los tejados y de vez en cuando cruzábanse jugando grandes bolas de nieve — proyectiles mucho más inofensivos que algunas bromas verbales —, acogiendo con grandes risas los impactos y con no menores muestras de hilaridad los errores en la puntería.

Las tiendas en que se vendían aves hallábanse aún abiertas, y las fruterías irradiaban esplendor. Había grandes canastos de castañas, panzudas y redondas como los chalecos de los viejos gastrónomos que mostraban en las puertas su apoplética



opulencia. Había rojas y gruesas cebollas españolas, que brillaban como frailes en su gordura y hacían guiños desde sus estantes, con socarrona campechanía, a las muchachas que pasaban frente a ellas, mientras parecían contemplar humildemente el muérdago colgado de lo alto. Había peras y manzanas que formaban altas pirámides apetitosas; racimos de uvas que la habilidad de los fruteros había colgado de grandes ganchos para que a los transeúntes se les hiciera al pasar la boca agua; montones de avellanas, tostadas, cuya fragancia evocaba antiguos paseos a través de bosques, agradables caminatas hundiendo los pies hasta los tobillos en alfombras de hojas marchitas; había naranjas y limones olorosos que parecían pedir ser llevados a casa en bolsitas de papel y gustados después del almuerzo. Había pescados de oro y plata.

Pero ¿y las tiendas de comestibles? ¡Oh, las tiendas de comestibles! Hallábanse con las puertas entornadas, próximas a cerrar, pero daba gusto mirar a través de las rendijas. No era sólo el grato sonido que los platillos de la balanza producían al caer sobre el mostrador; ni el rápido desenrollarse del bramante en el carrete; ni el resonar de las cajas metálicas que se movían como objetos de magia; ni los halagos que ejercía sobre el olfato el aroma del té y del café; ni la abundancia de las pasas, ni la blancura de las almendras, ni la extensión de las tiras de canela, ni la exquisitez de las demás especias, ni la confitura de las frutas, envueltas en azúcar fundido y capaces de excitar el apetito y hacer morir de deseo a los espectadores más fríos.

No se trataba de que los higos se ofrecieran húmedos y carnosos, ni de que las ciruelas de Francia enrojecieran con cierta acritud en sus cajas adornadas, ni de que todo estimulase la gula con sus aderezos de Navidad. No. Era que las parroquianas apresurábanse tan afanosas en la esperanzada promesa del día, que se empujaban a la puerta unas a otras haciendo estallar los toscos cestos de mimbre, y olvidaban al portamonedas en el mostrador, y regresaban corriendo a buscarlo, y cometían yerro tras yerro con el mejor ánimo posible. Y que el tendero y sus dependientes se manifestaban tan serviciales y tan solícitos, que saltaba a la vista que los corazones que latían bajo los guardapolvos no lo hacían regocijados solamente por-



que se realizaban buenas ventas, sino por el júbilo que llevaba a ellos la Navidad.

Pronto, sin embargo, las campanas llamaron a los fieles a la iglesia o la capilla, y todos atendieron al llamamiento, luciendo por las calles sus mejores galas y en el rostro la mejor sonrisa, en tanto que por callejuelas y recodos desembocaban innumerables peatones que portaban manjares, camino de las tahonas, para ponerlos al horno.

La visión de toda aquella alegre gente, pareció interesar sobremedida al Espectro, pues permaneció detrás de Scrooge a la puerta de una tahona, y a medida que las cazuelas desfilaban frente a él, levantaba las tapaderas y las rociaba con el incienso de su antorcha, la cual debía ser de efectos extraordinarios, pues cuando varios portadores de comida cruzaron palabras iracundas a raíz de haberse empujado mutuamente, el Espectro derramó sobre ellos algunas gotas de su milagroso líquido y al instante recobraron todos su buen humor y empezaron a decir que era una vergüenza disputar en Navidad, lo cual, por cierto, no podía ser más razonable.

Las campanas dejaron de tocar, y las tahonas cerraron sus puertas, pese a lo cual era de admirar cómo desaparecían, por efecto de la preparación de aquellas comidas, las manchas de humedad que coronaban todos los hornos, cuyo piso despedía humo cual si estuvieran asándose hasta sus ladrillos.

—¿Hay — preguntó Scrooge — algún elixir especial en el fuego de vuestra antorcha?

—Sí. El mío.

—¿Ejerce alguna influencia sobre las comidas en Navidad?

—Sobre todas, pero más que sobre ninguna, sobre las de los pobres.

—¿Por qué sobre ellas especialmente?

—Porque son las que más lo necesitan.

Scrooge meditó un momento. Después dijo:

—Me admira, Espíritu, que de todos los seres que habitan este mundo, únicamente vos os empeñéis en limitar a estas gentes los motivos que se les ofrecen de inocente alegría.

—¿Únicamente yo? — gritó el Espectro.

—Sí, porque les priváis de trabajar cada siete días, a menudo el único día en que pueden decir verdaderamente que comen.



¿No es así?

—¡Yo! — volvió a gritar el Espíritu.

—Procuráis que cierren los hornos el séptimo día — dijo Scrooge—. Y es lo mismo.

—¡Yo! — gritó por tercera vez el Espectro.

—Perdonad si me equivoqué. Se hace en vuestro nombre, o, al menos, en nombre de vuestra familia — alegó Scrooge.

—Existen sobre la tierra algunos seres — replicó el Espíritu — que pretenden conocernos y realizan en nombre nuestro sus acciones de pasión, orgullo, maldad, odio, envidia, santurronería y egoísmo, siendo para nosotros tan extraños como para todo lo que con nosotros se relaciona. Recordad esto, y cargad sobre ellos y no sobre nosotros la culpa.

Prometió Scrooge hacer lo que el Espectro le indicaba, e, invisibles como hasta entonces, siguieron adelante, hacia los suburbios de la ciudad. El Espíritu, como Scrooge había observado a la puerta de la tahona, podía acomodarse a cualquier sitio perfectamente a pesar de su gigantesca talla, y, como ser sobrenatural que era, se encontraba en cualquier habitación de techo bajo tan confortablemente como podía haberlo estado en cualquier salón de elevadísimas paredes.

Y, fuese por la alegría que el buen Espectro sentía mostrando esa cualidad suya, fuese por su natural amable, cordial y generoso, y por su amor a los pobres, lo cierto es que llevó a Scrooge directamente a casa de su dependiente. Llegado que hubieron a su umbral, el mensajero se detuvo para bendecir con el incienso de la antorcha la morada de Bob Cratchit. El dependiente sólo ganaba quince chelines por semana; cada sábado apenas embolsaba, pues, quince ejemplares de su nombre<sup>1</sup> y, no obstante, el Espectro de la Navidad Presente bendijo, como se ha dicho, su humilde vivienda de cuatro habitaciones.

La señora de Cratchit, vestida pobremente con una bata a la cual había dado ya dos vueltas y que aparecía llena de cintas que no valdrían juntas más de seis peniques, estaba en aquel momento poniendo la mesa, ayudada por Belinda, la segunda de sus hijas, que mostraba también muchas cintas en su modesto vestido. Pedro Cratchit hundía en tanto un tenedor en una

1. Bob, nombre que se da popularmente al chelín en Inglaterra.



olla de papas, mientras las puntas de un monstruoso cuello perteneciente a Bob, quien lo había cedido a su hijo y heredero en celebración de la Navidad, le llegaban casi a la boca, pese a lo cual manifestábase orgulloso de estar tan elegantemente adornado y poder lucir su figura en los jardines de moda.

Al rato llegaron llorando dos Cratchit más pequeños, varón y hembra, y contaron a gritos que habían sentido desde la puerta de la tahona olor a ganso y se habían dado cuenta de que era el suyo. Pensando en la comida, los dos diminutos Cratchit empezaron a danzar en torno a la mesa exaltando hasta la gloria al hermano, en tanto que él, sin orgullo, por más que faltaba poco para que el cuello lo ahogase, soplabla el fuego para que la papas se cocieran bien y quedaran en condiciones de ser mondadas.

La señora Cratchit preguntó:

—¿Dónde se habrá metido vuestro padre? ¿Y vuestro hermano Tiny Tim? ¿Y Marta, que la Navidad pasada estaba aquí mucho antes de esta hora?

—¡Marta está aquí, mamá! — exclamó una muchacha irrumpiendo en la estancia.

—¡Aquí está Marta, mamá! — corearon regocijados los dos Cratchit pequeños —. ¡Bravo! ¡Tenemos un ganso, Marta!

—¡Cómo has tardado, hija mía! — murmuró la señora de Bob besándola repetidas veces y quitándole con ternura el velo y el sombrero.

—Hube de terminar un trabajo para tener libre la mañana, mamá — explicó la muchacha.

—Bueno, hija mía. Es que no creía que ibas a venir tan tarde. Acércate al fuego y caliéntate. ¡Que Dios te bendiga!

—¡Ahí viene papá! ¡Ahí viene papá! — gritaron los Cratchit pequeños —. ¡Escóndete, Marta!

Así lo hizo la muchacha, y a poco entró Bob, el padre, con la bufanda colgándole por delante hasta más abajo de la cintura, y el traje muy usado, lleno de zurcidos, pero limpio y de buen aspecto. Sobre los hombros traía a Tiny Tim. ¡Pobre Tiny Tim! Debía usar una muleta, y llevar los miembros sostenidos por un aparato ortopédico.

—¿Y Marta? ¿Dónde está Marta? — preguntó Bob Cratchit mirando en torno.



—No ha venido — dijo la señora.

—¡No ha venido! — repitió Bob, desalentado, perdiendo de pronto su entusiasmo, pues había sido el caballo de Tiny Tim al recorrer toda la calle con él a hombros desde la iglesia y había llegado a casa saltando —. ¡No ha venido y es Navidad!

Dolióle a Marta ver a su padre desilusionado a causa de la broma, y saliendo apresuradamente de detrás de la puerta, se precipitó en sus brazos, mientras los dos hermanitos pequeños arrastraban a Tiny Tim hasta la cocina para que oyese cantar el budín en la cacerola.

—Y Tiny Tim, ¿qué tal se ha portado? — interrogó la señora Cratchit luego de burlarse de la credulidad de Bob y una vez que éste hubo estrechado contra su corazón a Marta.

—Perfectamente — informó Bob —, perfectamente. Se ha hecho bastante pensativo y tiene ocurrencias de lo más extraordinario. Viniendo para casa me decía que le agradaba ser visto en la iglesia, porque él es un inválido y sería grato para todos recordar en el día de Navidad al que había hecho andar a los cojos y ver a los ciegos.

El acento de Bob, ya tembloroso al decir aquello, era casi un sollozo cuando aseguró que Tiny Tim crecía en fuerza y lucidez.

Se oyó el golpear de una muleta sobre el piso, y antes de que nadie pronunciara una nueva palabra, llegó Tiny Tim escoltado por sus hermanos mayores, que lo condujeron al taburete, junto a la lumbre, en tanto que Bob, remangándose — ¡pobrecillo!, como si sus mangas fueran susceptibles de estropearse más —, hacía una mixtura de ginebra y limón y después de agitarla febrilmente la colocaba en el antehogar para que se cociese a fuego lento. Pedro Cratchit y sus dos hermanitos salieron a buscar el ganso, portando el cual reaparecieron minutos más tarde en solemne procesión.

El alboroto que se produjo entonces fué tan extraordinario, que hubiérase creído al ganso la más rara de las aves, un fenómeno emplumado ante el cual fuera la cosa más natural del mundo un cisne negro; y, realmente, en aquella casa era extraordinario el acontecimiento.

La señora Cratchit calentó la salsa, preparada ya en una cacerolita; Pedro mondó con increíble entusiasmo las papas;



Belinda endulzó la salsa de manzanas; Marta limpió la vajilla; Bob sentó a Tiny Tim a su lado, en una punta de la mesa; los dos más pequeños colocaron sillas para todos, sin olvidarse de ellos mismos, y montando guardia en sus respectivos sitios, metieron la cuchara en la boca para no gritar pidiendo el ganso antes de que fuera hora de servirlo. Colocáronse por fin los platos y se rezó una oración, a la que sucedió una pausa durante la cual todos retuvieron la respiración en el instante en que la señora Cratchit esgrimió el trinchante para hundirlo en la dorada pechuga. Mas, cuando lo hizo y del interior del ganso surgió un borbotón de relleno, una exclamación de placer se alzó hacia el techo, y hasta Tiny Tim, contagiado de los dos Cratchit pequeños, golpeó en la mesa con el mango de su cuchillo y coreó con voz débil:

—¡ Viva!

Jamás vióse ganso como aquél. Bob confesó no haber creído nunca que existiera manjar semejante. Su perfume y su blancura, su baratura y su tamaño fueron objeto de admiración general. Y añadidas la salsa de manzanas y las papas deshechas, huelga decir que constituyó comida suficiente para toda la alegre familia. Efectivamente, según hiciera observar la señora Cratchit al ver que quedaba un huesecillo en un plato, no habían podido comérselo por completo. Todos, sin embargo, quedaron satisfechos, especialmente los miembros más chicos de la familia, los cuales tenían salsa hasta en las cejas. La señorita Belinda cambió diligentemente los cubiertos, y la mamá abandonó el comedor — furtivamente, porque preparaba una sorpresa — en busca del budín.

Los comensales se entregaron entonces a las más peregrinas suposiciones: que el budín no estuviera todavía a punto; que se rompiera al ser conducido a la mesa; que alguien hubiera escalado el patio y se lo hubiera llevado mientras todos estaban haciendo los honores al ganso. Ante esta última hipótesis, los dos Cratchit pequeños palidecieron.

¡ Atención! ¡ Una gran nube de vapor! El pastel estaba ya fuera de su molde. Olía a tela mojada; era el paño que lo envolvía. Después, el olor se tornó apetitoso, recordaba al fondista, al pastelero de la casa vecina, a la planchadora. ¡ Era el budín! Medio minuto después entró — con el rostro encen-



dido, pero sonriendo ufana — la señora Cratchit con el postre, que asemejaba una bala de cañón, macizo y duro, lanzando las llamas que emanaban de la vigésima parte de una copa de aguardiente con que lo rociara y adornado gloriosamente con una rama del árbol de Navidad surgiendo de la cúspide.

¡Oh, magnífico budín! Bob Cratchit aseveró con toda seriedad que lo consideraba el triunfo más clamoroso obtenido por su esposa desde que se casaron. La señora de Bob declaró que no podía calcular el peso del budín y confesó que había alentado ciertas dudas en cuanto a la cantidad de harina. Ni uno solo dejó de decir algo con respecto a él, mas nadie dijo, ni lo pensó siquiera, que fuera un budín pequeño para una familia tan grande. Decir tal habría sido una herejía. Cualquier Cratchit se ruborizaría al insinuar siquiera algo parecido.

La comida concluyó, por fin. Levantóse el mantel, limpióse el hogar y encendióse nuevo fuego. Y después de beber del jarro de ponche preparado por Bob, que fué considerado inmejorable, colocáronse sobre la mesa manzanas y castañas y se desparramó por la lumbre una palada de castañas. Toda la familia Cratchit distribuyóse en seguida alrededor del hogar, formando lo que Bob denominaba un círculo, queriendo decir, claro está, semicírculo, y cerca fué dispuesta la cristalería, constituida por dos vasos y una flanera sin mango. Tales vasijas servían, sin embargo, para tomar el caliente ponche tan bien como lo hubieran hecho hermosas copas de oro, y Bob lo sirvió con la mirada radiante, mientras las castañas estallaban ruidosamente en la lumbre.

—¡Felices Pascuas para todos, hijos míos, y que Dios nos bendiga! —dijo el dependiente de Scrooge, y repitió toda la familia.

—¡Que Dios nos bendiga! —murmuró Tiny Tim el último de todos.

Hallábase sentado cerquita de su padre, en su taburete. Bob tomó entre las suyas la débil manecita del pequeño, con gran cariño, deseoso de retenerla así, como temiendo que alguien le arrebatase aquel tesoro.

—Espíritu —inquirió Scrooge con un interés que nunca hasta entonces había alentado—: decidme si Tiny Tim se salvará.



El Espíritu respondió:

—Veo en el rincón del hogar un asiento vacante y una muleta sin dueño, cuidadosamente guardada. Si en lo futuro tales sombras permanecen inalteradas, Tiny Tim morirá.

—¡Oh, no, Espíritu bueno! —balbuceó Scrooge—. ¡Decidme que esa muerte será evitada!

—Si esas sombras permanecen inalteradas —repitió el Espectro—, ningún otro de mi raza verá al muchacho. Y, después de todo, ¿qué importa? Así disminuirá el exceso de población...

Al oír, repetidas por el Espectro, las palabras que él mismo pronunciara un día, Scrooge bajo la cabeza, agobiado por el arrepentimiento.

El Espectro dijo:

—Si sois hombre de corazón y no de piedra, desechad esa malvada hipocresía y descubrid cuál es el exceso y dónde está. ¿Podéis, acaso, decidir quiénes deben vivir y quiénes deben morir? Tal vez, a los ojos de Dios, sois vos más indigno y menos merecedor de vivir que millones y millones de pobres niños como ése. ¡Ah, gran Dios! ¡Oír al insecto sobre la hoja decidir acerca de la vida de sus hermanos hambrientos!

Ante la reprimenda del Espectro, Scrooge inclinó tembloroso la cabeza y bajó la vista al suelo. Mas se incorporó bruscamente al oír que pronunciaban su nombre.

—¡Brindemos —decía Bob— por el señor Scrooge, que nos ha proporcionado esta fiesta!

—Ciertamente, ha sido él quien nos ha proporcionado esta fiesta —asintió la señora Cratchit, turbada—. Desearía tenerle delante para que la celebrara, y estoy segura de que se le abriría el apetito.

—¡Querida! —reprochó Bob—. ¡Que están los niños! Es el día de Navidad...

—Necesario es, en efecto, que sea el día de Navidad —dijo ella— para brindar a la salud de un ser tan odioso, tan avaro, tan sórdido, tan duro, tan cruel como el señor Scrooge. Bien sabes tú quién es, Roberto. Nadie lo sabe mejor que tú.

—Querida —volvió a decir dulcemente Bob Cratchit—, es el día de Navidad...

—Brindaré a su salud —aceptó la esposa—, por ti, y por



que es el día de Navidad, no por él. ¡Que tenga muy felices Pascuas y Año Nuevo! ¡Él vivirá, sin duda, feliz y contento!

Los pequeños también brindaron. Fué, de todo lo que hicieron, lo que reflejó menos cordialidad. Tiny Tim cerró los brindis, sin poner gran atención. Scrooge era algo así como el ogro de la familia, y la sola mención de su nombre disgustó a todos.

Desvanecida aquella mala impresión, volvieron a estar alegres. Bob informó que tenía en vista una colocación para Pedro que le reportaría cinco chelines y seis peniques semanales. Los dos Cratchit menores rieron francamente ante la idea de ver al mayor convertido en un hombre de negocios, y el mismo Pedro acogió solemnemente la posibilidad de su importante posición. Marta, pobre aprendiz de modista, habló de su trabajo, del propósito que tenía de quedarse en casa al día siguiente en honor de la festividad, y de una condesa que había visto hacía poco en compañía de un lord "casi tan alto como Pedro", frase, esta última, que hizo al aludido levantar extraordinariamente la cabeza por encima de su gigantesco cuello. Mientras tanto, comían castañas alegremente, y Tiny Tim cantó muy bien con su vocécita quejumbrosa una canción en la que se hablaba de un niño perdido en la nieve.

Nada tenían de aristocrático los miembros de aquella familia; ni eran hermosos, ni estaban bien vestidos, pero gozaban de su sencilla felicidad, queríanse entrañablemente y estaban contentos con su suerte. Scrooge los miró atentamente a los destellos de la antorcha del Espíritu y se quedó con la mirada fija especialmente en el pequeño Tiny Tim, en tanto que el Espectro lo arrastraba tras de sí.

Había anochecido ya y la nieve caía copiosamente. Mientras recorrían las calles de la ciudad, el resplandor de la lumbre en las cocinas de las casas era admirable. En una parte, el fulgor de las llamas iluminaba los preparativos de una gran comida familiar. En otra, los niños salían al encuentro de los parientes que llegaban convocados por la fecha. Más allá, un grupo de lindas muchachas con caperuzas y botas se dirigía jubilosamente a alguna casa vecina. ¡Pobre del soltero — bien lo sabían ellas — que las hubiera visto entonces con el rostro deliciosamente encendido por el frío!



A juzgar por la cantidad de personas que acudían a reunirse con sus amigos, se hubiera pensado que en las casas no quedaba nadie para recibir las visitas. Sin embargo, ocurría lo contrario, pues en todas partes se esperaba la llegada de amigos y parientes y se preparaba una buena lumbre para hacerles los honores de la casa. El Espectro estaba contentísimo, y derramaba por doquier su sana y luciente alegría. Hasta el farolero que avanzaba poblando las oscuras calles de puntos luminosos, se echó a reír al verle pasar, aunque se veía perfectamente que ignoraba la identidad del sobrenatural transeúnte.

Súbitamente, sin palabra de advertencia alguna por parte del Espectro, encontráronse en una región pantanosa y desierta, sembrada de monstruosas masas de piedra que daban al lugar la apariencia de un cementerio de gigantes. Véase por doquiera el agua congelada y sólo crecían en la desolada extensión el musgo, la retama y una hierba salvaje. En el horizonte, el sol había dejado una ardiente franja roja que fulguró un instante sobre aquella árida comarca, cual un ojo que fuera bajando lentamente tras el párpado hasta apagarse en la obscuridad nocturna.

—¿Dónde estamos? —interrogó Scrooge.

—En un lugar donde viven los hombres que horadan las entrañas de la tierra: los mineros.

El Espíritu observó a su acompañante. Luego dijo:

—Me conocen. Mirad.

Avanzaron hacia una choza en cuya ventana brillaba una luz, y pasando a través de la pared encontráronse frente a una alegre reunión alrededor de un resplandeciente fuego. Eran un hombre anciano y sus hijos, y los hijos de sus hijos, y los miembros todos de varias generaciones. El viejo, con voz que difícilmente se distinguía de los gemidos del viento en la desolada comarca, cantaba una canción de Navidad que era ya antigua en sus tiempos de muchacho, y de rato en rato, los demás asistentes le hacían coro. Cuando los otros levantaban la voz, el anciano hacía lo propio, sintiéndose con nuevos ánimos, y cuando el coro decaía, parecía que él perdiera también su momentáneo vigor.

Sin detenerse allí, el Espíritu dijo a Scrooge que se tomara



de su túnica, y cruzó con él la pantanosa región, dirigiéndose . . . ¿adónde? ¿Al mar, acaso? ¡Pues sí, señor, al mar! Scrooge comprobó espantado cómo se acababa la tierra, divisó una horrible aglomeración de rocas a sus espaldas y oyó el sordo estruendo del agua que rodaba y rugía y se encrespaba entre fantásticas cavernas abiertas por ella misma, tratando furiosamente de socavar el suelo firme.

Un faro se erguía solitario sobre un arrecife de las escarpadas costas, desafiando los embates de las aguas que durante todo el año se estrellaban iracundas a sus pies. De él colgaban gigantescas algas, y pájaros de las tormentas — nacidos, claro está, del viento, como las algas nacen de las aguas —, revoloteaban a su alrededor, al igual que las olas que ellos rozaban con sus sombrías alas.

Pero aun allí, los torreros habían prendido una fogata que lanzaba a través de la tronera abierta en el grueso muro un vivo fulgor sobre el mar terrible. Y los dos hombres que moraban en el faro se deseaban Felices Pascuas estrechándose las rudas manos por encima de la mesa tosca a la que hallábanse sentados, en tanto que bebían sus jarros de ponche. Y hasta uno de ellos, el más viejo, de cara curtida por los temporales como el mascarón de proa de un viejo navío, entonó una canción melancólica y recia como el cantar del viento en la inmensidad marina.

Siguió el Espectro avanzando, avanzando, con Scrooge en pos de sí, hasta que ya muy lejos, tan lejos que no podía verse ninguna orilla, descendieron sobre un barco, en alta mar. Siempre invisibles, acercáronse tan pronto al vigía como al timonel y a los oficiales de guardia. Y todos ellos entonaban alegres una canción de Navidad, o pensaban en la Navidad, o hablaban en voz baja a sus compañeros o al viento, de algún día de Navidad pasado en el hogar lejano y evocado. Y al hablar, la voz de todos ellos tenía un tono más dulce que de ordinario.

Mientras oía los bramidos del viento y comprobaba sobrecogido la solemnidad de su ondular a través de las tinieblas sobre un invisible abismo de honduras tan secretas como la Muerte, sorprendióse Scrooge al escuchar una estruendosa carcajada. Pero su sorpresa fué mucho mayor al reconocer en aquella risa la de su propio sobrino y al encontrarse de pronto



en una habitación caldeada y luminosa, junto al sonriente Espíritu, que miraba al muchacho con gesto de cordial aprobación.

—¡Ja, ja, ja! — volvió a reír el sobrino de Scrooge.

La carcajada fué coreada primero por la sobrina de Scrooge, la mujer de su sobrino, y por los amigos que estaban presentes, después.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Os aseguro que dijo eso mismo: que la Navidad era una patraña! ¡Y lo peor es que estaba convencido de ello!

—¡Qué vergüenza para él! — observó, indignada, la sobrina.

—Bueno, reconozco que es un ser cómico y no todo lo agradable que podría ser — declaró el muchacho —. No obstante, en el pecado lleva la penitencia, y yo nada tengo que decir contra él.

—Por lo pronto, es muy rico, Fred — insinuó ella —. Al menos, siempre me has dicho que lo era...

—¿Y qué, querida mía? — interrogó el sobrino, agregando: — Su riqueza no le sirve de nada. Nada bueno hace con ella. No vive como podría vivir. Y ni siquiera ha tenido la satisfacción de pensar que va a beneficiarnos con su dinero.

—Me impacienta — dijo la sobrina de Scrooge. Y sus hermanas, y todas las demás señoras que asistían a la fiesta, fueron de la misma opinión.

—Pues yo — aseguró el sobrino — lo lamento por él. Aunque quisiera, no podría guardarle rencor. ¿Quién paga, al fin y al cabo, sus genialidades? Él mismo; siempre él. Se ha empeñado en contrariarnos no viniendo a comer con nosotros. Pues bien: ¿quién se perjudica? Claro está que perder una mala comida no es perder gran cosa...

La sobrina de Scrooge dijo, por su parte, y todos le dieron la razón, que la comida no era tan mala como el marido aseveraba, a lo que él contestó que se alegraba, recabando luego la opinión del joven Topper. Pero el joven Topper estaba demasiado atento a los movimientos de una de las cuñadas del dueño de casa, para poder contestar, y se limitó a decir que un soltero era un pobre paria sin derecho a emitir juicio en aquel asunto, palabras que hicieron que la hermana de la sobrina de Scrooge — la regordeta, la de blusa de encaje, no la de las rosas — se ruborizara súbitamente.



En uso otra vez de la palabra, el sobrino de Scrooge manifestó que el anciano, al rehuir su trato, lo único que conseguía era perderse momentos agradables que de ningún modo le habrían perjudicado.

—Estoy dispuesto — agregó — a brindarle la misma oportunidad todos los años, le guste o no, porque me inspira lástima. Podrá burlarse de la Navidad hasta que se muera, pero no podrá menos que pensar mejor de ella alguna vez, si comprueba que con inalterable buen humor le digo año tras año: ¿Cómo os encontráis, tío Scrooge? Si con eso consigo siquiera que le deje cincuenta libras a su pobre dependiente, ya será algo. Creo que ayer llegué a conmoerlo.

Al escuchar esta última aseveración, rieron todos. Pero como el muchacho tenía un corazón sencillo y no se preocupaba del motivo de la risa con tal de ver alegres a los demás, los instó a divertirse haciendo circular alegremente la botella.

Luego del té hubo un poco de música — casi todos los componentes de la familia sabían tocar algún instrumento — y se ejecutó una bonita aria que había sido en un tiempo la canción favorita de la niña que sacó a Scrooge de la escuela, como le hizo recordar y nos reveló a nosotros el Espectro de la Pasada Navidad.

Cuando aquella música empezó a sonar, todas las cosas que el Espíritu le había mostrado agolpáronse en la imaginación de Scrooge. Enternecióse y reflexionó que si hubiera escuchado aquello con más frecuencia años atrás, habría cultivado con sus propias manos el jardín de la vida sin necesidad de que la azada del sepulturero que enterró a Marley le ayudara a ello.

Mas no fué musical toda la velada. Al rato se pusieron a jugar a las prendas, cosa acertada, pues es bueno a veces sentirse niños, y ningún día más indicado para ello que el de Navidad, cuyo mismo poderoso fundador lo era. Luego se jugó a la gallina ciega, y por cierto que alguien había que parecía no querer ver. Tan pronto me inclino a creer que Topper estaba realmente ciego, tan pronto pienso que tenía ojos hasta en las botas. Mi creencia es que estaba de perfecto acuerdo con el sobrino de Scrooge, y que el Espíritu de la Navidad Presente lo sabía. Su conducta para con la muchacha regordeta, la de la blusa de encaje, era atentatoria a la credulidad de la



naturaleza humana. Siempre sabía dónde estaba. Nunca perseguía a otra. Ella alegaba a menudo que eso no estaba bien, y en realidad, no lo estaba. Mas la actitud del joven fué verdaderamente execrable cuando la alcanzó por fin. Porque, con la excusa de no reconocerla, creyó imprescindible palpar su cofia y asegurarse de su identidad oprimiendo cierto anillo que lucía en un dedo y cierta cadena que le rodeaba el cuello. Tan condenable y monstruoso era aquello, que la muchacha regordeta debió decirselo, pues cuando correspondió a otro ser el ciego, ambos permanecieron hablando animadamente detrás de una cortina.

La sobrina de Scrooge no participaba en el juego de la gallina ciega; pero, en cambio, sentada en un grato rincón de la estancia, precisamente cerca de donde se hallaban Scrooge y el Espíritu, jugaba a las prendas y lo hacía deliciosamente bien. De las veinte personas aproximadamente que había en la fiesta, unas eran jóvenes y otras viejas, pero todas jugaban, y Scrooge hizo lo mismo. Enteramente olvidado — tal era el interés que suscitaba en él la escena —, de que su voz no sonaba en oídos mortales, decía las palabras que había que adivinar y a menudo acertaba, pues la más afilada aguja no era tan aguda como él, por más que procurara aparecer obtuso ante el mundo.

El Espectro, complacido de verlo con tan buen humor, lo miró con benevolencia, por lo que él le suplicó, con el interés con que lo habría hecho un niño, que permaneciese allí hasta que los invitados se marcharan. Pero el Espíritu le hizo ver que ello era imposible.

—¡He aquí un nuevo juego! ¡Media hora más, Espíritu, media hora más!

Tratábase del juego llamado *Sí o no* y consistía en que el sobrino de Scrooge pensaba una cosa y los demás debían adivinar lo que era. Interrogábanlo entonces para comprobar si habían acertado, y él contestaba simplemente sí o no, según el caso.

La granizada de preguntas que cayó sobre él le hizo decir que pensaba en un animal, un animal viviente, desagradable, salvaje; un animal que a veces gruñía y a veces hablaba, que vivía en Londres y transitaba por las calles, que no se exhibía



por dinero, que nadie lo conducía, que no habitaba en el zoológico, y que no era un caballo, ni un perro, ni un oso, ni un asno, ni un gato. Acogió el muchacho cada nueva pregunta con una nueva carcajada, y su hilaridad llegó a tal extremo, que hubo de abandonar el sofá y echarse en el suelo. Por fin, la cuñada regordeta, la de la blusa de encaje, exclamó, presa también de una risa loca:

—¡Adiviné lo que es, Fred, adiviné!

—¿Qué es? —inquirió Fred.

—¡Vuestro tío Scro-o-ge!

Había adivinado, efectivamente. La admiración fué general, aunque algunos objetaron que el sobrino debía haber contestado "sí" cuando le preguntaron si era un oso, pues la negativa habría bastado para alejar de los jugadores la idea del tío Scrooge, en el supuesto caso de que hubieran pensado en él.

—Bueno — propuso Fred —. Mi tío ha contribuído a divertirnos, y seríamos ingratos si no brindáramos a su salud. Así, puesto que todos tenemos un vaso en la mano, yo digo: "¡Por el tío Scrooge!"

—De acuerdo. ¡Por el tío Scrooge! — brindaron todos.

—¡Felices Pascuas y Año Nuevo al viejo, sea lo que fuere! — exclamó el sobrino —. Él no aceptaría de mis labios la felicitación, pero, no obstante, que la reciba. ¡A la salud del tío Scrooge!

El tío Scrooge se había dejado ganar en tal forma por el júbilo de la reunión, que habría contestado gustoso el brindis con un discurso que nadie hubiera oído aunque el Espíritu le diese tiempo para pronunciarlo. Pero la escena se desvaneció con el eco de la última palabra del sobrino, y Scrooge y su acompañante prosiguieron su peregrinación.

Fueron muy lejos, visitaron países remotos y hogares lejanos, y en todos vieron idéntica felicidad.

La noche fué larga, si es que todo sucedió en una sola noche, cosa que Scrooge ponía en duda, inclinándose a creer que varias Navidades se habían condensado en una durante el tiempo que pasaron juntos. Era extraño, sin embargo, que en tanto él no experimentaba transformación física alguna, su guía tornábase visiblemente más viejo. Scrooge no había dicho nada, pero en cierto momento en que abandonaban una reunión



infantil en la que se festejaba a los Reyes, vió que los cabellos de su compañero eran grises.

—¿Tan corta es — le preguntó — la vida de los Espíritus?

—Mi vida sobre la tierra — respondió el Espectro — termina esta noche.

—¡Esta noche! — gritó Scrooge.

—Esta noche, a las doce. ¡Escuchad! Mi hora postrera se acerca.

En aquel instante las campanas anunciaban las once y tres cuartos.

—Disculpadme si la pregunta os incomoda — rogó Scrooge observando con atención la túnica del Espectro —; pero veo algo extraño que no os pertenece saliendo por entre los pliegues de vuestro vestido. ¿Es un pie o una garra?

—Una garra podría ser, a juzgar por la poca carne que la cubre — replicó tristemente el Espectro —. ¡Observad!

De entre la túnica hizo salir dos niños horrorosos, abyectos, miserables, dos niños repugnantes que cayeron al suelo de rodillas y se abrazaron a sus vestidos.

—¡Mira, mira a tus pies, hombre! — ordenó el Espectro.

Tratábase de un niño y una niña amarillentos, famélicos, cubiertos de andrajos, ceñudos y feroces, pero humillados, sin embargo, en su abyección. Cuando la lozanía de una graciosa juventud debería haber asomado a sus mejillas y extender sobre su tez los más frescos colores, una mano escuálida y marchita como la del Tiempo habíalos arrugado y enflaquecido. Donde deberían haber morado los ángeles, los demonios se agazapaban lanzando miradas hostiles. Ninguna metamorfosis, ninguna degradación ni perversión de la humanidad, en grado alguno ni a lo largo de ningún misterio de la creación, produjeron jamás tan espantables monstruos.

Scrooge retrocedió pálido de terror. Considerando quién se los mostraba, intentó decir que eran dos niños hermosos, mas las palabras se le anudaron en la garganta antes de expresar semejante mentira.

—¿Son vuestros hijos, Espíritu? — acertó apenas a decir.

—Son los hijos de los hombres — replicó el Espectro — y vienen a mí a reclamar contra sus padres. El niño es la Ignorancia. La niña, la Miseria. ¡Guardaos de ellos dos y de





toda su descendencia, pero especialmente del niño, porque en su frente estará escrita la condena mientras lo escrito no sea borrado!

El Espectro extendió un brazo en dirección a la ciudad. Después exclamó:

—¡Niégalo, oh hombre! ¡Calumnia a quienes te lo hacen ver! Con eso favorecerás tus sórdidos designios, pero ¡el fin llegará irremisible, fatalmente!

—¿No tienen ningún refugio? ¿Carecen de amparo?

—¿Acaso no hay cárceles? —contestó el Espíritu devolviendo a Scrooge por última vez las palabras que él mismo algún día pronunciara—. ¿Es que no funcionan las casas de corrección?

Las campanas empezaron a dar las doce.

Scrooge miró en torno suyo buscando al Espíritu, pero no lo vió ya. Al oír vibrar en el aire la postrera campanada, recordó la advertencia del espectro de Jacob Marley, y, levantando los ojos, divisó a un fantasma de solemne aspecto que vestía una amplia túnica con capucha y que avanzaba a su encuentro deslizando sobre la tierra como se desliza la niebla.

#### IV

Lentamente, grave y silencioso, se acercaba el Fantasma. Scrooge dobló ante él la rodilla, pues el Espíritu parecía esparcir en torno, en el aire que atravesaba, misterio y tristeza.

La amplia y obscura túnica apenas le dejaba visible una de las manos. Fuera de ella, hubiera sido imposible distinguir su figura, que no se destacaba sobre el fondo negro de la noche.

Scrooge intuyó, sin embargo, que era alto y majestuoso, a juzgar por la posición de la mano, y al comprobarlo cuando se hubo aproximado, sintió que su enigmática presencia llenábale de solemne temor. Nada más pudo deducir, pues el Espíritu permanecía inmóvil y silencioso.

—¿Estoy —preguntó Scrooge— ante el Espectro de la Navidad Venidera?

El Espíritu no dijo nada. Su mano seguía extendida.

—¿Vais a mostrarme las sombras de las cosas que no han sucedido, pero que sucederán en lo futuro?

Un ligero movimiento de la parte superior de la túnica indicó a Scrooge que su incógnito visitante había inclinado, en señal de asentimiento, la cabeza. Pero fué aquélla la única respuesta que recibió.

Aunque acostumbrado ya al trato de los espectros, el hombre experimentó tal medrosa inquietud ante aquella sombra, que las piernas apenas podían sostenerle cuando se dispuso a seguirle. El Espíritu, como si comprendiera su estado y quisiera darle tiempo para reponerse, se detuvo un momento.

Ello no obstante, inquietó aún más a Scrooge, que se estremeció al pensar que tras aquella oscura mortaja le miraban fijamente los ojos del Fantasma y que, pese a sus esfuerzos, él sólo podía ver su mano espectral y el bulto sombrío de su figura.

—¡Espíritu del Futuro — exclamó —; me inspiráis más miedo que ninguno de los otros espectros! Mas, como confío en que venís por mi bien y espero ser en adelante distinto de cómo hasta ahora he sido, os seguiré con el corazón agradecido. ¿No me hablaréis?

El Fantasma guardó silencio. Su mano seguía extendida.

—¡Guiadme, pues, guiadme! — suplicó Scrooge —. La noche avanza y sé cuánto vale el tiempo para mí.

El Espíritu empezó a alejarse en la misma forma silenciosa en que se había acercado, y Scrooge le siguió en la sombra de su túnica, la cual le pareció que le levantaba arrastrándolo tras él.

La ciudad circundóles de pronto con su propio movimiento. Halláronse en la Bolsa, entre los negociantes que marchaban presurosos de un lado para otro haciendo sonar las monedas en los bolsillos, conversando en grupos, consultando sus relojes y jugando meditativos con sus dijes de oro, tal como los había visto Scrooge tantas veces.

El Espíritu se detuvo cerca de un pequeño grupo e indicó a Scrooge, con la mano, en aquella dirección.

—Sólo sé — aseguraba un señor corpulento, de monstruosa barbilla — que ha muerto.

—¿Cuándo? — preguntó otro.



—Creo que anoche.

—Pues ¿qué ha pasado? —terció otro de los presentes tomando una gran porción de tabaco de una no menos grande tabaquera —. Yo creía que jamás iba a morir.

—¡Sabe Dios! —murmuró el primero, bostezando.

—¿Y de su dinero, qué ha hecho? —intervino un hombre de rubicunda faz, moviendo como las carúnculas de un pavo una excrecencia que le colgaba de la nariz.

—No sé —contestó el señor de la barbilla monstruosa bostezando otra vez—. Quizá se lo haya legado a su sociedad. Lo único que puedo aseguraros es que a mí no me dejó nada.

Una risotada general acogió la broma.

—Es posible que las exequias sean muy modestas —dijo el mismo que había hablado últimamente—, pues a fe que no conozco a nadie deseoso de asistir a ellas. ¿Acaso vamos a concurrir nosotros sin estar invitados?

—Yo iría —observó el caballero de la excrecencia— si me dieran de comer. De lo contrario...

Se oyó una nueva risotada. Y el caballero que había iniciado la conversación aseguró que, sin embargo, estaba dispuesto a asistir al sepelio si alguien le acompañaba. Luego expresó su sospecha de haber sido el mejor amigo del señor objeto de la charla, pues, en vida de éste, había conversado varias veces con él. Después de eso, los que hablaban y los que escuchaban, dispersáronse en varios grupos, y Scrooge, que los conocía, miró al Espíritu en demanda de una explicación.

El Fantasma, sin decir nada, señaló a dos individuos que encontraron en la calle por la que ahora se deslizaban. Scrooge escuchó, con la esperanza de hallar en lo que iba a oír la clave del misterio.

Conocía también perfectamente a aquellos dos hombres, acaudalados negociantes de cuyo aprecio se había ufano siempre, desde el punto de vista, claro está, estrictamente comercial.

—¿Cómo os encontráis? —dijo uno.

—¿Cómo estáis? —dijo el otro.

—Bien —contestó el primero—. El viejo encontró al fin lo suyo, ¿eh?

—Eso dicen —repuso el segundo—. Hace frío, ¿verdad?

—El frío tradicional de esta fecha. Supongo que no seréis patinador...

—¡Oh, no! Tengo demasiadas cosas en qué pensar. ¡Buenos días!

Y se separaron.

Scrooge se sorprendió al principio de que el Espíritu asignara importancia a escenas tan triviales como aquéllas, pero sospechando en su fuero íntimo que tenían algún oculto significado, trató de descifrarlo. No podía relacionar las palabras que había oído con la muerte de su socio Marley, pues ésta databa de siete años antes, y el punto de partida del Espectro era el futuro.

Dispuesto, no obstante, a aprovechar la secreta lección que todo aquello encerrara, relacionárase con quien se relacionara, Scrooge trató de encontrar su imagen por alguna parte, pero el lugar que ocupaba habitualmente en el campo de los negocios estaba ocupado a la sazón por otro hombre, pese a que el reloj señalaba la hora en que solía acudir él. Ello no le extrañó mucho, ya que, habiendo decidido cambiar de vida, pensaba que su ausencia era una prueba de que había empezado a cumplir su propósito.

El Fantasma seguía, no obstante, inmóvil y sombrío a su lado, con la mano extendida. Y un escalofrío recorrió la médula de Scrooge al notar que los ojos invisibles del extraño compañero estaban fijos en él.

Dejaron aquel lugar y encamináronse hacia una parte obscura de la ciudad, en la que Scrooge no había estado nunca, por más que conociera su situación y su mala fama. Las calles eran estrechas y sucias; los habitantes, sórdidos. Todo respiraba allí suciedad y miseria. Y en lo más intrincado del maloliente laberinto alzábase un tenducho donde se compraban hierros viejos, botellas, trapos y restos de comida. Trozos de cadenas, llaves mohosas, goznes, tornillos, limas, platillos de balanzas y toda clase de piezas inútiles amontonábanse en el interior del miserable comercio. Secretos que pocos hubieran deseado descifrar dormían bajo aquellos montones de andrajos repugnantes, de cachivaches indefinibles y de huesos diversos. Y sentado en medio de su heterogénea y sucia mercancía, un bribón de cabellos blanqueados por sus setenta años, fumaba



tranquilamente su pipa, defendido de la intemperie por una fétida cortina compuesta de jirones de trapos de todos los colores, colgados de un bramante.

Una mujer cargada con un envoltorio llegó a la sombría tienda en el instante en que Scrooge y el Espíritu daban frente a ella. Y no había hecho más que entrar, cuando otra mujer igualmente cargada con un bulto, arribó también, seguida por un hombre vestido de negro, cuya sorpresa al reconocer a sus antecesoras no fué menor que la que éstas experimentaron al comprobar que habían coincidido en aquel sitio.

—Que pase antes la jornalera — indicó la que había llegado en primer término—. Después lo hará la planchadora, y el último será el hombre de la funeraria. Mirad qué casualidad, viejo Joe. Dijérase que nos hubiéramos dado cita aquí los tres.

—Ningún sitio mejor podíais haber elegido — dijo el viejo de la pipa—. Pasad a la sala. Estáis en vuestra casa. Pero esperad que cierre la puerta. ¡Oh, cómo chirrian sus goznes! No creo que haya aquí hierros más mohosos que los suyos, como tampoco creo que existan en mi tienda huesos más viejos que los míos. Estamos todos nosotros — ¡ja, ja, ja! — en consonancia con nuestra profesión. Pasad a la sala.

Ya en la sala — el espacio de la tienda separado por la mugrienta cortina —, la mujer que acababa de hablar arrojó el envoltorio al suelo y se sentó a esperar en actitud de desafío.

—¿Qué hay? — dijo—. Cada cual tiene derecho a pensar en sí mismo. ¡El *viejo* siempre lo hizo así!

—Así es — asintió la planchadora—. Nadie pensó en sí mismo más que *él*.

—¿A qué, entonces, esa cara de miedo? Los lobos no se muerden unos a otros, ¿no es eso?

—Esperemos que eso sea — contestaron simultáneamente la señora Dilber y el hombre de la funeraria.

—Pues basta con eso — concluyó la otra—. A nadie perjudicamos con insignificancias como éstas. Y menos que nadie, al *viejo*.

—Claro que no — dijeron sonriendo los dos.

—Si necesitaba conservarlas después de morir — prosiguió la mujer —, ¿por qué en vida no hizo lo que todo el mundo? No tenía más que haberse proporcionado quien lo cuidara

cuando la Muerte viniera a llevárselo, en vez de mantenerse aislado de todos al cerrar los ojos para siempre.

Como sus compañeros asintieran de nuevo a sus palabras, la que hablaba pidió al viejo cambalachero que abriera el envoltorio y le dijera cuánto valía lo que encerraba. Pero el hombre de la funeraria, en un acto de galantería, quiso ser el primero en mostrar su botín. Tratábase de un par de sellos, una pluma, dos botones de puño, un alfiler de escaso valor, y nada más. El viejo de la sórdida tienda escribía con tiza en la pared la cantidad que estaba dispuesto a abonar por todo.

—No daré — aseguró luego — ni medio penique más, aunque me quemem a fuego lento.

Luego le tocó a la señora Dilber: sábanas, toallas, un traje usado, dos viejas cucharillas de plata, unas pinzas para azúcar, servilletas y algunas botas en mal estado. El importe de todo fué escrito igualmente en la pared.

—Siempre — volvió a hablar el viejo — doy a las señoras más de lo necesario. Son mi flaco. Aquí tenéis, y no me pidáis un penique más, porque puedo arrepentirme de mi generosidad y rebajar medio chelín.

Deshecho el envoltorio de la mujer que había llegado primero, Joe sacó una oscura pieza de tela. Era una cortina, y el viejo felicitó a la parroquiana por su habilidad para sacarla con anillas y todo. Luego aparecieron unas mantas.

—¿Las mantas de él? — interrogó el comerciante.

—¿Pues de quién iban a ser? — comentó ella —. Me atrevo a asegurar que no se enfriará por no tenerlas.

Llevaba también una camisa que, según dijo, se la habían puesto al muerto para enterrarlo, sacándosela ella.

Scrooge, mientras tanto, seguía horrorizado la escena, y escuchaba las macabras consideraciones que hacían los siniestros personajes.

—¡Ja, ja! — rió la mujer cuando el ropavejero, sacando una bolsa de franela llena de oro, contó en el suelo el importe de lo que debía dar a cada uno —. No acaba mal, ¿verdad? En vida alejó a todos de su lado para proporcionarnos ganancias al morir. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ya veo, Espíritu, ya veo! — musitó Scrooge, espantado —. El caso de este desdichado puede ser el mío. A eso



conduce una existencia como la que yo he llevado. Pero, ¡gran Dios! ¿Qué es esto?

Retrocedió estremecido, porque la escena había cambiado y casi tocaba ahora un lecho desnudo, desprovisto hasta de cortinas, sobre el cual, apenas cubierto con un trapo, yacía algo que, aunque mudo, se denunciaba con terrible lenguaje.

El cuarto estaba demasiado oscuro para ser identificado, por más que Scrooge realizaba enormes esfuerzos para conseguirlo. Un vago resplandor llegaba desde afuera, iluminando mortecinamente el lecho, en el que yacía el cuerpo de aquel hombre robado, despojado, abandonado por todos, sin nadie que lo velara ni derramara una lágrima por él.

Scrooge siguió el movimiento de la mano del Fantasma, que señalaba la cabeza del cadáver. Con sólo mover un dedo habría caído el paño que cubría la cara del muerto y podría haber sido reconocido éste. Scrooge pensaba en ello, pero tan poco poder tenía para descorrer aquel velo, como para librarse de la presencia del Espectro.

—¡Oh, fría, rígida, glacial Muerte! ¡Podrás levantar aquí tu altar y rodearlo de todos los terrores de que eres dueña, ya que estás en tus dominios! Mas cuando la cabeza del muerto es la de un ser amado y respetado no puedes hacer tétrico uno solo de sus cabellos ni odiosa una sola de sus facciones. No es que la mano pierda su pesadez ni caiga al abandonarla; no es que el corazón y el pulso salgan de su definitiva inmovilidad; pero la mano que fué abierta, leal y generosa, el corazón que fué esforzado y tierno, y el pulso que latió a impulsos nobles, hablarán de todo ello aun en su suprema mudez. ¡Golpearás, Muerte, golpearás, pero verás que las buenas acciones brotan de la herida y caen en el mundo cual simiente de inmortalidad!

Ninguna voz humana pronunció aquellas palabras, pero Scrooge las oyó distintamente mientras contemplaba el lecho.

—¡Espíritu — murmuró —: me espanta permanecer aquí! ¡Vámonos, y os juro que jamás olvidaré lo que este lugar sugiere!

El Espectro seguía indicándole en silencio la cabeza del muerto.

—Comprendo lo que deseáis, Espíritu — dijo Scrooge —. Y lo haría si pudiera. Pero me es imposible.



Los ojos invisibles del Fantasma parecieron fijarse nuevamente en los suyos.

—Si en toda la ciudad hay alguna persona a quien la muerte de este hombre emocione, os ruego que me la mostréis, Espíritu.

El Fantasma extendió un momento ante él su soberbia vestidura. En seguida, plegándola de nuevo como un ala, le enseñó una habitación iluminada por la luz del día, en la que habitaba una mujer con sus hijos.

Dijérase que esperaba ansiosamente a alguien, porque vagaba de un lado a otro de la estancia, estremeciase al menor rumor, miraba por la ventana, dirigía rápidas ojeadas al reloj, trataba inútilmente de manejar la aguja y se impacientaba con las voces y los juegos de los pequeños.

En la puerta resonó por fin el esperado golpe, y la mujer precipitóse hacia ella, encontrándose con su marido, en cuyo semblante se notaban las huellas de una profunda preocupación. Su expresión reflejaba en aquel momento un placer triste que le causaba vergüenza y que se esforzaba en reprimir.

Empezó a almorzar en silencio y pareció indeciso antes de responder a las preguntas que débilmente le dirigía la mujer.

—Las noticias — dijo ella para animarlo —, ¿son buenas o malas?

—Malas — contestó.

—¿Estamos totalmente arruinados, entonces?

—Todavía queda alguna esperanza, Carolina.

—Si se conmoviera — musitó ella —, si tal milagro llegara a realizarse, tal vez habría aún salvación.

—Eso es imposible ya — respondió el marido —. Eso es imposible, porque... ha muerto.

Aquella mujer era una noble y tierna criatura, a juzgar por su semblante. Pero su alma no pudo menos que llenarse de gratitud, y sus manos se juntaron instintivamente en acción de gracias.

Un segundo después, pedía, condolida, perdón a Dios, pero aquel primer impulso había brotado espontáneo de su corazón.

—Lo que aquella mujer medio borracha me dijo el otro día cuando intenté verlo para pedirle un nuevo plazo, era verdad y no un pretexto para no recibirme. No sólo estaba enfermo, sino agonizante.



—¿Y de quién seremos deudores ahora?

—Lo ignoro, pero, mientras tanto, conseguiremos el dinero, y, aunque ello no ocurriera, sería tener muy mala suerte encontrar en el sucesor del señor Scrooge a un ser tan implacable como él. ¡Esta noche podemos dormir en paz, Carolina!

Scrooge se dirigió al Espíritu con acento suplicante:

—Permitidme ahora, Espectro, presenciar algún gesto de ternura relacionado con la muerte. De lo contrario, la obscura estancia que abandonamos hace un rato me obsesionará siempre.

Sin decir nada, el Fantasma lo condujo a través de calles conocidas. Scrooge miraba ansiosamente en todas direcciones, buscando su propia imagen, mas en parte alguna la veía. Por fin entraron en la habitación del pobre Bob Cratchit y hallaron a la madre y a los chicos sentados alrededor del hogar.

Una inusitada tranquilidad reinaba en el ambiente. Los Cratchit pequeños permanecían en un rincón, silenciosos como estatuas, mirando a Pedro, que tenía un libro abierto frente a él. La madre y las hijas cosían, en silencio también.

“Y tomó a un niño y lo puso en medio de ellos”.

¿Dónde y cuándo había oído Scrooge aquellas palabras? No. No soñaba. El niño debía haberlas leído mientras él cruzaba con el Espíritu el umbral. Pero ¿por qué no continuaba su lectura?

La madre, dejando la labor sobre la mesa, se cubrió el rostro con las manos.

—El color de esta tela me lastima los ojos — dijo.

—¿El color de la tela? ¡Ah! ¡Pobre Tiny Tim!

—Ahora estoy mejor — volvió a decir la esposa de Bob —. La luz artificial me perjudica. Pero por nada del mundo quisiera que vuestro padre se diera cuenta, al venir, de que tengo la vista enferma. Ya no puede tardar.

—La hora ha pasado — dijo Pedro cerrando el libro —. Creo que desde hace varias noches anda más despacio que de costumbre, madre.

Tras una larga pausa, la madre dijo con voz firme y alegre, que sólo en una ocasión pareció vacilar:

—Yo le he visto andar una vez muy ligero, muy ligero, con..., con Tiny Tim en los hombros...

—Y yo — gritó Pedro —. Muchas veces. ¡ Muchas veces, madre!

—Y yo — asintió otro.

—Y yo — exclamaron todos.

—Pero Tiny Tim era muy liviano — prosiguió la madre tornando a su labor —. Y su padre lo quería tanto, que no le molestaba, no le molestaba. Y... Creo que vuestro padre llega.

El pequeño Bob entró con su bufanda. ¡ Bien la necesitaba, el pobre! Tenía el té preparado junto a la lumbre, y todos se precipitaron para servírselo. Los dos pequeñitos le saltaron cada uno sobre una rodilla y pusieron su boquita en sus mejillas ajadas, mientras lo miraban como diciendo:

—¡ No pienses más en ello, papá; no pienses más!

Bob mostróse alegre y dijo a cada uno una palabra cariñosa. Luego, mirando la labor que estaba sobre la mesa, elogió la habilidad de la mujer y las hijas.

—Eso terminará antes del domingo — dijo.

—¡ Domingo! ¿ Fuiste hoy, Roberto? — interrogó la señora Cratchit.

—Fuí, querida mía — asintió Bob —. Y mucho me habría agradado que hubieras podido acompañarme. ¡ Está tan verde aquel sitio! Pero ya lo veréis con frecuencia. Le prometí que iría a pasear allí un domingo... ¡ Pobre pequeño hijo mío! — gimió —. ¡ Pobre pequeñito mío!

No consiguió contenerse. Para ello habría necesitado no sentirse tan cerca de su hijo. Estalló en sollozos.

Dejando la habitación, subió a la del piso alto, iluminada profusamente y adornada como en Navidad. Junto a la camita del niño había una silla con indicios de haber sido ocupada recientemente por alguien. Sentóse en ella y cuando se repuso algo besó aquella camita. Resignado, bajó nuevamente, feliz al parecer.

La familia, frente a la lumbre, empezó a conversar. La madre y las muchachas seguían su labor. Bob le refirió la benevolencia del sobrino del señor Scrooge, a quien apenas viera una vez, y el cual, habiéndolo encontrado aquel día en la calle, le dijo al saber la causa de su pesadumbre:

—Me apena, verdaderamente, lo que me contáis, señor Cratchit. Por vos y por vuestra bondadosa mujer. Si en algo puedo



seros útil, os ruego que vengáis a verme. Aquí tenéis mi tarjeta.

Evocando aquel encuentro, Bob repetía que lo que le había encantado del sobrino del señor Scrooge era su benevolencia, pues parecía como si hubiera conocido a Tiny Tim y se lamentara con ellos.

—Estoy segura — opinó la señora Cratchit — de que tiene un corazón generoso.

—Pues más segura de ello estarías, querida — asintió Bob —, si le hubieras visto y escuchado. Te digo que no me sorprendería lo más mínimo que proporcionara a Pedro una colocación mejor.

—¿Oyes, Pedro? — preguntó la señora.

—Y entonces — exclamó una de las muchachas —, Pedro podrá buscar un socio y establecerse.

—¡Anda a paseo! — replicó Pedro con una mueca.

—Puede ocurrir y puede no ocurrir — apuntó Bob —. Mucho tiempo hay por delante, hijo mío, pero de cualquier manera tengo la seguridad de que el día en que debemos separarnos, ninguno de nosotros olvidará nunca al pobre Tiny Tim, ¿no es cierto?

—¡Jamás! — gritaron todos.

—Sé también, hijos míos — continuó Bob —, sé también que al recordar cuán dulce y paciente fué, aun siendo pequeñito, pequeñito como era, no nos peharemos unos con otros, porque si lo hiciéramos olvidaríamos al buen Tiny Tim.

—¡Nunca armaremos pendencia, padre, nunca! — gritaron otra vez todos.

—¡Esto me hace dichoso, hijos míos, muy dichoso! — murmuró el pequeño Bob.

La señora Cratchit, sus hijas y los dos Cratchit pequeños lo besaron. Pedro le estrechó la mano. ¡Espíritu de Tiny Tim: tu infantil esencia venía del mismo Dios!

—Espíritu — habló en aquel momento Scrooge dirigiéndose a su hermético acompañante —: algo me dice que se acerca la hora de nuestra separación. No sé cómo se realizará ésta, pero creo saber que está próxima. ¿Podéis decirme quién era aquel hombre que yacía en su lecho mortuorio?

En la misma forma que antes, aunque en una época distinta según pensó, por más que sus últimas visiones se le aparecían



confusas, Scrooge fué transportado por el Espectro al lugar en que se reunían los hombres de negocios. Mas su conductor no le mostró su otro yo. En realidad, el Fantasma no se detuvo un solo instante, sino que siguió avanzando como en marcha directa hacia un objetivo determinado, hasta que Scrooge le rogó que hiciera un alto.

—La callejuela que ahora atravesamos — le dijo — es el punto donde establecí hace mucho tiempo el centro de mis actividades. Allí está la casa. Os suplico que me permitáis contemplar lo que será en lo futuro.

Detúvose el Espíritu, pero su mano señaló en otra dirección.

—¿Por qué señaláis otro punto, si la casa está allí abajo? — interrogó Scrooge.

Mas el dedo inexorable siguió señalando en la misma dirección. Scrooge se encaminó hacia la ventana de su despacho y echó una ojeada al interior. El cuarto seguía siendo un despacho, pero no el suyo. Había otros muebles, y la persona sentada en la butaca no era él. El dedo del Fantasma señalaba como antes.

Volvió a reunírsele Scrooge, y sin comprender por qué él no estaba en el despacho, ni dónde habría ido, siguió en pos del Espíritu hasta llegar a una verja de hierro. Antes de franquearla, detúvose a mirar en torno.

Era un cementerio. Allí yacían los desdichados cuyos nombres iba a conocer. El lugar no dejaba de ser digno, rodeado de edificación, invadido por las plantas silvestres y por la hiedra, antes muerte que vida de la vegetación, demasiado abarrotado de tumbas, abonado con exceso. ¡Un digno lugar, en fin!

De pie en medio de los sepulcros, el Fantasma señaló una con su dedo revelador. Scrooge se encaminó hacia él temblando. El Fantasma era absolutamente lo mismo que había sido hasta entonces, pero el hombre sintió un vago temor al notar algún ligero cambio en su majestuosa figura.

—Respondedme, Espíritu, a una pregunta, antes de mandarme acercar a la losa que me señaláis — le suplicó—. Lo que voy a ver y lo que he visto, ¿es la imagen de lo que *será* o la imagen solamente de lo que *puede ser*?

El Fantasma, en silencio, siguió indicando el sepulcro próximo.



—Las determinaciones humanas simbolizan determinados objetivos que, con perseverancia, pueden ser alcanzados —dijo Scrooge—; pero si las resoluciones se rectifican, varían a su vez los resultados. ¿Sucede otro tanto con las cosas que me mostráis?

Nada respondió el inmóvil Fantasma.

Scrooge se arrastró hasta él, desolado, y dirigiendo la vista al lugar que el dedo terrible señalaba, leyó sobre la losa del abandonado sepulcro, ¡su propio nombre!: *Ebenezer Scrooge*.

Cayendo de rodillas ante el Espectro, preguntó con voz cavernosa:

—¿Soy yo, entonces, el hombre que yacía sobre el lecho mortuorio?

El implacable dedo dirigióse de él a la tumba y de la tumba a él.

—¡Oh, no, Espíritu, no!

El dedo permanecía señalando el mismo sitio.

—¡Escuchadme, Espíritu! —gritó aferrándose a los pliegues de la sombría túnica del Fantasma—. Yo no soy ya el hombre que antes era. No seré en lo sucesivo lo que habría sido sin vuestra intervención. ¿Por qué me enseñáis todo lo que he visto si no tengo ya esperanza alguna?

Por primera vez, el dedo pareció vacilar.

—Buen Espíritu —prosiguió con voz humilde Scrooge, siempre prosternado ante el Fantasma—, ¡compadecedme! ¡Interceded en mi favor! Decidme que puedo alterar las imágenes que acabáis de mostrarme si altero a mi vez la vida que he llevado.

El dedo tembló ahora visiblemente.

—Celebraré la Navidad en mi corazón y trataré de honrarla durante todo el año. Viviré en el pasado, en el presente y en el porvenir. Los Espíritus de esos tres ciclos permanecerán continuamente en mi pensamiento. Recordaré y aprovecharé sus lecciones. ¡Pero decidme, oh, decidme, que puedo borrar lo inscripto en esa losa!

En su desesperación logró asirse al dedo espectral, que trató de eludir sus manos. La angustia le daba fuerzas, y lo retuvo. El Fantasma, más fuerte aún, lo rechazó no obstante.

Uniendo las manos en una suprema súplica para que el Es-

pectro desviara el curso de su destino, Scrooge se incorporó. Y pudo comprobar entonces que la túnica del encapuchado se contraía, derrumbábase y quedaba transformada, al fin, en una columna de cama.

## V

¡Y la columna estaba en su habitación y era de su cama! ¡Y, lo más venturoso de todo, el Tiempo Venidero era suyo también! ¡Lo tenía a su disposición para enmendarse!

—¡Viviré en el pasado, en el presente y en el porvenir! — repitió Scrooge con gesto radiante, saltando del lecho —. ¡Jamás se apartarán de mi pensamiento ni de mi alma los Espíritus de esos tres ciclos! ¡Viejo Marley: benditos sean el Cielo y la Navidad! ¡De rodillas lo digo, mi buen Jacob!

Hallábase tan animado y trascendido de buenas intenciones, que su débil voz apenas respondía a la vitalidad de su alma. Había derramado muchas lágrimas en sus ruegos al Espíritu, y tenía las mejillas mojadas por el llanto.

—¡Oh! — exclamó súbito, abrazando una de las cortinas de su lecho —. ¡No se las han llevado! ¡Ni las anillas tampoco! ¡Están aquí!... Las sombras de las cosas que podían haber sucedido son susceptibles de esfumarse. ¡Y se esfumarán, sin duda, se esfumarán! ¡Estoy seguro!

Palpaba ansiosamente sus vestidos, los examinaba, volvíalos al revés, desgarrábalos, los arrojaba al suelo.

—¡Ni sé lo que hago! — gritó entre lágrimas y risas, haciendo de sí mismo, con las medias, una copia fiel de Laocoon —. Soy liviano como una pluma, feliz como un ángel, optimista como un escolar, aturdido como un ebrio. ¡Felices Pascuas a todos! ¡A todos, Feliz Año Nuevo! ¡Bravo! ¡Viva! ¡Hurra!

Había llegado dando brincos hasta la sala, y en ella estaba ahora, sofocado por el esfuerzo.

—¡He aquí la cacerola con el cocimiento! — exclamó exaltándose de nuevo y bailoteando en torno de la chimenea —. ¡Por esa puerta entró el espectro de Marley! ¡En aquel rincón se sentó el Espíritu de la Navidad Presente! ¡Desde aquella



ventana vi los Espectros errantes! ¡ Todo sigue igual que antes!  
¡ Todo ha sucedido! ¡ Todo es cierto! ¡ Ja, ja, ja!

La risa de Scrooge era, realmente, magnífica para ser de un hombre que no había reído por espacio de muchos años. Una risa espléndida, el padre de una larga y brillante progenie de risas.

—Ignoro qué día es hoy; no sé cuánto tiempo he permanecido con los Espíritus. No sé nada. Soy como un niño. Pero no me importa. Me da igual todo. Querría ser, precisamente, un niño. ¡ Viva! ¡ Hurra!

Interrumpieron su monólogo las campanas de las iglesias, llenándole el cuarto con el son de los más alegres repiques que jamás oyera. ¡ Tin, tan! ¡ Tin, tan! ¡ Estupendo, decididamente estupendo!

Precipitóse hacia la ventana y, abriéndola de par en par, asomó la cabeza. Ni un resto de bruma, ni un jirón de niebla. Un tiempo claro, luminoso, alegre. Un aire frío que hacía bailar en las venas la sangre. Un sol de oro; un cielo radiante; una atmósfera añil; un jubiloso repique de campanas sonoras. ¡ Estupendo, realmente estupendo!

—¡ Eh, muchacho! ¿ Qué día es hoy? — preguntó Scrooge dirigiéndose a un jovenzuelo endomingado que posiblemente se había detenido para mirarle.

—¿ Cómo? — inquirió el muchacho en el colmo de la sorpresa.

—¿ Qué día es hoy, buen mozo? — volvió a interrogar Scrooge.

—¿ Hoy? — repuso sin salir de su asombro el interpelado —. ¡ Pues hoy es nada menos que el día de Navidad!

—¡ El día de Navidad! — murmuró Scrooge hablando consigo mismo —. ¿ Así que, entonces, no ha pasado aún? ¿ Así que... los Espíritus lo han hecho todo en una noche? ¡ Toma! ¡ Pues, claro que sí! Los Espíritus pueden hacer todo lo que quieren. ¡ Naturalmente que lo han hecho! ¡ Sin duda alguna! Escucha, buen mozo...

—Lo escucho — repuso el muchacho.

—¿ Sabes dónde queda la pollería, en la esquina de la otra calle?

—¡ Claro que sé!

—¡Eres un chico inteligente! — dijo Scrooge —. ¡Un gran muchacho! Y, dime: ¿sabes también si han vendido el magnífico pavo que tenían colgado de un gancho ayer? No el chico, no; el más grande.

—¿Cuál? ¿Uno que era tan gordo como yo?

—¡Qué muchacho simpático! Encanta hablar contigo. Sí, a ése me refiero,

—Aun sigue colgado de su gancho — informó el chico.

—¿Sí? Bueno, pues ve a comprarlo ahora mismo.

—¿Eh? — exclamó el muchacho —. ¡Vaya una broma!

—¿Broma? Nada de bromas. Ve a comprarlo y di al pollero que lo mande aquí, que ya le informaré yo dónde tienen que llevarlo. Vuelve con el pollero y te regalaré un chelín. Más aun: si estás aquí con él antes de cinco minutos, te daré media corona.

El muchacho salió disparado como una flecha. Y bien robusto debía haber sido el arquero capaz de lanzarla con tal velocidad.

—Se lo voy a enviar a Bob Cratchit — murmuró Scrooge riéndose mientras se frotaba las manos —. Ignorará de dónde le cae. Pesa dos veces lo que Tiny Tim. ¡Jamás Joe Miller ha gastado una broma como ésta de mandarle a Bob un pavo!

Con mano bastante temblorosa escribió Scrooge las señas y bajó a saltos la escalera para abrirle al pollero en cuanto llegara. Y mientras esperaba allí, posó otra vez los ojos en el llamador.

—¡Lo querré toda la vida! — dijo acariciándolo con la mano —. Antes, apenas si lo había mirado. Y, sin embargo, ¡qué honrada expresión tiene! ¡Es un hermoso llamador! Pero... ¡aquí llega el pavo! ¡Bravo! ¿Cómo estás? ¡Felices Pascuas, muchacho!

¡Santo Dios, qué pavo! Resulta inexplicable cómo habría podido sostenerse sobre sus patas sin rompérselas al instante como barras de lacre.

—¡Oh! — gritó Scrooge —. ¡No es posible que lo llevéis hasta Camden Town a cuestras! Tomad un coche.

La carcajada con que pronunció aquellas palabras, y la carcajada con que abonó el pavo, y la carcajada con que pagó al cochero, y la carcajada con que entregó media corona al



chico, fueron superadas únicamente por la carcajada que lanzó al arrellanarse de nuevo en su butaca para seguir riendo hasta llorar de risa.

Difícil le fué afeitarse, porque la mano le temblaba, y para afeitarse se requiere un pulso tranquilo. Mas si se hubiera cortado la punta de la nariz, habríase limitado a ponerse en la herida un pedacito de tafetán, y asunto concluído.

Vestido con su mejor traje, lanzóse en seguida afuera.

En la calle se movía la misma multitud que Scrooge viera durante su salida con el Espectro de la Navidad Presente, y mientras avanzaba con las manos en la espalda, el hombre dirigía a todos los transeúntes una alegre sonrisa de amistad. Tan inusitadamente amable se mostraba, que dos o tres chicuelos de buen humor dijeron a su paso:

—¡Buenos días y felices Pascuas, señor!

Y Scrooge aseguró después que de todos los sonidos agradables que había escuchado en su vida, aquéllos fueron los más gratos para sus oídos.

Pocos pasos había dado, cuando observó que venía hacia él el corpulento caballero que el día anterior lo visitara en su despacho preguntando: “¿Scrooge y Marley, si no me equivoco?” Una puntada dolorosa le atravesó el corazón al pensar en la mirada que el caballero le dirigiría; pero de todos modos, viendo libre el trecho que lo separaba de él, caminó a su encuentro y lo tomó de las manos:

—Estimado señor — le dijo —, ¿cómo os encontráis? Confío en que el de ayer haya sido un buen día para vos. Hicísteis algo que os honra. ¡Felices Pascuas, caballero!

—¿El señor Scrooge? — musitó el interpelado.

—El mismo — asintió éste —. Temo no seros agradable, pero permitidme que os presente mis excusas, ¿tendríais la amabilidad de... (aquí Scrooge habló al oído al caballero).

—¡Alabado sea Dios! — exclamó el otro, falto de aliento —. ¿Lo decís en serio, estimado señor Scrooge?

—Si no lo tomáis a mal — corroboró Scrooge —. En esa cantidad van incluídas muchas deudas, muchas deudas atrasadas, señor. ¿Seréis tan amable que me complazcáis?

—¡Excelente señor Scrooge! — murmuró el otro estrechándole las manos —. No sé cómo exaltar vuestra munifi...



—Perdón. Os suplico que no digáis nada — interrumpió Scrooge —. ¿Vendréis a verme pronto?

—Iré con gusto — contestó el caballero. Y se veía a la legua legua que pensaba hacerlo.

—Os lo agradezco mucho, señor. Os doy mil gracias. ¡Hasta la vista!

Entró en la iglesia a orar; transitó por las calles contemplando complacido a la gente que iba presurosa de arriba abajo y de abajo arriba; palmeó afectuosamente las cabecitas infantiles; interrogó a los pordioseros; miró con curiosidad las cocinas de las casas, y dirigió luego la vista hacia las ventanas. Y comprobó que todo aquello le producía placer. Jamás había imaginado que un paseo — algo tan sin importancia como un paseo — pudiera hacerlo dichoso. Por la tarde encaminóse a casa de su sobrino Fred. Antes de decidirse a entrar, pasó y volvió a pasar muchas veces frente a la puerta. Al fin llamó.

—¿Se encuentra en casa vuestro amo, buena moza? — preguntó a la muchacha.

—Sí, caballero.

—¿Dónde está, preciosa?

—En el comedor, con la señora. Servíos acompañarme.

—Gracias, simpática. Vuestro amo me conoce — dijo Scrooge, con la mano ya en la puerta del comedor —. Voy a pasar, hija.

Abrió un poco y asomó la cabeza por la abertura. Fred y su esposa se encontraban examinando la mesa, dispuesta como para una comida de gala.

—¡Fred! — llamó Scrooge.

¡Santo Dios, el estremecimiento que experimentó su sobrina política! Scrooge no recordó en aquel momento que la había visto sentada en un rincón, con los pies en un taburete; de lo contrario, no se habría atrevido a entrar.

—¡Válgame Dios! — gritó Fred —. ¿Estoy soñando?

—Soy yo, Fred; tu tío Scrooge. Vengo a cenar con vosotros, si . . . , si me permites entrar . . .

¡Que si le permitió entrar! ¡Casi, casi le arranca un brazo para introducirlo en el comedor. Minutos después estaba como en su casa. Imposible imaginar mayor cordialidad. La sobrina rivalizó con Fred. Y lo mismo Topper, cuando llegó. Y otro



tanto la cuñada regordeta, la de la blusa de encaje, cuando llegó. Y otro tanto todos, cuando llegaron. ¡Magnífica velada! ¡Magníficos juegos! ¡Magnífica unanimidad en la alegría! ¡Magnífica felicidad, en fin!

A la mañana siguiente, sin embargo, Scrooge se presentó muy temprano en su despacho. ¡Tempranísimo! “¡Ah — había pensado —, si pudiera llegar antes que Bob Cratchit y sorprenderlo en falta!” Ese pensamiento le preocupaba.

¡Y pudo! ¡Vaya si pudo! Las nueve daba el reloj y Bob no había llegado aún. Las nueve y cuarto, y Bob sin llegar. Se había retrasado ya el dependiente dieciocho minutos y medio. Scrooge se sentó, dejando la puerta bien abierta para verlo cuando entrara en su cuchitril. Y el pobre Bob llegó. Se había quitado la bufanda y el sombrero antes de abrir. Instalóse rápidamente en su banco y se puso a escribir con gran velocidad, como ansioso de conseguir que fueran sólo las nueve de la mañana.

—¡Cómo! — masculló Scrooge tratando de imitar lo mejor posible su primitiva voz —. ¡Cómo os atrevéis a llegar a esta hora!

—Señor — balbuceó Cratchit —, lo siento muchísimo. Reconozco que vengo tarde.

—¡Tarde! — repitió Scrooge siempre con el acento que tenía antes —. Efectivamente; sospecho que llegáis tarde. Haced el favor de aproximarnos un poco.

—Sólo sucede una vez al año, señor, sólo una vez — aventuró tímidamente Cratchit saliendo de su cuchitril —. Os prometo que ello no se repetirá. Es que anoche, ¿sabéis?, estuvimos un poco de fiesta...

—Pues debo advertiros, señor mío — habló Scrooge —, que no estoy dispuesto, de ninguna manera, a tolerar estas cosas. En consecuencia — agregó brincando de su taburete y propinando a Bob tan fuerte empujón en la cintura, que lo hizo retroceder trastabillando hasta su mazmorra —, en consecuencia, caballero, voy a... ¡aumentaros el sueldo!

Bob se dirigió demudado hacia la mesa donde tenía la regla. Durante una fracción de segundo pensó golpear con ella a Scrooge, asirle por los brazos y gritar a los que pasaban hasta conseguir colocarle la camisa de fuerza.

—¡Bob, mi buen Bob! ¡Felices Pascuas! — exclamó Scrooge con una mirada lúcida y con un tono vehemente que no dejaban lugar a dudas —. Tanto más felices os las deseo, muchacho — agregó abrazándolo —, cuanto que durante muchos años no os las he deseado. Os voy a aumentar el sueldo y me voy a esforzar en ayudaros a que saquéis adelante a vuestra familia. Esta misma tarde hablaremos de ello ante un buen tazón de ponche. Pero ahora, querido muchacho, id a comprar otra vasija para el carbón antes de colocar siquiera un punto sobre una i.

Scrooge hizo todavía más de lo que había prometido. Hizo todo lo que había dicho, y mucho más, infinitamente mucho más aun. En cuanto a Tiny Tim, que no murió, tuvo en él un segundo padre.

Convirtiéndose en un amigo tan generoso, en un maestro tan íntegro y en un hombre tan bueno como el mejor ciudadano de cualquier ciudad, pueblo o aldea del viejo mundo.

No faltaron algunos que rieron viéndole tan cambiado, mas él los dejó reír sin preocuparse, porque era ya lo suficiente juicioso para saber que jamás en este planeta sucede algo bueno sin que alguien empiece a reírse de ello. Dándose cuenta de que aquéllos estaban ciegos, pensó que tanto da que los ojos se le arruguen a uno a fuerza de reír, como que la ceguera se produzca en otra forma cualquiera. A él le reía el corazón, y eso le bastaba y aun le sobraba.

Jamás entró de nuevo en contacto con Aparecidos, pero en cambio mantuvo mucha más estrecha relación con su familia y con sus amigos, y en el ánimo de todos llegó a estar que si hombre alguno poseía la sabiduría de celebrar apropiadamente la fiesta de Navidad, ese hombre era, sin duda de ninguna clase, Ebenezer Scrooge.

¡Ojalá un día se asegure otro tanto de nosotros! Y ahora, ¡que Dios nos bendiga a todos!, como decía Tiny Tim.

CHARLES DICKENS



# NAVIDAD EN EL CIELO

POR

FEDOR DOSTOIEVSKY

**E**N una gran ciudad, en Nochebuena, bajo un cierzo glacial, vi a un niño de unos seis años, tal vez menos, demasiado pequeño todavía para ser enviado a mendigar, pero ya lo suficientemente grande para que no pasara mucho tiempo sin que se le obligara a ello.

El niño aquél había despertado esa mañana, medio envuelto en una especie de vieja y raída batita, en un sótano húmedo y oscuro de la urbe. El aliento le formaba, al salir, nubecillas de vapor blanco, y el pequeño, sentado en un banco, aterido, distraíase acelerando su respiración para verla convertida en humo.

Pero el hambre lo martirizaba. Desde el amanecer habíase aproximado ya varias veces al lecho de tablas cubierto por un mísero jergón, en el que la madre, enferma, yacía con la cabeza derrumbada en el montón de andrajos que le servía de almohada.

¿Cómo había llegado hasta allí aquella infeliz mujer? Sin duda venía con su hijo de algún pueblo lejano en el que la sorprendió la enfermedad. La dueña de aquel tugurio había sido encarcelada dos días antes; a la sazón era fiesta, y los demás inquilinos estaban ausentes. Sin embargo, uno de aquellos harapientos aparecía acostado desde hacía veinticuatro horas, borracho perdido antes, de que llegara la fiesta.

De otro rincón brotaban los lamentos de una vieja de ochenta años, inmovilizada por el reumatismo. Aquella vieja había sido niñera en su juventud, quién sabe dónde; ahora agonizaba solitaria, gimiendo, quejándose, refunfuñando contra el chico

que comenzaba a tener miedo de acercarse al rincón en que ella moría.

Había encontrado agua en el pasadizo, pero ni siquiera un mendrugo de pan, y volvía por décima vez a despertar a la madre. Empieza a asustarse en aquel sótano infecto. La tarde avanza, y, sin embargo, no se hace fuego. Halla a tientas el rostro de la madre, y se sorprende de que no se mueva y esté tan fría como la pared.

—¿Tanto frío hace? — murmura.

Se queda inmóvil un momento, con la mano sobre el hombro de la muerta. Luego se sopla los dedos para calentárselos, y al ver su gorrita sobre la cama, busca despacio la puerta y sale del cuchitril. Antes lo habría hecho de no haberle atemorizado el perro grande que allá, arriba, en el corredor, ante la puerta del vecino, ladra durante todo el día. Pero el perro ya no está, y el chico irrumpe en la calle.

¡Qué ciudad, santo Dios! Hasta entonces, jamás ha visto nada semejante. En el pueblo de donde ha venido, la noche es más oscura; sólo hay un farol en toda la calle, formada por casitas bajas de madera, cerradas con postigos; en cuanto anochece, todo se queda desierto; la gente se encierra en las casas; únicamente permanece afuera una multitud de perros que aúllan; centenares, millares de perros que ladran toda la noche. Pero allí, en cambio, hacía bastante calor y le daban de comer.

Aquí, ¡santo Dios, qué bueno sería comer! ¡Qué ruido hacen aquí! ¡Qué estruendo! ¡Cuánta luz y cuánta gente! ¡Cuántos caballos y coches! ¡Y el frío, el frío! El cuerpo de los caballos humea, y sus hocicos ardientes despiden vapor blanco; las herraduras suenan sobre la calzada a través de la nieve espesa. ¡Y cómo se atropella toda esta multitud! ¡Y qué ganas tiene él, santo Dios, de comer un pedacito de algo! ¡Y cómo duelen los dedos!

Un agente de policía acaba de pasar y se ha vuelto para no ver al niño. Otra calle más... ¡Y qué ancha! ¡Seguro que lo van a aplastar aquí! ¡Cómo gritan todos! ¡Y cómo ruedan! ¡Y luces! ¡Y más luces!

¿Qué será aquello? Un vidrio grande. Y detrás del vidrio, un cuarto, y en el cuarto un árbol que sube hasta el techo. Es el árbol de Nochebuena... ¡Cuántas luces hay debajo del árbol!



¡Cuánto papel de oro y cuántas manzanas, y cuántos muñecos y cuántos caballitos de juguete! En el cuarto hay muchos niños bien vestidos, muy limpios. Ríen, juegan, comen, beben. Allí una chicuela baila con otro chico. ¡Qué linda es ella! La música se oye a través del vidrio...

El niño mira, maravillado. Y ríe. Ya no siente el dolor de sus dedos ni el de sus pies. Los dedos de sus manecitas se le han puesto cárdenos; no puede doblarlos; le hace mal el intentarlo. De pronto siente que le duelen los dedos; llora y se aleja.

Ve, a través de otro cristal, otra habitación, y más árboles, y pasteles de toda clase sobre la mesa; almendras rojas, amarillas. Cuatro hermosas señoras se encuentran sentadas, y alguien llega y entran muchos caballeros. El chico se ha detenido, ha abierto de pronto la puerta, y ha entrado. ¡Oh, cuánto ruido hacen al verlo! ¡Cómo se agitan! En seguida, una dama se levanta, le pone una moneda en la mano y le abre ella misma la puerta. ¡Qué miedo ha tenido!

La moneda se le ha caído de la mano y ha repiqueteado en los peldaños de la escalinata; no podía apretar bastante los deditos amoratados, para retenerla. Ha salido corriendo y ha caminado ligero, ligero. ¿Dónde va? Lo ignora. Querría llorar, pero tiene mucho miedo. Y corre, corre, soplándose las manecitas. Y la pena se apodera de él. ¡Se siente tan abandonado, tan azorado! Y de súbito, ¡Dios santo! ¿Qué ocurre? Una muchedumbre permanece allí cerca, mirando. En una ventana, detrás del cristal, hay tres muñecas lindísimas, vestidas con ricos vestidos rojos y amarillos, y parecen vivas. Y hay un viejecito sentado, que simula tocar el violín. Y hay también otros dos más, de pie, que tocan pequeños, pequeñísimos violincitos y mueven la cabeza siguiendo el compás. Se miran uno a otro, y sus labios se mueven; ¡hablan! Sólo que a través del vidrio, que es muy grueso, no se les oye. Y el niño piensa, primero, que están vivos, y cuando comprende que son muñecos, se echa a reír. ¡Nunca ha visto muñecos semejantes; ignoraba que los hubiera como éstos! Él quería llorar, pero, ¡es tan gracioso aquello, son tan lindas las tres muñecas!

De pronto se siente asido de la ropa; a su lado se halla un muchacho grande y malo que le da un puñetazo en la cabeza, le arranca la batita y le hace una zancadilla. El niño cae. Al



mismo tiempo, la gente grita. Permanece un instante rígido de terror. Después se levanta de un salto y echa a correr. Avanza. Enfila una puerta cochera, entra y se oculta en un patio, detrás de una pila de leña.

—Aquí no me hallarán; está oscuro.

Se acurruca, se encoge. Su espanto es tan grande, que apenas se atreve a respirar.

Súbitamente siente un gran bienestar. Sus manecitas y sus piecitos no le duelen ya. Tiene calor, tanto calor como al lado de una estufa, y todo su cuerpo se estremece. Va a dormir. ¡Ah, qué agradable es dormir!

—Me quedaré aquí un rato y luego iré otra vez a ver las muñecas — piensa sonriendo al recordar la ventana, tras el cristal —. ¡Parecía como si estuvieran vivas!

Ahora oye la canción de su madrecita.

—Mamá, estoy durmiendo. ¡Oh, qué bien se está aquí para dormir!

—Ven a mi casa, niño, a ver el árbol de Navidad — murmura una voz suavísima.

Piensa que es su madrecita. Pero no; no es ella.

¿Quién lo llama? No sabe. Pero alguien se inclina sobre él y lo envuelve en la obscuridad, y él tiende la mano, y de pronto... ¡Oh, qué luz! ¡Oh, qué árbol de Navidad! ¡No, aquello no es un árbol de Navidad! Nunca lo ha visto ni siquiera parecido.

¿Dónde está? Todo brilla, todo resplandece. Y hay muñecos en torno de él. Pero no; no son muñecos. Son varoncitos y mujercitas, sólo que brillan mucho. Todos giran a su alrededor, revolotean, lo besan, lo toman, lo llevan. Y él mismo tiende el vuelo. Y ve a su madrecita que lo mira y le sonríe con júbilo.

—¡Mamita, mamita! ¡Ah, qué lindo es esto! — grita el pequeño.

Y de nuevo abraza a los niños, y quisiera contarles también la historia de las muñecas que ha visto detrás del vidrio.

—¿Quiénes sois vosotras, chiquillas? — pregunta riéndose y amándolas.

Es el árbol de Nochebuena del Niño Jesús.

En casa de Jesús, aquel día, hay siempre un árbol de Navidad para los niños que no tienen árbol propio.





Y sabe que todos aquellos varoncitos y todas aquellas mujercitas eran niños como él; unos, muertos de frío en las canastas en que los habían abandonado a la puerta de las residencias de los funcionarios de San Petersburgo; otros, muertos en casa del ama de cría, en las *isbas* sin aire de los Tchauhknas; algunos, muertos de hambre sobre el seno exhausto de sus madres; otros, envenenados por la infección en los vagones de tercera clase.

Todos están allí; todos son angelitos; todos se hallan en casa del Niño Jesús. Y *Él mismo*, entre todos, extendiendo las manos sobre ellos, bendiciéndolos a ellos y a sus pecadoras madres.

Y también las madres de los niños están allí, apretadas, y lloran. Cada cual reconoce a su hijo o a su hija. Y los niños revolotean hacia ellas, las besan, les enjugan las lágrimas con sus manecitas blancas y les suplican que no lloren, pues se encuentran también allí.

Y abajo, a la mañana siguiente, el conserje encontró en el patio el cadáver del niño, helado, detrás de la pila de leña. También fué encontrada la madre en el sótano. Había muerto antes que él.

Pero los dos se habían visto en el cielo, en la casa del Niño Jesús...

FEDOR DOSTOIEVSKY

DELIRIO  
DE  
NAVIDAD

POR

MARIANO JOSÉ DE LARRA (FÍGARO)

**E**L número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo, diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece, sin embargo, día 24; soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda, por esa razón, creen los amantes, los casados y los pueblos a sus ídolos, a sus consortes y a sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia; y a imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el día 23 me prevengo para el día de sufrimiento y de resignación; y en dando las doce, ni tomo vaso en mi mano por no romperlo, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro mujer porque no me diga que sí, pues en punto a amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que a un hombre le puede suceder, es que una mujer le diga que lo quiere. Si no la cree, es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel a quien la mujer dice no quiero, porque ése, a lo menos, oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acaba de expirar en la muestra de mi péndola; y, consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando al aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil, hasta que, al fin, la mañana vino con paso de intervención, es decir, lentísimamente, a teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba



el corazón que el día 24 había de ser día de agua. Fué peor todavía; amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero, como el crédito del Estado.

Resuelto a no moverme porque tuviera que hacerlo toda la suerte, incliné la frente cargada como el cielo de nubes frías, apoyé los codos en mi mesa, y parecí tal, que cualquiera me hubiese reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, o me hubiese tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados ha más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver, comparación exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza o una ilusión. Ora volvía los ojos a los cristales de mi balcón: veíalos empañados y como llorosos por dentro; los vapores condensados se deslizaban a manera de lágrimas a lo largo del diáfano cristal. Así se empaña la vida, pensaba: así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre; así caen gota a gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos...

Haré merced a mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado, aun sin sueldo o sin cobrarlo, que es lo mismo!; al menos no está obligado a pensar; puede fumar, puede leer la *Gaceta*.

—¡Las cuatro! ¡La comida! — me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa; en el hombre que sirve, hasta la voz parece pedir permiso para sonar.

Esta palabra me sacó de mi estupor, e involuntariamente iba a exclamar como don Quijote: "Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer", porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer; ¡pero los criados de los filósofos! Una idea más luminosa me ocurrió: era día de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad a sus amos. Costumbre humilde,



digna del cristianismo. Miré a mi criado y dije para mí: esta noche me dirás la verdad. Saqué de mi gaveta unas monedas: tenían el busto de los monarcas de España. Cualquiera diría que eran retratos; sin embargo, eran artículos de periódico. Las miré con orgullo y...

—Come y bebe de mis artículos — añadí con desprecio —: sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagema, se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes.

Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional, sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y me planté en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días, ¿qué sería de nuestros aniversarios? Pero al pueblo le han dicho: hoy es un aniversario; y el pueblo ha respondido: pues si es un aniversario, comamos y comamos doble. ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre, u hoy pasará indigestión. ¡Miserable humanidad, destinada siempre a quedarse más acá o a ir más allá!

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo, nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. ¡Sublime misterio!

¿Hay misterio que celebrar? Pues comamos, dice el hombre; no dice: reflexionemos. El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir a la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobra por todas partes y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao; figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada: una mano seca y roída llevaba a una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía a los bulliciosos liberales de



Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvención y la culpa; aquélla, agria y severa; ésta, indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido traídos aquí de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad a las demás.

¡Las cinco! Hora del teatro: el telón se levanta a la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, o yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres, hombres. He aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres; ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza. Ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman a los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle a merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene a herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras, se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña a mano rompiendo y desbaratando.

Las doce van a dar: las campanas que ha dejado la junta de enagenación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen a todas nuestras cosas, citan a los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va a expirar el 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa, como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos hechos moneda, mi moneda hecha mosto, se ha apoderado del imbébil como imaginé; y el asturiano ya no es un hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto, es un mueble cómodo: su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno: las manos se confundirían con los pies, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente



sobre los últimos; a imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están a uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una consola, de adorno, o como los balcones figurados, por donde no entre ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos; ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerlo entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores; algunos ejemplares de regalo, finos y bien empastados; el surtido, todo igual, ordinario y a la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar a los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oírle de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega a los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil — exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venía sobre mí —. ¡Oiga, está ebrio! ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón a mi estancia, pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo e interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos, apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrir, me cerró la de mi habitación, y quedamos dentro casi a oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Figaro, aquélla en figura de hombre beodo arrimado a los pies de mi cama para no vacilar, y yo a su cabecera, buscando un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas enfrente de mí: no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y racionó. Misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar a los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar a mi criado? Oradores conozco de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho yo una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto, sin embargo, a hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, cuento un hecho. Tal me ha pasado; no escribo



para los que dudan de mi veracidad. El que no quiere creerme puede doblar la hoja. Esto se ahorrará, tal vez, de fastidio; pero una sola voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo:

—Lástima —dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamación—. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo a ti, ya lo entiendo.

—¿Tú a mí? —pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso; y es que la voz empezaba a decir la verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre; yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas e interrumpidas de que sorprende todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima a quién? No pareces criminal, la justicia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino a los pequeños criminales, a los que roban con ganzúas, o a los que matan con puñal; pero a los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo a la mujer casada o a la hija honesta, a los que roban con los naipes en la mano, a los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, a éstos ni les llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino que agoniza lentamente, consumida por el veneno de la pasión que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado, y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó e hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales, y hay un acusador dentro de ti; y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldicidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No; has de oír al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que a fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas



con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va a separar de ti para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella o de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes, en los momentos en que el buen tono cede el paso a la pasión y a la sociedad. Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso lo destrozas, hozando en él como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera a la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor; y ¡qué tormento no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reír a costa de un amigo, si amigos hubiera; y no quieres tener remordimientos. Hombre de partido, haces la guerra a otro partido; o cada vencimiento es una humillación, o compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. A mí ¿quién me calumnia?, ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante a cubrir mis necesidades; a ti te paga el mundo como paga a los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado; y el día que te apoderes del látigo, azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y a cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso a aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación: adulas a tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás a coger tus laureles a las Baleares o a un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo, en fin, no tengo necesidades: tú, a pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana a un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, o para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros, hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que sin gozar ella, quema.



—Por piedad, déjame, voz del infierno.

—Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¿Política, gloria, saber, poder, riquezas, amistad, amor? Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto, el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie lo engaña; y si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas; pero no te mandas a ti mismo. Tenme lástima, literato. ¡Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia!...

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo, cansado del esfuerzo, había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado, y el asturiano roncaba.

—¡Ahora te conozco — exclamé —, día 24!

Una lágrima preñada de horror y desesperación surcaba mi mejilla ajada ya por el dolor. A la mañana, amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía "mañana". ¿Llegará ese mañana fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto, la Nochebuena era pasada, y el mundo todo, a mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando Nochebuena.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

L A  
P O S E S A

POR

GUY DE MAUPASSANT

**E**L doctor Bonenfant repetía con voz insegura, mientras apuraba su memoria:

—¿Algún recuerdo de Navidad? ¿Algún recuerdo de Navidad?

Y súbitamente dijo:

—Pues, en efecto, tengo uno, y bien sugestivo, por cierto. Se trata de una historia casi fantástica. Se trata, sencillamente, de un milagro. Yo he visto, señores, realizarse un milagro en Nochebuena.

Os extrañará oír esto en boca de quien no cree casi en nada. Y, sin embargo, repito que he visto, con mis propios ojos, un milagro...

¿Acaso el hecho me produjo sorpresa? De ningún modo, pues si bien es cierto que no comparto vuestras creencias, conozco la fuerza de la fe; sé que es capaz de transportar montañas. Ahora mismo podría mencionar más de un ejemplo, pero tal vez os enojaría y correría con ello el riesgo de malograr el efecto de mi historia.

Os confesaré, por supuesto, que si lo que vi no logró convencerme y convertirme, por lo menos me emocionó profundamente, y voy a tratar de referir el hecho ingenuamente, como si poseyera la credulidad de un auvernés.

Era yo entonces médico rural, y vivía en la villa de Rolleville, en plena Normandía.

Aquel año, el invierno manifestóse cruel. A fines de noviembre, después de una semana de heladas, empezaron las nieves. De lejos veíanse llegar las cargadas nubes del norte, y el albo derrumbamiento de los copos no tardó en producirse.



En una noche, toda la llanura quedó cubierta.

Las granjas, aisladas en sus patios rectangulares, tras sus cortinas de árboles espolvoreados de escarcha, parecían haberse dormido bajo la acumulación de aquel musgo espeso y ligero.

Ningún ruido turbaba el silencio de la campiña.

Únicamente los cuervos daban señales de vida; describían, en bandadas, anchos círculos en el cielo, buscando en vano su alimento, dejándose caer todos a la vez sobre los campos, hurgando infructuosamente la nieve con sus vigorosos picos.

Sólo se oía el deslizarse indefinido y continuo de aquel polvo en su monótona caída.

Después de ocho días interminables, la precipitación de nieve se detuvo. La tierra tenía sobre la espalda un manto de cinco pies de espesor.

Y durante las tres semanas siguientes, el cielo, diáfano de día como un cristal azulado, y por la noche todo sembrado de estrellas que parecían de escarcha, tan riguroso mostrábase el dilatado espacio, se extendía sobre la sábana siempre igual, frígida y radiante de las nieves.

El llano, los vallados, los olmos de los cercos, todo parecía muerto, esterilizado por el frío. Ni los hombres ni las bestias salían de sus refugios; sólo las chimeneas de las cabañas, envueltas en su blanquísima mortaja, revelaban la vida por los delgados penachos de humo que hacían subir en el aire helado.

De cuando en cuando oíase el crujido de los árboles, como si sus leñosos miembros se quebraran debajo de la corteza. A veces, una gruesa rama se desgajaba y caía, petrificada la savia y rotas las fibras por la terrible helada.

Las casas, diseminadas por la campiña, parecían distanciadas unas de otras por cien leguas. Vivíase como se podía. Yo, aun cuando sólo iba a ver a mis enfermos más inmediatos, me exponía continuamente a quedar sepultado dentro de alguna grieta invisible.

Pronto noté que un misterioso terror se cernía sobre la comarca. Semejante azote — razonábase — no era natural. Corría el rumor de que durante la noche se oían extrañas voces, silbidos agudos que surcaban el aire.

Aquellas voces y aquellos silbidos procedían indudablemente de las aves migratorias que viajaban en el crepúsculo huyendo



en bandadas hacia el sur. ¡Pero vaya uno a exponer razones a gentes despavoridas! El espanto y la superstición invadían los ánimos, y se esperaban acontecimientos extraordinarios.

La fragua del tío Vatinèe estaba situada al extremo de la aldea de Epivent, sobre el camino principal, a la sazón invisible y desierto. Pero como su gente se hallaba falta de pan, el herrero decidió llegar hasta el villorrio. Entretúvose algunas horas conversando en las seis casas que constituyen el centro del lugar, tomó el pan, se impuso de las novedades del momento y de algo de aquel terror que se extendía en la campiña, y emprendió el regreso antes de que llegara la noche.

De pronto, al orillar una cerca, creyó ver un huevo encima de la nieve. Sí, un huevo, depositado allí, y enteramente blanco como el resto del paisaje. Agachóse; era, en efecto, un huevo. ¿De dónde procedía? ¿Qué gallina había podido salir del gallinero para poner en aquel sitio? El hombre se asombró, incapaz de comprender, pero recogió el huevo y lo llevó a su mujer.

—Toma, María, aquí te traigo un huevo que he encontrado en el camino.

La mujer movió la cabeza.

—¿Un huevo en el camino? ¿Con este tiempo? ¡Estás borracho, sin duda!

—No, mujer, no estoy borracho. Es un huevo, y estaba caliente todavía, sin helarse, al pie de una cerca. Aquí lo tienes; me lo coloqué sobre el estómago para que no se enfriase. Cenarás con él.

El huevo fué a parar a la olla donde hervía lentamente la sopa, y el herrero se puso a contar lo que se decía en la comarca.

La mujer palidecía escuchándolo.

—Pues, es verdad. Yo también oí silbidos anoche, y me parece que salían de la chimenea.

Sentados a la mesa, comieron la sopa. Después, mientras el marido extendía manteca encima del pan, la mujer tomó el huevo y lo examinó desconfiada.

—¿Y si tuviese algo dentro?

—¿Qué puede tener?

—¡Sabe Dios!

—Déjate de tonterías y cómetelo.

Rompió el huevo. Era como los demás, y muy fresco.



Empezó a comerlo vacilando, gustándolo, dejándolo, volviéndolo a gustar. El herrero le preguntaba:

—Y bien, ¿qué gusto tiene?

La mujer, sin contestar, concluyó de comer el huevo. Luego, de repente, clavó sobre su marido una mirada fija, hosca, despavorida; alzó los brazos, los torció, y convulsa de la cabeza a los pies, se desplomó lanzando horripilantes gritos.

Durante toda la noche se debatió entre espantosos espasmos, sacudida por grandes temblores, desfigurada por horrorosas convulsiones. El herrero, que no podía contenerla, se vió obligado a atarla.

Ella repetía con voz ronca:

—¡Lo tengo metido en el cuerpo! ¡Lo tengo metido en el cuerpo!

Al día siguiente me llamaron. Receté todos los calmantes conocidos, sin lograr el más mínimo resultado. Estaba loca.

Entonces, con fantástica rapidez, pese al obstáculo de las altas nieves, la noticia, una noticia extraña, corrió de granja en granja: “¡La mujer del herrero está endemoniada!”. Y la gente afluí de todos lados sin atreverse a entrar en la casa. Oíanse de lejos sus horrendos gritos, lanzados en voz tan recia, que no parecían gritos humanos.

Se avisó al cura. Era un anciano sacerdote cándido. Llegó con sobrepelliz, como para asistir a un moribundo, y pronunció, extendiendo los brazos, las fórmulas del exorcismo, mientras cuatro hombres mantenían sujeta sobre la cama a la mujer, que tenía la boca horriblemente torcida y llena de espumarajos.

Pero el demonio no fué expulsado de su cuerpo.

Y llegó la Nochebuena sin que el tiempo mejorara.

La mañana de la víspera vino a verme el cura.

—Deseo — me dijo — hacer asistir a los oficios de esta noche a aquella desgraciada. Tal vez Dios realice un milagro en su favor, en la misma hora en que Él nació de una mujer.

—Apruebo por completo vuestro proyecto, señor abate — respondí —. Si el espíritu de la infeliz se impresiona, y nada es más propicio para ello, acaso pueda salvarse sin necesidad de ningún otro remedio.

—No sois creyente, doctor — dijo el anciano sacerdote —; pero me ayudaréis, ¿verdad? ¿Queréis encargaros de traérmela?



Asentí.

Se fué la tarde. Vino la noche. Y la campana de la iglesia púsose a repicar lanzando su quejumbrosa voz a través de la campiña desolada, por sobre la blanca y helada extensión.

Sombras negras caminaban lentamente, en grupos, dóciles al grito de bronce del campanario, y la luna llena, alumbrando el confín con débil y descolorido fulgor, hacía más visible la blanca desolación de los campos.

Me hice acompañar por cuatro hombres fornidos y llegué a la herrería.

La posesa, atada a su lecho, seguía lanzando alaridos. Se la vistió con pulcritud, a pesar de su desatinada resistencia, y la llevamos a la iglesia.

Ésta se encontraba entonces llena de gente, iluminada y fría. Los chantres emitían sus notas monótonas; el serpentón roncaba; sonaba la campanilla del monaguillo dirigiendo los movimientos de los feligreses.

Encerré a la loca y a sus guardianes en la cocina de la rectoral, y esperé el instante que creí oportuno.

Elegí el momento que sigue a la comunión. Todos los fieles, hombres y mujeres, habían recibido a Dios para aplacar su rigor. Un silencio impresionante se cernía dentro del recinto del pequeño templo mientras el sacerdote daba fin al divino misterio.

Ordené que se abriera la puerta, y mis cuatro ayudantes salieron con la posesa.

Al ver las luces, la muchedumbre de rodillas, el coro iluminado y el tabernáculo resplandeciente, se debatió con tanta furia, que estuvo a punto de escapársenos, y prorrumpió en clamores tan agudos, que un calofrío de pavor corrió a través de la iglesia. Todas las cabezas se levantaron; hubo gente que huyó...

No eran ya femeninas ni humanas las formas de la loca. Contraída y torcida entre nuestras manos, con el rostro convulso y la mirada extraviada, fué arrastrada hasta la escalinata del coro, donde se la mantuvo con fuerza, agazapada en el piso.

El sacerdote habíase erguido; esperaba. En el preciso instante en que la vió suspensa, tomó la custodia de rayos de oro, con la hostia inmaculada en el centro, y avanzando algunos



pasos, alzó los brazos extendidos por encima de la cabeza, presentándola a los ojos turbios de la poseída.

Ésta lanzaba continuos alaridos, con la mirada fija en aquel objeto resplandeciente.

Y el sacerdote permanecía tan inmóvil, que se le hubiera tomado por una estatua.

La escena duró mucho, mucho tiempo.

La mujer parecía presa de pánico, fascinada; contemplaba la custodia fijamente, sacudida todavía, pero ya no continuamente, por terribles convulsiones, y gritando siempre, pero con voz menos sobrehumana.

Y aquello duró aún largo rato.

Dijérase que ya no podía bajar la vista, clavada sobre la hostia; limitábase a gemir, y su cuerpo endurecido se ablandaba, aplastábase.

Toda la muchedumbre permanecía de hinojos, con la frente inclinada hacia las baldosas.

La posesa bajaba rápidamente los párpados, los levantaba en seguida como impotente para soportar la vista de Dios. Guardaba silencio ahora. Y, de pronto, observé que sus ojos estaban cerrados. Dormía con el sueño de los noctámbulos, hipnotizada, perdonad, vencida por la visión permanente de la custodia de rayos de oro, abatida por Cristo victorioso.

Fué retirada inerte, mientras el sacerdote volvía a subir al altar.

Los fieles, conmovidos, entonaron un *Tedéum*.

Y la mujer del herrero, después de dormir cuarenta horas seguidas, se despertó sin el más leve recuerdo de su posesión ni de su liberación.

Éste es, señores, el milagro que presencié una Nochebuena.

El doctor Bonenfant hizo una pausa. Luego agregó de mala gana:

—Naturalmente, no me pude negar a certificarlo por escrito.

GUY DE MAUPASSANT

# LA SECRETARIA DE SAN NICOLAS

POR

THOMAS NELSON PAGE

**B**ERRYMAN Livingstone había triunfado plena, definitivamente. Todos los rasgos de su rostro, de nariz fina y recta, mentón enérgico y resueltos ojos grises, decían de ese triunfo, lo mostraban dueño de sí mismo. Y otro tanto expresaba el tono firme, incisivo, de su voz. Y los detalles de su traje irreprochable. Siempre, como dijo alguien, parecía vestido de nuevo.

Berryman Livingstone había triunfado, y bien lo comprendía en la envidia silenciosa con que se veía en él al capitalista; en la consideración con que eran recibidas sus opiniones en las diversas entidades a que pertenecía. Decíanselo las invitaciones que llovían sobre él, el aire amable y familiar con que lo acogían presidentes y potentados de grandes corporaciones que, quince años atrás, habrían ignorado hasta su existencia, y, por último, las atenciones con que lo colmaban las madres de muchachas casaderas y de edad problemática. Todas aquellas damas lo rondaban en su hermosa casa vacía, en sus fastuosas comidas, a las que sólo faltaba aquello que era objeto de su constante preocupación.

Aquella tarde, una tarde de fines de diciembre, examinaba cuentas sentado en su gabinete. Sobre el escritorio de caoba, frente a él, había dos libros. Uno, muy largo y de severa encuadernación, pertenecía a ese género especial de los calificados en otro tiempo, por un humorista, como libros de gran interés. El otro era más pequeño y estaba más ricamente revestido.

Con ojos atentos y labios apretados, Livingstone estudiaba ambos volúmenes y tomaba notas. Mientras tanto, sus emplea-



dos, inclinados sobre los pupitres, en el gran salón de la entrada, seguían impacientes la marcha lenta del reloj colgado de la pared, o miraban por las ventanas, con envidia, a la gente que transitaba bajo la nieve, formando sombrías masas presurosas.

—Calma, que ya va a salir — dijo una vez más el dependiente principal, hombre de edad mediana y plácida fisonomía.

—Hace ya cerca de tres horas que nos repite usted lo mismo, señor Clarke — respondió uno de los jóvenes.

—¿Qué diablos estará haciendo ahí dentro? — interrogó un tercero —. Apuesto que está escribiendo cartas de amor.

La idea pareció lo suficientemente pintoresca para excitar una hilaridad al instante reprimida, mientras el señor Clarke, tras dirigir una discreta mirada a su reloj y otra a la puerta del patrón, siempre cerrada, proseguía pacientemente su labor.

¿Qué hacía, en efecto, Berryman Livingstone? Comprobaba, complacido, que el balance del año, representado por siete olímpicas cifras, era exactamente tal y como lo había deseado; realizaba, por lo tanto, sus ambiciones. Ya podía, con la cabeza alta, mirar frente a frente a cualquiera o darle la espalda, si le parecía; y la idea le satisfacía enormemente.

Años atrás, un amigo, un viejo compañero de colegio, lo había invitado a ir al campo a ver florecer los jardines. Como se disculpaba alegando razones de negocios, Harry Trelane, que así se llamaba el amigo, hábale preguntado por qué se afanaba tanto...

—Quiero hacerme rico — explicóle.

—¡Pero si lo eres ya! Vales hoy, como se dice vulgarmente, medio millón de dólares. Esa fortuna, para un hombre solo, sin hijos en que pensar...

—Sí; pero quiero valer el doble.

—¿Para qué?

—Para poder decirle a cualquiera, si se me antoja, que se vaya al diablo — contestó Livingstone, medio en serio, medio en broma.

¡Y había logrado su ambición! Ya podía decir a cualquiera que se fuese al diablo. El extraño placer que experimentaba en ello era turbador, sin embargo, por el recuerdo fugaz del pobre Trelane, muerto poco después. Hubiera deseado tenerlo



por testigo de su triunfo. ¿Y cómo separar la imagen del amigo aquél, evocada casualmente, de otra imagen, la de su hermana Catalina, que aunque lo amaba, y ella misma lo había confesado, rehusó ser su mujer? La negativa lo lastimó profundamente al principio, pero ya entonces no se sentía disgustado por el hecho de que las cosas hubieran ocurrido así. La actitud de Catalina fué el aguijón que lo incitó a seguir subiendo, cada vez más. Para vengarse había ostentado su lujo. Al comprar la hermosa mansión que con tanto fasto sostenía, pensaba vagamente en casarse — ¡había muchas mujeres, además de Catalina, caramba! —, pero hasta entonces no había tenido tiempo.

¿Qué fué de Catalina Trelane después de su matrimonio? Creía haber oído decir que el esposo, un tal Shepherd, había muerto. ¡Pues bien! Ya vería lo que valía él entonces. La cifra mágica trazada al pie de la gran página fué como un relámpago ante sus ojos. Sí, realmente, valía todo aquello, y podía casarse con quien le pareciera, tan pronto como le pareciera.

Cerró los libros recordando confusamente que Clarke, su hombre de confianza, había velado muchas noches, el año anterior, para ponerlos al día. Clarke era un buen empleado, un tenedor de libros insustituible, aunque tal vez un poco lento. La estimación que Livingstone sentía por él estaba matizada por un poco de desdén. Un hombre capaz de tanto, de familia tan buena, ¿cómo había podido contentarse con un empleo tan modesto, sin hacer nada por salir de la turbamulta de los subordinados? Era aquélla, a juicio suyo, la consecuencia de casarse a la ligera y de tener muchos hijos.

No por eso dejaba Livingstone de hacer justicia a Clarke; lo había recompensado ampliamente por sus trabajos nocturnos suplementarios; hasta le había dado, además, cincuenta dólares de gratificación. Claro está que Clarke, por otra parte, se lo merecía. Hábiale aguantado inclusive injusticias, y más de un negocio se lo debía a su clarividencia. Aquel año, pues, Clarke tendría cien dólares de premio. Bueno..., cincuenta, porque en el comercio deben evitarse los despilfarros...

Aquella gratificación que su generosidad se proponía conceder, llevó a Livingstone a pensar en otras dádivas que solía hacer en Navidad. Púsose a estudiar su talonario de cheques.



En un tiempo dedicaba a obras benéficas la décima parte de sus ganancias, siguiendo con ello la pauta que le marcara su padre. A la sazón no alcanzaban sus óbolos a la vigésima parte, ni a la... No obstante, daba más que muchos. Observando los últimos talones, comprobó que el monto de las cantidades donadas por él demostraba que era realmente rico. ¡A cuántas obras contribuía! Los talones tenían el nombre de las recolectoras, y uno de ellos aparecía con más frecuencia: el de la señora Wright. Escribió aquel nombre en un cheque y luego, al llegar al total de las contribuciones, frunció las cejas.

Decidió, estudiando aquellas cuentas, que era necesario reducir las dádivas. Pero ¿a quién borrar? Imposible economizar a costa de la iglesia..., no era prudente; ni del hospital, pues era su bienhechor oficial; ni del asilo... La señora Wright era presidenta del consejo de administración y le había dicho que contaba con él... Estaba también la Asociación de Entidades Benéficas Reunidas... Pero no; todo el mundo daba a aquella institución; no convenía singularizarse. Habría que suprimir en los detalles; los comedores, por ejemplo; o el árbol de Navidad de un hospital de niños... Después de todo, él no podía estar en aquellas pequeñeces...

Borró ésas y otras varias cantidades, lamentándose únicamente de no conseguir con ello una economía considerable. Bueno... ¡Se privaría de uno de los cuadros que proyectaba adquirir! ¡Se negaría a sí mismo un placer! Y mientras pensaba en aquel acto heroico, en aquella generosa renunciación, un pálido destello, un verdadero fulgor de sol invernal iluminó su rostro de mármol, ennobleciéndolo.

Livingstone siguió el curso de sus pensamientos mientras miraba con ojos distraídos el lento y albo caer de la nieve, aunque sin pensar para nada en ella, pues se encontraba, simplemente, calculando sus ganancias.

Notábase movimiento en el salón contiguo. Livingstone se estremeció súbitamente recordando haber dicho a sus empleados que lo aguardasen. Presionó un timbre; una cabeza calva, algo pálida, dominando unos hombros ligeramente encorvados, apareció al punto: era Clarke.

Entró con la actitud tranquila que le era habitual. Livings-



tone le expresó el sentimiento que le causaba... haberlo retenido hasta después de la hora acostumbrada... ¡El tiempo había pasado tan ligero! Empeñábase en ser amable con aquel antiquísimo empleado, nacido para mejores destinos, y que no había tenido suerte en la vida.

—Tengo que salir. Haga el favor de poner estas cartas en el correo; son unos cheques que envío... Luego, a la noche, venga a buscarme; revisaremos juntas nuestras cuentas.

—¿Esta noche? — se atrevió a balbucear Clarke, muy turbado.

—Sí, en casa. No saldré ni esta noche ni mañana. Pero ¿por qué no esta noche?

—Bueno, es que... Pero, sin embargo, iré, señor... A eso de las ocho y media, ¿no es así?

Al déspota le había irritado aquella débil resistencia, más adivinada que sentida. ¿Así que en el preciso instante en que se proponía hacerle un beneficio hallaba mala voluntad por parte del hombre?

—Naturalmente, se le pagará a usted — dijo con voz cortante.

Un vago ademán de Clarke le hizo ver que había interpretado mal.

—¡Oh, no, señor! ¡No se trataba de eso! Es que...

Clarke volvió a detenerse, meditó un segundo, saludó y se fué, en tanto que Livingstone mascullaba:

—¡Estos individuos son todos iguales!...

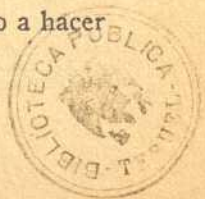
¿No había tomado a Clarke hacía quince años o más, arruinado, sin un centavo? Ahora ganaba mil seiscientos dólares al año, tenía casa, y... ¿a quién se lo debía?

Le acometió, pensando esto, tal súbito rencor, que decidió explicarse de una vez por todas con su dependiente mayor. Entró, pues, en la oficina de los empleados. Un joven se hallaba allí, solo en aquel momento, abotonándose el sobretodo con expresión sombría.

—¿El señor Clarke? ¡Está en el teléfono!

“La cara de este muchacho no me gusta” — pensó Livingstone.

¡También, era demasiado! ¿No tenía derecho acaso a hacer esperar a todo el mundo?





Volvió a su gabinete, sin cerrar la puerta, para estar seguro de oír a Clarke cuando volviese del teléfono. Y, efectivamente, el paso del dependiente dejóse oír en seguida.

Mas ya la cólera de Livingstone habíase aplacado, cediendo lugar a su acostumbrado desdén hacia la pobre especie humana. ¡No dejaba de ser peregrina la idea de contar con el agradecimiento de los demás! Pagaba a Clarke para que ejecutase un trabajo y no para que le estuviese reconocido. La ingratitud general era una cosa demostrada. ¿De qué servirían, entonces, las recriminaciones?

Mientras reflexionaba así, el empleado había vuelto a su sitio, en su escritorio, y dos golpecitos sonaron en la puerta exterior.

—Adelante — dijo Clarke.

“¿Quién será a estas horas?” — se preguntó Livingstone. Desde su asiento, veía la puerta reflejada en un gran espejo.

El intruso era una niña de blusa roja y gorrita del mismo color colocada sobre los cabellos rubios y rizados. Tenía las mejillas redondas y sonrosadas como manzanas, y la carita muy animada por el aire frío de la calle. Al principio no asomó más que la cabeza; luego, segura ya de que el dependiente principal estaba solo, entró furtivamente en la oficina y, en puntillas, con aire de gran picardía, adelantóse hacia Clarke, que le volvía la espalda.

La alcanzó de pronto, rodeóle la cabeza con las brazos y le puso sobre los ojos dos manecitas con guantes de lana.

—¿Quién es? Adivine quién es — exclamó.

—¿Barba Azul? — preguntó Clarke.

—¡No!

—¿La reina de Inglaterra?

—Tampoco. No es una reina.

—¿No? Entonces será... ¡será San Nicolás!<sup>1</sup>

—No. Pero es alguien que conoce a San Nicolás.

—¿El señor Livingstone?

—¡Oh, no, caramba! — habló la niña con énfasis, sacudiendo la cabeza.

1. Para los niños de los Estados Unidos, San Nicolás es el encargado de distribuir los regalos de Navidad.

Agregó después, dulcificada:

—¡Bueno, si adivina, tendrá un premio!

—¿Qué premio?

—Verá... San Nicolás le traerá...

—No me traerá nada porque estará demasiado ocupado en obsequiar a otras personitas que yo me sé...

—¡No, señor! Yo sé lo que le va a traer... Pero ¡qué charlatana soy! ¡Casi lo digo!

Retiró una de las manos para taparse la boca, pero inmediatamente la volvió a colocar sobre los ojos de Clarke.

—¡Y, además, yo le daré diez mil, cien mil besos!

—¡Ah! ¡Ahora adivino! Es la linda de cabellos de oro; mi gatita blanca, ¡Kity Clarke!

—¡Adivinó!

Los bracitos estrecharon el cuello que estuvieron a punto de sofocar. La niñita, adelantando la rubia cabecita, empezó el pago de los besos, cuyo rumor percibió Livingstone.

Y Clarke se puso entonces a hablar en un tono de voz demasiado bajo para que pudiera entenderlo su jefe.

—¡Ah, papá! —exclamó la niña con tono de indecible desconsuelo—. No, papá; es necesario que vengas; nos lo habías prometido; tienes que estar. Me da tanta pena, papá, a mí, que había reunido todos mis centavitos para que vinieras conmigo. ¡Oh, permíteme pedirle que te deje venir!

Pero el padre, rechazando aquella idea con un ademán, llevó a la niña hacia afuera, recomendándole que le esperase.

Para no revelar su presencia, Livingstone salió por la otra puerta de su gabinete, que daba a la escalera de aquella alta casa, uno de los más grandes *office-buildings* de la ciudad. No tenía ya deseos de volver a ver a Clarke. Sentíase singularmente incómodo.

Antes de llegar a la calle, pasó frente a la niña, que, mientras esperaba, de acuerdo con las instrucciones recibidas, se enjugaba la pobre carita, inundada por el llanto. La pequeña dirigió a Livingstone una mirada de rencor.

“¡Viborita! —pensó éste—. A pesar de que soy quien da de comer a su familia, me haría mil pedazos si pudiera. ¡Ésa es la gratitud humana!”

No nevaba ya. Quiso caminar, porque sentía dolor de ca-



beza. Un poco de ejercicio le haría bien; la verdad es que había trabajado demasiado en aquellos últimos tiempos y empezaba a resentirse del exceso. Pero, no importaba; aún servía, pese a todo. La cifra de su fortuna se dibujó ante él sobre la nieve. La veía en todas partes.

—¡Qué tonto he sido no volviendo en coche! — reflexionó después de seguir, durante un cuarto de hora apenas, la calle abarrotada de innumerables papamoscas.

Unos grupos se dispersaban como olas humanas; otros deteníanse frente a los negocios iluminados, tras cuyas cristales se exhibían los juguetes más nuevos, las invenciones más sabrosas en materia de golosinas.

A pesar de la nevada, la calle entera estaba de fiesta, como si todos se mostraran de acuerdo en pagar un tributo general a la infancia.

Cruzó entre la muchedumbre, insensible al espíritu cordial que animaba la atmósfera, indiferente a los efluvios del alma de Navidad que flotaba en el aire, indignado contra lo que consideraba la imbecilidad de las masas.

A punto de ser atropellado por los trineos que se deslizaban por una pendiente, improvisada como resbaladero por un grupo de chicos, sintióse menoscabado en su dignidad de importante contribuyente, bienhechor de tantos asilos y hospitales. Llamó a un agente de policía y le dijo:

—¡Haga parar ese juego! ¡Puede costar la vida a algún transeúnte!

Viendo que el policía vacilaba, con el respeto que se tiene en los Estados Unidos por las escasas diversiones de los pobres, añadió:

—Usted tiene la obligación de hacer cumplir la ley; si desobedece, lo denunciaré. Ya sé su número: 268.

Los chicos reprendidos protestaron. Era la primera nevada. Siempre se había permitido resbalar por la barranca. Nadie se había opuesto nunca... ¡A nadie molestaban con sus juegos!...

—Este señor se queja — alegó el agente de tránsito.

Sonaron silbidos y gritos contra Livingstone, quien no sospechaba, por otra parte, que la fiesta había de reanudarse tan pronto volviera las espaldas.



Entretanto, sentía que su malhumor aumentaba con su dolor de cabeza. ¡Nunca, decididamente, había visto tantos pordioseros! ¡Era insoportable! Y aquella noche, todo el mundo daba, excepto él, que, con todo irónico, remitía a los pedigüeños, ebrios inclusive, a la Asociación de las Entidades Benéficas Reunidas, cuando no los enviaba simplemente al diablo.

Un pequeño, famélico y harapiento, intentaba desesperadamente que una mujer le dejase llevar el paquete con que iba cargada.

—¡Por cinco centavos, señora! —suplicaba.

Y ya iba a acceder ella, porque el paquete era pesado, cuando el niño, que se hallaba precisamente al paso de Livingstone, rozó a éste en su entusiasmo, y Berryman lo lanzó de un empujón, dando vueltas, al centro de la calle.

Como la oleada de los transeúntes los separó en seguida, la buena mujer perdió la oportunidad de hacer llevar su paquete, y el pobrecito la de ganarse cinco centavos.

Livingstone, el hombre que había triunfado, prosiguió tranquilamente su camino.

Si estaba enojado cuando salió de la oficina, puede decirse que cuando entró en su casa hallábase furioso. La vista de uno de los interiores de más lujo que había en la ciudad, apenas lo tranquilizó a medias.

Su casa no era simplemente magnífica; revelaba también sus gustos de artista, porque Livingstone no se limitaba a tener dinero: tenía también el sentido de lo bello.

Un buen fuego ardía en la amplia chimenea; su sillón favorito lo aguardaba; sus libros predilectos estaban al alcance de su mano. Reanimóse ante la llama brillante; pero casi inmediatamente volvió a sentirse molesto. Había hecho mal en caminar por la nieve. Al día siguiente vería a su médico y, si era necesario, descansaría un poco. ¿Por qué no, si de allí en adelante valía...?

Una vez más las cifras se deslizaron ante sus ojos como inscriptas en el reflector de una linterna mágica. Aquella visión, renovada cada vez que pensaba en su riqueza, empezaba a producirle miedo.



Adivinó, más que oyó, un paso discreto, amortiguado por las alfombras.

—James.

—¿Señor? — respondió el mayordomo —. ¿Ha cenado el señor?

—Estoy cansado y no cenaré. Si viene alguien, despáchelo usted. Deseo estar tranquilo.

Había olvidado completamente a Clarke. Cuando éste llegó, James excusó a su patrón diciendo que estaba indispuesto, y el buen dependiente volvió a su casa preocupado por aquella repentina enfermedad del principal. Tenía, sin embargo, otras muchas preocupaciones: la hipoteca de su casa, que debía levantar antes de ocho días, y la larga cuenta de médico y farmacia que desquiciaba su presupuesto de aquel año. Compadeció, no obstante, a Livingstone, solo en su palacio, mientras él, tras una larga caminata sobre la nieve, iba a encontrar la encantadora recepción de ocho niños que lo habían visto salir con tanta pena y que se sorprenderían gratamente de su inopinado regreso.

Mientras Clarke se desprendía con trabajo del racimo de chicos que se había colgado de él, y les hacía creer que su patrón no había querido tenerlo más tiempo lejos de los suyos, el millonario Livingstone meditaba taciturno, junto al fuego, en la biblioteca de su lujosa mansión.

En realidad, no se sentía tan rico como hubiera podido hacerlo creer la hilera de siete cifras que sus ojos veían constantemente. ¡Malditas cifras! Había dedicado su juventud a acumular... Y ya era casi viejo...

Una vueltecita de la llave eléctrica llenó de luz el salón. De pie ante un espejo que lo reproducía de cuerpo entero, con el cutis arrugado y los cabellos grises, Livingstone se dijo:

—¿Casi viejo? ¡Lo soy ya del todo!

Volvió a ensimismarse en su pasado. Recordó, primero, la Nochebuena del niño, en el campo, mimado, feliz, en medio de la calurosa cordialidad de una fiesta que, desde muy lejos, llevaba a su casa parientes y amigos. Su padre le encargaba la distribución de regalos a todos los pobres de la comarca, diciéndole:

—Aprende el placer de dar.



Luego, la Nochebuena del colegial, el viaje de la escuela al hogar, la acogida tan alegre, tan cariñosa, tan cordial, que todo el mundo le hacía. ¿Era posible que hubiera tenido tantos amigos alguna vez?

La Nochebuena del estudiante se le apareció en seguida. Tiene veinte años; llega a su casa con un camarada de su edad, Harry Trelane, a quien sus padres dicen abriéndole los brazos:

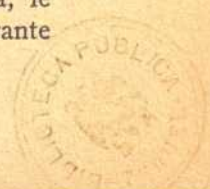
—¡Los amigos de nuestro hijo son nuestros amigos!

Fué también un día de Navidad cuando, al devolver aquella visita a Trelane, conoció a la hermana. La encontró de pronto, en una larga alameda, con los brazos llenos de flores, el rostro animado por una afanosa carrera a través de la nieve, más roja aun por la sorpresa y el rubor, porque había deseado conocer al amigo de su hermano, y no lo esperaba.

Otra Navidad. ¡Cuán sombría ésta! Han llegado los reveses. Por bondad, por nobleza, el padre ha comprometido seriamente su fortuna; Berryman ha de dejar la Universidad, luchar por la vida. Trabaja, gana lo estrictamente indispensable, pero es rico, sin embargo, porque tiene juventud y tiene esperanzas. En medio de lo que llama su riqueza presente, Livingstone recuerda con envidia al famélico de entonces. Por Nochebuena iba a visitar a los padres en su plácida y honrada medianía. Les llevaba pequeños presentes, cada uno de los cuales representaba una privación personal. Su madre le regalaba un par de guantes, tejidos por ella misma; la anciana sonreía con una sonrisa inefable, con una sonrisa como no ha visto ninguna él después. Livingstone siente algo tibio en el rostro al recordarla... Lleva la mano allí y la retira húmeda...

Inseparablemente unida a la de su madre está la imagen de Catalina Trelane.

Desde el primer encuentro le es cada día más querida, pero su inmenso amor es tímido. Por ella soporta con valor la dureza de su suerte; por ella se priva de toda diversión, se entrega a un trabajo encarnizado, nada a brazo partido en las revueltas aguas en que zozobran tantos. Sostiénese en ellas y las domina. Primero..., primero es por ella, pero, en seguida, empieza a amar el éxito por el éxito mismo. Triunfos repetidos, la embriaguez de la ambición satisfecha, de la meta alcanzada, le secan el corazón; hacen cambiar de especie su ideal. Y durante





años y años, Catalina espera. Los sueños de amor, de poderío, de gloria, que se han sucedido en él, ceden lugar a un único sueño: el sueño del oro. Es que ha visto que el oro es el rey ante el cual todos se prosternan.

—Hay mujeres tan hermosas como Catalina, y más ricas —piensa un día.

Aquí hay en su existencia un capítulo que hubiera deseado suprimir; un capítulo muy breve, pero cuyo efecto es realmente decisivo.

Cuando, vuelto de su error, pide la mano de Catalina, ésta responde que se habría casado gustosa con él en la época en que él era cierto Berryman Livingstone a quien amaba, pero que a la sazón era sólo una fortuna, y para nada quería ella esa fortuna.

Livingstone se deja arrebatar entonces por el combate. Va a la conquista de la riqueza. Y gana. Gana...

¡Siempre la maldita cifra! ¡No desaparece ya de sus ojos, los tenga abiertos o cerrados!

Incorporóse con una maldición a flor de labios. La casa estaba tan silenciosa como un sepulcro. Ni un rumor; ni un paso. Sólo las cifras lo acompañaban. Con una especie de terror se dirigió a la alcoba. Lo impulsaba la necesidad de contemplar dos rostros queridos: los de sus padres.

Recordaba que, siendo niño, le habían dicho que se parecía a los dos... Pero entonces... ¡qué diferencia! Había visto en el espejo su boca despreciativa, sus ojos fríos y astutos, su tez descolorida... Desde lo alto de los marcos, sus padres parecían mirarlo con expresión de infinita piedad... Levantando hacia ellos los brazos, Livingstone cayó de rodillas, pesadamente. Hacía mucho que no oraba, aunque iba a la iglesia. ¿No era su madre misma la que le recordaba la antigua lección: "Si no os hacéis iguales a los niños, no entraréis en el reino de los cielos"? En sus oídos, simultáneamente, pareció resonar una amenaza: "¡El que ofende a uno de esos pequeños, mejor haría arrojándose al mar con una piedra atada al cuello!"

Volvió a ver a una niñita de blusa roja que, con los ojos llenos de lágrimas, le dirigía una mirada de rencor; evocaba a los pobres chicos hambrientos que le maldecían por haber interrumpido sus juegos; al pequeño mendigo a quien impidiera



ganar cinco centavos. ¿Era posible que hubiera hecho cosas semejantes? ¿Cómo podría ahora reparar tanto mal?

El gran reloj de la escalera daba en aquel momento las diez. ¡Las diez! ¡Eran sólo las diez, y él creía haber salido hacía siglos de su escritorio!

Incoherentemente, al parecer, murmuró:

—Los chicos, en Nochebuena, se acuestan tarde... Tal vez tenga tiempo aun...

Impulsado por repentina resolución, púsose en pie de un salto.

De regreso a la cochería, un gran trineo se deslizaba veloz. Livingstone lo llamó y después de contratarlo por horas dió unas señas a su conductor.

Al final de una calle estrecha, los caballos se detuvieron ante un modesto edificio. Livingstone subió una empinada escalera. Del interior salía un gran ruido de carreras, de sillas derribadas, de gritos y exclamaciones entrecortadas.

Como no encontrara la campanilla, el millonario golpeó las manos. Se hizo un silencio repentino, pero dos minutos después el estrépito volvió a dejarse oír. Palmoteos frenéticos, risas, exclamaciones triunfales, correr de piecitos por la escalera. Luego, una voz de hombre, una voz bondadosa que se esforzaba inútilmente en aparecer severa:

—¡Prudencia! Tal vez sea San Nicolás en persona, y si no se acuestan en seguida, si se atreven a dirigir la más pequeña mirada, acaso se vaya sin dejar nada...

Murmullos ahogados substituyeron a los gritos de regocijo. Y un solo paso resonó en dirección a la puerta.

—¡Señor Livingstone!

A través del tabique, bastante fino, era fácil oír. La señora Clarke, ocupada en desnudar a los niños, repitió asombrada el nombre que acaba de pronunciar su esposo. Inmediatamente, todos guardaron silencio.

"El silencio de los pajarillos ante la proximidad del halcón"  
—pensó Livingstone, impresionado.

Contemplaba la habitación desordenada, el mobiliaje pobre, la *chaise-longue* mostrando aún las huellas del cuerpo de la enferma, y, en un rincón, el mísero árbol de Navidad, de cuyas



ramas pendían juguetes de cartón, lazos de cinta, prendas tejidas, libros de segunda mano...

—Es para los chicos — dijo Clarke como disculpándose.

Después ofreció a Livingstone una silla.

—Vengo, señor Clarke — dijo el millonario rompiendo el hielo —, a pedirle un gran favor.

El asombro hizo abrir mucho los ojos al dependiente.

—Quiero — prosiguió Livingstone — rogarle que me preste a su hijita, la que estuvo esta tarde en la oficina, la “linda de cabellos de oro”.

—No comprendo, señor... ¿Cómo dice usted?

—¿Cuántos hijos tiene usted, señor Clarke? — interrogó a su vez el patrón.

—Ocho, señor — contestó el empleado —. Pero no cedería ninguno a nadie...

—No he dicho que me ceda, señor Clarke, sino que me preste. Que me preste a *la linda* por una noche... La necesito para que me ayude a hacer un árbol de Navidad. Óigame, Clarke: hasta ahora he sido un bruto, empiezo a darme cuenta de ello...

—Señor Livingstone — murmuró confundido el fiel Clarke —; me habían dicho que estaba usted enfermo. Temo que...

—La enfermedad que tenía se llama ceguera, Clarke — interrumpió el millonario —. Estaba ciego. Pero ahora ya estoy comenzando a ver.

Insistió tanto en su pedido, que el dependiente dijo al fin:

—Voy a tratar de convencerla, señor. Usted no querrá que la obligue, ¿verdad?

Y tornó al cuarto de los niños con su difícil embajada.

Por fino que fuera el tabique, Livingstone sólo oyó al principio el tono compasivo de las frases casi murmuradas. Una voz femenina se alzó algo más, simpática, dispuesta a ceder. No era igual la de la niña, que repetía obstinadamente: “¡No! ¡No!”

Entonces, para decidir a Kity, Clarke habló del abandono, la tristeza de Livingstone, mucho menos dichoso que él, que tenía, a Dios gracias, una casa llena de niños... ¿Sería capaz ella de dejarlo solo, sin nadie que le desease una feliz Navidad?

Aquel aspecto de su desolación era nuevo para Livingstone;

pero reconoció su exactitud. ¿Se dejaría conmovir la niña?... No. Contestaba:

—¡Peor para él! No lo quiero, papá, ¿sabes?, no lo quiero. Y me alegro de que no tenga niñitos que lo quieran. Cuando se negó a dejarte venir a casa, le pedí al niño Jesús, con toda mi alma, que no tenga casa nunca, que nunca tenga vacaciones, ni Nochebuena, nunca, nunca...

La aguda vocecita vengativa atravesaba el tabique, y Livingstone recordó una vez más las terribles palabras:

“El que ofende a uno de esos pequeñuelos, mejor haría arrojándose al mar con una piedra atada al cuello”.

—¡Oh, Kity! — exclamaron a un tiempo, espantados, el padre y la madre —. ¡Un hombre tan bueno, tan generoso, que le ha dado a tu papá cincuenta dólares de gratificación!

Mas, Kity no pareció impresionada por aquella generosidad, y Livingstone no se sorprendió de que la desdeñara tanto. ¡Cincuenta dólares! ¡Habría dado cincuenta mil por desatarse la piedra del cuello!

—¿Así que no quieres ir en trineo con él a comprar juguetes para los niños?

—¿En trineo? ¡Yo iría de muy buena gana! Sí, iría con él a la juguetería, y tal vez me comprara unos patines...

El ofrecimiento no fué aceptado, pero contribuyó quizá a vencer la resistencia de Kity, porque casi inmediatamente Clarke la llevó ante el señor Livingstone, bien envuelta y abrigada contra el frío hasta la punta de la nariz.

Cuando el millonario se vió frente a aquellos dos ojos azules, hostiles y escrutadores, sintióse más que nunca culpable.

—Kity — le dijo muy seriamente —, la he perjudicado esta tarde, lo mismo que a su papá; pero vengo a pedirles perdón. Trabajaba tanto, que había olvidado la festividad de hoy. Así que les he echado a perder la Nochebuena sin quererlo, porque no tengo una hijita que me lo advirtiese. Pero ahora, yo quisiera dar regalos de Nochebuena a unos pobres chicos que vamos a buscar juntos. Usted me ayudará a elegir los necesarios. Usted va a ser San Nicolás para ellos.

Kity escuchaba atentamente; el placer de correr en trineo, de representar un papel, de ser San Nicolás para los niños, la tentaba, indudablemente.



—¡Vamos! — dijo por fin, con resolución.

Se dirigió hacia la puerta, y Livingstone la siguió, divertido por su súbita subordinación a la niña. Kity era el jefe de la expedición. Sin ella se hubiera perdido.

Kity saltó al trineo.

—¿Dónde vamos primero? — interrogó.

Livingstone pensó, algo tarde, que todas las tiendas debían de estar cerradas.

—Elija usted — contestó sentándose junto a ella.

Kity procedió con método.

—¿Qué es lo que quiere comprar? ¿Juguetes? ¿Cuántos niños son? ¿Cuántos años tienen?

El millonario callaba, perplejo. Jamás se había preguntado lo que podía entretener a los chicos.

—Veamos — interrogó a su vez —. ¿Cuántos hermanos y hermanas tiene usted?

—Siete. El mayor es John. Tom tiene ocho años. Billy es el más chico. Y además, cuatro hermanas.

—Bueno, son niños de la misma edad.

—Entonces iremos a casa de Brown — resolvió la niña arrellanándose con aire de suficiencia en las pieles del trineo.

Livingstone sólo conocía a un Brown, gran banquero, y sonrió pensando en la clase de juguetes que vendía.

—Cochero, a casa de Brown el juguetero — dijo la niña.

Tras dar muchas vueltas llegaron a una de las callejuelas que Livingstone había recorrido horas antes, y se detuvieron frente a una tienda cerrada. Kity lanzó un grito de desencanto.

—¡Oh! — exclamó —. ¡Hemos llegado demasiado tarde!

No obstante, a través de una rendija de la puerta se veía luz. Livingstone, bajando del trineo, llamó con todas sus fuerzas y a golpes redoblados. Nadie contestó. Volvió a golpear, con el mismo resultado. Entonces, Kity se deslizó por debajo de su brazo, y con la boca pegada a la rendija gritó:

—¡Señor Brown, señor Brown! Hágame el favor; déjeme entrar; soy yo, Kity, la hija del señor Clarke.

Como por encanto sonaron los cerrojos y se abrió la puerta. Livingstone creyó que el comerciante iba a deshacerse en disculpas. Pues, nada de eso. No le prestó la menor atención.

—¡Cómo, Kity, en la calle a estas horas!... ¿No teme



usted que San Nicolás pase por su casa durante su ausencia?

—¡Bah! — exclamó Kity, irreverente—. Ya conozco a San Nicolás... Sé lo que es desde el año pasado. Se llama señor Brown y señor Clarke, y esta noche, yo misma soy San Nicolás. Aquí está el señor Livingstone, el patrón de papá.

Brown tendió su gruesa mano familiar.

—¿Cómo está usted, señor? Creo haber oído hablar de usted.

—Es para él — explicó Kity —; quiere hacer regalos a un montón de chicos, no a los suyos, sino a los de los demás. ¿Le quedan juguetes, señor Brown?

—Poca cosa, señorita Despierta — respondió el fabricante entrando en el juego—. San Nicolás no ha dejado más que lo que usted ve aquí y lo que está en el escaparate. Además, los juguetes más lindos, que están reservados, y que le parecieren demasiado caros.

Y el señor Brown guiñó el ojo hacia el señor Livingstone.

—¿Cuánto quiere usted gastar? — preguntó gravemente Kity—. ¿Hasta un dólar?

—Y más — replicó Livingstone —; elija usted sin preocuparse mucho del precio.

—Bueno, pero... es que hay unos juguetes tan caros...

Y al decirlo miraba una muñeca cuya vestido llevaba una etiqueta de veinticinco centavos. Mientras elegía, Livingstone, llamando aparte al comerciante, le dijo en voz baja algunas palabras, y el buen hombre se puso a hacer paquetes con una rapidez extraordinaria.

—¿Y bien, Kity, cómo va eso?

Kity, armada con un pedazo de lápiz que mojaba en la lengua a cada rato, cubría laboriosamente de cifras un papel arrugado. Su boquita estaba embadurnada. Parecía perpleja.

—¡Caramba! He gastado todo el dólar y no tengo más que nueve regalos. Tendré que elegir cosas más baratas.

—Espere usted..., quizá haya algún error en las sumas — dijo Livingstone tomando el lápiz.

—Es que no sé muy bien las cuentas — confesó humildemente Kity.

—Yo tampoco. Pero, para divertirnos un rato, supongamos que podemos comprarlo todo.



Los ojos de la niña se agrandaron.

—¿Como si fuéramos de verdad San Nicolás?

—Eso es.

La carita de Kity se iluminó; de un solo salto estuvo en medio de la tienda, donde se colocó, tomando con la mirada posesión de todo lo que la rodeaba. Brown había descornado las cortinas que ocultaban "su reserva".

Kity admiraba, jadeante, maravillada.

—¡Bueno! — exclamó por fin —. Si yo fuera San Nicolás lo compraría todo.

Y extendió los bracitos como para abarcar la tienda en su conjunto.

—¿Y qué haría usted con todo esto, Dios mío?

—¡Oh, no me daría mucho trabajo! Llevaría esta muñeca, y esta otra, sí, las tres muñecas, las más lindas, a mis hermanas; y aquel trineo, a Tom, y estos patines, a John, y aquel lindo carnerito rizado, al chico Billy, y luego llevaría todo lo demás al hospital donde los pobres chicos no tienen mamá y a donde San Nicolás no va nunca, y pondría algo junto a cada cama, y al despertar creerían que estaban soñando...

Gesticulaba; sus manecitas parecían ir tomando cada juguete y haciéndolo llegar a su destino. Al terminar, hizo a Livingstone una señal con la cabeza como diciendo:

—¿Verdad que haríamos eso si pudiéramos?

Livingstone creyó sentir que la piedra colgada de su cuello se desataba de una vez por todas, que salía de un baño de hielo, y que un calor benéfico lo envolvía.

—¿Desea alguna cosa más para usted? — preguntó observando que no había hablado de sí misma.

—Sí, señor; pero como San Nicolás no me la puede dar, se la he pedido a Dios.

—¿Puede saberse qué es?

—Que cure a mamá y ayude a papá a pagar la casa. Papá dice que eso es lo que enferma a mamá, y ella dice que si no fuera por el médico, papá padría pagar.

Livingstone sintió un calofrío recordando su tacañería. Los fieles servicios de Clarke durante varios años, acudían a su memoria. Tuvo miedo de que aquellos ojos azules viesan lo que estaba pasando por él.

Kity, entretanto, con el ímpetu apasionado de un explorador, continuaba haciendo nuevos descubrimientos, de estante en estante. El señor Brown seguía atando paquetes. De pronto se interrumpió para decir a Livingstone con aire inquieto:

—¡Vea, los negocios son los negocios! ¡Usted no lleva dinero encima, y yo, bueno, yo, no lo conozco a usted!...

Livingstone se echó a reír:

—Señor Brown — dijo —, podría, sin esfuerzo, comprar todo el barrio en que estamos...

—¡Es muy posible! Pero yo no lo conozco a usted. Está bien que Kity responde... Pero...

Por último, el juguetero se contentó con aquella garantía.

Numerosas cajas y paquetes fueron a parar al trineo, en el que casi no quedó lugar para sentarse. Aquél fué para Kity el momento supremo:

—¿Dónde vamos? — preguntó electrizada.

—Dispóngalo usted.

—Entonces, al hospital de niños.

Livingstone repitió la orden al conductor.

—¡Y usted va a jugar a que es San Nicolás! — exclamó Kity, encantada.

—No, usted jugará a ser la secretaria de San Nicolás. Y es necesario que no hable de mí. ¿Me lo promete?

Livingstone no había disfrutado desde hacía tiempo un paseo tan delicioso. Kity se estrechaba contra él, hablándole con charla inagotable, y el millonario se sentía, al oírla, casi tan niño como ella. Detúvose el trineo frente a un gran edificio, que parecía dormido.

—Si usted quiere que le abran, tendrá que tirar de la campanilla de noche.

Livingstone lo hizo, ocultándose luego en la sombra.

—Conteste usted, Kity... Si le preguntan quién ha llamado, diga que San Nicolás.

—¿Quién es? — gritó el portero asomándose a la puerta y dirigiéndose al conductor del trineo, sin hacer caso de la figurita parada en la nieve.

—¡La secretaria de San Nicolás! — contestó Kity.

El portero estaba, sin duda, deseoso de volverse a la cama, porque dijo:



—A estas horas sólo recibimos a los enfermos.

Y ya iba a cerrar la puerta entreabierta, cuando ésta se abrió del todo dejando paso a una mujer cuya alta figura iba envuelta en un manto.

—¿Qué desea? — preguntó bajando los ojos hacia Kity.

—Traigo unos regalos...

—¿Para quién?

—¡Paro todos los niños buenos!... ¡No! Para todos los niños enfermos, quiero decir.

La dama, volviéndose, habló al portero, y Livingstone distinguió entonces la silueta de un bellissimo perfil, dibujada sobre la luz de la portería. La puerta cochera abrióse al instante, y el trineo pudo llegar así con su cargamento hasta el mismo hospital.

—Entre usted — dijo la dama, sin duda inspectora o enfermera principal.

Transcurrió algún tiempo antes de que reapareciera Kity; pero Livingstone la esperó pacientemente. Ya no estaba solo. Todas las Nochebuenas del pasado lo acompañaban, pero sin entristecerlo, a pesar de los recuerdos fúnebres que podían llevar consigo. De pronto, a través de la ciudad, los relojes comenzaron a tocar las doce, y cuando se extinguió la última campanada, otras campanas, de voz atenuada por la distancia, dejaron oír a su vez un alegre repique con la música del cántico: "El ángel del Señor descendió..."

Livingstone prestaba oído. Ante él, en la nieve, surgió una figurita de niña que escuchaba también, con la capucha medio levantada, el pálido rostro bañado por la luz de la luna:

*El ángel del cielo ha descendido...*

cantaban las campanas expirantes.

—¡El niño Jesús ha nacido! — dijo entonces la niña —. ¿Oyó usted?

—Sí — contestó humildemente Livingstone.

—¡Bueno, ya está! — agregó Kity —. Ni uno solo se ha despertado. He contado las doce campanadas. Dicen que siempre viene a medianoche. ¿Cree usted que habrá ido también a casa?

—¡No me cabe la menor duda! — respondió Livingstone.



Una manecita tibia se deslizó en la suya con confianza.

—¿Quiere que regresemos?

Una gran tristeza se apoderó de Livingstone al pensar que iban a separarse, que tenía que renunciar a ella. Y cuando la levantaba para sentarla en el trineo, dos bracitos le rodearon el cuello, y una boquita fué a posarse sobre su mejilla. Estrechó a la niña contra su pecho y subió al trineo sin dejarla. Todavía dormía, con la cabeza sobre su hombro, cuando el vehículo paró frente a la puerta del señor Clarke. Y no despertó al pasar de los brazos del millonario a los del padre.

Sólo dejó escapar un suspiro y algunas frases incoherentes sobre la secretaria de San Nicolás.

Cuando regresó a su mansión, Livingstone no se parecía en nada al hombre que, dos horas antes, había transpuesto aquel mismo umbral con el corazón vacío y desesperado. Encontró a sus sirvientes alarmados por su ausencia, y una cena caliente que lo esperaba. Por primera vez pareció comprender que aquella buena gente le tenía cariño.

Mientras cenaba pidió al mayordomo, estupefacto, que le buscara a cierto agente de policía número 268, y le entregara su contribución para establecer un buen resbaladero destinado a los chicos del barrio. Antes de irse a dormir dirigió, casi temblando, una mirada al espejo que había reflejado aquella cara huraña, envejecida, marcada en la frente con la cifra fatal de sus millones. Gracias a Dios, el estigma había desaparecido, y hasta se encontraba cierta vaga semejanza con el retrato de su padre.

Acostóse y durmió como no lo hacía desde muchos años atrás. Soñó que el bazar del señor Brown se había convertido en cierta avenida conocida por él, cuyos árboles eran todos de Navidad, y de los que Catalina Trelane recogía regalos maravillosos que le ofrecía sonriente: entre ellos figuraban la Juventud, la Amistad, la Dicha.

Despertó sobresaltado, lanzando un grito tan alegre como la mañana de invierno llena de sol; cuando vió por la ventana la nieve deslumbrante teñida de rosa, sintió algo así como que entraba en un mundo nuevo.

Toda la mañana anduvo corriendo en busca de un notario,



que encontró al fin. La tarde la pasó dando órdenes para la gran fiesta de aquella noche, que comenzó con la llegada de un trineo de cuatro caballos, cargado con un grupo de bulliciosos muchachos.

Kity fué quien hizo los honores de la recepción, dirigida por su mamá, a quien la alegría daba fuerzas. Condujo al regimiento de sus hermanos y hermanas a la biblioteca, semejante a una glorieta de follaje. En el centro se alzaba el gran pino tradicional, cargado de cristales, de estrellas, de velas encendidas por centenares. Un árbol del país de las hadas, como todos creyeron.

De una de sus ramas colgaba un ancho sobre dirigido a la señorita Kity Clarke. Y la carta que aquel sobre contenía era del mismísimo San Nicolás. Decía que la noche anterior había visitado cierto hospital de niños en el que supo que una buena niña se le había adelantado. Como sus negocios lo reclamaban en otra parte de mundo, confiaba en que la niña seguiría ayudándolo siempre de la misma manera. Luego venía la firma: *Su socio, San Nicolás.*

¡Cuántos aplausos, cuántos gritos, cuántas risas! El árbol quedó rápidamente despojado por dieciséis manecitas ávidas; sólo para Clarke parecía no haber regalo alguno. Sin embargo, Kity acabó por descubrir otra carta con esta indicación: *Al papá de la secretaria de San Nicolás.*

Clarke conocía la letra, pero cuando, sin abrir el sobre, intentó dar las gracias al señor Livingstone, vió que éste había desaparecido repentinamente. Leyó... Su patrón decía que gran parte de su éxito en los negocios la debía al celo y a la dedicación de John Clarke, y le pedía por ello que, como un favor personal, aceptara el documento adjunto, en prueba de gratitud. El documento era una liberación de la hipoteca que pesaba sobre la casa de Clarke.

Por la expresión conmovida de su padre, por las lágrimas de alegría que su madre derramaba, Kity comprendió que algo importante estaba sucediendo. No tardó en descubrir al señor Livingstone, que se había refugiado en la habitación vecina, y colgándosele del cuello, le llevó a la fuerza hacia el árbol de Navidad.

—¡Cómo lo quiero! — le dijo en voz baja.



En aquel instante entraba de improviso la elegante señora Wright, la que todos los años importunaba tanto con sus pedidos al señor Livingstone. A la vista de aquella fiesta infantil, y en medio de la emoción general, lanzó una carcajada.

—¡Bueno! — exclamó —. ¡Gané la apuesta! Mi marido sostenía que pasaría usted la velada solo como un oso, aquí o en el club, y yo había resuelto llevármelo, si no se equivocaba, a cenar con nosotros. Pero estaba segurísima de encontrar en su casa agradable sociedad. ¡Lo siento!

Livingstone se disculpó, señalando la larga mesa dispuesta con doce cubiertos.

—¡Lo siento! — repitió la señora Wright —. En un principio, lo confieso, pensaba reñirle. ¡Pues no había borrado la Navidad del hospital de la lista de los donativos que me debe! Pero esta mañana, al hacer mi inspección, he descubierto, creo, sus razones. Son buenas. Vuelve usted a estar en gracia. Esta niñita es un ángel — agregó besando a Kity.

Siguieron las presentaciones. Después de nombrar a Clarke, que creyó más que nunca estar soñando, el millonario añadió sencillamente:

—Mi socio.

—No sabía que tuviera usted socio — observó la señora Wright.

—Es reciente, en efecto — respondió Livingstone —. San Nicolás me ha revelado las ventajas de la asociación.

—Bueno; vendrá usted después de comer — invitó la señora Wright —. Creo que no lo sentirá...

Livingstone se lo prometió, sabiendo que sus invitados se retirarían temprano, y, efectivamente, contentísimo todavía del enorme éxito que había alcanzado su comida de Navidad, se fué a terminar en casa de los Wright aquella feliz jornada. Debía ir hasta el fin de maravilla en maravilla. Porque no bien hubo entrado en el salón donde todos parecían mirarle con nueva y singular simpatía, fué conducido hacia una dama vestida de negro, una mujer de ojos profundos y graciosa y apacible sonrisa.

—Una antigua amiga suya — dijo la señora Wright; y agregó: — La señora Shepherd.

Mas Livingstone no oyó el nombre. Porque el rostro que



tenía delante, el rostro que le sonreía, era el rostro tanto tiempo adorado de Catalina Trelane.

—Sí — declaraba la señora Wright, continuando una historia que había empezado a contar —; adquirió para los niños de nuestro hospital una tienda de juguetes entera. Por lo que a mí respecta, no me sorprende, siempre tuve fe en él, a pesar de las apariencias...

Livingstone protestó, pero ella, insistiendo, dijo:

—¡No me lo niegue, tengo pruebas!

Después, imitando a la perfección la voz nasal de Brown el juguetero, agregó:

—“Los negocios son los negocios, y yo, bueno, yo no lo conozco a usted, señor”. ¡Ah, qué gracioso debía ser aquello!

Sólo a su “antigua amiga”, a quien encontraba de nuevo, contó Livingstone toda la verdad: la historia de la socia de San Nicolás. La contó perfectamente, con calor, con la vaga esperanza de que la causa que ya casi había renunciado a ganar, acaso no estuviera perdida del todo. Desde la víspera, ningún milagro le parecía imposible.

La señora Shepherd escuchaba en silencio, con la cabeza algo vuelta hacia un lado, y la mirada baja. Largas pestañas proyectaban sombra sobre sus mejillas pálidas. La piedad, una divina piedad, parecía iluminar sus rasgos, purísimos todavía. Y era aquél — no cabía duda — el mismo perfil que Livingstone había visto la noche anterior destacando sus líneas a la luz de una lámpara, bajo el pórtico de un hospital.

Cierto que había sufrido, que la vida la había lastimado; pero no importaba. Cuando levantó los ojos, sus ojos eran los de Catalina Trelane, y se dulcificaron de pronto cuando los de Livingstone claváronse en ellos...

Tenía en el corpiño una rama de acebo con flores rojas. Algún niño de la casa le había prendido, jugando, un tallo de muérdago en los cabellos...

Y Berryman Livingstone volvió a verla con los brazos cargados de frondas de Navidad, avanzando bajo las ramas escarchadas de los árboles de una alameda, como aquella tarde inolvidable, en el país de su juventud...

THOMAS NELSON PAGE

# NAVIDAD EN LA MONTAÑA

POR

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

**E**STÁ apagando el sol el último de sus resplandores, y corre un *gris* de todos los demonios. A la desnuda campiña parece que se la ve tiritar de frío; las chimeneas de la barriada lanzan a borbotones el humo que se lleva rápido el helado norte, dejando en cambio algunos copos de nieve. Pía sobresaltada la miruella, guareciéndose en el desnudo bardal, o cita cariñosa a su pareja desde la copa de un manzano; óyese, triste y monótono, de vez en cuando, el ¡*tuba! tuba!* del labrador que llama a su ganado; tal cual sonido de almadreñas sobre los morrillos de una calleja...; y paren ustedes de escuchar, porque ningún otro ruido indica que vive aquella mustia y pálida naturaleza.

En el ancho soportal de una de las casas que adornan este lóbrego paisaje, y sobre una pila de junco seco, están dos chucuetos tumbados panza abajo y mirándose cara a cara, apoyadas éstas en las respectivas manos de cada uno.

Han pasado la tarde retozando sobre el mullido lugar en que descansan ahora, y por eso, aunque mal vestidos, les basta para vencer el frío, que apenas sienten, soplarse las uñas de vez en cuando.

De los muchachos, el uno es de la casa y el otro, de la inmediata.

De repente exclama el primero, en la misma postura y dándose con los talones desnudos en las asentaderas:

—Yo voy a comer *torrejas*... ¡anda!

—Y yo también — contesta el otro con idéntica mímica.

—Pero las mías tendrán miel.

—Y las mías azúcar, que es mejor.





—Pues en mi casa hay guisao de carne y pan de trigo pa con ello...

—Y mi padre trijo ayer dos *basallones*... ¡más grandes!...

—Mi madre está en la villa ascar manteca, pan de álaga y azúcar... y mi padre trijo esta meodía dos jarraos de vino blanco, ¡más güeno! Y toos los güevos de la semana están guardaos pa hoy..., má e quince, así de gordos... Ello, vamos a gastar en esta Nohegüena veintisiete rialis que están agorraos.

—¡Miá qué cencia! Mi padre trijo de porte cuatro duros y dimpués dos pesetas, y too lo vamos a escachizar esta noche... ¿Me guardas una tejá de guisao y te doy un piazo de basallón?

—¡No te untes!... Y tú no tienes un hermano estudiante que venga esta tarde de vacantes, y yo sí.

—Pero tengo un novillo muy majo y una vaca jeda que da seis cuartillos de leche... ¡Tenemos pa esta noche más de ello!...

—¡Ay, Dios! ¿Quiés ver ahora mesmo dos pucheraos de leche? Verás, verás...

Y salta el rapazuelo, y en pos de él el otro, desde la pila al portal, y llegan a la cocina mirando con cautela en derredor, por si el tío Jeromo, padre del primero, anda por las inmediaciones.

Como ya va anocheciendo, el chico de la casa toma un tizón del hogar, sopla en él varias veces, y al resplandor de la vacilante llama que produce, se acercan a un arcón ahumado que está bajo el más ahumado vasar; alzan la tapadera, y aparecen en el fondo, entre montones de harina, salvado y medio pernil de tocino, dos pucheros grandes llenos de leche.

El de la casa mira a su amigo con cierto aire de triunfo, y entrambos clavan los ávidos ojos en los pucheros, y entrambos alargan la diestra hacia ellos, y entrambos remojan el índice en la leche, aunque en distinto cacharro.

Con igual uniformidad de movimientos retiran los brazos del arcón, míranse cara a cara y se chupan los respectivos dedos.

—¡Güena está la leche! — dice el de casa.

—¡Mejor está la nata! — responde su camarada.

—¿Te la comiste?

—¡Corcia!... ; ¡toa la apandé con el deo!

En aquel instante recuerda con susto el primero que su

padre arma el gran escándalo cada vez que falta la nata a su ración diaria de leche, y que sus costillas conservan más de un testimonio de tan borrascosos sucesos, impresos por los dedos paternos. Por eso, temiendo una nueva felpa, y para manifestar su inocencia, echa el tizón al fuego y las dos manos a la calzonada de su amigo, y comienza a gritar con el mayor desconsuelo:

—¡Padre! ¡Padre!

Pero el goloso prisionero, que ya se da por muerto, tira uno de retortijón a cada mano de su carcelero, y toma pipa por el corral afuera, relamiéndose de gusto.

Tío Jeromo, que en la socarreña, detrás de la casa, encababa un rodal, acude a los gritos, y creyendo una patraña lo del robo de la nata, presume que su hijo se la ha chupado, y le arrima candela en las nalgas y un par de soplamocos que hacen al chicuelo sorberse los propios.

Grita el rapaz y amenaza el padre, y entre los gritos y las amenazas, óyese la voz de la tía Simona, desde el portal:

—¡Ah, malañu pa vusotros nunca ni no!... ¡Qué siempre vos he de alcontrar asina!

—¡Ay, madruca de mi alma! — exclama el muchacho corriendo a agarrarse al refajo de la buena mujer.

—¿Por qué lloras, hijo? ¿Quién te ha pegao?

—¡Mujuéééé... me pegó... jun... ú... ú... padrééé!

—Y todavía has de llevar más — murmura éste retirándose a la cuadra a arreglar el ganado —. ¡Yo te enseñaré a golosear la nata!

—Yo no la comí, ¡ea!, que la comió Toñu el de la Zancuda...; ¡jummaaaá!

—Y pué que sea verdá, angelucu; que ése es un lambisón que se pierde de vista... Vamos, toma unas castañas y no llores más... Tu padre también tiene la mano bien ligera... ¿Ha venío el estudiante?

—No, señora...

—Dios quiera que no me lo coma un lobo en dá qué calleja... ¿Y ónde está tu hermana?

—Fué a la juenti.

—A esa pingonzaza la voy yo a andar con las costillas... No, pues no me gusta a mí que a estas horas se me ande a la



temperie de Dios, que ese hijo condenao de la Lambiona tiene un aquel... que malañu pa él nunca, si no.

Y murmurando así, la tía Simona deja las almadreñas a la puerta del estragal; cuelga la saya de bayeta con que se cubría los hombros del mango de un arado que asoma por una viga del piso del desván; entra en la cocina, siempre seguida del chico, con la cesta que traía tapada con la saya; déjala junto al hogar; añade a la lumbre algunos escajos; enciende el candil, y va sacando de la cesta morcilla y media de manteca, un puchero con miel de abejas y dos cuartos de canela; todo lo cual coloca sobre el poyo y al alcance de su mano para dar principio a la preparación de la cena de Navidad, operación en que la ayuda bien pronto su hija, que entra con dos *escalas* de agua y protestando que "no ha hablao con alma nacía, y que lo jura por aquéllas que son cruces..., y que mal rayo la parta si junta boca con mentira".

Poco después viene el tío Jeromo, que toma asiento cerca de la lumbre para auxiliar a la familia en la operación; pues la gente de campo de este país, sobria por necesidad y por hábito, goza tanto con el espectáculo de la cena de Navidad como saboreándola con el paladar.

El chirrido de la manteca en la sartén, el cortar las torrijas, el quebrar los huevos, el batirlos, el remojar en ellos el pan, el derramar el azúcar sobre las torrijas que salen calentitas de la sartén, el verter la leche o la miel sobre ellas, etc., etc., y el considerar que todo ello, más el jarro de vino que está guardado como una reliquia, ha de ser engullido y saboreado por los pobres que lo contemplan, les produce unas emociones tan gratas que...; en fin, no hay más que ver los semblantes de la familia del tío Jeromo, olvidado ya el suceso de la nata.

¡Qué expansión; qué felicidad se refleja en ellos! La tía Simona, con el mango de la sartén en una mano y con una cuchara de palo en la otra, y acurrucada en el santo suelo, se cree más alta que el emperador de la China, y en más difícil e importante cargo que un embajador de paz entre dos grandes pueblos que se están rompiendo el alma.

¡Lástima que no haya llegado el estudiante para solemnizar debidamente toda la Nochebuena!

Después del placer de preparar la cena y del de tragarla,



falta el de la llegada de los *marzantes*, por los cuales ha preguntado ya muchas veces el vapuleado chicuelo, a quien, la verdad sea dicha, preocupan todavía más que la tardanza de su hermano. Y es porque el infeliz no los ha oído nunca, ni en la Nochebuena ni en la de Año Nuevo, ni en la de los Santos Reyes, pues se ha dormido siempre antes de que lleguen al portal; así es que cree en los marzantes, como en el otro mundo, por lo que le cuentan.

No vaya a creerse que el tío Jeromo, porque tiene un hijo estudiante, es hombre rico, tomada la palabra en absoluto; el marido de la tía Simona tiene, para labrador, *un pasar*, como él dice. Pero en la familia hay una capellanía que ningún varón ha querido, y el tío Jeromo sacrificó de buena gana algunas haciendas para ayudar a costear la carrera a su hijo mayor y asegurarle la pitanza, ordenándole a título de aquélla, cuyas rentas, por sí solas, no alcanzaban a tanto. Eso sí, y bien claro se lo solfeó a su hijo: "Si llegas a gastar los cuartos que me valieron las tierras, sin cantar misa, Dios te la depare buena, porque, lo que es yo, te abro en canal".

Contribuyó mucho a que el chico entrara en el seminario, el consejo del mayorazgo de la Casona. Este sujeto había estudiado un poco de latín en sus mocedades, y era tan pedante, que sólo por tener alguno con quien lucir su sapiencia, insistió con tío Jeromo un día y otro día hasta que logró decidirle a que su hijo aprendiera *latinidades*. Y tan obcecado es el mayorazgo en su saber, y tal es su pedantería, que, ingresado ya el primogénito del tío Jeromo en el seminario, varias veces ha querido renunciar a las vacaciones por no hallarse cara a cara con el vecino, que le asedia con latinajos *arrevesaos*, como dice el estudiante.

Huyendo, pues, de encontrarle en alguna calleja o sentado en el banco del portal de su padre, como suele estar todos los días, el seminarista ha salido tarde de su celda, con el objeto de entrar de noche en el pueblo; y esto es lo que explica su tardanza, que ya va metiendo en cuidado a la tía Simona.

Pero lo que ésta no sabía, ni sospechar pudo el mismo estudiante, fué que, habiéndose éste sentido con sed y decidido a echar *medio en sangría* en la taberna del lugar, que halló al



paso, huyendo de la máxima de su padre de que "el agua cría ranas", lo primero con que tropezó, antes que con el tabernero, fué con el mayorazgo, el cual, al guiparle, le enjaretó un "amice, quo modo vales?" que quitó al estudiante hasta la sed.

—¡Cóncholes con el hombre! —murmuró el interpelado, recogiendo otra vez el lío de ropa, o sea el balandrán y dos camisas sucias, que había puesto sobre un banco al entrar en la taberna.

—*Unde venis? Quorsum tendis?*

—¡Jeringa, digo yo!; que traigo andadas cuatro leguas a pie y no estoy pa solfeos de esa clase. Queden ustedes con Dios.

—Aguárdate, hombre. ¡Que siempre has de ser arisco!

—Y usted preguntón. Y es que el mejor día le echo una zurriascá de latín que no se la sacude en todo el año... Porque yo también... Pues si le entro a teología, veremos ónde usted se me queda...

—*Parce mihi, incipiens sacerdo.*

—Cuidado con la lengua, le digo, que aunque parece que no entiendo, ya sé traducir... ¡Y si se me hincha la paciencia!...

—Eres un pobre hombre y no tienes nada del *virum fortem*... No corras tanto, ¡caramba! ¡Tras de que deseo acompañarte hasta tu casa!...

De poco sirvió al mayorazgo esta reprensión. El seminarista apretó el paso, renegando de su mala estrella; dejó a medio camino al importuno, y no paró hasta la cocina de su padre, donde se presenta con el humor más perro del mundo.

—¡Cóncholes, que hombre! —exclama por todo saludo al hallarse entre la familia.

—Pero ¿qué te pasa? —dice el tío Jeromo.

—¡Qué me ha de pasar! Ese fantasioso de mayorazgo..., ¡siempre con su latín!

—¿Y qué cuidao te da a ti? ¿No has estudiao tres años ya? ¿Por qué no le contestas?

—Porque no soy tan jaque como él... Y luego, él ha estudiado por otro arte. El mío no trae todas esas andróminas que él sabe... ¡Cóncholes!, como quisiera entrarme a *piscología*..., ¡sé más de ello!

—¿Y cuándo cantas misa? —añade la tía Simona cayéndosele la baba y mientras contemplan de hito en hito al estu-



diante sus dos hermanos —. Mira que el lugar está perdido... El señor cura es tan viejo...

—Y que no sabe una palabra, madre. ¡Si fuéramos nusotros! ¡Cóncholes, cuánto aprendemos! Verán qué sermones echo los días señalados...

Como quiera que no es el objeto principal de este artículo retratar al hijo mayor del tío Jeromo, hago caso omiso de todo el diálogo promovido por su despecho contra el mayorazgo, y vamos a seguir con nuestro asunto comenzado, asistiendo a la cena de esta honrada familia en la noche de Navidad.

Después que el estudiante retira del fuego el puchero del guisado para que el calor de la lumbre le seque a él el lodo de los pantalones, y cuando su hermana ha recogido con gran esmero el balandrán y las camisas, toma aquél el jarro de la leche, ya que el papel del azúcar le tiene su padre, y se dispone a auxiliar a su madre y a su hermana en la preparación de las tostadas, amenizando el trabajo con el relato de sus proezas y aventuras de estudiante.

Cuando cada manjar "le puede comer un ángel" de bien sazonado que está, como dice la tía Simona, y todos ellos quedan cuidadosamente arrimados a la lumbre para que se conserven en buena temperatura, procédese a otra operación no menos solemne que la cena misma: poner la mesa *perezosa*.

Esta mesa se reduce a un tablero rectangular sujeto a una pared de la cocina por un eje colocado en uno de los extremos; el opuesto se asegura a la misma pared por medio de una tarabilla. Suelta ésta, baja la mesa como el rastrillo de una fortaleza, y se fija en la posición horizontal por medio de un pie, o tentemozo que pende del mismo tablero.

La perezosa no se usa en las aldeas más que en el día del santo patrono, en la noche de Navidad, en la de Año Nuevo y en la de Reyes, o cuando en la casa hay boda.

Por eso no debemos extrañarnos del estrépito que se arma en la cocina del tío Jeromo al hacerse esta operación: "¡Que no se te caiga! ¡Ayúdame por esta banda! ¡Quita ese banco! ¡Apaña esa cuchara! ¡Allá va! ¡Que está torcía! ¡Calza de allá! ¡Fuera esa pata!" Poco menos alboroto y mayores precauciones que si se botara al agua un navío de tres puentes.



Puesta la mesa y sobre ella los manjares, y echada la bendición por el estudiante, dejaremos a la familia cenar con toda libertad: es operación, salvo algunas leves diferencias de forma en los cubiertos y de fuerza de masticación, que todos hacemos lo mismo. Además, nuestra presencia tal vez impidiera al buen Jeromo sorber la salsa que queda en la cazuela del guisado, y a su mujer pasar el dedo por la tartera de las tostadas para rebañar el azúcar, y al seminarista apurar "hasta verte, Jesús mío", el vaso de vino blanco.

Volvamos a la misma cocina una hora más tarde.

Todos están más locuaces que antes, y hasta el viejo labrador ha desarrugado su habitual entrecejo. El rapazuelo ronca tendido sobre un banco, y el estudiante habla en latín y asegura que si entonces pillara al mayorazgo, ¡ira de Dios!... La tía Simona canta por lo bajo:

*Esta noche es Nochebuena  
Y mañana es Navidad;  
Está la Virgen de parto  
Y a las doce parirá.*

Su hija se dispone a hacerle el dúo, cuando se oye en el corral un coro de relinchos y un ruido sobre los morrillos, como si avanzaran veinte caballos.

—¡ Ahí están los ladrones! — diría en tal caso un ciudadano alarmado.

Pues no, señor; son los *marzantes*, es decir, dos docenas de mocetones del lugar que andan recorriéndole de casa en casa. El ruido sobre los morrillos y los relinchos los producen las almadreñas y los pulmones de los mozos.

Este acontecimiento hace en los personajes de la cocina un efecto agradabilísimo; callan todos como estatuas y se disponen a escuchar.

—Vaya, *señor don Jeromo* — dice una voz en falsete para disfrazar la verdadera, desde el portal —: a ver esas costillas que se están curando en el *varal*; esos ricos huevos de la gallina pinta que cacareaba en el corral, por, por, por, poner, por, ¡poner!... ¡Que sí!... ¡Vaya, que sí!...

El coro contesta con relinchos a esta primera tirada de

*algarabía*, que así se llama técnicamente la introducción de los *marzantes*, y vuelve a continuar la voz pidiendo "morcillas en blanco, o aunque sea en negro", y otras cosas por el estilo, hasta que concluye diciendo:

—¿Qué quiere usted? ¿Que cantemos o que recemos?

—Que recen —dijo Jeromo.

—¡Que canten, cóncholes! —replicó el estudiante—; que a mí me gustan mucho las marzas... ¡Ea, a cantar! —añade luego, abriendo una rendijilla, nada más, de la ventana.

Esta orden es acogida afuera con otro coro de relinchos, y al punto comienzan a cantar los *marzantes*, en un tono triste y siempre igual, un larguísimo romance que empieza:

*En Belén está la Virgen  
Que en un pesebre parió;  
Parió un niño como un oro,  
Relumbrante como un sol...*

y concluye:

*A los de esta casa  
Dios les dé victoria,  
En la tierra, gracia;  
Y en el cielo, gloria.*

Esta copleja tiene esta otra variante que los *marzantes* suelen usar cuando no se les da nada, o cuando se les engaña con morcillas llenas de ceniza:

*A los de esta casa  
Sólo les deseo  
Que sarna perruna  
Les cubra los huesos.*

Los pesados lances a que esta jaculatoria suele dar lugar, y los nada ligeros que se suscitan siempre al fin de la velada, cuando van los mozos a *comer las marzas* a la taberna, ya encontrándose con los *marzantes* de otro barrio, o ya provocando a algún vecino, son, sin duda, la causa de que disfraze la voz el que pide, y de que guarden asimismo el incógnito todos sus compañeros.



Pero en casa de Jeromo no se engaña a nadie, y la tía Simona alarga media morcilla de manteca a los *marzantes*; y éstos, después de echar la primera copla, se marchan relinchando de placer.

La familia tira los últimos golpes a la cena, agótanse los jarros de vino, y el chicuelo despierta preguntando por los *marzantes*. Cuando sabe que se han marchado, alborota la cocina a berridos, dale su padre un par de guantadas, interponense el seminarista y su madre, apágase la lumbre, oscila la luz del candil, dormita la moza, maya perezoso el gato, cáesele la pipa más de una vez de la boca al tío Jeromo, habla torpe sobre los fenómenos de la luz el seminarista; y cuando los relinchos de los *marzantes* se escuchan lejanos, hacia el fin de la barriada, desfila al paso tardo y vacilante la familia del tío Jeromo a buscar en el reposo del lecho el fin de tan risueña y placentera velada.

La tía Simona sale la última, y mientras se lamenta de haber dejado de rezar el rosario por causa del jaleo, y jura que al día siguiente ha de rezar dos, guarda en el arcón que ya conocemos, los despojos del pan, del azúcar y de la manteca, para que en el primer día de Pascua pueda la familia, "manipuleándoselo bien", recordar, con algo más que la memoria, la noche de Navidad.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

# E L P E S E B R E

POR

MATILDE SERAO

**E**s evidente que Nuestro Señor nació en un "khan". El "khan", en Oriente, no es siquiera una posada, es algo mucho peor. Cuando más, es un edificio de que sólo existen las paredes desnudas, sin techo; a menudo está en pleno campo, frecuentemente contra una roca o una gruta; a veces, cuando el "khan" es magnífico, está provisto de medio techado, un pedazo de techado. Es un lugar de tregua, de descanso, construído especialmente para los caballos, mulas y burros: tiene pesebres, se encuentra en ellos heno, cebada; hay agua, los animales pueden comer y beber. En cuanto a los "moukres", o sea los cuidadores, se acuestan en el suelo, con la cabeza sobre la silla y se duermen a la luz de las estrellas o al fulgor del sol. El viajero se puede sentar o echar delante de la puerta del "khan", sobre un montículo de piedra que sirve para montar, y si tiene un manto o una alfombra, puede también dormir fuera del "khan". Ordinariamente, para el viajero no hay más refresco que un vaso de agua: cuando el "khan" es realmente magnífico, hasta puede llegarse a obtener una taza de café, pero nada más. En estos "khan" está el dueño con unos cuantos peones; en los "khan" más alejados, en parajes un poco peligrosos, el gobierno turco mantiene un soldado, un "zaptié".

En el tiempo feliz de la Natividad, los "khan" debían ser más primitivos aún, verdaderas prolongaciones de las grutas naturales. Belén tenía una pequeña posada, pero José y María no pudieron alojarse en ella, no ya por carecer del dinero suficiente para pagar el alojamiento, sino porque la posaducha rebosaba de gente. Quirino, en nombre de la Augusta Roma,



había proclamado públicamente el censo, y toda Palestina estaba en movimiento, ya que cada uno debía anotarse en el pueblo del que era oriundo. José, descendiente de David, a pesar de su muy humilde oficio de carpintero, debía ir a Jerusalén. El camino de Nazareth a Jerusalén, pasando por Nohim, es de unos seis o siete días, hecho en pequeñas etapas: Belén fué una de las últimas estaciones donde José y María, cansados, se detuvieron la noche del 24 de diciembre. No habiendo encontrado lugar en la posada, se resignaron a ir al "khan", donde se quedarían unas pocas horas, debiendo salir al día siguiente rumbo a la ciudad santa. Así fué cómo María, que, si todas las tradiciones de Tierra Santa no fallan, tenía en ese tiempo catorce años y medio, alumbró en aquel pobrísimo refugio donde castañeteaban los dientes de frío; y los animales que estaban allí cerca vieron al Pequeño Hijo en la paja de su pesebre y vinieron a calentarle el cuerpecito con su cálido aliento. En la altura, sobre aquella mísera reunión de animales y gente humilde, se detuvo la luminosa estrella que había guiado a los tres Reyes en su camino: uno venía de Persia, otro de la India y otro de Abisinia, y todos, con sus riquezas y sus ofrendas, vinieron a arrodillarse delante del pobre "khan" de Belén, donde el niño había abierto aquellos ojos que encenderían al mundo con una luz de amor.

¿Para qué contaros la historia de la hermosísima iglesia edificada sobre el sagrado lugar de la Natividad? Todas estas iglesias de Palestina, debidas en su gran mayoría a la inmensa devoción de santa Elena, madre de Constantino, han sido destruidas por entero o reedificadas parcialmente, y eso, cinco o seis veces; y su historia es complicada. Aquí, en Belén, a pesar de las vicisitudes, y no fueron pocas, la gruta donde nació el pequeñuelo divino permaneció intacta. Se toma un pequeño cirio, arriba, en la iglesia, y se descienden doce escalones bastante empinados, cortados en la roca. La sombra se hace densa alrededor de vosotros mientras camináis por el angostísimo corredor de un subterráneo. Al final, una radiante claridad de lámparas, un resplandor de oro y plata os deslumbra, y os encontráis en la gruta de la Natividad. Es una gruta natural, de roca calcárea blanda, y está cubierta por una bóveda artificial. Tiene doce metros de largo y tres o cuatro de ancho, no



más; tiene tres puertas, pero no recibe luz de afuera. Continuamente arden cincuenta y tres lámparas; el suelo está recubierto de mármol blanco y también las paredes de roca. Un espléndido tapizado de cuero repujado cubre estas paredes. Entrando por la izquierda, después de tres pasos, encontráis un ábside y debajo una abertura circular que deja ver una piedra de color azulado, un gran diáspiro: esta abertura circular está rodeada por una estrella de plata engarzada en el mármol. Alrededor del disco está escrito: *Hic de Vergine Maria, Jesus Christus natus est*. Las rodillas se doblan y los labios se posan con avidez sobre la fría plata como si buscaran la frente pura del recién nacido, la pequeña mano inocente. Pero, un poco más arriba, la roca tiene un nicho: es la cuna, es el lugar del pesebre donde la Virgen María puso a dormir el pequeñuelo invocando sobre él una noche de diciembre benigna: es el lugar donde vinieron a arrodillarse los pastores que velaban en la helada noche, los pastores que fueron impulsados aquí por las palabras de los ángeles: "Id y encontraréis a un niño envuelto en pañales y acostado en una gruta: Él es el Señor". Y he aquí que ante nuestros ojos desaparece la maravillosa iglesia construída sobre este mísero refugio de la jovencita madre y del recién nacido; olvidáis que, siendo aquí, más desenfrenado que nunca, el fanatismo de los griegos cismáticos, el gobierno turco debe mantener siempre junto a cada altar un soldado, para que no se renueve otra guerra de Crimea, acaecida porque los griegos, en 1847, robaron la estrella de la Natividad; no veis ya soldados, ni sacerdotes griegos, ni sacerdotes armenios, ni nadie más; no reparáis más en las ricas lámparas, ni en los mármoles preciosos que forman los altares, ni en la filigrana de los tapices, ni en los cuadros; vagáis emocionados por los subterráneos y chocáis con alguna persona desconocida. ¿Qué significa eso? Nada. Aquí nació el Niño hacia el cual se tienden desde dos mil años atrás las manos de todos los niños cristianos de la tierra; ésta es la cuna donde fué depositado por las manos delicadas y acariciadoras de la joven madre: aquí, quizás, para adormecer al pequeño infante, ella le cantó una canción en el lento y blando lenguaje hebraico. Éste es el pesebre. Éste es el lugar simple, ingenuo, cándido, familiar que las más humildes imaginaciones sueñan, que las manos más piadosas, más tiernas y más inex-



perlas tratan de reproducir: éste es el lugar hacia el cual vuelan las aspiraciones más dulces y los deseos más castos. ¿Quién puede aquí pensar, sentir otra cosa que no sea este misterio tan conmovedor dentro de su pobreza y su desnudez, quién puede tener otra emoción que no sea la más amorosa, la más maternal y la más filial? El pesebre... ¡Ah!, mirémoslo bien, ya que si todas las existencias consumidas en la lucha y el sufrimiento preguntaran al cronista vagabundo, al retorno a la patria, qué es el Gólgota y qué es el Santo Sepulcro, si todas las almas que aun no se plegaron, que aun combaten quisieran conocer lo que es el Monte de los Olivos y qué es Getsemaní, el cronista será acosado por las preguntas bastante más curiosas e insistentes de varias almas infantiles, al respecto de su gran asunto místico: el pesebre.

Los niños no saben del dolor de la Pasión: ellos no conocen más que esta gruta gélida, rodeada por una gran campiña llena de árboles, de prados, de senderos entre el verdor — ¿no es así, pues, el paisaje de Belén? —, donde había una población de pastores, agricultores, gaiteros, hasta cazadores; donde, de todas las calles acudían personas a esta pequeña pobre gruta, a contemplar a la criatura en su cuna de piedra, sobre la paja de animales domésticos. Las manos de los niños tiemblan de emoción cuando en la noche más negra y más fúlgida del año, llevan un niño Jesús, todo desnudo y, sin embargo, sonriente, para colocarlo en el fondo de la pequeña gruta de su pesebre. Y ciertamente, en esta noche las plegarias, las emociones, las tiernas lágrimas ascienden al cielo más gratas y más apreciadas, pues que van de inocentes a un inocente. Al regreso, habrá que decir a los niños de los grandes, dulces ojos curiosos, en los que brilla una luz de inteligencia y de devoción, que el pesebre es como ellos lo suponen, una pequeña gruta donde se extienden el musgo y el pasto, donde se entrevén en la penumbra los plácidos ojos del buey y el blanco hocico del burrito; donde María se inclinó sobre el niño para calentarlo con su calor; donde toda una fila de gente buena y sencilla venía a arrodillarse ante la puerta. ¿Quién olvidará jamás esta roca viva y este aro de plata donde palpitó por primera vez el corazón de Jesús? ¿Quién podrá olvidarla cuando haya que describirla a los pequeños amigos del Divino Niño, a estas queridas criaturas que lo rodean formando

el coro que más amó toda la vida? Ellos escucharán, atónitos, y serán muy felices de que su ilusión no se desvanezca, y quien les hable será aún más feliz al narrarles sólo la verdad.

MATILDE SERAO



L A  
CONFESION DEL  
AMIGO

FOR

HERMANN SUDERMANN

**L**OADO sea Dios, mi querida señora, que me permite ocupar nuevamente mi sitio cerca de usted, en el sofá. El bullicio de las fiestas se ha apaciguado ya, y puede concederme otra vez unos instantes.

¡Diablo con las fiestas de Navidad! Dijérase que las inventó un genio maligno expresamente para tormento de los célibes, para mostrarnos la desolación y el vacío de nuestra existencia sin hogar, pues lo que para los demás es un manantial de dicha, constituye para nosotros un suplicio.

No todos, sin duda, estamos condenados a la soledad; para nosotros también florece el júbilo de hacer dichoso a alguien; pero el goce puro de la felicidad compartida se empaña en nuestro interior, ya por una especie de reintegración irónica a nosotros mismos, ya por ese deseo, ese sentimiento amargo, que yo denominaría, por oposición a la nostalgia de la tierra natal, la nostalgia del matrimonio.

Me pregunta usted — ¡alma compasiva que prodiga los consuelos con tanta generosidad como el resto de las mujeres las dulces maldades! — por qué no he venido a desahogar mi corazón a su lado. Pues bien; le diré. Speidel, en su encantadora charla *Los gorriones solitarios*, que, adivinando el estado de mi alma, me ha enviado usted el tercer día de las fiestas, asegura: "El verdadero célibe no quiere ser consolado; quiere, cuando es desgraciado, gozar al menos de su desgracia".

Al lado del *gorrión solitario* que ha pintado Speidel, hay aún otro tipo de célibe: el *amigo del hogar*. No hablo del hombre que hace profesión de arrojar la intranquilidad en las familias y

cuya mirada p rfida oculta la traición, mientras se instala cómodamente en el hogar acogedor; aludo al *buen t o*, al antiguo compañero de colegio de papá, que hace jugar al *bebé* sobre las rodillas, mientras lee a la mamá el folletín, cuyos pasajes frívolos omite p dicamente.

S  de hombres que consagran su vida entera al servicio de una familia cuya amistad poseen, hombres que caminan sin deseos al lado de una mujer hermosa a quien en secreto adoran.

 Lo duda usted?  Ah, comprendo! Es la frase *sin deseos* lo que le choca. Tal vez no está equivocada. En el fondo de todos los corazones, aun en el de los más tranquilos, alienta un deseo fogoso, pero —entend moslo bien— ese deseo está encadenado. Permítame presentar como ejemplo una conversación que sostuvieron anteayer, noche de San Silvestre, dos personajes muy viejos.

 C mo me enter  de esta entrevista? Es un secreto que me permitirá usted guardar. Al mismo tiempo, le ruego no divulgar lo que le voy a referir. Puedo comenzar,  verdad?

Figúrese usted como escenario una alta sala de muebles antiguos, tristemente iluminada por una lámpara de metal de un brillo impertinente y coronada por una pantalla verde, como las que usaban nuestros padres antes de la era del petróleo.

El cono de luz que produce la llama se proyecta sobre una mesa redonda, cubierta con un blanco mantel, en la que est n dispuestos los ingredientes de un ponche de primero de año, en tanto que, en el centro, se ven algunas gotas de aceite caídas de la lámpara.

Nuestros dos ancianos, ruinas lamentables de una época desaparecida ya hace largo tiempo, estaban sentados, medio perdidos en la sombra de la pantalla. Los dos, encorvados y temblorosos, tenían inmóviles las miradas de sus ojos apagados por los años. Uno de ellos, el dueño de casa, era un viejo militar, y como tal se le hubiese reconocido a la primera ojeada por su tiesa corbata fuertemente apretada, por sus mostachos, por el aire marcial que le daban sus cejas espesas. Tenía las dos manos, como sobre una muleta, en el volante del sillón de ruedas en que estaba hundido; todo en él permanecía inmóvil; todo, a



excepción de las mandíbulas, que rumiaban sin cesar, como en una interminable masticación.

El otro, sentado frente a él, en un sofá, era un hombre de alta estatura, delgado, con los hombros estrechos coronados por una cabeza angulosa, de ancha frente de pensador. Arrojava nubecillas de humo de una pipa a punto de apagarse. Las mil arrugas de su rostro reseco, que encuadraba una cabellera blanca como la nieve, disimulaban la sonrisa tranquila y tierna que sólo puede dar al rostro de un viejo la paz interior.

Ninguno de los dos hablaba. En aquella profunda calma no se oía más que el ligero crepitar del aceite que ardía y el suave murmullo de la nicotina en la pipa. Entonces, en el fondo obscuro de la sala, el reloj, con voz sorda, anunció las once.

—Es la hora en que ella acostumbraba preparar el ponche — dijo el anciano de la frente de pensador.

Su voz, cascada, temblaba un poco.

—Sí, es la hora — repitió el otro.

Su tono era rudo, cual si el eco de las sonoras voces de mando de otro tiempo pasara por su garganta.

—Nunca hubiera creído que la vida iba a ser tan triste sin ella — prosiguió el primero.

El dueño de casa asintió con la cabeza, y sus mandíbulas continuaron su movimiento.

—Nos ha preparado cuarenta y cuatro veces el ponche de San Silvestre — insistió el otro.

—Sí; desde hace cuarenta y cuatro años habito yo en Berlín y frecuentas tú esta casa como amigo — dijo el anciano militar.

—El año pasado, por esta época — prosiguió el otro —, éramos todavía felices. Ella estaba sentada ahí en la butaca y tejía medias para el hijo primogénito de Pablo. Se apuraba porque, según decía, necesitaba terminarlas antes de medianoche; y las terminó, en efecto. Luego bebimos y conversamos tranquilamente de la muerte; dos meses después nos abandonaba. Como sabes, tengo escrito un grueso volumen sobre la *Inmortalidad de la idea*. ¡Nunca pudiste sufrirlo! Pues bien: tampoco yo puedo soportarlo desde la muerte de tu mujer. La idea del mundo entero no vale ya un comino para mí.

—Sí; era una mujer incomparable — dijo el viudo —. Siempre me cuidó solícitamente. Cuando el servicio me recla-



maba a las cinco de la mañana, se levantaba siempre antes que yo para que el café estuviese bien hecho. No obstante, tenía también sus defectos. Cuando, por ejemplo, se ponía a filosofar contigo, ¡bueno!

—¡Jamás la comprendiste! — murmuró el otro.

En un pliegue de sus labios surgió un reflejo de cólera inmediatamente reprimido. Mas la mirada con que contempló luego a su amigo era dulce y triste, como si su conciencia le reprochase aquella falta secreta.

Tras una breve pausa, continuó:

—Franz, tengo que contarte algo que me atormenta desde hace mucho tiempo y que no puedo llevar conmigo al sepulcro.

—Déjate de preámbulos — exclamó el dueño de casa cogiendo la pipa que tenía sobre el sillón de ruedas.

—Entre tu mujer y yo, en otra época, hubo algo...

El anciano militar dejó caer la pipa y miró a su amigo fijamente, con los ojos muy abiertos.

—Éstas de broma, doctor — dijo al fin.

—Desgraciadamente, hablo en serio, Franz — replicó aquél—. Guardo este secreto desde hace más de cuarenta años. Es hora ya de que te explique.

—¿Vas a decir que la muerta me traicionaba? — gritó el otro, colérico.

—¿No te da vergüenza, Franz? — reprochó el amigo con su sonrisa dulce y triste.

El viejo militar balbuceó algunas palabras y encendió su pipa.

—No — dijo el otro —; ella era pura como un ángel. Los culpables éramos nosotros. Óyeme. Hace cuarenta y tres años tú acababas de ser destinado a Berlín como capitán y yo dictaba cátedra en la Universidad. Tú, entonces, eras un libertino; ya lo sabes.

—¡Ejem! — gruñó el amo de casa alzando la vieja mano sarmentosa para retorcerse el mostacho.

—Había entonces una hermosa actriz de grandes ojos negros y blanca dentadura..., ¿recuerdas?

—Sí, recuerdo; se llamaba Blanca. — Y una sonrisa pálida iluminó su marchito rostro de libertino—. Te aseguro que sus dientecillos blancos sabían morder maravillosamente...

—Engañaste a tu mujer, y ella lo sospechó. Pero calló,



guardando su dolor para ella sola. Tú no notaste nada, pero yo sí. Era la primera mujer con la que trataba, después de la muerte de mi madre. Había entrado en mi vida como un astro brillante, y como hacia un astro levantaba los ojos para mirarla. Tuve el valor de preguntarle la causa de su pena. Ella sonrió y me dijo que estaba todavía un poco delicada, pues, como recordarás, tu hijo había nacido poco antes.

Llegó la noche de San Silvestre. Yo había venido, como siempre, a eso de las ocho. Ella, sentada, bordaba; yo esperaba leyendo. Transcurrió una hora... Luego, otra... Tú no llegabas. La vi temblar de inquietud y temblé de inquietud con ella. Sabía muy bien dónde estabas, y temía que olvidaras en brazos de aquella mujer la hora de las doce, que se aproximaba. Ella había dejado de bordar; yo, de leer; un silencio horrible pesaba sobre nosotros.

De pronto vi que una lágrima brillaba en sus pestañas y caía sobre su labor. Me incorporé bruscamente y quise ir a buscarte. Me sentía capaz de arrancarte a la fuerza de los brazos de aquella mujer. Pero en ese momento ella se levantó y abandonó su sitio, este sitio que ocupo yo ahora.

—¿A dónde va? —interrogó.

Su expresión reflejaba una angustia indecible.

—¡A buscar a Franz! —respondí.

Ella, entonces, lanzó un grito.

—¡Por el amor de Dios, quédese al menos usted conmigo; no me abandone!

Y precipitándose hacia mí, colocó sus manos en mis hombros y apretó contra mi pecho su rostro inundado de lágrimas.

Todo mi ser se estremeció, pues nunca había tenido una mujer tan cerca de mí. No obstante, conseguí dominarme y traté de consolarla. ¡Tenía ella tanta necesidad de consuelo!

Tú llegaste segundos después. No viste mi turbación. Tu rostro estaba enrojecido, y en tus ojos se leía el cansancio que deja tras sí la embriaguez amorosa.

Un espantable cambio se operó en mí desde aquella noche de San Silvestre. Desde que sentí sobre mi cuello sus brazos delicados; desde que respiré el aroma de sus cabellos, el astro había descendido de las alturas, y en su lugar se erguía ante mis ojos ardientes, bella y rebosante de amor, la mujer. Me trataba



a mí mismo de miserable y de traidor, y para reconciliarme a medias con mi conciencia, intenté separarte de la actriz que amabas. Poseía, felizmente, alguna fortuna; ella aceptó, para romper, la cantidad que le ofrecí, y...

—¡Mil rayos! —interrumpió sorprendido el viejo militar—. ¡Fué entonces por instigación tuya por lo que Blanca me escribió aquella conmovedora carta de despedida, en la que me decía que le era necesario, con el corazón destrozado, renunciar a mi cariño!...

—Por instigación mía, en efecto; pero escucha lo que sigue. Yo creía haber comprado la tranquilidad con aquel dinero, mas no conseguí nada. Las ideas locas zumbaban cada vez más en mi cerebro. Me ensimismé en mis trabajos. Fué a la sazón cuando concebí mi *Inmortalidad de la idea*. Pero aquello no bastaba para devolverme la paz. Transcurrió así un año entero; volvió la noche de San Silvestre. Una vez más estaba sentado con ella, en este mismo lugar. Aquella noche tú estabas en casa, pero dormías sobre el sofá, en el cuarto de al lado. Habías regresado con cansancio, después de una alegre comida en el club. Yo estaba sentado junto a ella, con los ojos fijos en su pálido rostro, cuando, con una violencia irresistible, me asaltó el *recuerdo*. Una vez, sólo una vez más, anhelaba sentir su cabeza sobre mi pecho, ansiaba besarla y desaparecer para siempre. Nuestras miradas se encontraron, y creí ver en sus ojos un destello de secreta inteligencia. Entonces no pude resistir más; me arrojé a sus pies y apreté mi rostro abrasado contra sus rodillas.

Unos segundos haría que estaba inmóvil en aquella posición, cuando sentí sobre mi cabeza el frío de su mano y oí su voz dulce que decía:

—¡Ánimo, amigo mío!

¡Ánimo! ¡No había que engañar al hombre que dormía lleno de confianza en el cuarto de al lado!

Me levanté, mirando en torno mío con ojos extraviados. Ella tomó un libro de la mesa y me lo ofreció. Yo la comprendí; abriendo el libro por la primera página que salió, me puse a leer. ¿Qué leí? No sé. Las letras bailaban delante de mis ojos. No obstante, la tormenta se apaciguó en mi alma poco a poco, y cuando sonó la medianoche, cuando entraste tú, con los pár-



pados inflamados todavía por el sueño, para dirigirnos los habituales cumplidos, me pareció que aquel minuto culpable estaba ya lejos de mí, muy lejos, perdido en el pasado.

A partir de entonces fuí recobrando paulatinamente la serenidad. Sabía que mi amor no era correspondido, y que nada debía esperar de ella, aparte de un poco de piedad. Pasaron los años, tus hijos crecieron, se casaron, y los tres nos fuimos haciendo viejos. Tú renunciaste a tus locuras, enviaste al diablo a las mujeres y viviste, como yo, exclusivamente para ella. No dejé de amarla — eso me hubiera sido imposible —, pero mi amor sufrió una transformación: los deseos materiales desaparecieron para dejar paso a una especie de comunión espiritual. Con frecuencia te reías oyéndonos filosofar. Si hubieras llegado a sospechar que nuestras dos almas se confundían entonces en una, habrías sentido celos.

Ella, ahora, ha muerto; acaso nosotros la sigamos antes del próximo San Silvestre. Es, pues, hora de que me libre de este peso y te diga: "Una vez, Franz, cometí una falta contra ti; perdóname".

—¡ Todo eso es una tontería! ¿Perdonarte? ¡ Nada tengo que perdonarte! El secreto que tú crees revelarme hoy, lo conozco desde hace mucho tiempo. Ella me contó todo hace cuarenta años. Y ahora te voy a decir por qué he corrido tanto, hasta en mi vejez, detrás de las mujeres: *ella me había confesado, en aquella misma época, que tú constituías el único amor de su existencia.*

El *amigo de la casa* contempló fijamente, sin decir una palabra, al que había hablado.

El reloj, con su voz ronca, dió la medianoche.

HERMANN SUDERMANN

BREVISIMA NOTICIA BIOGRÁFICA  
DE LOS AUTORES QUE FIGURAN  
EN ESTE "RACIMO"

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. — ESPAÑOL. 1833 - 1891. —  
Sus principales obras son *El capitán Veneno*, *El niño de la bola*,  
*La pródiga*, *El final de Norma*, *El escándalo* y *El sombrero de tres picos*, considerada con justicia una de las mejores novelas de su tiempo.

HANS CRISTIAN ANDERSEN. — DINAMARQUÉS. 1805 - 1875. —  
Hijo de un zapatero, convirtiéndose, por obra y gracia de sus famosos cuentos, de universal difusión, en *El abuelo Andersen*. Son suyas, entre otras, las novelas *Improvisadores* y *La baronesa*.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER. — ESPAÑOL. 1836 - 1870. — Su obra está en sus *Rimas*, el más alto exponente de la lírica poética de su patria y de su tiempo. Son también bellísimas sus famosas *Leyendas*, de las que puede juzgarse por *Maese Pérez el Organista*.

FRANÇOIS COPPÉE. — FRANCÉS. 1842 - 1908. — Sara Bernhard estrena su comedia *Le Passant*; pero la obra que lo consagra es el drama *Severo Torelli*, y la que le abre del todo las puertas de la gloria, su tomo de poesías *Relicario*. Denominado *el poeta de los humildes*, es también un tierno cuentista.

ALPHONSE DAUDET. — FRANCÉS. 1840 - 1897. — Con Flaubert, Maupassant y Zola, renueva las tendencias literarias de su patria. *Safo*, *Tartarín de Tarascón*, *Cartas desde mi molino*, *Cuentos del lunes*, etc., acrisolan su calidad de novelista y el vuelo poético de su mensaje.

CHARLES DICKENS. — INGLÉS. 1812 - 1870. — Uno de los dos grandes Carlos del país de las brumas — el otro, según Churchill, es Carlos Chaplín —. Su obra maestra: *David Copperfield*. Todas sus páginas, sin excepción, densas de humorismo y ternura. Como *Canción de Navidad*.



FEDOR DOSTOIEVSKY. — RUSO. 1821 - 1881. — Figura sillar de la literatura de todas las Rusias. Cada obra suya es vasta y profunda como una estepa de su inmensa nación. La primera: *Las pobres gentes*. La más famosa: *Crimen y castigo*. La más grande: *Los hermanos Karamazov*.

MARIANO JOSÉ DE LARRA. — ESPAÑOL. 1809 - 1837. — El eco del pistoletazo con que desertó del mundo marcó la aparición de uno de los poetas más grandes de su patria. Escribió diversas obras, pero lo más hondo y lo más genuino de su producción está en sus *Artículos*.

GUY DE MAUPASSANT. — FRANCÉS. 1850 - 1893. — Puntal, con Zola, Flaubert y Daudet, del naturalismo literario en Francia. *Bola de sebo*, *El buen mozo*, *Pedro y Juan*, *La criada de la granja*, así como numerosos volúmenes de bellísimos cuentos, son jalones de su amplia labor.

THOMAS NELSON PAGE. — NORTEAMERICANO. 1853 - 1922. — Abogado, ensayista y diplomático, representó a su patria en Italia. Se consagró con *Marse Chan*, en dialecto negro. Tiene una notable biografía de Jefferson, y admira a Dickens, como lo sugiere el hermoso cuento cuyo que aquí se incluye.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA. — ESPAÑOL. 1833 - 1906. — Asturias late viva y colorista en sus páginas pulcras y frescas. *Sotileza*, *Peñas arriba*, *El buey suelto*, *El sabor de la tierruca*, *Escenas montañesas*, etc., lo sitúan entre los escritores más grandes de su siglo.

MATILDE SERAO. — ITALIANA. 1850 - 1927. — De su labor literaria, que se caracteriza por una extraordinaria fecundidad, pueden destacarse los siguientes títulos: *La novela de una muchacha*, *La conquista de Roma*, *El indiferente*, *Historia de una monja*, etcétera, etcétera.

HERMANN SUDERMANN. — PRUSIANO. 1857 - 1928. — *El honor*, drama de tendencia naturalista, le depara el primer triunfo literario. *Magda*, *La batalla de las mariposas*, *La mujer gris*, *El fin de Sodoma*, *El mendigo de Siracusa* y otras obras dan a su figura proyección universal y lo convierten en uno de los escritores más leídos de Alemania.

## I N D I C E

	<u>Pág.</u>
NUESTRA NUEVA COLECCIÓN .....	7
LA NOCHEBUENA DEL POETA por <i>Pedro Antonio de Alarcón</i> .....	9
EL ABETO por <i>Hans Christian Andersen</i> .....	21
MAESE PÉREZ EL ORGANISTA por <i>Gustavo Adolfo Bécquer</i> .....	30
EL LUIS DE ORO por <i>François Coppée</i> .....	45
LAS TRES MISAS por <i>Alphonse Daudet</i> .....	51
CUENTO DE NAVIDAD por <i>Charles Dickens</i> .....	59
LA NAVIDAD EN EL CIELO por <i>Fedor Dostoievsky</i> .....	134
DELIRIO DE NAVIDAD por <i>Mariano José de Larra (Fígaro)</i> .....	139
LA POSESA por <i>Guy de Maupassant</i> .....	147
LA SECRETARIA DE SAN NICOLÁS por <i>Thomas Nelson Page</i> .....	153

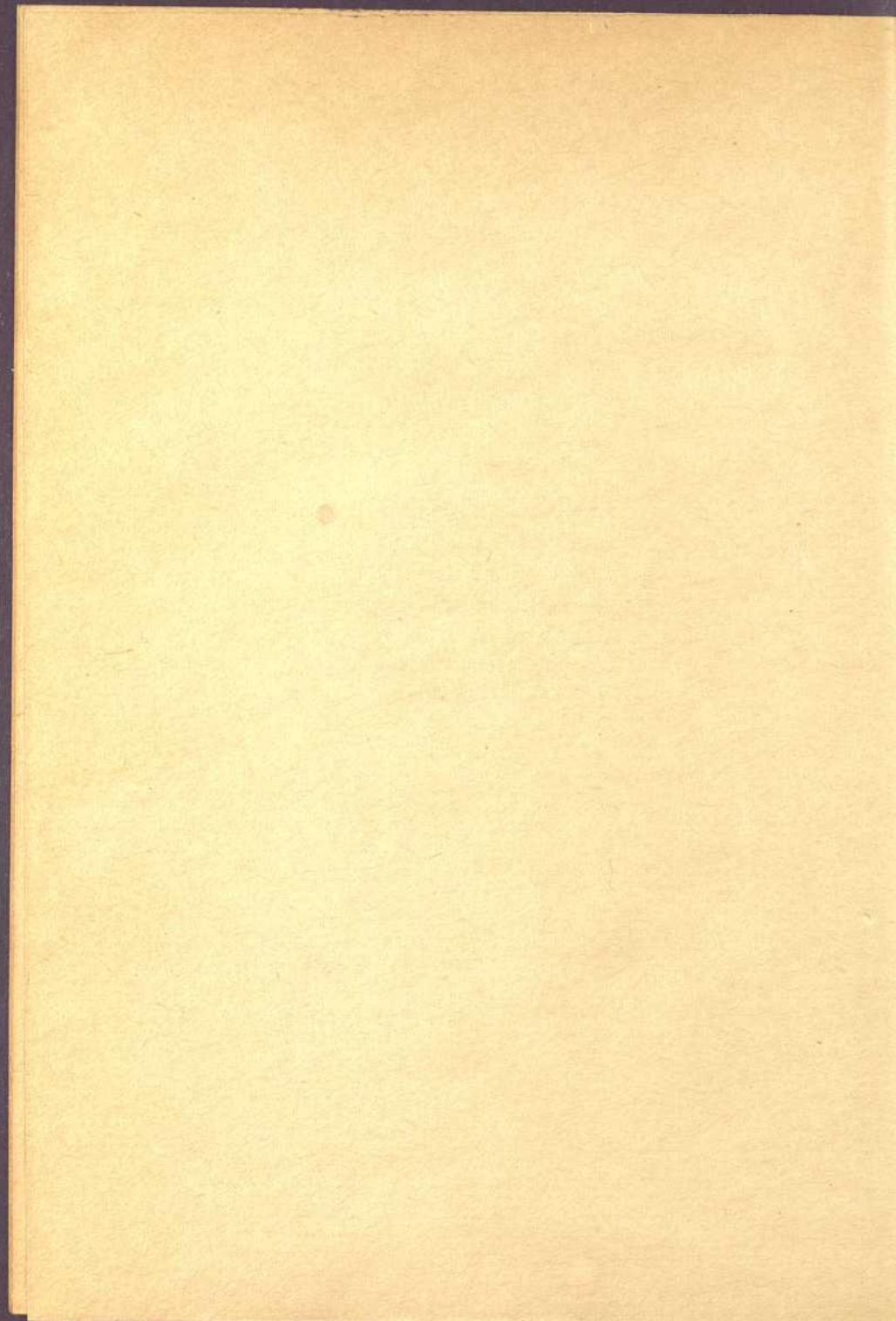




	<u>Pág.</u>
NAVIDAD EN LA MONTAÑA por José María de Pereda .....	177
EL PESEBRE por Matilde Serao .....	187
LA CONFESIÓN DEL AMIGO por Hermann Sudermann .....	192

TERMINOSE DE IMPRIMIR  
ESTE LIBRO EL DIA 3 DE  
DICIEMBRE DE 1945 EN  
LOS TALLERES GRAFICOS  
A Y A C U C H O  
CORDOBA 2240 - Bs. AIRES  
REPUBLICA ARGENTINA





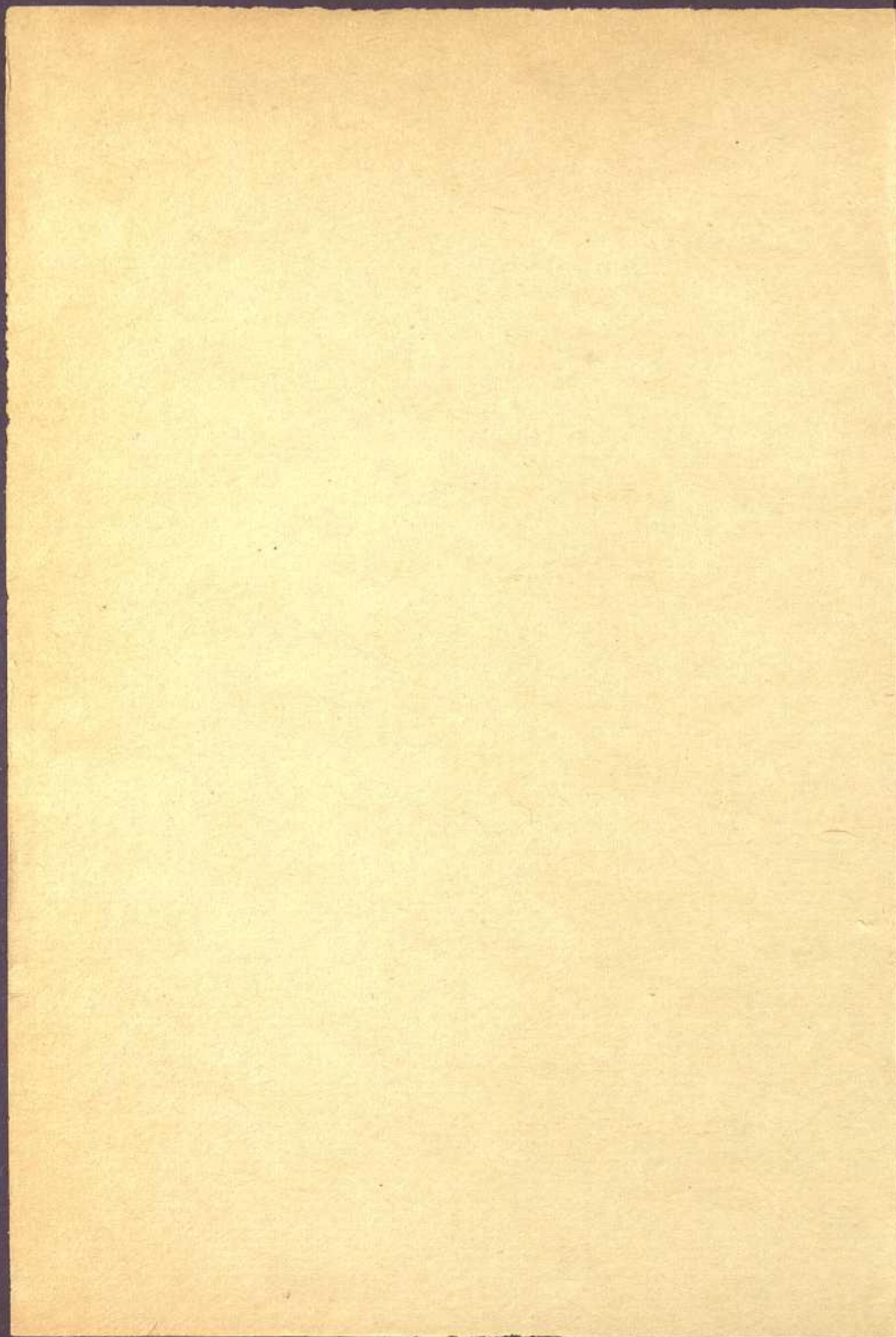


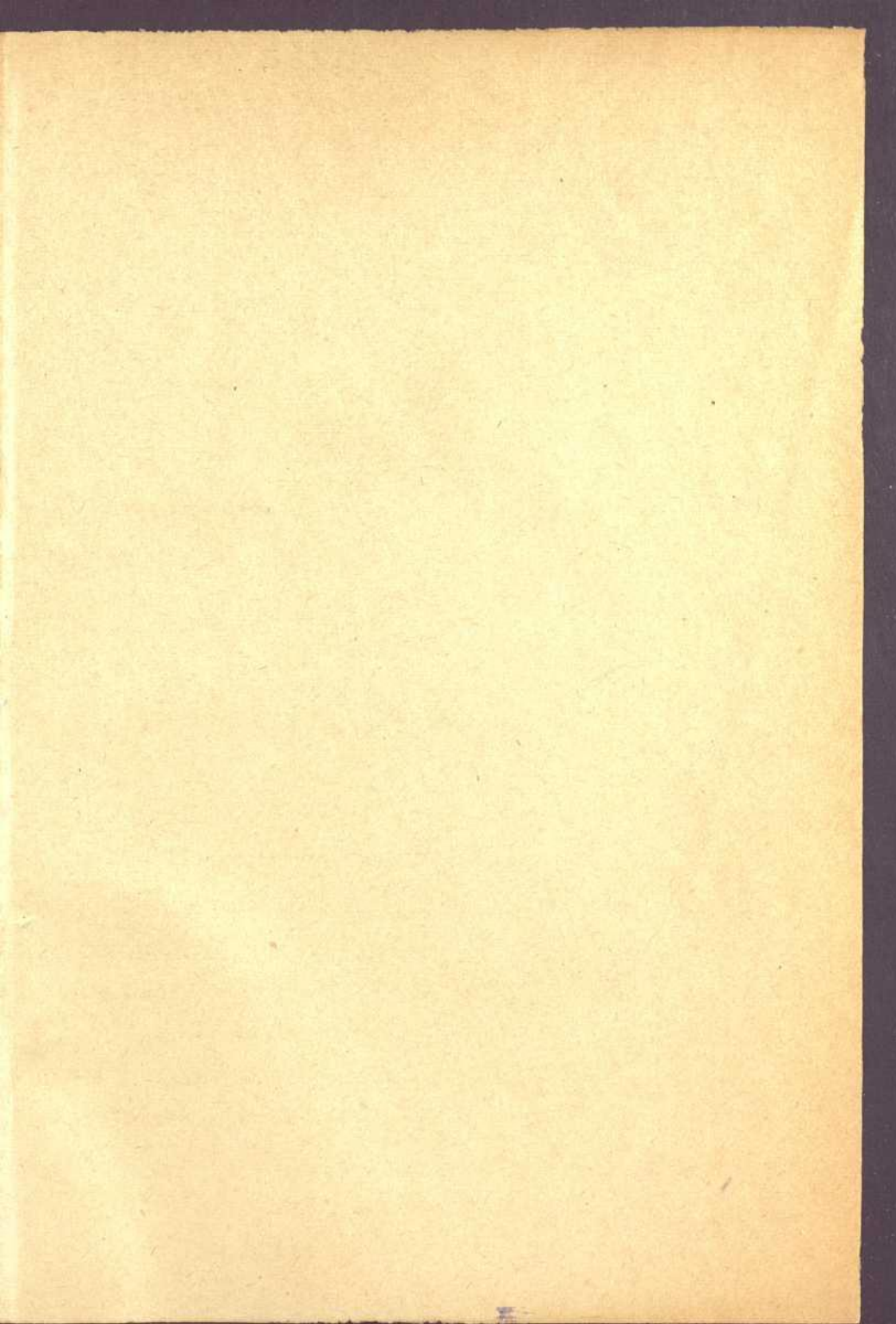




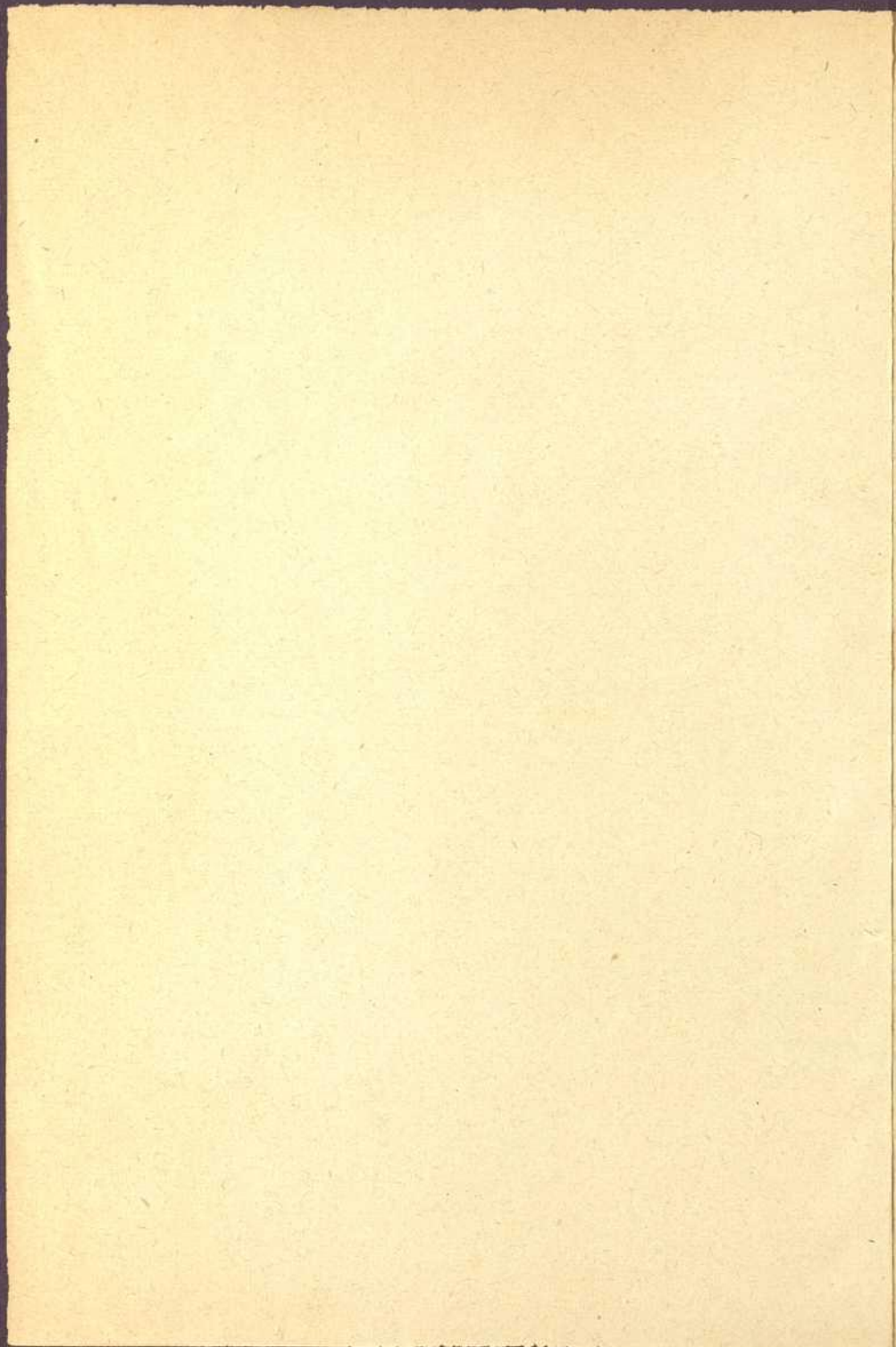


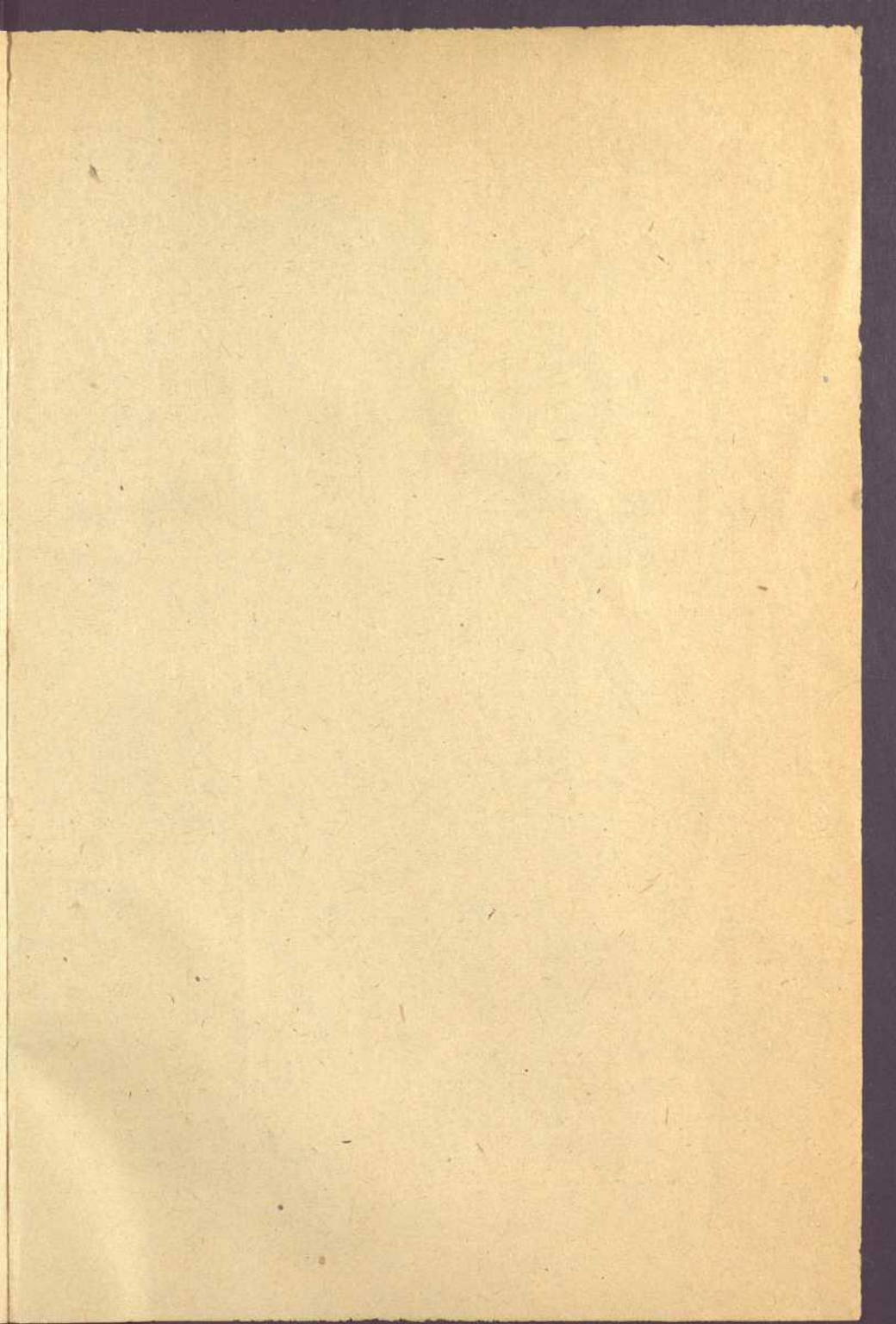




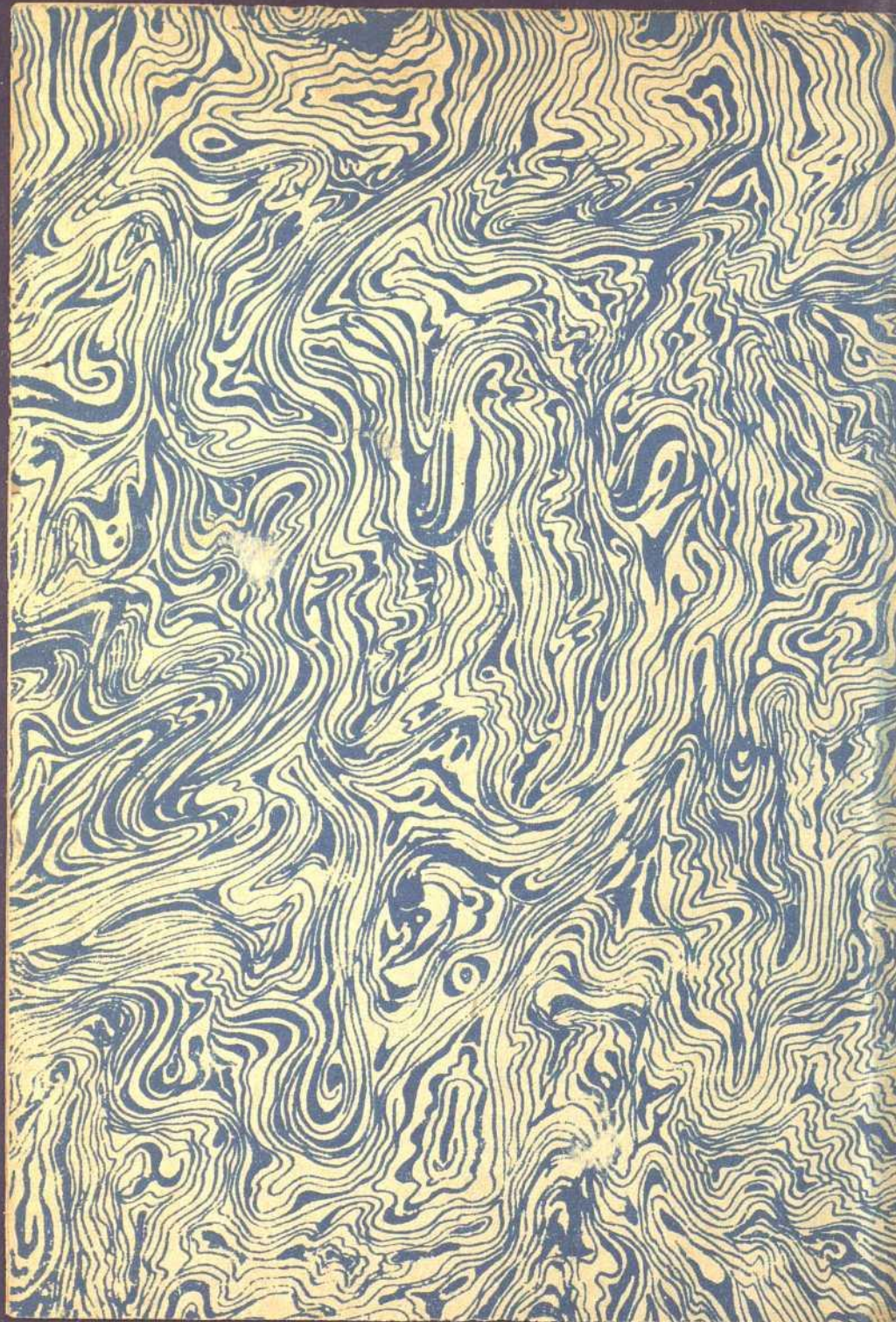




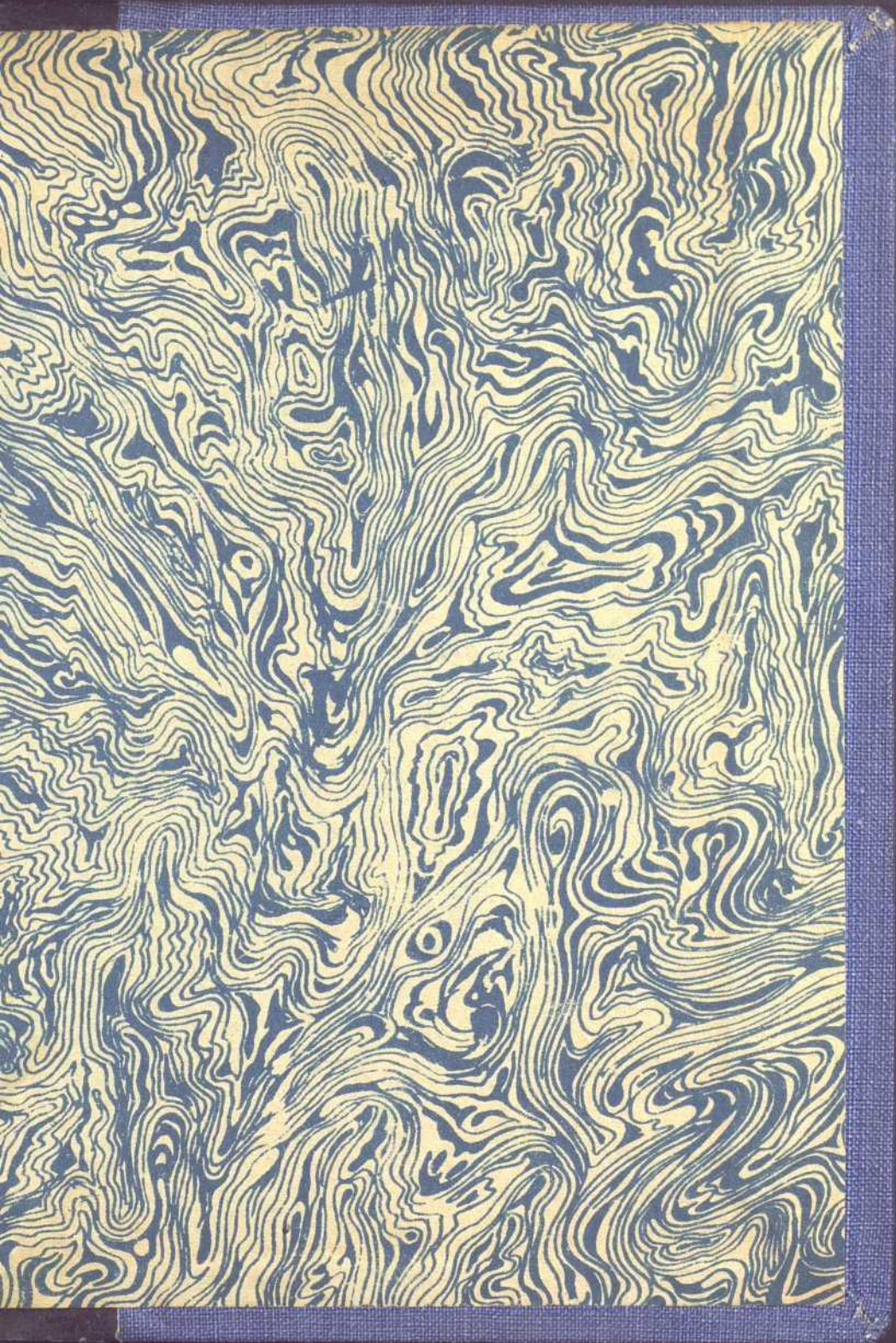




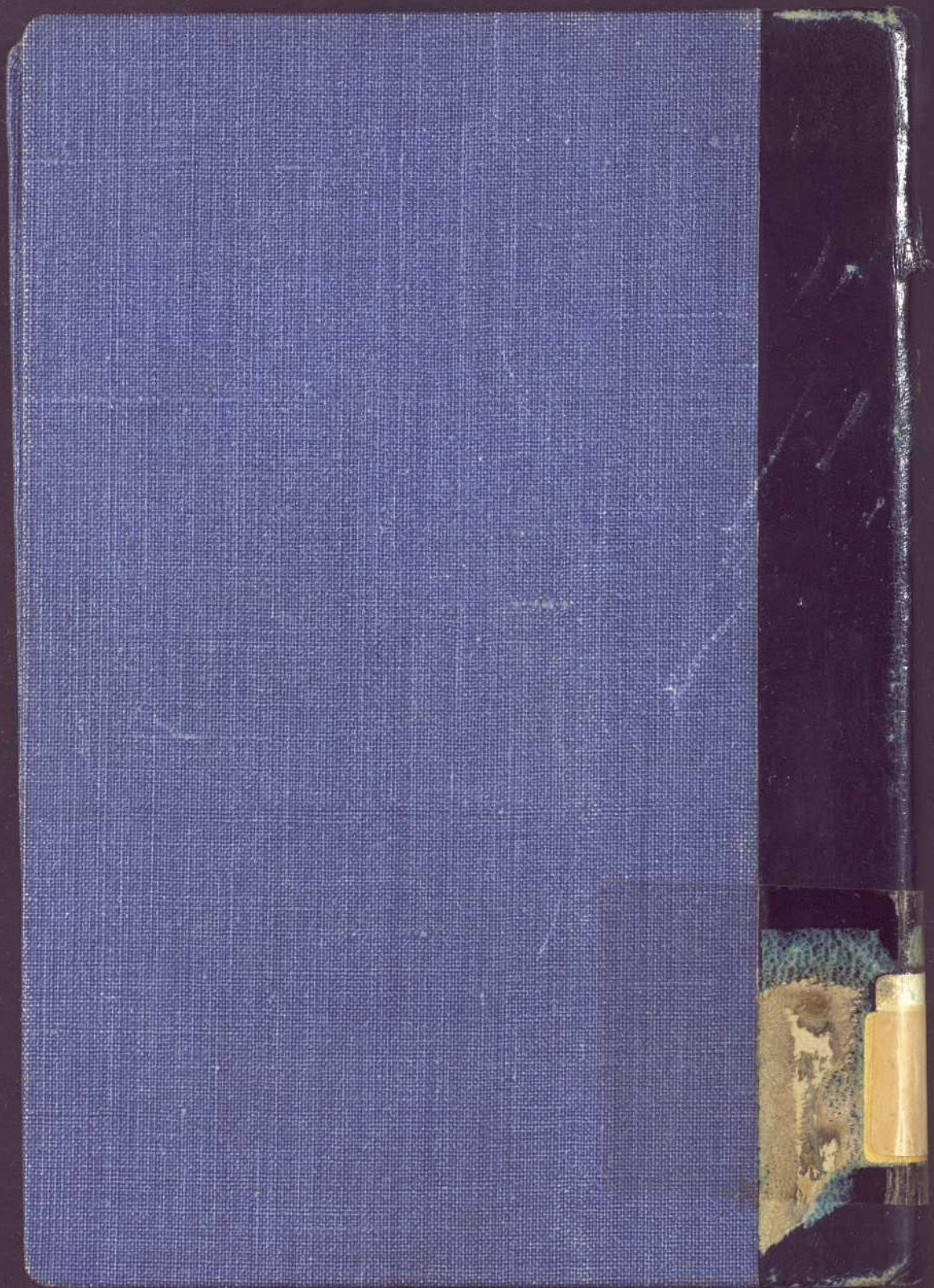












Cuentos  
y Estampas  
de Navidad

FA  
P 80-3  
5246